HOJAS NUEVAS

Jorge Verstrynge

LOS NUEVOS BÁRBAROS

CENTRO Y PERIFERIA EN LA POLÍTICA DE HOY

ACCESO ABIERTO

En estos años finales del siglo XX el mundo ha cambiado profundamente: se han hundido, o se están acabando de hundir, todos los imperios; ya no hay dos sistemas confrontados, sino tan sólo uno. Los problemas sociales, sin embargo, están lejos de haberse resuelto y la insatisfacción hacia «el Sistema», el único y al parecer irreemplazable sistema en que vivimos, se extiende cada día. Pero ¿cómo luchar contra éste, cuando parece no existir ninguna alternativa viable a él?

Su experiencia política ha enseñado a Jorge Verstrynge a conocer las diversas especies de «nuevos bárbaros», a distinguir entre los partidos periféricos que, contra lo que quisieran aparentar, están dentro del propio sistema y ayudan a consolidarlo, y los que, desde la periferia también, están realmente contra él. Verstrynge pasa revista sucesivamente a todas estas preguntas alternativas, reales o simuladas: el neofascismo, el «nacional-liberalismo» (un fascismo del sistema, como el del francés Le Pen), el «nacional-comunismo» de un Benoist, el neopopulismo (de Ross Perot, Berlusconi, Fujimori o Jirinowski), el renacimiento de los nacionalismos, el retorno de los fundamentalismos religiosos, la nueva izquierda y el ecosocialismo, etc. Para acabar preguntándose si es todavía posible la revolución y advertirnos, contra la falsa tranquilidad que quieren transmitirnos los guardianes del sistema, de que «todo es posible: hacia adelante y hacia atrás».

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

LOS NUEVOS BÁRBAROS

Jorge Verstrynge

LOS NUEVOS BÁRBAROS

CENTRO Y PERIFERIA EN LA POLÍTICA DE HOY

PRÓLOGO DE FERNANDO JÁUREGUI

grijalbo
grijalbo mondadori

CREATIVE COMMONS

© 1997, JORGE VERSTRYNGE ROJAS
© 1997 de la presente edición para España y América:
GRIJALBO (Grijalbo Mondadori, S. A.)
Aragó, 385, Barcelona
Cubierta: Jordi Solé
Primera edición
ISBN: 84-253-3122-6
Depósito legal: B. 12.451-1997
Impreso en Novagrafik, S. L., Puigcerdà, 127, Barcelona

A mis alumnos

Índice

Prólogo: ¿Hacia dónde van, treinta años después, los hijos de Mayo del 68?, por Fernando Jáuregui 11
Introducción 17

1. Anti-Sistema, privación relativa y voto de protesta . 25
2. Neofascismo y nacional-liberalismo. Especial referencia a nacionalbolcheviques recientes 51
3. El populismo como voto de protesta 77
4. El retorno de los brujos (nacionalismo, religión y revolución) 113
5. Nueva izquierda y ecosocialismo (sobre un nuevo materialismo histórico) 173
6. El sistema mundial (romper el cerrojo) 197

Anexo: ¿Es posible la revolución? 215

Prólogo

¿Hacia dónde van, treinta años después, los hijos de Mayo del 68?

Vayamos más allá, encaminados directamente hacia lo que es ya un tópico insufrible: izquierda y derecha no existen más, al menos consideradas como siempre las habíamos considerado los hijos del 68 —y Jorge Verstrynge, con todas sus heterodoxias y particularidades, es uno más de nosotros, si no por currículum inicial, sí por trayectoria ulterior—. El pensamiento clásico, tan citado, en sus muy diversas acepciones, facetas y angulosidades, por el autor de este libro, ha estallado en pedazos, e incluso esta afirmación también resulta ya, de tan manida, aburridamente tópica. (Sólo que los tópicos, por serlo, no siempre dejan de ser ciertos.)

Así, de acuerdo con una clasificación que ya comienza a ser convencional, sólo quedan quienes defienden el Sistema —defínalo usted mismo, a su gusto— y quienes huyendo de lo políticamente correcto, se adentran por las pantanosas aguas del más-allá-del-Sistema, signifique eso lo que signifique.

Y quedan, por supuesto —quedamos—, quienes andan —andamos— vagando, sufriendo, resistiendo, vegetando, por el inmenso territorio que media entre ambos supuestos, sistemas y anti-Sistema. Son —somos— esa inmensa mayoría más o menos silenciosa, más o menos vociferante, más o menos brillante, más o menos mediocre. Una *troupe* de funcionarios, abogados, tertulianos, columnistas, teóricos, prácticos, filósofos, escépticos, divorciados, estresados, parados, pluriempleados, ex yuppies, chillones, durmientes, canos, calvos, maduritos interesantes, pancistas... Usted y yo, en suma.

Pienso que ni el autor de este libro, lleno de sugerentes guiños provocativos, ni yo, ni casi nadie que pueda considerarse mínimamente instalado —pese a las incertidumbres, al odio, al desengaño, a los contratos-basura, a las jubilaciones anticipadas—, se sitúa hoy en el anti-Sistema. Ni lo pretende. Una cosa es abominar en los salones de lo políticamente correcto, decir palabras malsonantes en las catedrales de lo conveniente, abjurar de la corbata (al menos, de la corbata de Hermés) o votar por Julio Anguita, y otra cosa, muy distinta, es residenciarse más allá de los suburbios de lo permitido.

SEAMOS REALISTAS: PIDAMOS SÓLO LO POSIBLE

El trabajo de Jorge Verstrynge se asoma a estos suburbios, pero no los pasea, y menos aún, los traspasa. La situación actual no permite, *malgré nous*, el regreso impune a las bellas frases del 68 y, menos aún, la difusión de la vulgata marxista de la revolución de octubre; peinamos canas y tenemos hijos en edad escolar o, peor aún, universitaria. Nuestros amigos están a punto de tener el primer nieto. Y a veces vemos a ciertos manifestantes, a algunos ecologistas, a los más radicales partidarios del 0,7 y a determinados dirigentes de las ONG, en general, como bichos raros, ajenos. Gentes admirables a las que hay que contemplar con simpatía, pero admirables desde la distancia. En el fondo, tan distantes casi —ojo, casi—, aunque por supuesto en el polo contrario, como esos *skinheads* de los que nada comprendemos y con quienes absolutamente nada compartimos.

En suma: que, tal vez, treinta años después, pedir lo imposible ya no nos parece tan realista como entonces, cuando leíamos la brillante paradoja, llenos de envidia, en los muros parisinos.

Tampoco entendemos muy bien qué ha sustituido a los viejos ideales del 68, más allá del 0,7 y de las ONG, que no son sino vendajes parciales y provisionales. Creemos que los periféricos políticos —llámense chiítas, fundamentalistas, Berlusconi, Perot, Tapie, talibanes o Ruiz Mateos, suponiendo que algunos de éstos puedan considerarse verdaderamente periféricos, y no consustanciales a los vicios del Sistema— son peores que Rudi el Rojo, a quien vemos, treinta años después, como un burgués de perfil pancista. Y, sin duda, son peores. Vivimos una época de despiste, en la que nada ha sustituido a lo —sin duda malo— que había del otro lado del muro

de Berlín tras el 89, y eso que ha pasado ya casi una década. Peor: nada ha sustituido, que sepamos, a lo que fue pintado en los muros de París, o de Berkeley, y en aquellos alborotados días del 68, ¡y han pasado ya treinta años!

Nos desconcertamos ante jóvenes que practican la violencia porque sí, o ante salvajes que esgrimen —ojalá esgrimiesen sólo eso— una confusa tesis pastoril-nacionalista. Y ahí, y sólo ahí, en lo puramente lumpen, tendemos, en nuestros peores momentos, a situar la frontera del Sistema aquí y ahora. Así que, en nuestros mejores momentos, para contrarrestar algo, tratamos al menos de superar estas torpes limitaciones y nos asomamos, como entomólogos, como bibliotecarios enciclopédicos, a-ver-qué-se-está-haciendo-por-ahí. Porque siempre nos queda, en esos mejores momentos de curiosidad, la sensación de que puede que haya algo válido en las fronteras exteriores al sacro romano imperio. Puede que los nuevos bárbaros nos traigan algo aprovechable, al cabo.

Es ese el desconcierto que late en el fondo del libro de Verstrynge, que prefiere describir un estado de cosas mundial —más bien europeo, que lo verdaderamente asistemático resulta analizable sobre todo en las viejas democracias acrisoladas, tal vez porque en ellas reside el corazón del Sistema— sin demasiadas concesiones a la galería nacional. Si el autor me lo permitiese, le diría que, a veces, este libro —¿admirable e inevitable fracaso, desde este punto de vista?— parece que invita a sumergirse en el fondo de la nada. Porque el Sistema ya —tal vez— no sirve, pero, como antes aventurábamos, no hay nada que lo sustituya con ventaja, y el documentado viaje al que Verstrynge nos invita contribuye a sustentar esta tesis.

¿Cuántas veces, a lo largo de la historia, habrá habido alguien que, ensayando un prólogo, habrá escrito algo semejante a lo que acabo de reseñar? Siempre ha habido escépticos que, como mucho, admiten la teoría del péndulo. Y, también, hubo siempre quienes dispararon contra el Sistema de turno —suponiendo que este Sistema no haya sido, en el fondo, siempre el mismo: los ricos superponiéndose a los pobres, digámoslo de una vez para no andar complicando demasiado las cosas—; pero los diversos mecanismos improvisados tras el derrumbamiento de la mole de Berlín no han aportado, a la postre, un verdaderamente nuevo orden de cosas. Y siempre hubo, claro, quien trató de aprovecharse del Sistema, incluso cuando lo criticaba, inclu-

so cuando producía pseudotratados archipseudorregeneracionistas que, precisamente, en «El Sistema» hallaron su título engañoso.

Andamos despistados por la periferia

Sin embargo, pocas cosas más interesantes que el análisis de cómo andan las cosas por la periferia del Sistema. Aunque no sea más que para denunciar que para el Sistema, para nuestra instalada clase política, social, económica, es preciso que algo —siempre lo menos importante— cambie un poco para que todo siga igual. Y ahora, por ejemplo, el cambio se llama ya solamente eficacia en la gestión; nos encontramos, bien se ve, ante planteamientos realmente modestos.

Por ello, por lo paupérrimo de los objetivos de cambio que hoy nos propone nuestra clase política, nada más conmovedor que esos teóricos radicales —una denominación de origen que, errónea y fraudulentamente, se aplica ahora, en los medios españoles, tan sólo a los energúmenos, que nada tienen que ver con el radicalismo— que predican revoluciones imposibles, en las que ya ni ellos mismos creen. Claro que ¿no hacíamos nosotros más o menos lo mismo, cuando, desde aquí, glosábamos los muros parisinos? Además, el cambio del Sistema, sin más, no siempre tiene por qué ser recomendable: no hay sino que atender a algunos ejemplos que se contienen en este libro.

De otro lado, pocas metas tan atractivas —y tan peligrosas— como la escapatoria del Sistema. A los españoles nos lo han propuesto, en ocasiones recientes, voces interesadas, espúreas. Tal vez lo corrompido de esas voces haya contribuido a anclarnos más en las perversiones de nuestro Sistema oligarquizado, desigual, injusto, cerrado y bloqueado. Los corruptos han generado anticuerpos, de manera tal que han impedido el surgimiento de propuestas verdaderamente regeneradoras o, incluso, revolucionarias. Así que quien viene con teorías nuevas es mirado con el rabillo del ojo suspicaz: ¿qué pretenderá éste?, nos preguntamos desde la fortaleza de lo po-lí-ti-ca-men-te-co-rrec-to. Y resultaría, resulta por tanto, prácticamente imposible ingresar en esta fortaleza a quienes llegasen, si es que iban a llegar, en sus pateras verdaderamente innovadoras, auténticamente rupturistas. Porque ¿quién dijo que los hijos y nietos del 68 estén, estemos, verdaderamente interesados en la ruptura? La nueva Inquisición

no está en las hogueras, sino en el silencio, en los hombros encogidos, en ese desdeñoso parpadeo, en esa mera curiosidad de —antes lo decíamos— bibliotecarios con que la muchachada del 68 y siguientes acoge —acogemos— el cargamento ideológico que acaso nos esté queriendo llegar de ultramar. Acaso...

Es preciso que algo cambie...

A mi parecer, el autor de este libro, con todas sus contradicciones a cuestas —¿quién no las tiene?—, con su pasado y su presente como dos grandes y quizá pesadas alforjas, es, todo considerado, una de las voces más límpidas, inquisitivas, inquietas e inquietantes de la teórica política española. Sin duda, uno de los autores que con mayor sinceridad podría asomarse al abismo. De poco sirve que Jorge Verstrynge se esconda, en las páginas de este libro, tras múltiples citas y opiniones ajenas, como resulta irrelevante que recorra, en una labor enciclopédica docente encomiable, los más diversos territorios y situaciones; la búsqueda y los caminos del autor quedan claros, y su perplejidad —y su angustia— ante el hecho nacional es patente, aunque, por pudor, los ejemplos sean franceses, belgas o británicos. Verstrynge ha conocido diversas —y contradictorias— facetas del Sistema central, y ello le ha llevado a adentrarse en la periferia. Al menos, como teórico.

Cada época de crisis —y todas lo son— conlleva la creencia de que el Sistema acabará por destruirse a sí mismo. No me parece que Verstrynge haya caído en tan reconfortante como inútil ingenuidad. Porque el Sistema, lleve quien lleve las riendas, acaba por reencarnarse prometeicamente, y no siempre para mejor. O esa es, al menos, la impresión que tenemos, me parece que unánimemente, los hijos de mayo del 68, quienes nos reconocemos en la denuncia del cinismo que supone el que sea preciso que algo cambie para que todo siga igual, igual, igual...

La revolución tal vez sí sea posible...

Fernando Jáuregui

Introducción

Hemos entrado en la era de la complejidad, la era de lo inacabado y del desequilibrio.

Jean Marie GUEHENNO
en *La fin de la democratie*, París, 1993

El camino se hace huyendo del camino. Y el pensar, huyendo del pensamiento.

José BERGAMÍN

Los que están de acuerdo conmigo están locos. Los que no lo están, sustentan el poder.

Philip K. DICK

Desde que el mundo es mundo, cuando aún éramos australopitecos, en parte por condicionantes genéticos heredados de animales de presa, territoriales y agresivos, en parte porque ya la cultura nos llevaba hacia las apropiaciones iniciales y la división sexual y de clases, existen, bien lo explicó Marx, explotados. Y, lógicamente, heterodoxos que denuncian el orden establecido y proponen relaciones sociales diferentes. Y, también, marginados que, ante Sistemas que niegan la condición de humanidad a una parte de la misma, optan por apearse.

Un sociólogo de derechas dijo pérfidamente que Marx no llegó al concepto de proletariado empíricamente (según el sociólogo, dicho proletariado aún no existía), sino por la aplicación del postula-

do central del hegelianismo que es la dialéctica: la existencia de la burguesía y de las clases poseedoras (en este caso, perfectamente constatables) no podía sino producir, hegelianamente, *a priori*, la deducción de una clase explotada, una clase anti-Sistema, una contraclase con características diametralmente opuestas a las de la dominante.

Pero no era necesaria la intervención de Hegel para dar cuenta de una contraclase dominante: las propias condiciones de dominio y enriquecimiento de la burguesía implicaban, realmente, fácticamente, que se negara, total o mitigadamente, a una parte (considerable) de la humanidad la condición de tal, haciéndola objeto de un proceso de explotación y degradación que no podía sino alzar a esos hombres y mujeres contra el Sistema, ya entonces, de «liberal-capitalismo».

Más aún, lamentablemente, es cierta la aseveración marxista de que la historia de la humanidad lo es también de la explotación del hombre por el hombre y, por ende, la de la sistemática exclusión de una parte de la humanidad de su condición de tal, con la consiguiente reacción anti-Sistema de esa misma parte de la humanidad. Eso es hoy también así, aunque a veces de otras formas y maneras, y uno de los errores del marxismo histórico fue no darse cuenta del carácter complementario que el pensamiento de Wilfredo Pareto tenía en relación con el pensamiento de Marx. Cuando la vulgata marxista, posterior a su fundador, dio el socialismo como algo alcanzable de una vez —casi de una sola vez—,[1] y no reversible una vez logrado, un poco de «paretianismo» hubiese complementado la obra de Marx (y de muchos de los marxistas posteriores), equivalente para las ciencias sociales a la de Newton para la física moderna, con la realista constatación de que la explotación basada en la apropiación privada de los medios de producción no era ni mucho menos la única ni, sobre todo, la última; que sin cesar renacerían nuevas formas de explotación y de marginación; y que, por ello, el socialismo, en tanto que búsqueda del máximo grado de humanidad para todos, no es algo que se alcanza de una vez por todas y con carácter irreversible, sino un esfuerzo permanente, día a día, año a año, constante, por la dignidad humana y contra la desigualdad y el privilegio, sin cesar renovados porque sus fuentes son infinitas.

En definitiva, se trataría, inteligentemente, de perfeccionar esa magnífica visión global social que nos dejó Marx, y esa esperanza

en el progreso (período de triunfo momentáneo de la razón) que nos legaron «las luces», con al menos algo de ese pesimismo cíclico que apuntó Wilfredo Pareto y su teoría de la circulación de las elites.

Todo sistema genera, pues, su antítesis; o cuando menos su oposición al orden establecido. Y ello desde dentro de la sociedad, pero también desde fuera: los griegos tuvieron sus macedonios, sus persas y sus romanos; estos últimos sus cartagineses, sus germanos, sus galos y sus partos; la Europa cristiana sus hunos, sus turcos —y sus protestantes para adentro—; el Antiguo Régimen su revolución francesa; y las diferentes hegemonías sus «contrapotencias».[2]

Más aún, el siglo XX puede ser considerado como el final de los imperios, tras violentos choques entre sí —y las dificultades crecientes para escapar a los movimientos centrífugos—. Quizá sea por, como vaticinaba el fundador de la polemología francesa Gaston Bouthoul, el casi constante predominio del armamento defensivo o la pertinaz reconversión de casi todos los avances en materia de armamento ofensivo hacia lo defensivo;[3] lo cierto es que desde 1870 hasta nuestros días (es decir, en menos de 125 años) hemos visto derrumbarse los imperios francés, español, ruso (dos veces), otomano, alemán (dos veces), austrohúngaro, japonés, británico y portugués.

El mismo imperio norteamericano ha entrado ya en agonía, como veremos y, en todo caso, va generando sus anti-Sistemas, o, permítanme otra expresión, los anticuerpos, internos y externos, que nos librarán de él. Unos diremos que merecidamente. En todo caso, y porque cada polo de poder genera tarde o temprano su antítesis, su anti-Sistema, no andaba lejos James Schlesinger del punto de vista planteado aquí, en relación con el imperio norteamericano, cuando se refería al «inevitable crecimiento de la animosidad hacia los Estados Unidos como potencia directora del mundo, sin que la hostilidad pueda desviarse hacia la Unión Soviética».

Veremos en este trabajo quiénes son los heterodoxos y marginados de hoy. Fuera de esa área de Occidente; y, sobre todo, dentro. Ya explicaba Alain de Benoist, fundador de la *Nouvelle Droite*,[4] que, en la materia, todo está cambiando, pues «la tenaza ya sólo tiene un maxilar. Los liberales que se alegran del final del comunismo, considerado como su último competidor serio, pronto se desengañarán. El liberalismo va a tener, a partir de ahora, que vivir sin su repelente. Ya no podrá instrumentalizar el miedo para hacer olvidar sus propias taras. Ya no dispone de un diablo para hacer creer en su dios

propio. En lugar de ser considerado como un "mal menor", debe ser juzgado por lo que es. El fracaso del comunismo ya no está en el orden del día, sencillamente porque ya no hay comunismo. Y lo que ahora sí que se desvela en toda su amplitud es el fracaso del liberalismo. El final del comunismo ha roto la tenaza que condenaba a los pueblos a una eterna ida y vuelta entre dos soluciones igualmente insatisfactorias. La tenaza ya no tiene más que un maxilar y el enemigo es así tanto más evidente cuanto que es el único. Estamos pasando, en otros términos, de un mundo de dominancia bipolar a un mundo de dominancia unipolar. Tampoco tiene viabilidad alguna la idea de una tercera vía. Porque hoy ya sólo quedan dos vías: el sistema mercantil liberal y quienes lo rechazan. La oposición fundamental es la que se produce ahora entre el centro y la periferia».

Hoy le da la razón Jean-François Kahn, desde el otro lado del espectro: «La democracia liberal podía hasta ahora escribir en su frontispicio, lo mismo que el restaurante instalado enfrente de una prisión: "Aquí se está mejor que enfrente". Pero, de repente, ya no hay "enfrente". El otro se ha tornado yo. Ya no hay otro peor que lo peor. No es sólo el enemigo formal, sino el valedor quien se ha consumido por completo. No hay otra comparación posible que la del capitalismo consigo mismo. Frente a él, ya no está "el otro", sino su propio doble, su propia mueca tal y como ha sido moldeada poco a poco por el nuevo crecimiento de las desigualdades, de las precariedades, de las exclusiones... Mañana, los disturbios de Budapest, Katowice, Poznan o Bratislava [serán] explosiones internas del Sistema liberal... Hemos vuelto al punto de partida, ya no hay dos Sistemas sino uno... Y sus detractores».[5] La periferia. Los periféricos. Los que no están dentro, sino fuera, y enfrente. Los anti-Sistema...

Para De Benoist «todo lo que se sitúa en la periferia es solidario». No tanto, pues, como veremos, los anti-Sistemas son muy variados. Pero, al menos, como tales anti-Sistemas tienen, en efecto, claro lo que no quieren. En todo caso, sería absurdo pensar que desaparecida la «otra pinza de la tenaza», la actual podría seguir como si tal cosa. Muerto Yalta, morirá el mundo de Yalta, como veremos.

Lo que hoy acontece dentro de las denominadas sociedades «occidentales» parece *a priori* una sencilla reacción antigubernamental: los gobiernos no aciertan y las dificultades económicas y sociales

arrecian. Pero, en realidad, es más que eso, es una auténtica epidemia: en cada elección que se celebra en Europa, ya sea general, regional, local o europea, los partidos tradicionales sufren descalabros, mientras pequeños grupos, hasta hace poco marginales, en ambos extremos, ecologistas, nacionalistas, radicales de izquierda, populistas, etc., registran espectaculares subidas. Es un peligro convocar un referéndum y explotan las tendencias secesionistas. Sistemas enteros de partidos, como en los casos de Italia, Francia y Austria, amenazan con desaparecer, y naciones se disgregan.

Mientras, «partidos del amor», «del salchichón y de la cerveza», «de los automovilistas» o «del coche» ganan escaños en elecciones menores por doquier; otros no ganan elecciones ni ganando las guerras[6] y aparecen cada vez más candidatos pintorescos. Los populistas, fundamentalistas de diverso pelaje y nacionalistas arrecian.

Algunos analistas dan, incluso, un paso más: no es que peligren los gobiernos, ni los partidos habituados a gobernar, sino el modelo capitalista-liberal; es un problema estructural: «En las sociedades que, partiendo de regímenes autoritarios, desean restaurar la democracia, la brutal imposición de políticas liberales pone en peligro dicho proyecto. Los ciudadanos se sienten de pronto abandonados por el Estado. Y se preguntan: ¿para qué sirve la democracia si no permite protegerse contra ese insólito abandono, si no mejoran rápidamente las condiciones materiales de vida?». Y añade I. Ramonet que «tal es el sentido del desamparo actual de los ciudadanos de Venezuela, o de Argentina, Polonia o Rusia, Argelia o Costa de Marfil»[7] y de los de otras partes.

¿Que Ramonet se refiere a pueblos «distintos y distantes»? Pues volvamos al director de la mejor revista de información general de Europa, *L'Événement de Jeudi*, el ya mencionado Jean-François Kahn, quien en octubre de 1992 y haciendo balance de los resultados del referéndum francés sobre Maastricht, señalaba que «el modelo capitalista está siendo atacado por doquier» y que hay «una gran llamarada antiliberal». Así, en relación con las penúltimas elecciones rumanas, «la opción era clara... Y, sin embargo, el electorado rumano ha votado a ex comunistas y a la extrema derecha, es decir, un voto masivamente antiliberal. Los sondeos demuestran que si hoy hubiese elecciones en Hungría, los liberales morderían el polvo, y que en Polonia sólo avanzarán los ex comunistas y los nacionalistas fascistizantes. En Estonia ... es un ex *apparatchik* co-

munista el que llegó en cabeza al término de la primera vuelta de la penúltima elección presidencial. En Rusia, un sondeo señala que más del 60 por 100 de los ciudadanos interrogados afirman que aún prefieren el socialismo al capitalismo. En Brasil, el modelo neoliberal encarnado en su día por el ex presidente Collor se derrumba. En Gran Bretaña, el thatcherismo, que ha producido una Inglaterra devaluada, hace aguas definitivamente. En Estados Unidos, el doloroso balance del reaganismo ha lastrado como una bala de cañón la campaña electoral de George Bush. En Francia, en fin, el único denominador común de los adversarios del tratado de Maastricht fue un brutal rechazo de la lógica liberal a escala europea. Campesinos, obreros, comerciantes están de acuerdo en al menos un punto: un estricto respeto a la ley del mercado les sumiría en la miseria o firmaría su sentencia de muerte económica ... Si se añade que muchos de los partidarios del "sí" a Maastricht también recusan, aunque de forma más consciente, la implacable ideología de un capitalismo sin correctivos ni defensas, se puede concluir que, en Francia —como en el resto del mundo—, el bando antiliberal se ha vuelto "mayoritario"».[8]

Cuando menos, nos hallamos, pues, ante un panorama complejo. Y la falta de coordinación entre todos los «anti-Sistemas» no debe hacernos olvidar la frase de Murray Bookchim: «Las revoluciones dignas de mención tienen una fase inicial magníficamente anárquica».

Notas

1. Caben muchas interpretaciones del marxismo, pero ésta, desgraciadamente, fue la más extendida...

2. Hay incluso un ciclo «secular» en la sucesión de hegemonías. Los polemólogos explican (véase J. Verstrynge, *Una sociedad para la guerra*, Madrid, 1988, 2.ª ed.) que parece existir en la historia de Europa posterior a la Edad Media dos ciclos: uno «corto» o «generacional» y otro «largo» o «secular». La preponderancia y la hegemonía de las diferentes naciones es también de aproximadamente 100 años. Parece como si un siglo bastase a cada población para una sangría tal que no pudiera ser ya el sujeto principal de la historia bélica del continente. La preponderancia española comenzó con la paz de Cateau-Cambrésis (1559) y puede considerarse acabada en la paz de los Pirineos (1660); duración: 101 años. Le sigue el predominio francés, que arranca de 1660 y va hasta mediados del siglo XVIII,

hasta el tratado de París (1763); duración: 103 años. La hegemonía británica sustituye a la francesa, y termina con la guerra franco-prusiana; duración: 107 años. Finalmente, hallamos ahora la competencia entre ciclo alemán, ruso y norteamericano; duración: del primero (1870-1945): 75 años; del segundo (1917-1992): 75 años; y del norteamericano...

3. Los últimos hitos en la materia son la «bomba de neutrones», que hace prácticamente inviolables los santuarios nacionales a una invasión terrestre, y los misiles antimisiles... Sobre la bomba de neutrones se consultará con provecho la obra de Samuel T. Cohen, *Échec à la guerre; la bombe à neutrons*, París, 1980.

4. Véase su artículo «Huit reflexions sur la mort du comunisme», en la revista *Éléments pour la culture européenne*, París, otoño de 1991.

5. En *La pensée unique*, París, 1996, p. 198.

6. Véase mi libro antes citado, en su página 66: «La guerra provoca ... el endiosamiento de los gobernantes; es una situación muy halagadora para éstos: declarada la guerra, el más apagado y triste de los hombres políticos en el poder se transforma en una especie de pontífice sublime y aureolado que pasa revistas en medio de las aclamaciones y personifica la patria ... En el fondo ... la guerra dramatiza y sacraliza el poder». Muy raramente suele el ganador de una guerra perder el poder. Pero Bush lo perdió. Por cierto que, en relación con las elecciones que ganó Clinton, las clases dirigentes europeas no se rindieron a la evidencia de la derrota de Georges Bush hasta la recta final de la campaña. Muchos de sus miembros más destacados incluso pecaron de cierta frialdad en sus telegramas de felicitación al demócrata. Los republicanos tuvieron que debatir internamente qué cabezas causantes de la derrota había que cortar. Los sociólogos hicieron el recuento de mujeres, clases medias y minorías que votaron contra el candidato presidente saliente que, tan sólo cuatro meses antes de los comicios, miraba con algo de conmiseración y mucho de arrogancia a su (luego feliz) rival. Y los economistas menos dogmáticos analizaron el impacto que sobre el electorado norteamericano tuvo la crisis financiera y económica por la que atravesaba el país y que el anterior presidente, Reagan, dejó en herencia. En todo eso residió la derrota de Bush. Pero la causa de la victoria de Clinton residió también en algo más esencial. Porque, con la muerte de ese «king kong» geopolítico que era la antigua URSS, ha muerto el mundo bipolar, que era muy cómodo para los gobiernos. Porque claro que los demócratas de toda la vida no lo eran tanto ni mucho menos; claro que la derecha conservaba, sobre todo, duros (mejor que pesetas; frente a la «ideología de la liberación» la de «la gestión»); claro que los liberales ocultaban bajo un ropaje ideológico el predominio de la altísima burguesía transnacional y, sobre todo, ultraelitista; claro que centrismo equivalía en lo esencial a poltronismo o parálisis; claro que votar democracia cristiana obligaba muchas veces, como explicó Indro Montanelli, a depositar el sufragio en la urna al tiempo que uno se tenía que tapar la nariz con la otra mano; claro que con ser injusta la acusación de «social-fascistas» que los comunistas dedicaban a los partidos socialistas, éstos tenían una marcada tendencia, nada más llegar al poder, a transformarse en unos gerentes más del capitalismo... Claro que todo este mundillo de aquí (el de allí, igual), en definitiva, podía resultar poco edificante para el electorado; pero, frente al «coco» de enfrente, siempre se pudo alegar que lo de aquí era un necesario mal menor. Ya se sabe: la guerra fría, la amenaza comunista, un orden mundial desgarrado entre dos polos, impedían hacer, se nos explicaba, esas cosas que tanto añoraba el electorado: sustituir gastos militares monstruosos por pensiones, ayudas y protecciones adecuadas a las personas, incluso la erradicación de la pobreza (técnicamente al alcance de la mano de esta segunda revolución industrial, sin duda alguna), edificar una democracia más auténtica, no manipulada por servicios secretos demasiado rápidos y alegres a la hora de identificar «tontos útiles al servicio del comunismo», y más exigente para con la moral política y económica de las clases dirigentes; salir de un mundo de enfrentamientos y, en el mejor de los casos, de «pacífica coexistencia», para desembocar en una auténtica comunidad internacional; poder, en fin, terminar con telones de acero, muros de Berlín, paralelos y fronteras «norte-

sur»... Todo eso, se nos decía, lo impedía la necesidad de defendernos frente al comunismo, al «hombre con el cuchillo entre los dientes», al «imperio del mal». En ese ambiente de bipolaridad y de «guerra fría» (cuando no de guerra caliente «por procuración») era cómodo dirigir, pues ya se sabe que la guerra, o la amenaza de tal, amén de permitir muchos desmanes a los dirigentes, facilita el que se les critique poco, aflojar las disidencias y los enfrentamientos internos de carácter partidista, refuerza la unidad del grupo, mantiene la disciplina y aleja «malos pensamientos» tales como la exigencia de verdad, de honestidad, de coherencia, de transparencia, de responsabilidad... Ese mundo lo mató Gorbachov, al que no se sabe aún si agradecerle la unidad alemana, el retorno a la condición europea de más de medio continente (ex imperio soviético incluido) y la posibilidad para Europa de volver a ser el centro del mundo; o mandarle a los infiernos por haber provocado el derrumbamiento de ese factor de estabilidad que era la antigua URSS y haberlo sustituido por esa colección impresionante de enfrentamientos nacionalistas (Rusia contra Ucrania por la flota y las fronteras, lituanos contra rusoparlantes, armenios contra azeríes, georgianos contra abjasios, moldavos contra rusos, la guerra de Chechenia, agitándose además osetios, cosacos y, en el antiguo *limes* del imperio, checos y eslovacos, húngaros y checos, macedonios y griegos, búlgaros y turcos, etc., amén de la vergüenza ex yugoslava). Pero al inventor de la *perestroika* le debemos, sin duda alguna y sobre todo, la muerte del mundo que Yalta creó. Y eso es lo que no vio Bush, miembro de una clase política occidental que no entendió que, con Yalta y su mundo, esa clase dirigente, sus principios y sus hábitos han muerto también, automáticamente. Bush creyó, como un soldado más de la guerra fría, que lo exterior seguía siendo lo esencial; que aún era decisivo, como lo fue para Margaret Thatcher en la guerra de las Malvinas, ganar una guerra (en toda la historia de la guerra fría, con la única excepción de Churchill, perder una guerra equivalía a perder el poder; pero ganarla, a barrer casi en cuantas elecciones se presentasen) y aparecer como el gran paridor y garante del Nuevo Orden Mundial y de la seguridad nacional. Que, en definitiva, el secreto del poder residía aún en imponerse «al otro». Pocos vieron sin embargo que, desaparecida la URSS, otro tanto pasaba con la guerra fría, y que sin enemigo exterior que falsee el normal desenvolvimiento de las sociedades, lo importante sería ya (volvería a ser, para votantes cansados de demoras y de frustraciones atribuidas siempre a las amenazas exteriores) lo interior; que la gente pediría que de una vez se ocupasen de ella, de sus problemas, de su vivir cotidiano y no de llevar siempre la delantera al agresivo vecino de enfrente. Clinton vio ese cambio radical; Bush, no.

7. Ignacio Ramonet, «Les rébellions à venir», *Le Monde Diplomatique*, París, marzo de 1992.

8. Una magistral crítica del liberalismo económico puede hallarse en el libro *Le libéralisme moderne*, de Serge C. Kolm, París, 1990.

1

Anti-Sistema, privación relativa y voto de protesta

> En el fondo, hay pocos hombres libres. Por doquier hallamos la marca, invisible, del collar... ¿Cómo no comprender las ganas de irse de aquí?
>
> J. P. CHEVENEMENT,
> *Une certaine idée de la république...*, París, 1992

> El ideal del mercado es el mercado negro. [Este último] no es ni la desviación, ni la versión paralela del mercado a cielo abierto, sino la verdad, la purificación, la exaltación de la ley de la oferta y de la demanda... La violación es la versión acelerada del mercado. La pólvora, su símbolo por excelencia de rentabilidad.
>
> Francis MARMANDE, «La dure loi du marché»,
> en *Logiques du capitalisme*, revista Lignes, París, 1993

De las leyes que Marx enunció, pocas han sido tan controvertidas, como ya hemos visto, como aquella, llamada «de la dialéctica», según la cual toda situación de poder, todo Sistema, genera tarde o temprano su contrario, de donde surge una relación dialéctica, de enfrentamiento, cuyo resultado es la superación de ambas, de la tesis y de la antítesis, por la síntesis. Ejemplo más manido, y no por ello el mejor (entre otras cosas porque no se ha cumplido en su totalidad, o aún no lo ha hecho): si la tesis es el capitalismo liberal, y

la antítesis el socialismo, del choque de ambos surgiría la síntesis superadora, o sea el comunismo.

A pesar de los errores derivados de la transformación del marxismo como visión científica de la realidad en una vulgata casi religiosa, esa ley es bastante cierta (aun cuando haya que insistir en que es más cierta la naturaleza dialéctica entre tesis y antítesis que la superación sintética de ambas...). Pero incluso el más escéptico en relación con el marxismo concederá que todo principio aplicado más allá de lo razonable (entre otras causas, porque no halle corrección de otro u otros), termina generando tal desequilibrio, tales abusos, que, a la postre, tarde o temprano produce su contraposición, la aparición de un principio antitético, destinado a frenar los excesos del primero. Dos ejemplos, para entendernos: la izquierda sería el resultado de los excesos del conservadurismo (por ejemplo, explotación, desigualdad, autoritarismo, insolidaridad); o bien, de los excesos de la izquierda (anarquía, puesta en entredicho de forma global y frontal simultáneamente de todas las situaciones de injusticia, terror revolucionario), nace la reacción.

Así, la Revolución francesa sería producto del absolutismo monárquico; y sobre todo, el socialismo, en sus diferentes variantes (anarquizante, fabiano, «nacional», sindicalista, socialdemócrata y comunista), sería producto de un capitalismo liberal sin freno alguno. Max Gallo, en su magnífico libro *Manifiesto sobre un oscuro final de siglo*, expone magistralmente las consecuencias sociales de ese capitalismo liberal de la segunda mitad del siglo XIX y el primer cuarto del presente: «Miseria obrera, fisiológica y moral; degradación de las condiciones de vida en los primeros decenios de la era industrial; trabajo de los niños; enfermedades profesionales y accidentes de trabajo; hombres tratados como objetos desechables después del uso; mujeres reducidas a la prostitución; alcoholismo; ¿quién hará el recuento de las decenas de millones de vidas humilladas, saqueadas, destruidas, que el desarrollo del capitalismo —y antes de que se organizase la resistencia obrera— ha arrojado vivas a los altos hornos de su crecimiento y enterrado en los pozos de mina de sus crisis?».[1]

Luego vinieron las luchas obreras, las Internacionales, los luchadores sindicalistas, anarquistas, socialistas y comunistas; y las reivindicaciones básicas: jornadas más cortas, vacaciones, salarios más dignos, seguro de desempleo, Seguridad Social, educación y sani-

dad, jubilación, conseguidas al precio de infinitas luchas sindicales, de la Revolución de Octubre, y del miedo al comunista[2] «con el cuchillo entre los dientes»; reivindicaciones conseguidas al precio de la lucha contra el fascismo, y el gran capital, etc. Y también, para ser ecuánimes, alcanzadas gracias a un progreso tecnológico que, al llevar a la producción de bienes en masa, obligaba, necesariamente, a repartir medios de compra para absorber esa producción. Luego llegaron las guerras mundiales[3] y de nuevo los infinitos sacrificios y, a cambio, el *Informe Beveridge*, y, en consecuencia, el «Estado del bienestar».

La propia ciencia económica progresó, por necesidad de superación de las crisis cíclicas, rebasando la vieja teoría liberal de los ciclos «naturales», de la «mano invisible», y de las diversas «leyes de hierro», para sustituirla por la lucha contra el subconsumo y por el papel del crédito, de los impuestos, y de las obras públicas, bautizado todo ello con el nombre de «keynesianismo».[4] Comenzó así, a partir de la década de los treinta, una era de expansión y de progreso social.[5]

Mas, como dice el proverbio, «si los imbéciles volasen taparían el sol». De esta guisa, al inicio de esta década de los noventa, el panorama es claramente retrógrado: triunfo del monetarismo, del equilibrio presupuestario (aun a costa de la reducción de gastos sociales esenciales, no sólo para los trabajadores, sino incluso para la supervivencia de la actividad económica), del dinero caro, de la productividad y de la rentabilidad a toda costa, y del absoluto y total predominio de la economía[6] sobre la política (el destino social común, el gobierno de los hombres, la solidaridad entre las personas); y lo que es peor, hallamos la reactualización de situaciones que pertenecían irremediablemente, se pensaba, a la historia más pasada.

Así, la crisis económica gravísima que padecemos. La paradoja de un capitalismo en claro entredicho inmediatamente después de erigirse en modelo único del planeta. Quizá porque sólo funcione bien con un antagonista. Sobre todo, paradoja lamentable de unos economistas de arrogante saber, y nulas humildad y capacidad de predicción. Porque no faltaban indicios de lo que se preparaba: desindustrialización y decadencia económica del «imperio norteamericano», imposibilitado, en la nueva relación planetaria de fuerzas, para seguir de *madame* mantenida que consume el 105 por 100 de su PNB, y se endeuda constantemente (en la actualidad, tres veces

su PNB); inminencia de una nueva fase depresiva en los ciclos largos de precios tipo Kondratiev; acentuación de dicho efecto por el alejamiento en el tiempo del último conflicto militar caliente de importancia y por las fuertes dificultades para abandonar una militarización económica milenaria; coincidencia, con el ciclo Kondratiev, del relativo agotamiento del ahorro empresarial (ciclo Haberle Sigogne, según el cual hay una relación entre recesión y carencia de ahorro líquido en las empresas); descontrol de los mercados de capitales y graves crisis bancarias, norteamericana primero, nipona ahora; derrumbamiento de la capacidad adquisitiva del Tercer Mundo y del Este, pudiendo el primero ser considerado sencillamente colapsado económicamente; y caída de la tasa de rendimiento del capital.[7]

Más allá de ligeras y cortas recuperaciones nos hallamos, pues, en recesión, lo cual en régimen capitalista es, periódicamente, normal; pero su dureza y duración producen, como es lógico, efectos sobre las relaciones sociales y fomenta la aparición de actitudes y de grupos anti-Sistema (por las mismas razones por las que la crisis mundial de 1929, por una parte, fomentó el ascenso electoral de los grupos de extrema izquierda y, por otra, el acceso al poder de los partidos fascistas, apoyados por el gran capital.[8]

Esta crisis o recesión económica no es sencilla. Así, no es normal el nulo impacto económico positivo de la guerra contra Irak, dada la reconocida eficacia de los conflictos bélicos contra las crisis cíclicas del capitalismo.[9] Tampoco es normal la falta de impacto reactivador de la obtención, a raíz de la mencionada contienda, de petróleo barato, es decir, de la evitación de una nueva crisis petrolífera como la de los setenta. No es normal, sobre todo, el fracaso de una parte considerable del instrumental económico: como botón de muestra, las innumerables manipulaciones de los tipos de interés realizadas por doquier por ahora con un efecto reactivador relativamente bajo. Y lo mismo acontece con la mayoría de las otras medidas de carácter tanto monetario como fiscal.

Nos hallamos, pues, ante algo muy serio.[10] Así, hace ya cinco años, en Estados Unidos, GM, Ford y Chrysler habían cerrado ya 20 fábricas; desaparecía la Panam; habían quebrado 350 bancos; la renta familiar media había descendido al nivel de 1970; se producía una explosión de *homeless*; se alcanzaba el primer puesto en el ránking occidental de pobreza infantil; los beneficios empresaria-

les caían un 25 por 100; la inversión, la productividad obrera y la investigación disminuían por debajo de los niveles europeos; y se reconocía la situación de profundo deterioro de carreteras, ferrocarriles, aeropuertos, escuelas, bibliotecas, prisiones y hospitales.

Y si esto pasaba ya entonces, hoy, en la actualidad, y a pesar de algunas apariencias, prosigue la crisis norteamericana: las empresas privadas supervivientes han reducido su nivel de endeudamiento y muchas han vuelto a los beneficios pero al precio de miles de quiebras de PME y, sobre todo, de un serio descenso de las rentas del trabajo que, junto con la inseguridad crónica en el empleo, mantienen infartado el consumo. Y siguen el endeudamiento y el déficit públicos, pero, además, tampoco se reactiva clara y duraderamente la producción industrial; las quiebras de PME siguen y tan sólo las industrias militares anuncian un millón más de despidos en tres años; el paro real disminuye sólo a base de empleo muy precario y mal pagado; ciertamente, hay menos inflación, pero ello es debido a la ya mencionada no reactivación sensible del consumo. Y ello no ha provocado ni un duradero reequilibrio de la balanza comercial. 35.000.000 de pobres constituyen el telón de fondo, junto con una desigualdad social preocupante por disparada y profundamente desmotivadora: entre 1968 y 1994, el 20 por 100 más rico de la población de Estados Unidos ha aumentado su renta un 44 por 100 en dólares reales, mientras que el 20 por 100 más pobre sólo ha avanzado un 7 por 100.

Esa crisis está extendida por doquier. Ciertamente, y en primer lugar, a las economías más conectadas con la norteamericana, como la británica, que ha sufrido un rápido aumento de la pobreza, de los *homeless* (62.000 familias), 5.000.000 de parados reales, 20.000 quiebras empresariales algún mes, un niño de cada tres en el umbral de pobreza, vuelta a la explotación de la mano de obra infantil, y la caída y luego la no reactivación del consumo...

Caso también de Italia, al borde del colapso presupuestario y de la «mafianización» de su economía, y con paro creciente. En Francia se intentó vadear el temporal a golpe de *stop and go* y, gracias a la presión social cada vez más fuerte, a la reactivación de la economía por la vía de la demanda, y del reparto del trabajo, pero los «mercados» financieros presionaron hasta que esa política se abandonó, con las consiguientes consecuencias catastróficas. Más claro aún es el caso de Bélgica, donde se bate el récord de la OCDE de

endeudamiento nacional, las rentas de los asalariados han descendido un 13 por 100 en diez años y hay más de un 10 por 100 de paro incomprimible; caso de Alemania, donde, a pesar del latigazo que ha supuesto la incorporación de los varios millones de habitantes de la RDA y gracias a los esfuerzos obsesivos del Bundesbank contra la inflación,[11] han decrecido el PIB y el empleo...

La pobreza, por lo tanto, se extiende, reapareciendo incluso los casos de «pobreza absoluta». Denis Clerc ha podido explicar[12] que estamos pasando «de la producción de las riquezas a la de los excluidos»; éstos, además, son tantos que ya no caben en guetos, mientras los ricos se atrincheran en zonas reservadas... Pero hay más, no es ya, como explicaba Marx, que «las capas bajas de la antigua sociedad se pudren porque no hallan lugar en la nueva», sino que «hay una novedad: no se nace pobre actualmente, sino que uno se torna tal. Frente a las vicisitudes de la existencia, algunos pierden sus defensas y son arrastrados por la ola. Nuestra sociedad produce pobreza igual que mercancías».

De Estados Unidos ya hemos hablado: 53 millones de pobres sólo para la CEE, explica A. M. Michel, de «Socorro Católico Europeo», y que ya, al no poder dejarlos reventar de hambre, saldrán «caros»: «Los pobres no son baratos, contrariamente a lo que creen los ricos, de que con las migajas del pastel tendrán bastante».

Ya hemos dado cuenta del crecimiento de la desigualdad en Estados Unidos. Igual sucede en Europa. En Gran Bretaña, durante la era Thatcher, y luego la de Major, si la carga impositiva de una familia promedio se elevó en más de dos puntos, la fiscalidad sobre los más ricos se redujo a la mitad. En Francia, Alemania y España crece la desigualdad social y se impone la moral de «tanto tienes, tanto vales». Incluso en Bélgica, estado con la legislación social más avanzada de Europa,[13] se reconoce que, en los últimos diez años, mientras que los beneficios empresariales han aumentado un 75 por 100 y las rentas del capital un 37 por 100, las salariales han descendido un 14 por 100, y no importa que, durante el mismo período, el PNB haya crecido un 24 por 100: 652.000 familias (21 por 100 del total) viven en situación de pobreza, y el paro sigue ascendiendo.

No digamos ya los resultados de las terapias de apropiación primitiva capitalista «tipo antiguo Oeste americano a mediados del siglo XIX» que se están aplicando en muchas zonas de la Europa al

este del Oder (y que están provocando el retorno de mayorías parlamentarias de ex *aparatchiks* comunistas).

Ahora bien: no es la cuestión de la pobreza absoluta la más grave (excepto, claro está, humanamente considerada), sino la de la pobreza relativa. Derivada no sólo de la comparación de «mi no-riqueza» con la riqueza de los demás, sino de la comparación de mi propia situación real con mis propias aspiraciones, apetencias y expectativas. Más claramente: la ley marxista de empobrecimiento paulatino del proletariado y su incidencia revolucionaria sólo estaba errada en tanto que Marx pareció enunciarla en términos absolutos. Así, la «privación relativa» vincula las situaciones revolucionarias (o, sencillamente, de desasosiego social) a la aparición de un desfase entre las expectativas de la población y la capacidad de la sociedad para satisfacerlas. Son cuatro las situaciones de tensión descritas por René Carrere y Gaston Bouthoul,[14] pero una particularmente debe atraer nuestra atención.[15]

Estos autores explican que las revueltas, es decir, la aparición de actitudes anti-Sistema y su radicalización, «tienen como causa un sentimiento de frustración, un descontento o un grado de privación relativa, y esta última noción no tiene evidentemente un carácter objetivo y/o absoluto: es un estado de ánimo, y por lo tanto algo relativo; pero constituye la condición *sine qua non* de todo conflicto interno». La «privación relativa» se traduce, pues, en «un desfase entre las aspiraciones de los individuos y grupos, y las posibilidades que creen tener de realizar sus aspiraciones. Esos individuos y esos grupos sienten un fuerte descontento cuando no pueden obtener lo que estiman merecer y cuando no progresan suficientemente deprisa hacia la realización de sus objetivos. Entonces se desencadena el mecanismo "frustración-agresión" ... Sólo entonces interviene el juicio que porta sobre la justificación y la utilidad de una protesta colectiva y de la violencia».

Hay, pues, «privación relativa» cuando las aspiraciones se desarrollan sin que progresen las posibilidades de que se cumplan. Hay, ya lo hemos dicho, varios escenarios, pero el más interesante es el (véase el gráfico en la nota 15) «que describe una situación típicamente revolucionaria: cuando un incremento sensible de las posibilidades y de las expectativas es seguido por una regresión relativa».[16]

Este fue el caso de la Revolución francesa, cuando varias malas cosechas y un colapso económico y del subsistema distributivo siguie-

ron a un período de crecimiento ininterrumpido del bienestar durante casi 30 años; o el de la Rusia zarista, en 1917, donde el inicio del «despegue económico autosostenido» (como diría W. W. Rostow), acompañado por un incremento de las expectativas, no pudo finalmente satisfacerlas, habida cuenta la estructura social, religiosa y política de la Rusia zarista; o el caso mismo de la antigua URSS, cuando la promesa de establecimiento del comunismo y de la abundancia vio su cumplimiento eternamente diferido por parte de un sistema productivo que, después de décadas de crecimiento, dio muestras de agotamiento y de no poder satisfacer, sobre todo por el colapso de su subsistema de distribución, las expectativas cada vez más crecientes de la población.

Y es el caso, hoy en general, del llamado «Primer Mundo» [17] (donde el progreso como realidad histórica básica, a diferencia del Tercer Mundo, está grabado en las mentes; donde, de hecho, desde las revoluciones francesa e industrial, la historia es la de un crecimiento casi permanente del conocimiento, del progreso y del bienestar con tendencia, hasta hace unos años, a la aceleración; y donde, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se ha producido el más espectacular crecimiento del consumo y del nivel de vida general, garantizado en su permanencia por la fortaleza de seguridad social que representaba ese producto de la Segunda Guerra Mundial que fue el *Welfare State*, y acompañado de la falacia de que, por la vía de la fiscalidad redistributiva hacia los pobres, las crisis económicas ya sólo representaban un mal recuerdo incapaz de retornar) en el que, a la vista de la actual realidad económica, existen razones económicas suficientes (toda vez que aumentan la pobreza absoluta, la relativa, las desigualdades, el paro y para colmo, a través del progresivo deterioro del Estado del bienestar, la inseguridad) para que aumente la «privación relativa», y, por ende, la protesta contra el Sistema.

Pero es que hay algo más de lo que, con ingenio, alguno ha llamado la «llegada del Estado de malestar». Más razones para atacar el Sistema: por ejemplo, se nos dijo que la caída de los sistemas «del Este» iba a permitir, a través de un drástico proceso de reducción de gastos militares, un crecimiento económico aún mayor acompañado de los primeros intentos serios de erradicación de la pobreza extrema; lo cual no se ha cumplido, con la consiguiente frustración social. Por ejemplo, las economías son cada vez menos

nacionales y, por ende, cada vez más internacionales, con lo cual se pierde la posibilidad de control sobre el propio bienestar y aumenta la irritación porque éste dependa de voluntades no propias (causa esta, entre otras, del repliegue sobre el grupo más familiar: familia, municipio, región, etc.). Por ejemplo, la terciarización de la economía, y los procesos de incremento del paro obrero cuando no de franca desindustrialización. Por ejemplo, una «división internacional del trabajo «basada en una concepción del libre cambio que obliga a alinearse sobre aquellos precios que sean más bajos aun cuando ello sea gracias a un despiadado *dumping* a costa de la explotación de los trabajadores (caso de los famosos «dragones» asiáticos y de Japón), con el resultado de que ha terminado imponiéndose la falacia de que competitividad implica eliminación de puestos de trabajo. Por ejemplo, el paso de un paro coyuntural a otro estructural, de larga duración. Por ejemplo, la moda de denigrar la labor, la representación y la función sindical, que se tienen por superfluas o retrógradas (cuando, realmente, y ante el creciente predominio del capital y de la empresa, la defensa sindical del trabajador termina transformándose en algo imprescindible).

Más causas sociales y políticas del aumento de la desafección al Sistema: desde la sensación de las clases medias de que no es imposible una caída de un proceso de proletarización, hasta la corrupción creciente de las clases políticas; desde, hundidos o muy mitigados los partidos comunistas, y muy edulcoradas las formaciones socialistas, la desaparición de una oposición verdadera y la exaltación de los procesos de excesiva convergencia programática entre los gobiernos y la oposición; hasta la propensión de los gobiernos a incumplir sus promesas electorales, eso sí, recurriendo al voto popular cada equis años amenazando con que «los otros lo harán peor».

Estos dos últimos puntos, y el siguiente que ahora veremos, son muy importantes. En efecto, la biología del comportamiento, aplicada a la política[18] ha demostrado que, en el animal *sapiens*, la evolutivamente necesaria ritualización de la agresividad, en su modalidad más avanzada, es la democracia. Como explica, además, Yves Christen:

> Hay una relación directa entre más competitividad entre elites [y los *suporters* de las elites] y progreso político, hasta culminar en la democracia, etológicamente el sistema más competitivo, más eficaz,

y más evolucionado. La aristocracia es más primitiva que la democracia, está más claramente conectada al proceso inicial típicamente «primate»: deferencia hacia los jefes, personalización del poder, ceremonial importante, etc. Y mientras que en un sistema aristocrático, los líderes sufren menos contestación, en democracia, la competitividad es permanente.

Ahora bien, si falla el mecanismo de ritualización (porque quede falseado por un excesivo peso de las oligarquías, como es el caso hoy tanto en Europa Occidental, como en Estados Unidos y el mundo anglosajón); si cada vez sirve de menos votar (por ejemplo, porque en virtud de la hegemonía de un «pensamiento único», no hay alternativa real por la que inclinarse),[19] la agresividad tiende, en una primera fase, a derivar, desde el voto a las formaciones más «sistémicas», hacia la abstención, luego a la baja de militancia; después al voto de castigo en favor de la oposición; y más tarde al voto «anti-Sistema». Fase en la que estamos entrando ahora.[20]

Otro punto, muy importante, y que hay que relacionar con el proceso que acabamos de describir: la polemología ha descrito con bastante exactitud lo que los políticos saben desde hace milenios, a saber, que la existencia de un enemigo exterior creíble refuerza la cohesión de grupo y elimina divisiones a la vez que refuerza al sistema y a los gobernantes, a los que endiosa, evitándole oposiciones y críticas, etc. El problema reside en que la ausencia (o desaparición) del enemigo exterior tiende a provocar efectos exactamente contrarios: ya que no hay peligro exterior, se puede comenzar a hablar de las deficiencias del sistema propio, el cual es sometido a examen, sobre todo, cuando comienzan a aparecer demasiadas disfunciones, llegándose incluso a descalificaciones, parciales o globales.

Y algunas de las argucias mismas del Sistema están ya hoy volando en pedazos. Por ejemplo, el postergamiento de la política porque se haya entrado en una era de supuesto «final de las ideologías», cuando lo único que de verdad ha finalizado es la dialéctica política de la época de la guerra fría. O porque, sencillamente, la política ha sido arrinconada por la economía, o supeditada a ella: es verdad que, en todas partes, se ha ido hacia el sometimiento, hacia el economicismo, es decir, hacia la lógica capitalista de la rentabilidad y de la competitividad admitidas explícita e implícitamente no como las mejores posibles, sino como las únicas posibles. La

«política», si es que se la menciona, quedaría así reducida al consumo, al cálculo económico, a la solución sin fin de problemas técnicos, a la cuestión del medio ambiente...

Pero lo cierto es que surgen nuevas ideologías, resurgen antiguas, rugen guerras y enfrentamientos, y los imperios siguen cayendo, incapaces de sujetar su periferia. A su vez, los tecnócratas se ven desbordados periódicamente, a la vez por su incapacidad para controlar los acontecimientos y por los enfados, cuando no sustos mayores, por parte de los pueblos. Nunca han aparecido tan gravemente los defectos de la gestión, y, sobre todo, de la ausencia de la decisión; es decir, la ausencia momentánea de la política. A término, en entredicho, el Sistema...

¿Qué es un Sistema? Es un compuesto de partes interdependientes muy complejas, como un ordenador que procesa *inputs* y produce *outputs*, mientras los mecanismos de ajuste permiten una retroalimentación que va desde los *outputs* al mecanismo de producción de *inputs*.[21]

Algunos lo definen también como el «centro», «lo institucional», lo establecido, lo legal. En contraposición, la «periferia» sería lo «no institucional», lo que está fuera del Sistema, y a veces puede considerarse como anti-Sistema, en todo caso casi como lo ilegal...

¿Y un sistema social? En su obra *Teoría de la constitución*, para Karl Loewestein, es una «sociedad habitualmente estatal, que vive bajo una ideología política concreta, sociopolítica, ética o religiosa, a la cual corresponden determinadas instituciones destinadas a realizar dicha ideología dominante».

Ahorraremos más explicaciones teóricas si definimos al actual Sistema como el modelo correspondiente a la idea «capitalista liberal»: ultraliberalismo económico y oligarquismo financiero más o menos atemperados; división internacional del trabajo con predominio de los anglosajones en particular y de los blancos en general; democracia política mediatizada (secuestrada incluso a veces) por las oligarquías de los partidos, y de los grupos de presión y de comunicación, así como por los poderes económicos y financieros; domesticación de las fuerzas sociales y religiosas, y hasta de la expresión cultural.[22]

Lógicamente, esto no es acorde con la mayoría de los valores que presiden los ideales que nos son inculcados o, sencillamente, con nuestra educación, lo que hace difícil que ese «panorama» descrito

en el párrafo anterior sea aceptable. Por ello, para lograr su aceptación, el Sistema «legitima» su insuficiente grado de representación popular real a través de una «democracia» siempre más o menos aparentemente amenazada por poderes exteriores o quintas columnas interiores; y por la generalidad (sólo hay «este» sistema) de un modelo económico unitario (ya hemos dicho que con pretensión universal, y que se pretende generalizar por la fuerza de los flujos económicos, y, si es menester, de otros más «convincentes»), Sistema basado en el desarrollismo, el consumismo masivo, y en la más o menos aparente o real satisfacción de expectativas personales de bienestar, todo ello basado en el «tanto tienes, tanto vales», y el traslado, hacia fuera, de las fronteras de una parte de la explotación del trabajador. Se trata de mecanismos de «sobrelegitimación» del sistema, «sobrelegitimación» para compensar la «deslegitimación» producida por el desfase entre, por una parte, la ideología y, por otra, la práctica real del sistema...

Por cierto, que a pesar de que el Sistema requiere que, al menos, una parte de su periferia sirva de volante de desempleados y de proveedora de materias primas baratas, así como de compradores de sus excedentes, intenta extenderse tanto externa como internamente: hacia dentro, asimilando, socializando, integrando y absorbiendo la totalidad de la «sociedad global» (Georges Gurvitch); hacia fuera, extendiendo sus pautas de comportamiento a las naciones que aún no se integran en sus circuitos económicos, o no le rinden vasallaje político, económico, militar y cultural.

Paradójicamente, pues, el Sistema se debate entre la dinámica de integración total de su periferia más externa hacia dentro, y la necesidad de que otro anillo venga a sustituir al anterior.[23]

Por cierto que, amén de recurrir a las técnicas de «sobrelegitimación», el sistema utiliza medios de integración que son de lo más variados. Aunque hay uno fundamental: Gerhard Lenski decía (en su extraordinaria y poco leída obra *Poder y privilegio; teoría de la estratificación social*,[24] única síntesis lograda entre los enfoques marxista, funcionalista y paretiano) que el origen de la estratificación social reside originariamente en la toma del poder, por la fuerza, por un grupo; éste se percata pronto de que el desgaste del mantenimiento en el poder exclusivamente por la coacción es excesivo y que pone en cuestión los fundamentos mismos de aquél; por ello, el grupo dirigente dividirá el producto social, la Renta Nacional,

en dos partes: una parte, repartida por igual entre todos, lo suficientemente elevada como para interesar a los individuos el vivir en esa sociedad (o no huir de ella), pero también lo suficientemente reducida (un mínimo vital, aunque no meramente fisiológico, sino, lógicamente, cultural) como para que se pueda constituir un excedente, una reserva, una segunda parte además de la ya distribuida; segunda parte que será destinada, mediante su reparto, a la creación de un sentimiento de afecto al Sistema y a su clan dominante: es la creación de una clase media, una clase ciertamente no gobernante, pero sí «agraciada», privilegiada, por el poder. A partir de ese momento, el Sistema, para mantenerse, tenderá a mezclar los dos ingredientes de dominación y de legitimación: la fuerza y el privilegio de acceso al reparto del excedente.

Pues bien: como no toda la población puede ser «comprada» con el excedente (dado que si éste alcanzara a todos sus miembros sin excepción no sufriría el efecto deseado, ya que el sentimiento de privilegio es subjetivo, y entonces este privilegio se transformaría pronto en parte del mínimo vital exigible para seguir viviendo en sociedad; por ende, habría que generar más bienes para crear un nuevo excedente que repartir a personas para que se sintieran subjetivamente privilegiadas, es decir, por recibir más que los demás), o no desea ser comprada (por ejemplo, por incompatibilidad de valores con la clase dirigente y con el Sistema), eso que queda por integrar constituye la periferia del Sistema.

Dicho de otra manera: el Sistema se compone de centro y de periferia; cuanto más rica sea la sociedad y menos injusta (sin ser igualitaria), mayor será el centro, menor su periferia, y mayor la estabilidad del Sistema; y a la inversa.

Por cierto que, definida la periferia como lo que queda fuera del centro, hay que distinguir después entre la periferia «del Sistema» y la «anti-Sistema». La periferia «del Sistema» ha sido descrita (por R. Prebisch y R. Frank entre otros) como la «parte del Sistema que, no integrada en el centro, contribuye voluntariamente al mantenimiento, al ajuste, del Sistema». Se trata habitualmente de grupos que desean acceder al centro, y que aprovechan las tensiones dentro del mismo centro y entre éste y las periferias para acceder a ese centro. Por ejemplo, en Francia, el Frente Nacional de Le Pen que, más que anti-Sistema, en realidad se configura, al menos aparentemente, como veremos, como partido «del Sistema», apoyando su acción

de progreso hacia el centro en las tensiones de la relación centro-periferia. Dicho de otra manera, el PFN acepta formalmente el Sistema, y es un partido básicamente comprometido con el modelo del centro político, económico y social, pero aprovecha una posición periférica para movilizar a su favor parte de la periferia, y dotarse de una fuerza de la que originariamente carecía. Es el mismo caso que el de los *Republikaner* alemanes (volveremos sobre este particular).

Puede ocurrir también que partidos «del Sistema» se tornen disfuncionales al no defender la totalidad de los planteamientos, valores e instituciones del Sistema, o bien por exagerar la intensidad de la competición con las demás fuerzas del Sistema. Hasta la defensa a ultranza del Sistema (o de uno o varios de sus principios o valores) puede provocar dicho efecto, aunque sea por analogía con aquella ley de la burocracia real que afirma que un sistema, en este caso burocrático, perecería a causa de la aplicación a rajatabla de todas sus normas (o, a la inversa, la buena marcha de una institución requiere elasticidad; como dice la sabiduría popular: «Lo mejor es enemigo de lo bueno»).

Lo cierto es que también determinados nacionalismos o fundamentalismos religiosos, *a priori* no anti-Sistema, presionan tanto para acercarse al centro del Sistema que, a veces, involuntariamente, producen efectos adversos, o lo desequilibran notoriamente (por ejemplo, en el caso de los nacionalismos regionales, o locales, cuando desembocan en la ruptura del mercado económico unitario o del conjunto cultural y/o axiológico sobre los que se sustentaba el Sistema).

La «periferia del Sistema» la componen, pues, grupos afectos al Sistema, pero que según los casos pueden contribuir al mantenimiento o «ajuste» del Sistema (para utilizar una fraseología funcionalista, en este caso correcta), o a la inversa (si se pasan, o se equivocan en sus esfuerzos, por controlar o acceder el centro del Sistema).

Por oposición, la «periferia anti-Sistema» (o «periferia para sí», como diría Marx) o los «anti-Sistemas», acepten o no las reglas de la competencia política dentro del Sistema, desean el cambio radical de su naturaleza profunda; son grupos que no desean, en definitiva, formar parte del Sistema y pretenden sustituirlo por otro. Estos son, hoy, los partidos auténticamente partidarios del cambio (sin prejuzgar la naturaleza positiva o negativa de éste). Como ejemplo de esto, como veremos, y por contraposición a los grupos ya citados del PFN francés y de los *republikaners* alemanes, grupos fascistas muy radicales, integristas religiosos y/o morales, pero también, y con vocación

progresista, los izquierdistas radicales, anarquistas, comunistas y neocomunistas, ecologistas, movimientos ciudadanos radicales y reivindicativos, etc.

Al igual que determinados partidos periféricos, pero «del Sistema», producen efectos adversos, puede ocurrir que partidos anti-Sistema contribuyan, por una estrategia o táctica equivocadas, al ajuste, integración y mantenimiento del Sistema. Ya la guerra fría nos ofreció el ejemplo de dos Sistemas antagónicos, el capitalista liberal y el colectivista soviético, y el de los partidos políticos partidarios de uno y otro, que se reforzaban mutuamente consiguiendo, con sus errores de estrategia, consolidar más aún al adversario, al menos hasta que las contradicciones crecientes del funcionamiento de uno de ellos y el colapso de su clase dirigente (amén de los efectos combinados de la financiación de la *guerra de las galaxias*, de los nuevos rumbos del papado, de la pérdida de la guerra de Afganistán, del fracaso de Gorbachov de adaptación del Sistema soviético, etc.) dejarán a uno solo de los contendientes. ¡La «amenaza» comunista fue fundamental tantas veces como factor de integración del Sistema!

Finalmente, está la «periferia geográfica» del Sistema. Éste, como veremos, tiene su centro geográfico en Estados Unidos, protegido por un «primer círculo» constituido por lo que podríamos llamar potencias anglosajonas (Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Gran Bretaña y sus protegidos más inmediatos: Holanda, Dinamarca, Noruega y Portugal); un «segundo círculo», especies de tribus germánicas en situación de vasallaje (todo el resto de Europa Occidental y Japón);[25] un «tercer círculo» ya fuera del «centro», el *limes estable* (por ejemplo, Turquía, los antiguos países del Este excepto las repúblicas musulmanas de la antigua URSS, México y parte de América Central y del Sur, la República Surafricana, Marruecos, Tunicia, Egipto, Siria, Pakistán, determinados países indochinos, Filipinas e Indonesia); y un «cuarto círculo» o *limes inestable*: Nicaragua, Cuba, Afganistán, Argelia, Irak, Libia, Nigeria. Más allá, anti-Sistemas reales o potenciales como China, India, etc. Más allá aún, lo que no cuenta ya para nada, *hinc sunt leones* o casi (África negra, etcétera).

Por cierto: la desaparición del «bloque soviético» obliga ahora al Sistema, considerablemente ampliado, a buscar enemigos de sustitución con los que conseguir periódicamente recohesionamientos, reajustes y reintegraciones del Sistema. Como dichos enemigos de sustitución, para ser eficaces —y actualmente lo son muy poco—,

necesitan ser creíbles, los medios de comunicación y su control (como se demostró en la guerra del Golfo)[26] son, hoy más que nunca, esenciales para el Sistema.

Yendo más lejos aún, es formulable la ley según la cual la aparición de actitudes y posicionamientos anti-Sistema (o dicho de otra forma, el reforzamiento de la periferia anti-Sistema por efecto de las propias contradicciones, tensiones, y por la marcha general del Sistema) es combatida por el Sistema, entre otros medios, mediante la denuncia de anti-Sistemas, a veces dentro del mismo sistema global, otras fuera del ámbito geográfico del Sistema. Por ejemplo, Irak o el Islam fundamentalista radical, pero también los narcotraficantes suramericanos y asiáticos. Por cierto, que la designación del anti-Sistema (o de enemigos exteriores o de chivos expiatorios) tiende con excesiva frecuencia a recaer sobre aquellos países que podrían, militarmente, o bien emanciparse del Sistema, o bien erigirse en centros de otros Sistemas.[27]

En definitiva, el «centro» o «Sistema» es el espacio político (o geográfico) ocupado por aquellos grupos (o naciones) que disponen de poder, participan activa, no pasivamente, en el control del juego de intereses, y coinciden ideológicamente con aquél. El «centro» está integrado siempre por grupos «del Sistema».

La «periferia» a su vez es divisible, por una parte, en periferia «del Sistema», que acepta el «Sistema» y no desea cambiarlo; no ocupa poder en el centro pero aspira a ello, comportándose en lo demás como un miembro del «centro». Y, por otra, en periferia «anti-Sistema», que son los grupos (o naciones, movimientos, ideas, etc.) que ponen en tela de juicio el «Sistema», sus valores, su legitimidad y su funcionamiento, no participan (al menos directamente) en sus decisiones, ni han desempeñado papel alguno en la confección de las reglas del «juego», el reparto de poder (o en su modificación); y, en ocasiones, proponen un nuevo Sistema... La «periferia del Sistema» está integrada por grupos, en definitiva, afectos al Sistema; la periferia «anti-Sistema», no.[28]

Las clasificaciones de los grupos periféricos comienzan a abundar. No son ni peores ni mejores que la que hemos ofrecido, a nivel teórico, en el plan de la obra que aquí aplicaremos; plan que integra, en un primer libro, aparte de este capítulo sobre «Anti-Sistema, privación relativa y voto de protesta», otros sobre el neofascismo y sus derivados (incluido el llamado «nacionalbolchevismo»), el neo-

populismo y la nueva izquierda; los ultranacionalismos, los fundamentalismos religiosos. Finalmente, nos referiremos a las «periferias geográficas» del «Sistema imperial» que, actualmente, domina las relaciones internacionales.

Plan que evidentemente no atiende ni a ejes de derecha e izquierda, ni a la capacidad cuantitativa o cualitativa de movilización popular. Por cierto, entendemos lo radical no forzosamente en el sentido de extremista; como decía Marx, «ser radical es ir a la raíz de las cosas...».

Notas

1. París, 1992.
2. Recuérdese el libro de Paul Bernanos, *La grande peur des bienpensants*, París, 1936.
3. Que, digan lo que digan muchos de los historiadores modernos, tuvieron sobre todo el carácter de conflicto de intereses capitalistas e imperialistas.
4. Más o menos, todos hicieron entonces «keynesianismo»: Roosevelt, Mussolini, la propia URSS y Hitler (militarismo, keynesianismo, más «inflación dirigida» que diría Jacques Rueff, en *L'ère de l'inflation*, París, 1965).
5. Aun cuando Alemania e Italia dedicasen (como explicó W. W. Rostow, en *Les étapes de la croissance économique*) una parte considerable de los excedentes de riqueza creados a políticas imperialistas, ello no invalida, como se ha podido ver desde 1945, la tendencia general descrita aquí.
6. Como señala incluso Alain Minc en su último libro *L'Argent fou*, el «dinero loco» (París, 1990), actualmente «el dinero es el único valor de la sociedad»; se entiende del modelo occidental.
7. Como explico en mi artículo titulado el «Populismo industrial avanzado», y publicado por la revista *Sistema* (Madrid, julio de 1994), lejos quedan ya los tiempos en los que Samuelson podría definir la economía como la «ciencia alegre del crecimiento», y hablar los economistas de la edad de oro, de los «gloriosos treinta años», y de los «milagros económicos» de la posguerra. Porque el espacio generacional posterior a 1945 se caracterizó por un crecimiento extraordinario, de carácter fundamentalmente industrial, pero arrastró consigo también a los demás sectores. Una expansión industrial, basada en las ramas química, electromecánica y siderúrgica, pujantes en innovación tecnológica y esenciales a la hora de reconstruir una asolada Europa. Un mundo entonces financieramente estabilizado por el predominio monetario y empresarial-bancario norteamericano.

Sin embargo, a partir del inicio de la década de los setenta, el panorama cambia. Ya las curvas de crecimiento se tornan más oscilantes, en dientes de sierra cada vez más profundos, a la vez que el crecimiento se ralentiza. Y, hoy, el mundo industrial maduro se enfrenta a una doble crisis económica: de ciclo, y de mutación estructural; a su vez, en el resto del mundo, surge el contragolpe de la crisis del primero. En efecto, al agotamiento de las potencialidades de crecimiento económico de la posguerra por el lado de la oferta, tanto del factor materias primas (excepto energía) como del tecnológico (se está ralentizando notoriamente la innovación excepto en algunos sectores de las comunicaciones), se suma un fenómeno de

agotamiento del crecimiento por el lado de la demanda; por otra parte, nos hallamos en fase descendente del ciclo Kondrátiev de precios y además en una fase, negativa, de endeudamiento empresarial (ciclo Haberle). Además, no contribuyen a reanimar la demanda los descensos continuados de la natalidad, la debilidad estructuralmente congénita del sector exterior de las economías, la deslocalización industrial que crea paro y deprime más aún la demanda, la saturación del consumo, la crisis de la inversión también por la caída de las tasas de acumulación y la del beneficio del capital, la caída del crecimiento de la productividad de los factores productivos, los errores de la política monetarista.

Todo ello está configurando una crisis económica de carácter predepresivo o, cuando mínimo, recesivo de caídas múltiples (*multiple dip process*) que, para colmo, coincide con un cambio estructural profundo como es, a través de la mecanización, el orillamiento del trabajo humano del proceso productivo, y por ende la llegada de la «era del trabajo sobrante».

8. Desde los trabajos de Nicos Poulantzas, se sabe que, sin embargo, es posible una relativa independencia del poder fascista, si es fuerte, en relación con sus *esponsors*.

9. Según la moderna polemología, hay una gradación en los efectos «positivos» de las contiendas. En lo más bajo de la escala está el «perdedor, invadido y campo de batalla», más arriba el «perdedor, invadido y no campo de batalla», el «perdedor, y no invadido», el «ganador, campo de batalla», y el «ganador no campo de batalla». La guerra contra Irak era, en teoría, «ideal»: el «ganador», Estados Unidos, no sólo no fue invadido, sino que no arriesgó apenas vidas humanas, y sus aliados compartieron el peso militar y asumieron totalmente el económico.

10. ¿Cuáles son las salidas a esta perspectiva? La esencia de la reactivación económica reside en una sencilla ecuación: MV = CP, donde, simplificando mucho, M es la masa monetaria; V, la velocidad con que circula el dinero; C, la cantidad de bienes producida por el país, y P, su precio medio. El secreto está en, siendo V casi una constante, manipular al alza o a la baja la cantidad de dinero (M) para producir, respectivamente, reactivación o desactivación de la producción (C). Ello siempre y cuando no se provoque inflación (en P) por un incremento inmoderado de los medios de pago (M). La segunda cuestión reside después en por cuáles de los circuitos económicos inyectar (o detraer) la masa monetaria necesaria: si es a través de las empresas, desendeudándolas primero e incitándolas después a invertir y a producir más, e incluso —idealmente— más barato, estaremos haciendo reactivación por vía de la oferta; si, al contrario, el dinero es entregado más directamente a los consumidores, estaremos haciendo reactivación por vía de la demanda; y, en ambos casos, con consecuencias diferentes.

Así, y aunque no existe el tipo puro de política económica, la variable activadora mayoritariamente ofertista es más lenta, menos inflacionista, más favorable a las empresas, y, sólo posteriormente, extiende sus beneficios a los consumidores. Es también la más clásica y sus defensores suelen inclinarse por recurrir preferentemente a la política monetaria. La política reactivadora basada en la demanda es más rápida, aunque más inflacionista, y favorece de forma casi simultánea a consumidores y empresas, inclinándose habitualmente sus defensores por la llamada política fiscal. Una diferencia más: la reactivación por la oferta sería más útil en caso de crisis leves y medianas, y francamente contraproducente en caso de recesión grave, siendo en este último caso más recomendable la opción de una fuerte y decidida política de expansión por la demanda. El *crash* de 1929 desembocó en una crisis de considerables consecuencias por las políticas monetaristas, restrictivas y «ofertistas» de los gobiernos; y la situación no mejoró hasta que se adoptaron políticas de reactivación por la demanda (en versiones más democráticas) como el New Deal, o (más autoritarias) como las experiencias de «inflación dirigida» (realizadas por la Alemania nazi y la antigua URSS). Luego, la formidable expansión provocada por la Segunda Guerra Mundial alejó más duraderamente la recesión. Hoy en día, se está de alguna manera repitiendo el esquema. Por una parte, la ola de neoliberalismo y de monetarismo, la exaltación de la ortodoxia económica clásica y el desprecio hacia todo lo que es Estado y keynesianismo; y por otra, la obsesión por la competi-

tividad como valor económico eje, producto a su vez del absurdo de querer que todas las economías sean capaces de vender sus bienes y servicios hasta en el más recóndito submercado de un hipotético «macromercado mundial», han erigido en dogmas a la vez al monetarismo y a la política de reactivación por la oferta. En todo caso, parece que en el neoliberalismo que hemos descrito (y que Pierre André Chiappori y Gilles Saint-Paul resumen, véase *Le Monde* del 27 de octubre de 1992, «Vers un reflux des theses liberales?», en cinco puntos: 1. creencia en la eficacia del mercado en tanto que mecanismo de distribución de los recursos; 2. limitación del papel del Estado al mantenimiento de la competencia en el mercado; particularmente, rechazo de las políticas sectoriales o de la planificación incluso indicativa; 3. abandono de las políticas reactivadoras dado que no pueden (?) tener efectos sistemáticos sobre la actividad económica, y mantenimiento de la tasa de crecimiento de la masa monetaria en un nivel débil y constante; 4. libre cambio y fluctuación monetaria libre; y 5. abandono de la imposición excesiva, de los factores de distorsión, más ampliación de la base fiscal) retrocede ya algo en las mentes de los economistas, y que (en virtud del reconocimiento de que el mercado sólo puede funcionar correctamente en caso de que las disparidades entre actores no sean excesivas; de que no es nada cierto —sino al contrario— el postulado según el cual la intervención estatal no ha propiciado un crecimiento económico más rápido; y de que el mercado deja escapar demasiadas externalidades en el trato entre actores) se está volviendo a una valoración positiva del papel del Estado en la materia.

11. Por cierto, que algún día escribiremos un «elogio de la inflación». Alain Minc (en «La desinflation fait exploser la petite bourgeoisie», *L'Événement du Jeudi*, de 2 de septiembre de 1992) afirma que: «El gran factor de unificación y homogeneización de las clases medias fue la inflación, que permitió el endeudamiento, ese extraordinario factor de igualdad social. Hoy las tasas de interés reales impiden dicho proceso. El final de la inflación es para mí la causa determinante del actual desencanto, porque se ha producido ya un desgarro importante en ese tejido social antaño homogéneo; por una parte, los que pueden adquirir su patrimonio y, sobre todo, su vivienda, y por otra parte, los demás». Añaden Guy Neyret y Anne-Sophie Mercier (en «El gran lamento de las clases medias...». *L'Événement du Jeudi*, ya citado): «Antaño, se conseguían alzas salariales del 6 al 8 por 100, claro está, inmediatamente devoradas por la inflación, pero se tenía la sensación de progresar; hoy se regatea por un 2 por 100...».

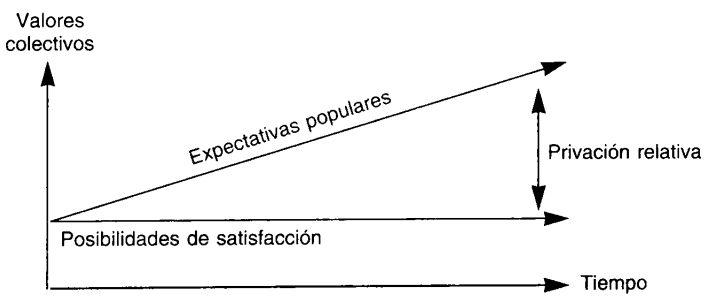
12. En *Le Monde Diplomatique*, de 15 de julio de 1992.

13. A título de ejemplo, el seguro de desempleo no tiene límite temporal.

14. En «Privation relative, frustation et agression». *Revue Française de Polemologie*, París, 1975, pp. 20 ss.

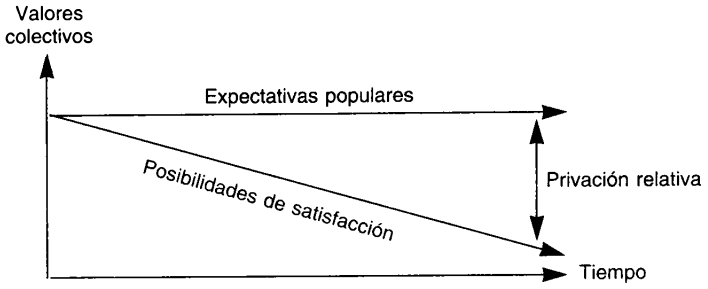
15. Son cuatro, en efecto, las hipótesis posibles.

Hipótesis I: expectativas crecientes con posibilidades estancadas.



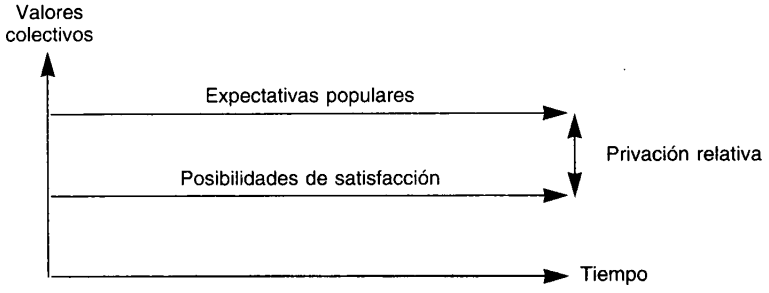
Al cabo de cierto tiempo, las expectativas tenderán a alinearse sobre las posibilidades.

Hipótesis II: expectativas estancadas con posibilidades decrecientes.



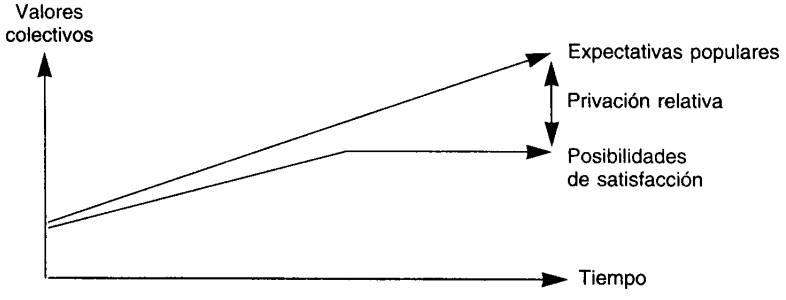
Evolución previsible: la misma que en la hipótesis I.

Hipótesis III:



En este caso, la PR es constante y, a muy largo plazo, o se produce el estallido social, o es dominado, en cuyo caso las expectativas tenderán a disminuir, alineándose sobre la curva de posibilidades.

Hipótesis IV:



Tras un período de tiempo en el que posibilidades y expectativas crecen con rapidez, las primeras comienzan a flaquear y se produce un hiato cada vez mayor entre ambas curvas. Aquí es más fácil la revolución...

16. Así que se está volviendo sobre el precipitado juicio negativo acerca de la ley emitida por Marx. No me resisto a comparar el siguiente texto del *Manifiesto del partido comunista*: «En los países donde se desarrolló la civilización moderna, se ha formado una nueva clase de pequeños burgueses que oscilan entre el proletariado y la burguesía: fracción complementaria de la sociedad burguesa, se reconstituye sin cesar, pero, a consecuencia de la competencia, los individuos que la componen están constantemente precipitados hacia las filas proletarias; más aún, dado el progresivo desarrollo de la gran industria, ven acercarse la hora en la que desaparecerán totalmente en tanto que fracción autónoma de la sociedad moderna y serán sustituidos, en el comercio, las fábricas y la agricultura, por capataces domésticos»; y el de André Chambraud, sociólogo francés, 144 años después: «[hoy] los burgueses son sobre todo asalariados en su inmensa (85,6 por 100) mayoría; y muchos de ellos, en realidad, se sienten proletarizados ... Antaño, era burgués el que se beneficiaba de un cierto estatus social, pero, sobre todo, de una cierta seguridad (herencia, ahorros, solidaridad familiar, nivel cultural). Pero hoy las nuevas clases medias viven, al contrario, con un gran sentimiento de inseguridad. En ellas es donde el ascenso social es más rudo, el temor a la regresión social más fuerte; son, además, presas de la descalificación, del paro, de la pobreza, de la exclusión ...». Para desarrollar la teoría de la «privación relativa» se consultarán con provecho las obras de los sociólogos y economistas siguientes: Alexis de Tocqueville, James C. Dabies, Frierbend y Grurr, entre otros, aparte de los ya citados.

17. Porque el Tercer Mundo, desgraciadamente, poco acostumbrado está a crecer económicamente; y lo que creció, durante los cortos períodos más fastos de la colonización, favoreció sobre todo a los colonos europeos y a una exigua capa superior, mezcla de terratenientes y comerciantes mucho más preocupados por evadir los beneficios fuera del país que por «cebar la bomba» de un crecimiento nacional «autosostenido».

18. Véanse al respecto las siguientes interesantes (aunque algunas opinables) obras: Robert Ardrey, *African genesis. Le territoire. Le contrat social*, y *La loi naturelle*, París, 1963, 1967 y 1971; J. D. Carthy y F. J. Ebling, *Historia natural de la agresión*, México, 1970; Yves Christen, *Biologie de l'idéologie*, París, 1986; Richard Dawkins, *Le gêne égoïste*, París, 1978; Irenaus Eibl Eibesfeldt, *Ethologie. Biologie du comportement. L'Homme programmé* y *Contre l'agression*, París, 1972 y 1976; Robin Fox y Lionel Tiger, *L'Animal imperial*, París, 1980; Friedrich Hacker, *Agression/Violence dans le monde moderne*, París, 1972; Edward T. Hall, *Au delà de la culture*, París, 1979; Konrad Lorenz, *El comportamiento animal y humano*, Barcelona, 1972; Jacques Van Rillaer, *La agresividad humana*, Barcelona, 1977; Herve Savon, *Du cannibalisme au genocide*, París, 1972; George Steiner, *La culture contre l'homme*, París, 1973; Anthony Storr, *La agresividad humana. L'Instinct de destruction* y *Les ressorts de la création*, Madrid, 1970, y París, 1973 y 1974; y Edward O. Wilson, *Sociobiology* y *L'Humaine nature*, Harvard, 1975, y París, 1979.

19. Varios son los factores que han contribuido al actual descrédito de la política y de los regímenes «representativos democratizados»:

Primero, por el aumento de la exclusión socioeconómica debido a la insistencia dominante en combatir el ciclo económico a través de la inversión, del desendeudamiento empresarial y del comercio exterior en lugar de hacerlo por la vía de la expansión salarial, de la reactivación del consumo y del autocentramiento de las economías eurocontinentales.

En segundo lugar, por el incremento no sólo hacia abajo de la segregación social, con la aparición de un «cuarto mundo» —el de las bolsas de «pobreza absoluta»—, sino también hacia arriba: para entendernos, el creciente cierre sobre sí mismas de las elites y su progresiva «sobreelitización».

La creciente homogeneización hacia arriba de esas elites se traduce, además, por el hundimiento de los rasgos ideológicos diferenciadores que podrían definir diferentes alternativas de poder. Se iría así, a marchas forzadas, hacia una especie de partido único, en cuyo seno las antiguas formaciones políticas clásicas quedarían rebajadas al nivel de tendencias cada vez más indiferenciadas.

Ahora bien, si cada vez hay menos donde optar, pues sencillamente se deja de hacerlo. Máxime cuando amenaza una especie de cinturón de castidad ideológico, un «pensamiento único», un «círculo de la razón», que descalifica, de entrada, cualquier crítica radical —de raíz— de la situación reinante.

El «pensamiento único» halla su primera formulación pública, según explica M. Schooyans, en el «Informe sobre el desarrollo en el mundo» de 1991, del Banco Mundial, en el que, tras una definición puramente económica del desarrollo, éste es condicionado a la obtención para el mercado y la propiedad privada del papel principal en cualquier circunstancia; a la creación de un clima «securizante» para las empresas; al aumento de la productividad; a la apertura exterior de los mercados, tanto de mercancías como de capitales; a la reducción del déficit presupuestario, de la inflación, del consumo y la expansión de las inversiones. Como explica el autor de *La derive totalitaire du liberalisme* (París, 1996): «El poder político queda subsumido en el económico: es subalterno...».

Cinco años más tarde, la «deriva» se ha transformado en el cuerpo central de la doctrina. Así, hay cada vez menos dudas sobre la marcha hacia el antes mencionado «partido único», consecuencia final del «pensamiento único»: según un sondeo de octubre de 1995, el 55 por 100 de los franceses estaban convencidos de que un gobierno de izquierdas no lo haría «ni mejor ni peor» que otro de derechas (y el 45 por 100 de los electores de izquierda opinaban que un cambio de mayoría «no afectaría seriamente a la realidad económica y social del país»). A su vez, *Le Monde Diplomatique* de septiembre de 1995 titulaba: «En el Reino Unido los laboristas preparan un relevo leal del thatcherismo: auténtica precariedad social, falsa alternancia política»; ello mientras el de julio de 1995 denunciaba la «ideología uniforme del G7». Un mes antes, Christian de Brie llamaba la atención, en la misma publicación, sobre «la marcha hacia el radiante partido único»: en Europa, afirmaba, «la vida democrática tiene tendencia a conformarse en un modelo político único. La alternancia suscita tanto menos debates cuanto que se producen entre candidatos y formaciones que presentan programas casi similares».

En cuanto al director de *L'Evenement du Jeudi*, Jean-François Kahn, sobre cuyo libro nos extenderemos, en octubre de 1995 aprovechaba para lanzar una enumeración del número creciente de tabúes destinados a defender al «Sistema»: así, desde la quiebra del modelo soviético, «designar la fuente real del mal hace incurrir en una acusación de anatema, y sin embargo son, en efecto, las derivas de una lógica capitalista, mundializada y que se ha vuelto loca, las que son puestas en entredicho a través de la cadena de sus consecuencias perversas: exacerbación de las desigualdades por pauperización relativa y de las exclusiones por pauperización absoluta; inaudita concentración de poderes de decisión económica a escala planetaria; laminado de las autonomías nacionales por el efecto de la dictadura universal de los especuladores transformados en acreedores; dictadura institucionalizada de una ideología única».

En el origen de la denuncia del «pensamiento único» hallamos cuatro autores: Ignacio Ramonet, Noam Chomsky, I. Ward y, sobre todo, J.-F. Kahn. (Amén de Kostas Axelos, que merece un estudio aparte pero que ya dio la primera campanada teórica con su obra *Vers une pensee planetaire*, en 1964). De los primeros, conviene leer el libro, editado en España, titulado *Cómo nos venden la moto*. Aunque la concepción de Ramonet sobre el pensamiento único es básicamente económica (véase *Le Monde Diplomatique* de octubre de 1995: «Un monde sans cap»), ha sido brillantemente desarrollada por Ricardo Petrella, profesor de la Universidad de Lovaina, en un trabajo titulado «Las nuevas tablas de la ley», en las que los nuevos mandamientos serán seis. Comenzando por los que constituyen imperativos fundamentales:

1.º Mundialización de las finanzas, del capital, de los mercados, de las empresas y su estrategia. 2.º Adaptación a las revoluciones científicas y tecnológicas en los ámbitos de la energía, materiales, biotecnología y comunicaciones, teniendo en cuenta que se trata de in-

novaciones de procedimientos y fabricación y no tanto de productos, lo cual acarrea pérdida de puestos de trabajo. 3.º Todo lo anterior obliga a la ultracompetitividad... y ello a todos, naciones incluidas.

A continuación, figuran otros tres mandamientos sobre «medios necesarios»:

4.º Hay que ir a un espacio mundial único en el que no tendrán sitio protecciones de ninguna clase. 5.º Para ello, hay que desregular los mecanismos de dirección y orientación de la economía. No le toca mandar en esto ni al ciudadano, ni al Estado, sino al productor, al consumidor y a los financieros. El Estado no es más que un notario que toma acta. 6.º y finalmente: privatización al máximo de la estructura económica.

Pero el auténtico padre de la denuncia contra el «pensamiento único» es Kahn, ya desde 1991, y que acaba de dedicar trescientas páginas al concepto, su origen, historia y consecuencias. En esta obra, tras arrancar del insípido debate de las últimas elecciones presidenciales entre Jospin y Chirac (pp. 94-96) como ejemplo de la convergencia entre partidos políticos, denuncia, como causas principales del «pensamiento único», por una parte, a la concentración de los medios de comunicación de masas en cada vez menos, y más homogéneas, manos; y por otra, la negativa, por parte de las elites, a repensar el mundo a pesar del final de la guerra fría (pp. 38, 198-199). Tras lo cual (pp. 7-9, 22-23, 63 y 103) define el fenómeno descrito como aquel que identifica las actuales opciones y medidas neoliberales en la política, la economía y lo social, como las únicas posibles, sin que queden otras alternativas, «producto todo ello de una especie de politburó oculto, nacido de un mismo clan, repartido estratégicamente tanto en la derecha como en la izquierda, conectado directamente con el aire del tiempo social, y culturalmente homogéneo».

Un clan conservador que ha producido un pensamiento conservador y que, bajo excusa de un supuesto monopolio de la racionalidad, no deja generar posibilidad alguna de alternativa: «La tendencia al pensamiento único no es sólo democráticamente preocupante, lleva también en su seno el error y la falsedad al inducir la creencia en una política única». Es un antihumanismo: «No será, pues, la acción de los hombres lo que influya en la realidad, sino la realidad lo que prefigura, produce y pone en escena la acción de los hombres. Determinismo total, absoluto, mecánico». Pero todo esto produce, a su vez, rechazo, y favorece el surgimiento de protestas ultras, populistas, radicales o, sencillamente, sin (aparente) sentido. Y es que «al sentirse tratados como perros, los perros se expresan como perros. Entonces, se vota como se muerde».

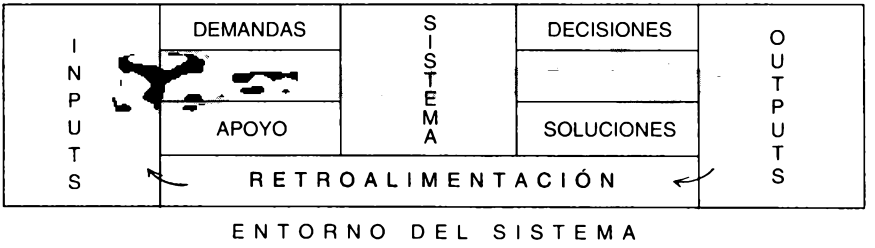
20. Existe efectivamente una progresión perfectamente identificable en la marcha hacia la acción anti-Sistema. En la base está, como diría Pareto, el infeliz que, sufriendo del Sistema, vota por quienes mantienen éste en su estado más puro y desfavorecedor para él. Es conocida la despiadada expresión popular según la cual «no hay mayor tonto que el obrero que vota a la derecha» o el millonario que vota a la izquierda. El primer peldaño hacia la resistencia es la votación en favor de líderes alternativos en los congresos del partido al que se pertenece. Luego, más intensa, la abstención en las elecciones, abstención que tiene muchas causas. Está, en primer lugar, relacionada con la cuestión sobre la que se vota. Los ciudadanos se movilizan y, por lo tanto, cae la abstención, cuando el resultado interesa pero no está claro, o cuando han sentido de cerca el peligro de destrucción de un Sistema que es aceptado positivamente o como un mal menor. También tiene que ver, en otros casos, la desmovilización del voto con el grado de estabilidad, o resistencia, o fortaleza del Sistema: en este caso, no se vota porque no es necesario, o bien porque es inútil.

En las otras ocasiones, la abstención aumenta por el aumento de cierta insatisfacción; más aún, la actitud del abstencionista sería más bien combativa que indiferente, y el aumento de los porcentajes de abstención refleja en estos casos más un aumento de descontento con el Sistema que un mayor grado de satisfacción. La primera acción de protesta o de resistencia puede consistir en dejar de votar, para significar al electo o a la fuerza política destinataria que «esto no puede seguir así» (lógicamente, si se está afiliado, otro paso

frecuente es dejar de asistir a los actos del partido, después de pagar la cuota, y, más allá, la desafiliación). Quienes primero son perjudicados por esta práctica son los partidos mayoritarios, y, sobre todo, el gobernante. Si la situación persiste se puede aprovechar alguna consulta de carácter secundario, para votar contra el gobierno: elecciones generales si, por encima hay, por ejemplo, una elección a presidente de la república; o aprovechar elecciones parciales (al senado, al congreso) o regionales, o supranacionales, para votar por la oposición, o, sencillamente, contra el gobierno.

Lógicamente, en una época de crisis económica y social, en la que las elites están en actitud «estuporosa», de parálisis, frente a la situación, cualquiera de sus manifestaciones o propuestas que requiere sanción popular es aprovechable para denegársela. En todo caso, se concederá que cambiar de mayoría parlamentaria es, además del derecho básico de la democracia, una manifestación clara de enfado electoral (entre otras cosas, porque si no fuese así, el voto se quedaría donde está). Puede ocurrir, sin embargo, que la alternativa, o bien no sea tal (por inconsistente o por poco seria), o bien sea ficticia (cómplice de la política seguida por el partido mayoritario, la famosa política del consenso, o del «pensamiento único», o incapaz de variar de rumbo, o sólo capaz de agravar la situación anterior); también puede ocurrir que una vez aupada al poder la fuerza alternativa, no mejore ni la situación, ni la opinión negativa del elector. En ese caso, los electores más descontentos (o más decididos) rechazarán a la vez al gobierno y a la oposición, pasarán de bipartidismos y buscarán un tercer partido en liza. El paso siguiente será la búsqueda de un partido anti-Sistema por el que votar en función de circunstancias de la vida, de a qué familia ideológica se pertenece, de cuál «grupo social de referencia» ha escogido el individuo, o de la evolución temporal concreta del propio Sistema social en el que se vive.

21. Más o menos esto, para aclararnos:



22. Para Samir Amin, en *L'Empire du chaos*, París, 1992, el Sistema actualmente imperante tiene tres postulados: 1.º el mercado expresa una racionalidad económica *per se*, más allá de todo contexto social específico; 2.º hay una identidad entre capitalismo y democracia; 3.º la total apertura al sistema mundial (de intercambios) es algo inevitable o, cuando menos, es condición *sine qua non* de todo desarrollo.

23. Sobre la teoría del imperialismo, aún se pueden consultar escritos clásicos como los de Fritz Sternberg (por ejemplo, *Der imperialismus*, Berlín, 1926) o los del propio Lenin. Para un enfoque más atrevido, véase de Jordis von Lohausen, *Mut zu macht. Denken in kontinenten*, Berg Am See, 1979; y en general las obras del economista egipcio Samir Amin. En cualquier caso, hoy el tema sería ininteligible sin entrar en el concepto y la realidad de la guerra económica; para ello, se pueden consultar las obras siguientes: Bernard Esambert, *La guerre économique mondiale*, París, 1991; Gérard Simond Cohen, *De la guerre industrielle*, París, 1991; y P. D'Arcole, *De la guerre économique*, París, 1990.

24. México, 1965.

25. El vasallaje prosigue: en virtud de los últimos acuerdos (1996) entre la CE y Estados Unidos, la supuesta «Europa de la defensa» podrá disponer de toda la logística de la

OTAN (transmisiones, sistemas de mando, información, aeromovilidad), pero 1.°, Washington dispone del derecho de veto sobre cualquier operación militar lanzada por los europeos; y 2.°, Estados Unidos va a disponer de una *co-operative force* para llevar a cabo operaciones militares estimadas necesarias por Estados Unidos. Vamos a guerrear por cuenta de Washington, poniendo la carne de cañón, y además pagando por ello.

26. Ejemplo de ello la guerra contra Irak. Pocas veces se ha mentido tanto y con tanto desparpajo: desde luego, Irak no era la cuarta potencia militar del planeta; sus cohetes *Scud* llevaban ojivas rellenas de ¡cemento y tuercas! y no de gases letales (ni tan siquiera de explosivos); Estados Unidos sí que sabía (y avaló, a través de su embajadora en Bagdad, April Glaspie) cuando menos la invasión del norte de Kuwait (incluso Ryad estaba dispuesta a que tal zona norte le fuera cedida a Irak, y alguna otra a ella misma); no hubo exacciones iraquíes notables contra la población del emirato (falsa noticia la del robo de las incubadoras en los hospitales y de la muerte de los prematuros), ni contra las tropas «aliadas» (hasta el aviador norteamericano «salvajemente torturado» por los carceleros iraquíes en realidad se había autolesionado para evitar ser presentado por la televisión de Bagdad), ni contra los rehenes (falsedad también aquello de los extranjeros colocados como escudos humanos ante los objetivos militares iraquíes); el pájaro que dio la vuelta a las televisiones del mundo entero agonizando en un charco de petróleo era la víctima de una marea negra provocada por un barco japonés, varios años atrás; no se incrementó (sino al contrario, al interrumpirse el tráfico petrolífero en el golfo) la contaminación de las aguas de la zona (excepto al final y a causa de los bombardeos norteamericanos), ni hubo daños «irreparables» al ecosistema local; la toma de la embajada de Estados Unidos por los *marines* en Kuwait City fue un *remake* destinado a la prensa; etc. También está la autocensura de los medios (recuérdese la negativa de RTVE a transmitir por sus emisoras una sensacional entrevista exclusiva realizada a Saddam Hussein) y las censuras gubernamentales y militares que han hecho de la guerra contra Irak una auténtica «joya» de la manipulación mediática en línea recta con episodios tan ilustrativos como la falsa carnicería de Timisoara o los falsos combates callejeros de Bucarest...

27. Quizá en su día Irak; sin duda Irán, pero oiremos más nombres en el futuro como la India, Pakistán, quizá Brasil, etcétera.

28. Veamos el esquema siguiente, a modo de resumen:

PERIFERIA: GRUPOS, IDEAS, MOVIMIENTOS, NACIONES			
CONTRIBUYEN		«Del Sistema»	«Anti-Sistema»
	Al ajuste o integración	No ofrece (ni siente necesidad de ofrecer) alternativa al sistema. Busca integrarse lo más posible en él.	Ofrece alternativa al Sistema, pero su estrategia y/o tácticas equivocadas refuerzan al Sistema.
	Al desajuste o integración	Ídem, pero los medios y/o métodos utilizados contribuyen al desajuste del Sistema.	Ofrece alternativa al Sistema con estrategia y/o táctica correctas; no refuerza, sino debilita al Sistema.
	Pasan	Grupos paseístas (gitanos, tribus urbanas, etc.)	

La idea de acción anti-Sistema no es ajena a la de resistencia, concepto antiquísimo, y que debe contraponerse al de tiranía, el ejercicio ilegítimo del poder y de la fuerza. Ya en frase de Eurípides: «No tiene la *polis* peor enemigo que el déspota, bajo quien, en primer lugar, no puede haber leyes comunes, sino que uno gobierna teniendo en sus manos la ley». Y, para Esparta, sus hijos murieron en las Termópilas «para defender su ley» frente al des-

potismo asiático. Igual actitud puede hallarse en los romanos y, posteriormente, en el primer cristianismo; para san Pablo «tratan los hombres de estar sujetos al gobernante no sólo por la ira, sino por la conciencia». Sigue la «teoría de las dos espadas», que, a diferencia de lo que hace con el despotismo del monarca, no condena el divino. El derecho de resistencia cobrará un nuevo impulso gracias a la concepción germánica de la monarquía electiva y contractual, culminando en Juan de Salisbury, que realiza una auténtica defensa del tiranicidio («quien usurpa la espada merece morir por la espada»). Paso siguiente, la obra *Vindicta contra tyranos*, que lleva del tiranicidio como derecho al tiranicidio como obligación. De nuevo la religión ensombrece el progreso alcanzado: con el jesuita Mariana y los teólogos de ambos bandos (católico y protestante), el derecho a eliminar al tirano queda limitado a la negativa a aceptar una forma u otra (católica o protestante) de tiranía divina... Con Hobbes, Locke y los teóricos de la Revolución francesa, la resistencia al tirano volverá a la racionalidad del incumplimiento del contrato o pacto social. En definitiva, se puede afirmar que democracia y resistencia son consustanciales.

2

Neofascismo y nacional-liberalismo. Especial referencia a nacional-bolcheviques recientes

> Los fascistas gustan de proclamarse revolucionarios, pero sus acciones revelan el sentido muy particular que dan a ese término. Su revolución consiste en endurecer las costumbres en lugar de hacer más igualitaria la sociedad o la economía. Los militantes fascistas se proclaman antiburgueses; pero lo que detestan en la burguesía no es la explotación, sino su mansedumbre... [Recuérdese, además] que los auténticos fascismos vienen revestidos de los símbolos patrióticos de su propio país. Un auténtico norteamericano sería piadoso y antinegro; en Europa Occidental, laico y antisemita, o incluso antimusulmán; y en Europa del Este, clerical y eslavófilo. El decorado depende de la cultura local.
>
> R. O. PAXTON, «Fascismes d'hier et d'aujourd'hui», *Le Monde* del 17 de mayo de 1993

El fascismo no murió en 1945. En la década de los cincuenta, Francia produjo el «poujadismo» y la aparición del partido Joven Nación.[1] Luego, en los sesenta, aparecieron la famosa y temible Organisation Armée Secrete (OAS) y los grupos Occident y Europe Action, la Fédération des Étudiants Nacionalistes, el Parti Proletaire National Socialiste, el Mouvement Nacionaliste du Progrès, el Grupe Union Droit, y un largo etcétera.

En Gran Bretaña, todavía se pueden recordar el Movimiento Nacional-Socialista Británico, de Colin Jordan (casado entonces,

por cierto, con una Dior), al senador Enoch Powell y al National Front; en Italia, cuna de esa ideología, no poco dieron que hablar el Uomo Cualunque y el Movimiento Social Italiano, hoy tercera fuerza parlamentaria del país, y los contactos, con los radicales de izquierda, de sus grupos escindidos más ultras: Orden Negro, Orden Nuevo, etcétera.

En Alemania, nación que, por haber llevado el fascismo a su paroxismo destructor y por estar ocupada por tropas extranjeras, era vigilada, nada menos que ya en 1947, surgió el Partido Socialista del Reich, liderado por Otto Ernst Remer (el oficial de las SS que, en julio de 1944, hizo fracasar en Berlín el golpe de los generales ultraconservadores contra Hitler, y que recientemente ha tenido problemas con la justicia española). Luego vendrían las *Vertribenenbund* (potentes asociaciones de exiliados de los territorios ocupados por rusos, polacos y checos en el Este); el Partido Nacional Demócrata de Adolf von Thadden; el nucleamiento sistemático, por ex nazis, de la Unión Social Cristiana de F. J. Strauss; los numerosos y ruidosos grupos juveniles Juventud Alemana, Asociación Vikinga, Frente Nacional Socialista; y las más eficaces asociaciones de ex combatientes...

En Estados Unidos, coexistían fenómenos tan dispares como los ultras del ala derecha tanto del Partido Republicano (MacCarthy y Barry Goldwater) como del demócrata (el gobernador Wallace, por ejemplo), los grupúsculos nazis folclóricos tipo Partido Nacional Socialista del fallecido Lincoln Rockwell, o la WUNS (World Union of National Socialists; intento fallido de una internacional nazi posterior a la Internacional de Malmoe, de similar orientación y destino, allá por los años cincuenta), y los restos derivados del Ku-Klux-Klan...[2]

Afortunadamente, no llegó la sangre al río, y esas manifestaciones de «paleo» o «tardofascismo» casi desaparecieron durante la década de los setenta y mitad de la siguiente. Fuera de Europa y Estados Unidos, hasta los modelos nacionalistas autoritarios —por ejemplo en Suramérica— entraron en crisis. En el entonces bloque del Este, nada significativo, una vez eliminados los movimientos nacionalistas de resistencia bálticos, caucásicos, ucranianos, etc., nacidos en los años 1944 y 1945.

Hoy, sin embargo, el panorama está cambiando con rapidez. Ahí están, en Alemania, la multiplicación de grupos violentos y xenó-

fobos de jóvenes *skins*,[3] los avances del Partido Republicano y, sobre todo, de la muy radical Unión Popular Alemana; y no ha pasado el tema a mayores porque el carácter de *Vereinningungkanzler* (Canciller de la reunificación) de Kohl polariza en torno a él buena parte del voto radical de derechas.

O el caso de Inglaterra, en la que del National Front y de la ideología ultrathatcherista han derivado desde fuertes grupos de *skins heads* hasta populares cantantes como Ian Stuart Donaldson, y el grupo Screwdriver (El Destornillador)[4] o el grupo English Rose; y donde se halla afincado el más «serio» de los historiadores «revisionistas», David Irving.[5]

O el de Japón, donde se acaban de publicar *Los protocolos de los sabios de Sión* (imitando a los argelinos de la revista *El Joven independiente*, y a la que fue publicación universitaria oficial de la antigua Yugoslavia, *La Tribuna*) que, copiando tardíamente a Yukio Mishima, el comandante Shinsaku Yanai, profesor de la Academia Militar, ha preconizado un golpe militar ya que «la historia ha demostrado que una solución militar es el único medio apropiado cuando la democracia no funciona y la justicia no se practica».[6]

Vayamos a Francia o a Austria, en donde los líderes políticos como Le Pen y Haider se acercan poco a poco a superar en votos al principal de los partidos conservadores. En la Europa del Este, hallamos en Rusia desde Alexander Projanov y la revista *Dien*, al coronel negro Victor Alksnis, el intelectual Serguéi Baburine y el partido nazi-folclórico Pamiat; y están en la Europa Central, los tal para cual *chetniks* del Partido Radical Serbio y los Hos del Partido del Derecho Croata, pasando por el cardenal polaco Glemp y sus insinuaciones antisemíticas,[7] o el «caudillismo nacional» de un Lech Walesa.[8] En Estados Unidos, no hay duda de la existencia de un fascismo reptante bajo los postulados del precandidato republicano Pat Buchanan o en numerosísimos grupos paramilitares y hasta rockeros (por ejemplo, Bound for Glory).

Traducción electoral de mucho de esto: la revista *Le Nouvel Observateur* (París, enero de 1994), en un estudio titulado «La ola fascista», daba los siguientes porcentajes obtenidos por la extrema derecha europea en diferentes comicios: Alemania hasta el 10,9 por 100 (regionales); Gran Bretaña hasta el 33,9 (municipales parciales); Francia hasta el 12,42 (generales); Suiza hasta el 3,5 (generales); Austria hasta el 22,6 (municipales; hoy, 28 en las europeas); Italia hasta

el 31 (municipales); Croacia hasta el 7 (generales); Serbia hasta el 16 (generales); Grecia hasta el 4,9 (generales); Rumania hasta el 11 (presidenciales); Cheschei el 5,9 (generales); Polonia hasta el 5,77 (generales); Eslovaquia hasta el 3,88 (generales); Rusia hasta el 24 (generales); Bélgica hasta el 6,6 (generales); no se incluyen los 4,2 del Front Nacional francófono en Bruselas); Suecia hasta el 7 (generales).

Hasta el mundo del pensamiento está conmocionado con noticias como las de que Jean Giraudoux[9] y parte de la masonería francesa[10] son recuperados para el antisemitismo (la última, durante la Segunda Guerra Mundial, colaboró en la persecución y delación de refugiados); Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, filósofos ambos marxistas, son acusados póstumamente de colaboracionismo con las autoridades alemanas de ocupación;[11] el filósofo archiconocido Martin Heidegger pagó su cuota al NSDAP religiosamente hasta el 8 de mayo de 1945; el pastor Martin Niemöller se tornó antinazi furibundo sólo cuando Hitler le denegó el permiso para ser candidato a obispo de Reich.[12]

Y hasta resulta que Hergé, el célebre autor del cómic belga *Tintín*, no sólo era amigo del general de las SS, Léon Degrelle, sino que compartió, según afirmó este último, sus ideas... Mientras, revistas francesas muy serias como *L'Express* y *L'Événement du Jeudi*, lanzan grandes encuestas respectivamente sobre «La identidad nacional francesa» y «Pero ¿y si las razas existieran?». Asimismo, en España, el 46 por 100 de los estudiantes y el 36 por 100 de los profesores de la Universidad Complutense creían, en 1991, en la superioridad de la raza blanca y han surgido los primeros brotes de violencia racial, sin duda más espaciados que en Francia, Gran Bretaña o Alemania, pero preocupantes.

Ya hemos visto los nazi-rockeros alemanes y británicos; igualmente, parte de la juventud francesa se entusiasma por grupos de cantantes como Totenkopf, Legión 88[13] o Ficht Action,[14] y jóvenes norteamericanos, japoneses y alemanes se apasionan por videojuegos tales como *Treblinka*, *Hitler dictador*, *Auschwitz total*, *Arier test*, *Logia*, *Famitsu-Com*, *Megadrive fan*, etc., en los que la historia de la Segunda Guerra Mundial es reescrita favorablemente para el nazismo, o en los que se exaltan la xenofobia y el antisemitismo...[15]

Pero esta actual oleada fascista no es homogénea. Tropezamos con factores muy diversos, porque no es lo mismo el «paleofascismo» de las viejas asociaciones de ex combatientes (mucho correaje,

mucha camisa azul, o parda, o negra, mucha bufanda y guantes negros, mucha nostalgia, y poquísimas ideas); el «nacionalfascismo» de los grupos de extrema derecha y tradicionalistas autoritarios de los países del Este (o sea, nacionalismo autoritario más antisemitismo); el «neofascismo», de intelectuales y militantes casi siempre estudiantes, algo más hacia la izquierda, admiradores de la República Social Italiana de 1943 y de Gregor Strasser (los más reaccionarios y confesionales de esta corriente, los falangistas españoles); el «fascismo radical», muy elemental, xenófobo y *skinhead*, también llamado «prolet-ario»; el «nacional-fundamentalismo», de carácter religioso...

Casi todos estos son claramente movimientos anti-Sistema. Preconizan un Sistema social claramente opuesto al actual (e incluso al principal oponente que ha tenido el sistema actual: el soviético). Otra cuestión, como veremos, es la de la variante del «nacional-liberalismo», también llamado «rigorismo», que muchos identifican con los anteriores, pero erróneamente; y otra cuestión más, la del nacional-comunismo. Lo cierto es que, de las variantes claramente fascistizantes enunciadas más arriba, muchas están relacionadas con tal o cual causa de resurgimiento del fascismo.

El fascismo retorna, en primer lugar, por el alejamiento mismo de su experiencia histórica: cualquier sociólogo de la guerra conoce el respingo al alza que experimentan, cada treinta años, las curvas de condecoraciones obtenidas por los regimientos británicos y de los demás países europeos, y porque la guerra atrae de nuevo a la gente cuando ésta olvida la anterior. Y cualquier psicólogo sabe que la memoria humana es selectiva en el sentido de que retiene peor lo «malo» que lo «bueno».

De ahí que, con el tiempo, los perfiles más horribles del fascismo se difuminen y se suavicen: en ello trabajan, además, los historiadores llamados «revisionistas», los novelistas baratos, tipo Sven Hassel o Jean Mabire, que se dedican a exaltar, más o menos claramente al ejército alemán; o, sencillamente, aquellos que, como E. Nolte, tienden a justificar el Auschwitz nazi por la previa existencia del gulag comunista. Por otra parte, las masacres posteriores (como las de la Camboya de Pol Pot) relativizan, para algunos, lo que para la mayoría sigue siendo, afortunadamente, la característica básica del radical intento de genocidio total de los judíos: un horror de intensidad única en la historia.

Para colmo, una contrapropaganda sobre este tema, muy mal llevada, comienza a producir consecuencias inversas a las deseadas: es el llamado «efecto *boomerang*».[16]

En segundo lugar, hallamos la crisis económica: a los brutales efectos del tránsito de una sociedad industrial, basada en el trabajo y la producción, a otra postindustrial, basada en el consumo y la sustitución del obrero por la máquina, con la aparición de paro crónico, la desaparición de categorías laborales enteras y el establecimiento de sociedades de dos velocidades,[17] se ha sumado una crisis económica profunda de la que da más cuenta la teoría de los ciclos de Kondrátiev que cualquiera de las recientes elucubraciones monetarias.

Producto de todo ello es un pesimismo persistente que se está extendiendo por las clases bajas y medias.[18] Las primeras están siendo muy perjudicadas por las políticas económicas anticrisis de moda, de saneamiento económico, lucha contra la inflación y búsqueda constante de la competitividad exclusivamente por la vía de los despidos masivos,[19] es decir, a costa de más marginación y más excluidos. En cuanto a las clases medias, el economista francés Alain Minc señalaba recientemente: «Antaño, la clase media, constituida mayoritariamente por cuellos blancos y funcionarios, se definía claramente: un empleo estable, un poder de compra medio pero en constante alza, y la propiedad de su vivienda. Todos esos parámetros tienden a desaparecer, de ahí una gigantesca conmoción». Pero en ese nerviosismo, en esa «privación relativa» de las clases medias, reside precisamente una de las causas más recurrentes del fascismo.

El fascismo retorna, en tercer lugar, por la ausencia no sólo de alternativas al Sistema, sino incluso de oposición a éste. Como ha explicado Alain Bellet, el fascismo se está transformando en una de las nuevas formas de «respuesta de los excluidos», máxime cuanto que el comunismo, al estar de capa caída, no sólo ya no constituye la temible oposición de antes al Sistema, sino que tampoco ofrece ya la eficaz barrera que representó frente al fascismo. Además, los propios partidos socialistas, la izquierda «de gobierno», se están transformando a marchas forzadas en partidos gestores-defensores del Sistema, lo que les faculta como alternativa integradora, pero tiende a descalificarles como alternativa frente a él... Sin embargo, el fascismo, al igual que el ecologismo, el populismo y otros, al

configurarse como fuerza anti-Sistema, se colocaría en situación de recoger los votos de oposición que, antaño, fueran a la izquierda real, la anti-Sistema...[20]

También influye, en cuarto lugar, el deterioro de la moral democrática: pérdida de credibilidad de las instituciones representativas y burocráticas (escándalos, corrupción, ineficacia gubernamental, nepotismo, etc.), amplificada por unos medios de comunicación en competencia desmelenada...[21]

Finalmente, hallamos el resurgimiento del nacionalismo: es sabido que, históricamente, el nacionalismo radicalizado (o «nacionalitarismo») es un componente fundamental del fascismo. Hoy, como veremos, el nacionalismo renace como refugio: protección contra el imperialismo económico de las multinacionales en el Oeste, contra la disgregación imperial en el Este, contra la desestructuración social en ambos lados; y como ideología alternativa frente al derrumbamiento de otras... Ahora bien, el nacionalismo exacerbado sirve de caldo de cultivo para los fascismos y la xenofobia...

El nacional-liberalismo

Hasta ahora, hemos analizado manifestaciones del fascismo contrarias al Sistema; pero queda por ver una modalidad muy peligrosa, producto mismo del Sistema; o sea, una modalidad de «fascismo del Sistema». El nacional-liberalismo, es sin duda, producto del miedo, como ha explicado Jean-François Kahn: «A todo: al Islam, a Europa, al progreso, a Alemania, a Japón, a los extranjeros, a la diferencia, al Tercer Mundo, a la crisis de los valores, de los modelos, y de las ilusiones, y al derrumbe del comunismo». En eso, el «lepenismo» francés y el «republicanismo» alemán se parecen al fascismo puro y duro...

Pero, al ser al mismo tiempo producto de la simbiosis entre el ultraliberalismo y el neofascismo, no está claro el carácter anti-Sistema del nacional-liberalismo. A lo sumo, es una reacción muy edulcorada contra el *statu quo*, y sobre la base de la radicalización de la base ideológica liberal del Sistema. En definitiva, algo muy en consonancia con la explicación que del fascismo como radicalización liberal ofreció Seymour Martin Lipset en su día. Para este autor, el fascismo es un radicalismo de la clase media. Lo curioso es que

el nacional-liberalismo también lo es. Nacional-liberalismo: el término sugiere una «liberalización» del fascismo, una sistematización *soft* de éste, un fascismo «del Sistema», edulcorado por el Sistema.

Lo interesante es cómo se ha llegado a esa convergencia entre el fascismo y el ultraconservadurismo, el nacional-liberalismo, y dónde. Porque el nacional-liberalismo, también definido como «rigorismo» o «restauración del rigor económico y social, mezcla del ultraliberalismo económico y del ultraconservadurismo filosófico»,[22] prosperó, en primer lugar, en Estados Unidos y Gran Bretaña, a la sombra del reaganismo y del thatcherismo. Sin embargo, no es un fenómeno específicamente anglo-sajón y protestante: algo muy parecido se venía gestando en Francia desde hacía tiempo: la aparición de una versión *light*, liberal, del fascismo corresponde en primer lugar a la célebre distinción que, en su día, realizó el más riguroso de los teóricos del neofascismo, Maurice Bardeche,[23] entre dos modelos: uno «de fascismo espartano, militarizado, autoritario, socialista, y heroico»; y otro «sureño», más tolerante, capitalista y liberal. Además, afirma Bardeche, «si el espartano es el hombre de las crisis, el hombre de la energía, eventualmente el hombre de la dureza ... el sureño es el de la gestión, de la tolerancia, que aspira a la libertad, al respeto biológico del hombre y de su identidad en el seno de su nacionalidad; y que comprende la necesidad de la desigualdad, de los privilegios, de las oligarquías, y también del orden y de la seguridad»... en definitiva, «guante de hierro en mano de terciopelo».[24]

El cómo ha llegado este modelo «sureño», del nacional-liberalismo, a infiltrarse en la vida política francesa a través del lepenismo constituye una de las más curiosas evoluciones ideológicas recientes de la derecha francesa.

Lo cierto es que a la «revolución neoconservadora» anglosajona, basada en el monetarismo de la Escuela de Chicago y en el «anarcocapitalismo» de la de Miami (M. Friedman, padre e hijo, respectivamente), en el ultraliberalismo político (de un Irving Kristol, por ejemplo), en el final de las ideologías (que no sea la liberal, se entiende; véase al respecto W. W. Rostow, Daniel Bell, y el ultimísimo F. Fukuyama), en el tradicionalismo moral, y en la moral del éxito, es decir, a la sobrepuja liberal,[25] se sumó, en Francia, otro «protoneofascismo» de carácter darwinista (mucha biología del comportamiento, mal interpretada y peor asimilada) y que ha sustituido el autoritarismo tipo años treinta por el presidencialismo

gaullista, y por un modelo tradicionalista y xenófobo ciertamente, pero también, y simultáneamente, partidario del «liberalismo orgánico» [26] y defensor de una economía ultraliberalizada.

Así, el lepenista «Club de l'Horloge» francés [27] defiende «un liberalismo nacional» basado en el predominio de la ley del mercado, la autonomía individual, la «gestión técnica» de la política, y el estado mínimo aunque con cierta compensación populista. Clara simbiosis, pues, entre liberalismo y fascismo: el Sistema ha producido su propio y útil fascismo *light*. Júzguense los detalles del programa económico de Le Pen. Entre sus principios figura «la guerra contra el Estado Moloch»,[28] la privatización de la Seguridad Social y de los seguros, así como de la medicina en general, de la escuela pública, la supresión del impuesto sobre la renta y su sustitución por el IVA. Por su parte, el Club de l'Horloge pide a gritos un «reforzamiento del capitalismo»... [29] Y su fundador, candidato FN a todas las elecciones, Ivan Blot, es autor, bajo el seudónimo de Michel Norey, de una ultraliberal *Histoire des Doctrines Économiques*, publicada por la revista (neoconservadora en sus comienzos) *Nouvelle École*.

Lo más grave de todo esto es que tanta similitud ideológica está fomentando un intenso trasiego de militantes y de votos desde la derecha y los liberales hacia el nacional-liberalismo, y viceversa: no sólo es cada vez más difícil evitar retiradas, en segunda vuelta electoral francesa, de candidatos conservadores y liberales en favor de sus competidores más duros; no sólo el electorado acata las peticiones de trasvase de votos; sino que el origen de los principales asesores de Le Pen es el siguiente: Ivan Blot, chiraquiano; Yves le Gallou, giscardiano; Bruno Megret, chiraquiano... y ese «nacional-liberalismo» tiene muy buenos amigos en las filas gaullistas: Charles Pasqua, ex ministro del Interior; Pierre Messmer, ex primer ministro de De Gaulle; Pierre Closterman, ex líder resistencialista, gaullista, quien declara que «hoy, votaría a Le Pen», etc., y claro está, también en los liberales: Poniatowski, ex ministro del Interior; Alain Madelin, ex ministro de Reconversión industrial y antiguo dirigente del Grupo «Occident»; y hasta el propio ex presidente de la República, Valéry Giscard d'Estaing, al que Philippe de Saint Robert, un prestigioso analista político, calificaba de «fascista de rostro liberal» (*Le Monde*, 31 de diciembre de 1990). A su vez, Henry Rousso, en su obra ya citada, denuncia el «giscard-vichysmo»...

Y claro, muchos de esos dirigentes terminan entrando en sobre-

puja sobre los mismos temas defendidos por Le Pen: así Chirac, que ha llegado a decir que «el FN no es el demonio», que «comprende el derecho a la identidad propia de las naciones» y «el sobresalto de muchos franceses cuando se topan con el olor de los inmigrantes». Y el eco contestó con Giscard d'Estaing, que denuncia «la invasión extranjera» de Francia, y reclama «el abandono del derecho territorial de la nacionalidad y sustitución por el de la sangre».[30] La alianza entre el populista Berlusconi y el «Movimiento Social Italiano» reproduce, en Italia, parte del modelo nacional-liberal francés descrito...

Mientras, además de dictar a las demás fuerzas los parámetros básicos de la discusión política, el PFN va estructurando su penetración en la sociedad civil: Frente Nacional Joven (FNJ), Renovación Estudiantil (22 por 100 de votos en facultades de Rouen, 13 en Burdeos, 12 en Joursy y 7 en París), Renovación «Lycéenne», Movimiento de la Juventud de Europa (MJE), Círculo Nacional de Combatientes (CNC; para el ejército), Círculo Nacional de los Oficiales y Suboficiales de la Reserva (CNSOR), Drapo (Asociación de Antiguos Reportados de esa Guerra), Círculo Nacional de los Repatriados (CNR), Círculo Nacional de Gentes de Armas y Federación Profesional Independiente de la Polícia (FPIP), Asociación Nacional para el Restablecimiento y la Aplicación de la Pena de Muerte (AMARAP), El Niño y la Vida (contra el aborto), Empresa Moderna y Libertades (EML), Círculo Reaccionar (piloto de línea), Círculo Nacional de Ferrocarriles (2.000 afiliados), Círculo Nacional de los Mares y Puertos (para marinos mercantes y cargadores de muelles), Comité de Defensa de los Artesanos y Comerciantes, Resistencia Fiscal, Círculo de los Ciudadanos Contribuyentes (fiscales, se entiende), Círculo Nacional de Agricultura de Francia, Círculo Nacional de Electos Rurales, Círculo Nacional de las Mujeres de Europa, Fraternidad Francesa (ayuda a los desheredados de nacionalidad francesa), Frente Anti-paro (FAC), SOS-Solidaridad Parados Unión Nacional de Ayuda a los Franceses Desfavorecidos, Círculo Nacional de Franceses Residentes en el Extranjero (CNFRE), Círculo Renacimiento (conexión con la secta Moon), Comités Cristiandad-Solidaridad, Alianza General contra el Racismo y por el Respeto de la Identidad Francesa (AGRIF) y... Círculo de los Judíos de Francia (dirigido por Robert Hemmerdinger).[31]

Obviamente, no es esta una situación circunscrita a Francia. Esa simbiosis entre ultraliberalismo, conservadurismo, y neofascismo se percibe ya también en Austria, con el Partido Liberal Austríaco de Jorg Haider;[32] y, como ya hemos apuntado, en Italia, con el Movimiento Social Italiano de Gian Franco Fini.

Pero de nuevo se vuelve al nacional-liberalismo con los *Republikaners* alemanes de Schönhuber. Como ha explicado el investigador Kurt Sontheimer, director del Instituto de Estudios Políticos de Munich: «Los *republikaners* no son un partido nazi. No luchan contra la democracia como tal. Los *reps* sólo son demagogos que explotan hábilmente la ola de protesta».[33] De hecho, tras ciertas veleidades de coqueteo con los lepenistas, Schönhuber se ha negado a sentarse junto a éstos en el Parlamento Europeo, y su programa de nuevo une temas populistas con la defensa de las clases medias, la preferencia nacional y el liberalismo económico...[34] Por cierto que, en Alemania, el endurecimiento fascistizante del liberalismo avanza en otras direcciones: hace dos años, dos parlamentarios liberales fueron expedientados por planteamientos xenófobos.

Finalmente, Ny Demokrati (Nueva Democracia, sueca), al igual que los Femistritts Partei (Partido del Progreso, danés y noruego), y el Vlaams Blok, que conmociona a Bélgica, comparten la ideología nacional-liberal de Le Pen, con mayor o menor grado de nacionalismo y xenofobia. Además, reseñar que ha contribuido no poco a la elaboración de ese nacional-liberalismo común a conservadores y neofascistas el proceso de radicalización religiosa, es decir, la irrupción de un fundamentalismo protestante (en Estados Unidos, fundamentalmente, a cargo de los telepredicadores) y del neotradicionalismo religioso del papa Wojtyla.

Se identifique o no al nacional-liberalismo (resumido: ultraliberalismo económico, pero defensa de la clase media; liberalismo político, pero exaltación de la idea nacional; poder democrático, pero «fuerte»; xenofobia no sin antisemitismo, sino basada en la preferencia nacional; y rigorismo moral apoyado en la tradición)[35] como un fascismo «del Sistema», integrado y que contribuye a integrar en él uno de los anillos sociales más susceptibles de «periferización», existen, desde los restos del fascismo, otras corrientes que son antisistema; hemos visto algunas pero falta la más interesante, derivada de una convergencia de oposiciones que parecía imposible conciliar: es el retorno de los nacional-bolcheviques. No es que se

tenga que esperar aquí una nueva ideología global, pero hay que reconocer que se trata de experiencias que se salen de lo común y que, desde luego, sí que son anti-Sistema.

Especial referencia al nacionalcomunismo

Nació en 1919 en Alemania, de la conjunción de hombres procedentes de campos tan dispersos como la derecha revolucionaria prefascista y determinados grupos del Partido Comunista Alemán. Otto Ernst Schüddekopf[36] y Louis Dupeux[37] han dado cuenta magistralmente de la aproximación que entonces se produjo entre los *link leute von rechts* (la gente de izquierdas de la derecha) y los más nacionalistas del *Spartakus Bund.* Aproximación que se tradujo no sólo por una *Ostorientierung* (inclinación hacia el Este, se entiende el Este comunista, es decir, a la alianza con la URSS) en política exterior, sino también en una doctrina política y económica absolutamente original y deslindable, a la vez, de lo que luego sería el nacionalsocialismo y la experiencia soviética: el nacionalcomunismo alemán.

Nazis y comunistas rechazaron ambos la experiencia; los primeros en 1926, cuando Hitler afirmó que «las raíces del nacionalsocialismo no deben ser buscadas en el socialismo».[38] Los comunistas se unieron al rechazo, a partir de la descalificación del movimiento de Paul Eltzbacher y del Nacionalbolchevismo hamburgués de los lasallianos H. Laugenberg y F. Wolffheim, por K. Radek y en nombre de Moscú.[39]

Lo cierto es que, a pesar de que esta corriente (sobre todo intelectual) no volverá a aparecer hasta 1945, a partir de entonces «el comunismo como necesidad nacional»[40] (definible como la conjunción de la ideología comunista, tanto de la lucha de clases como de la necesidad de establecer un sistema comunista en todas sus consecuencias económicas, sociales y políticas, con la recuperación de la idea de nación incluso elevada a la magnitud de un *anschluss* germano-ruso; para esta doctrina, la necesaria e inevitable revolución social implica, previa o simultáneamente, la liberación nacional) volverá a tener influencia, sobre todo la base de las aportaciones teóricas de Ernst Niekisch.

Nacido en 1889 en Silesia, Niekisch murió en Berlín en 1967, olvidado por todos. Arranca de Marx, pero influido también por

Nietzsche, Kant, Schopenhauer, Ibsen, Hegel y Maquiavelo. Miembro del Comité Central de los Consejos de Obreros, Campesinos y Soldados de la Baviera de Kurt Eisner en 1918, pasa a ser su presidente en 1919. Encarcelado por el ejército alemán en las prisiones de Ebrach y de Niederschonfeld, llega a la conclusión de que como paso previo a la revolución social se requiere un país libre y soberano. A su liberación, intenta movilizar al proletariado alemán contra las consecuencias y la aplicación del tratado de Versalles (Plan Dawes de 1924), exaltando el «espíritu de resistencia del pueblo alemán contra el capitalismo imperialista occidental». Y es que el proletariado, el conjunto de los asalariados, para Niekisch es «más que una simple clase: forma parte antes que nada de un pueblo; más aún: es la representación por excelencia, genuina del pueblo y de la nación».

El proletariado debe ser, pues, sujeto de dos revoluciones: una hacia fuera, afirmando la identidad nacional frente al imperialismo (occidental), aliándose para ello con los demás pueblos proletarios (lo que lleva a la *Ost-orientierung*); y, posteriormente, sujeto de la revolución interna o social, la cual, una vez realizada, reforzará la orientación hacia el Este transformándola, habida cuenta el carácter de la experiencia soviética, en una auténtica «comunidad de destino» (*Schicksalsgemeinschaft*).

Queda claro que, para el nacionalbolchevismo, sólo la revolución nacional permite la latitud, la oportunidad, de realizar la social, y a la vez libera las fuerzas necesarias para ello. La finalidad es llevar al proletariado al poder: proletariado en sentido amplio, pues el socialismo es la identificación de la nación con el pueblo, encarnado a su vez en el proletariado amplio: los trabajadores identificados con los asalariados. En definitiva, para el nacionalbolchevismo, los comunistas van por buen camino, pero necesitan completar su revolución mediante el previo abandono del internacionalismo y la recuperación de la idea de nación. No es que Europa no deba existir, pero vista como la Europa de «occidente», imperialista, burguesa, es contraria a los pueblos y al socialismo.

Con esta orientación ideológica, el enfrentamiento con Hitler (la jarra de barro contra la de hierro, se dijo entonces) era inevitable. Como explica A. de Benoist: «Hitler quería vengarse de "los criminales de noviembre" [de 1918], Niekisch, del triunfo de la revolución de noviembre; Hitler, buscaba una contrarrevolución fascista,

Niekisch, una revolución socialista; Hitler, la cruzada antibolchevique y la colonización de Rusia con la complicidad tácita de Occidente, Niekisch, la alianza con la Rusia bolchevique contra Occidente; Hitler pensaba en términos de raza y de espacio, Niekisch, en términos de clase y de Estado. Hitler quería ganar las masas a una nueva política capitalista e imperialista; Niekisch, al socialismo prusiano y ascético».[41]

Niekisch y el nacionalbolchevismo tendrían un drástico eclipse entre 1933 y 1945, pero a partir de la derrota del nazismo y de la década de los cincuenta volverán a influir en campos tan variados como los movimientos ecologistas, pacifistas, neutralistas, y de la izquierda y de la derecha revolucionarias alemanas.

Ya en la década de los sesenta se intentó un acercamiento entre militantes procedentes de una escisión del neofascista Partido Nacional Demócrata de Adolf von Thadden y de la izquierda radical y extraparlamentaria. Tras un fracaso inicial, el experimento vuelve a intentarse en la década de los ochenta, pasando una parte de militantes de la *linke leute von rechts* a engrosar las filas «verdes», mientras se producen asombrosas aproximaciones en campos como el antiamericanismo, la creación de una zona neutral entre el Rin y el Vístula, la defensa de la autogestión, la nacionalización de los *trusts* y la lucha contra las multinacionales, así como la creación de una democracia directa y autogestionaria al margen de los partidos y con mecanismos claramente democráticos.

Particularmente importante es la aproximación entre los nacionalistas revolucionarios y los líderes de la izquierda estudiantil (por ejemplo, Rudi Dutschke) dispuestos a «valorar el papel potencialmente revolucionario de la idea nacional». Pero los puntos de confluencia son aún más numerosos; así, la nueva izquierda y la nueva derecha coinciden en la negación de los Sistemas soviético y liberal-capitalista, la hostilidad frente al complejo militar- industrial mediático, el rechazo de la hipercompetitividad y de la hiperespecialización profesional, la reivindicación ecológica, antiburguesía y antitecnocracia, en un nuevo socialismo autogestionario y de democracia directa; en la juventud como fuente renovadora; y en el neutralismo y la *Ostorientierung*...

Igualmente interesante es la aparición al otro lado del Rin de admiradores galos del nacionalcomunismo, en torno al GRECE (Groupement de Recherches et d'Études sur la Civilisation Euro-

péenne) y, sobre todo, a su fundador Alain de Benoist, que ha pasado de ser el fundador de la «Nueva Derecha» a defender planteamientos nacionalcomunistas y a flirtear con la izquierda radical francesa.

Ya durante la guerra de Argelia, algunos «nacionalistas» franceses, en torno al mencionado Maurice Bardeche, llegaron a conclusiones diferentes de aquellas a las que nos tenía acostumbrada la extrema derecha francesa. La primera, que bien podía ser cierto aquello de que los más radicales de los nacionalistas franceses (los que se autodenominaban «nacionales-revolucionarios») estuvieran más cerca de determinadas corrientes del FLN (Frente de Liberación Nacional; por ejemplo, de la línea Ferhat Abbas o del, posterior, «bumedianismo») que de la derecha neocapitalista y tecnocrática del gaullismo «pompiduiano».[12] La segunda, que frente a la Ideología de la Liberación de la izquierda, no había enfrente más que una ideología de la gestión, y que algo nuevo habría que hacer, pues esto condenaba a los conservadores a perder permanentemente la batalla de la cultura y las ideas. Ello con tres consecuencias: la incapacidad para ofrecer una sociedad alternativa a los modelos entonces dominantes, con la consiguiente pérdida de atractivo popular; la incapacidad para hacerse con el poder de modo democrático y duraderamente, pues ya demostró Gramsci que la batalla de la cultura y las ideas (y, por ende, de los votos) es la cuestión clave; y la incapacidad, en definitiva, para hacerse con el poder de una forma que no sea a través de un «hombre providencial», de un «espadón» que habitualmente se lleva consigo a la tumba cualquier intento de «Estado Nuevo».

Había, pues, que ir a un «nacionalismo revolucionario», que permitiera «revolver», es decir, dar marcha atrás al sentido de la historia para luego lanzarlo en otra dirección que la aparentemente dominante... Dicho «nacionalismo revolucionario», partidario de una (aparentemente) profunda reestructuración social cuajó, en 1962, en torno a dos publicaciones: *Europe Action* y *Cahiers Universitaires* de la Federation des Étudiants Nationalistes, inspiradas por ex miembros de los «Comandos Delta» (brazo armado de la OAS metropolitana), ex *waffen* SS de la división Carlomagno, ex milicianos vychistas y algunos jóvenes contestatarios a medio camino entre el culto al «paraca» y los «ángeles del infierno».

El ideólogo más notable de la revista *Europe Action*, Dominique Venner, intentó reproducir un «¿Qué hacer?» e imprimió un giro

«leninista» a la renaciente extrema derecha, en forma de autocrítica y de reflexión tanto sobre la estrategia como sobre la doctrina. En efecto, en *Qu'est-ce que le nationalisme?*, verdadero manifiesto de arranque de la «Nueva Derecha», proclamaba que la conciencia revolucionaria no es algo espontáneo; que requiere preparación doctrinal y penetración en medios que permitan (como los de difusión) su mantenimiento. En otras palabras, se trató de presentar y ganar la batalla de las ideas;[43] de que era, sobre todo, imprescindible una reelaboración doctrinal muy profunda que, además, generara un consenso mental unitario entre todas las familias de militantes... Y que la toma del poder es mucho más una cuestión de lucha ideológica que de toma por la fuerza. Ello es aún más claro una vez tomado el poder para conservarlo. Como señala Pierre Milza,[44] «por lo tanto, trabajar en profundidad en la renovación doctrinal por una parte, y por otra llevar la lucha al campo ideológico, cultural ... Esa será la futura estrategia de la Nueva Derecha».

En 1968 se crea la revista *Nouvelle École* (mientras desaparecen las dos antes citadas), y al año siguiente se crea, en Niza, el mencionado GRECE. Hasta 1972 «gramscismo de derechas», sin estridencias, y creación de una red territorial de clubes de reunión; 1973, lanzamiento de otra revista complementaria: *Éléments*; 1974, aparece otra revista más doctrinal: *Études et Recherches*; 1976, se lanza una casa editorial; 1977, el GRECE copa el consejo de redacción de los servicios culturales del diario *Le Figaro*; 1978, se crea *Le Figaro Magazine*, revista semanal de casi medio millón de ejemplares de tirada. Se inicia el apogeo del GRECE, que durará hasta 1981. A partir de 1983, comienza la caída y la disgregación.

El GRECE no será una nueva expresión de fascismo, sino algo mucho más complejo. Ciertamente, muchos de los fundadores del GRECE habían sido antes neofascistas, pero la «Nueva Derecha», apelativo con que la prensa francesa bautizó al GRECE, no será, a diferencia del fascismo y del neofascismo, ni partidaria del romanticismo político, ni irracionalista (tiene simpatías por los filósofos vitalistas pero auténtica pasión por los neopositivistas, sobre todo por L. Wittgenstein y B. Russell), ni declara a la razón disolvente, ni es idealista (sino incluso bastante materialista), ni contraria a la idea del progreso humano, ni considera eterna la naturaleza humana, ni tampoco que haya valores universales y menos aún eternos, ni son comunitarios y ruralistas (de hecho, exaltan el hecho urba-

no...); en cuanto a su racismo inicial, pronto se convertirá en un multirracial «derecho a la especificidad» que, finalmente, será totalmente descartado por sus principales ideólogos.

El fascismo es despreciado por el GRECE y ese rechazo se extiende al antisemitismo. El propio Milza afirma que si bien «la ND ortodoxa se conecta directamente en su bagaje ideológico a la "derecha revolucionaria" que no es el fascismo, pero que pertenece a la misma matriz que los prefascismos italianos, alemán y francés, sin embargo hay en los fascismos una voluntad totalitaria y reduccionista de remoldeamiento de los individuos sobre una base estereotipada que se sitúa en las antípodas del pensamiento de la ND, la cual se acomoda bastante mal con la estalolatría y la religión de las jefaturas carismáticas que han caracterizado a las experiencias italiana y alemana».

Tres hechos son particularmente notables en la historia del GRECE:

1.º El apoyo mediático y de intelectuales que recibió, y que fue considerable.

2.º La labor de reelaboración de una auténtica *weltanschaung* neoconservadora: en la historia de la derecha francesa (y no simplemente de la extrema derecha) habrá, como el caso de Charles Maurras, «un antes y un después» del GRECE.[45]

3.º La evolución de muchos de sus principales teóricos, desde un neoconservadurismo revolucionario (imitando en ello a parte de los integrantes de la «Konservative Revolution» germana posterior a la Primera Guerra Mundial) hacia un izquierdismo radical. Es la llamada «deriva nacionalbolchevique de la Nueva Derecha» que se inicia con el acercamiento del GRECE al Ceres, *brain-trust* socialista dirigido por Jean-Pierre Chevenement, y se acelerará con la llegada de Mitterrand al poder.

Porque, ya desde antes de la toma del poder por los socialistas, había en el GRECE rasgos que le diferenciaban, no ya de los antecedentes neofascistas de muchos de sus fundadores, sino también de la derecha clásica: aparte de la juventud de sus miembros (edad media, unos 27 años), su desprecio mismo tanto al culto del jefe como hacia el autoritarismo en general, y también hacia el antiintelectualismo; su rechazo de la sociedad de consumo, de la prevalencia de los valores mercantiles burgueses, de la tradición histórica del cristianismo, del «atlanto-americanismo» (llamado «partido de la

guerra»), y también, y sobre todo, del nacionalcatolicismo de la extrema derecha, y el de la derecha clásica.

Se dejaba entrever ya un grupo atípico, en el que se codeaban personas procedentes del neofascismo con otras que procedían del marxismo de la Escuela de Frankfurt (por ejemplo, Guillaume Faye, ideólogo básico, con Alain de Benoist, del grupo) y, finalmente, con otras que evolucionaron desde el neofascismo hacia la izquierda (como el propio A. de Benoist). Quizá por ese carácter variopinto originario, izquierdizante después, hallamos sin duda en política exterior un fuerte tinte gaullista-nacionalista, pero, también (con el tiempo) y sobre todo después de la llegada de Mitterrand y del PSF al poder, e influenciados cada vez más por el Ceres ya citado y por el ministro de Cultura Jacques Lang, muchos más rasgos de ruptura con la derecha:

1.° Un grado considerablemente mayor de crítica hacia el americanismo y el capitalismo occidental, que hacia los antiguos Sistemas políticos y económicos del Este. Pero además un interés creciente por el impacto y la doctrina de los nacionalcomunistas o nacionalbolcheviques y de su relación con la *konservative revolution* alemana: el GRECE empezó exaltando el Grupo Franco del Baltikum, y terminó dedicando cada vez más páginas a personajes como Ernest Niekisch, Richard Scheringer, Bodo Uhse, Beppo Romer y Heinz Heumann, todos ellos o bien nacionalbolcheviques, o bien tránsfugas desde el nacionalsocialismo hacia el comunismo. El GRECE se interesará cada vez más, tanto por el nacionalbolchevismo en sentido amplio, porque, explicará, sólo el socialismo puede garantizar, además de la justicia social, la supervivencia y grandeza de la nación, o superada ésta, de Europa, como en sentido estricto, porque le interesó cualquier aproximación entre el socialismo y la idea de nación, las dos ideas revolucionarias de este siglo; un «poslasallismo», pues, aunque de ambición europea y radical.

2.° La radicalización de su ideología, bajo el liderazgo del propio Alain de Benoist y, sobre todo, de otro líder más joven, Guillaume Faye. Así, poco a poco, el grupo se va inclinando (y es clave al respecto el famoso XVIII Coloquio de GRECE en 1984) hacia:

- Un europeísmo cada vez más socializante que, en todo caso, «geopolíticamente», arrancaría del neutralismo centroeuropeo e integraría en la CE (menos Gran Bretaña), no sólo a la Europa del Este, sino también a la antigua URSS.

- Un tercermundismo virulento y un apoyo decidido tanto a los regímenes árabes socialistas e islámicos como a aquellos grupos que en el Tercer Mundo luchan por la independencia nacional y una «tercera vía» en lo económico (si bien dicha vía consiste realmente en lo que Samir Amin llama «regímenes nacionales y populares»).
- Un antiamericanismo y antioccidentalismo radicales.
- Un rechazo total de los valores (pero no de la tecnología latente debajo), no tanto de la sociedad de consumo como del neoliberalismo hipercompetitivo y del actual sistema económico internacional, así como de la actual división internacional del trabajo y de la mundialización. No se trata en ningún caso de apoyar al capitalismo liberal...
- La descalificación del conservadurismo político (y ello mucho más que de la izquierda clásica: como señaló el GRECE, la llegada de la izquierda socialdemócrata al poder, en Francia, significó ciertamente «la victoria del casi nada», pero «sobre lo completamente vacío»).

Por todo ello, el GRECE reivindicará con el tiempo, cada vez más, su identificación con izquierdistas notorios a nivel de escuela (por ejemplo, con la escuela de Frankfurt) y de tendencias ideológicas (véase el creciente radicalismo tercermundista de A. de Benoist, o cierta reivindicación tanto del anarquismo como del neomarxismo y de pensadores progresistas: ahí está la identificación en muchos puntos con Jean-Pierre Chevenement (ex director del Ceres, *thinktank* del P.S. francés, y luego ministro de Educación y de Defensa de Mitterrand; sobre todo, autor de afirmaciones como ésta: «Sepamos poner al servicio del socialismo lo que hay de precioso y aún vivo en ciertos valores del pasado: el sentido del esfuerzo, el gusto por el trabajo bien hecho, el rigor del razonamiento, el desprecio de la moda, la renuncia a la facilidad, la capacidad de entrega a un interés más elevado que el propio, y el sentido del sacrificio, sin el cual ninguna sociedad puede vivir»), Jean-Paul Sartre (para A. de Benoist, «el mayor filósofo francés de la segunda mitad del siglo») y con un pensador notoriamente socialista como André Gorz. Como señala Jean-Marie Domenech, en un excelente artículo titulado «Un racismo del espíritu», en *L'Expansion* del 7 de septiembre de 1979, en el A. de Benoist evolucionado del último ter-

cio de la vida del GRECE podemos hallar sin duda el «subjetivismo heroico de Nietzsche», pero también el «existencialismo de Sartre», dado que «el hombre es un animal dador de sentido y que el mundo, globalmente considerado, es un caos; y hallar también el estructuralismo de Claude Lévi Strauss ...».

Y algún eco contestó desde esa izquierda, «Nueva Izquierda», que servía de referencia a De Benoist y a buena parte del GRECE (A. de Benoist: «La ND y la NI han nacido en el mismo momento, en 1968. Los que tenían veinte años se sintieron igual de mal en la vieja izquierda que en la vieja derecha», en «Entrevista a *Playboy*», 1979): atraídos por «el sueño de una juventud de derechas izquierdista» y viceversa, hallamos a Jean Hedern Hallier, a Guy Hocquenguem, a Regis Debray, a Pierre-André Taguieff y, con limitaciones, al propio Chevenement.

Se comprende que hoy, estallado el GRECE, haya ex militantes suyos desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, y que sus dos ideólogos más importantes, A. de Benoist y G. Faye, estén claramente en la izquierda, entre la «tercera vía» y el nacionalbolchevismo.

Notas

1. Así como revistas neofascistas como *Écrits de Paris, Rivarol, Défense de l'Occident, L'Esprit Public, Aspects de la France, Europe Action, Cahiers Universitaires*, etc.

2. Amén de grupos menores tales como el New Order, también dirigido por L. Rockwell, la National Aliance de W. L. Pierce, el Partido Nacional Socialista de los Trabajadores de América, el Partido Nacional Socialista de la América Blanca, la Vanguardia Nacional Socialista, la Resistencia Aria Blanca, la Asociación Nacional para la Promoción de los Blancos, etc.

3. Y una explosión de grupos rockeros filonazis, los «Reich N'Roll» (como los califica un suplemento del periódico español *El Mundo*, 6 de febrero de 1993): Victoria Final (he aquí la letra de una de sus canciones: «Mastican como yo y vienen a Alemania a ensuciar todo lo que tocan / hay que pararles / hay que matarles / metámoslos en la cárcel / arrojémoslos a los campos de concentración. / No nos conformemos con que se vayan ellos / matemos a sus hijos / violemos a sus mujeres / exterminemos la raza. / Si te cruzas con un turco en el metro, dale diecisiete puñaladas / y si le ves con una mujer alemana acuérdate que es tu raza la que está profanando, / repitamos lo que hemos sabido hacer en otros tiempos».), Los Locos de Atar, La Última Parada, Comando de Eliminación de Extranjeros, Vómitos, Cabezas Rapadas, Tíos Malos, Tabú la Raza, Tropas de Asalto, Ofensiva Final, Poder Destructivo, Werwolf (Hombre Lobo), Odio Radical, La Cólera del Pueblo, Nuevos Valores, Mártires, etc.

4. He aquí el estribillo de una de sus canciones: «Aquí estoy y veo cómo en mi país hoy, es tan fácil ver lo importado desde fuera, todos esos inmigrantes y las mentiras izquierdistas. Antes éramos una nación y ahora nos dirigen judíos. Queremos que nuestro país vuelva a ser el mismo».

5. Para él, el holocausto fue «fruto de la imaginación». Es autor de obras como *El bombardeo de Dresde* (la más seria), *La guerra de Hitler* y *Goering*. Por cierto que Noam Chomsky ha aceptado presentar uno de los libros del «revisionista» francés Jacques Faurisson (*Mémoire en défense: la question des chambres a gaz*», París, 1981), al que califica de «liberal apolítico». Igualmente, ha favorecido la edición del panfleto antisemita *De l'exploitation dans les camps á l'exploitation des camps*, París, 1981. Finalmente, está el escándalo del aval del célebre abate Pierre a los escritos revisionistas de Roger Garaudy, el filósofo ex marxista y actualmente musulmán...

6. Véase *Le Monde*, del 15 de octubre de 1992 y días siguientes.

7. El tal Glemp es un prelado de armas tomar, pues a sus andanadas antisemitas, une una virulenta actitud seudomoralista en el tema del sida, «mal cuya raíz reside en el menosprecio de los principios morales, en la incontinencia sexual, y en la droga»... Préstese atención también a los grupos rockeros nazis, como Konk Wista 88.

8. El cual clama por un poder fuerte, «porque cuando se conduce un autobús, si todos intentan tomar el volante, el vehículo se estrella contra el primer árbol». Por de pronto, afirma que «en materia económica, no hay lugar para la democracia».

9. Véase su obra *Pleins pouvoirs*, París, 1939.

10. Véase el libro de François George Dreyfus: *Histoire de Vichy*, París, 1991. Estupor han causado, por todas partes, las revelaciones de los planes «para mejorar la raza» y «esterilizar a los degenerados mentales» elaborados por Winston Churchill en 1910 cuando era ministro del Interior; sobre los escritos particularmente racistas de Pierre Loti, véase Michel Cournot, *Est il bien Loti?*, en *Le Nouvel Observateur*, París, 1991.

11. Véase el estudio de Gilbert Joseph, *Une si douce occupation*, París, 1991.

12. Véase de D. Irving: *Goering*, Madrid, 1991.

13. Por ser la «H», de Heil Hitler, la octava letra del alfabeto.

14. Que cantan: «Recuerdo los buenos tiempos; 1940, Hitler tenía razón; todos los judíos y los emigrantes a campos de concentración».

15. Menos antisemitismo ahora que antes; hay un antijudaísmo latente, pero los chivos expiatorios han pasado a ser los magrebíes, los árabes, los musulmanes y los oriundos del Tercer Mundo...

16. Véase en *Le Nouvel Observateur*, París, 1992, el artículo de Pierre Armand Taguieff: «Vous avez trop diabolisé!».

17. Véase sobre las consecuencias de la mecanización creciente de la producción, los escritos del sociólogo polaco comunista Adam Schaff.

18 Véase el artículo de Monique Gehler: «La grande complainte des classes moyennes», *L'Événement du Jeudi*, del 20 de septiembre de 1992.

19. Lentamente, sin embargo, cabe un cambio en las mentalidades: ahí está el economista Alain Bienayme, que piensa (véase su libro *Le capitalisme adulte*, París, 1992) «que si el capitalismo ha sobrevivido hasta ahora, ha sido porque ha dado siempre la espalda, tarde o temprano, a lo irreal y a lo dogmático, siendo el "todo en el mercado-todo privatizado" y la competitividad y rentabilidad como único baremo, los últimos y más peligrosos errores y abstracciones». Un «capitalismo adulto» prosperará «si combina mercado y economía organizada, egoísmo individual y un Estado corrector, y eficacia económica con clara cobertura social. En otras palabras, si adopta una política capaz de sacrificar dogmas a la necesidad de salir de la actual recesión».

20. En *La riposte des exclus*, París, 1991.

21. Existen causas más prosaicas. Por ejemplo, conocedor de que la extrema derecha francesa ha oscilado siempre entre el 5 y el 10-12 por 100, Mitterrand no dudó en aumentar la proporcionalidad electoral para inflar algo la extrema derecha y desinflar otro tanto la derecha... Con éxito, pero sin impedir la llegada de la derecha francesa al poder...

22. Bernard Cathelat, *Les enjeux de fin du siècle*, París, 1979.

23. Cuñado de Robert Brasillach, el escritor fusilado en 1945 por colaboracionismo con los alemanes, autor de novelas como *Comme le temps passe* y de ensayos como la tan influyente, para los posteriores neofascistas, *Carta a un soldado de la quinta del sesenta*. También es coautor de una impresionante *Historia del cine*.

24. Y añade: «Espartanos y sureños, que parecen tan diferentes, se asemejan, sin embargo, en varias características: unos y otros son fieles a un cierto orden de la *polis* según el cual lo esencial no es acumular, sino ser libres; no vender, sino ser uno mismo; para ellos, los hombres tienen más importancia que la economía y, entre los hombres, son la generosidad y el coraje los que fijan la jerarquía; adoptan instintivamente una definición biológica del hombre, creen que existen leyes fundamentales del desarrollo de la especie que no son impunemente transgredibles, que el respeto de dicha ley natural reside en el principio de la felicidad y de la salud; que la riqueza y la profusión son bienes falsos ...». Véase su obra *Sparte et les sudistes*, París, 1969, y *Qu'est-ce que le fascisme*, París, 1970. Concluye que «se es espartano o sureño según los tiempos y las circunstancias». A buen entendedor...

25. El liberalismo genera fascismo, como se puede ver en Estados Unidos, por el retorno de la democracia censitaria. Según S. Hamili, *À l'américaine. faire un president*, París, 1980: «Las diferencias en la tasa de participación [electoral] en función de la renta es considerable, y no se la encuentra en ningún otro país democrático ... 76 por 100 de los ricos votan [contra] 38 por 100 de los pobres».

26. Véase, de Philippe Malaud, *La révolution libérale*, París, 1985.

27. Para uno de los principales dirigentes del mencionado club, los nazis fueros «excesivos y estúpidos». ¿Solamente eso? Véase el libro de Henri Rousso, *Le sindrome de Vichy, de 1994 à nos jours*, París, 1990.

28. Véase el artículo de Guillaume Malauri: «Au programme, vive les corporatismes privés», *L'Événement de Jeudi*, París, 18 de marzo de 1992.

29. Muchas veces, ese fascismo *light* «del Sistema» descarrila: así las 50 medidas que a modo de programa ha editado el partido de Le Pen (véase sus *Cinquantes mesures sur l'imigration*) y que han sido consideradas «más fuertes que el programa de Jacques Doriot», fundador del colaboracionista partido del PPF (Parti Populaire Français) entre 1940 y 1945 (se puede consultar, por cierto, al respecto la muy reciente obra de Victor Bartélemy: *Du comunisme au fascisme; l'histoire d'un engagement politique*, París, 1978). Véase también el artículo de Pascal Ory en *Le Nouvel Observateur* (París, noviembre de 1992) titulado «Les racines du lepenisme»: «Las cincuenta medidas concretas —de hecho el primer programa étnico de un gran partido francés—, las declaraciones recientes de Bruno Megret, citando por lo demás a Barres, a Maurras o a Alexis Carrel, sobre el peligro del mestizaje de las razas (las de Le Pen sobre la desigualdad de las razas), la virulencia de la campaña antimasónica, sin contar el antisemitismo por lo bajo ... Todo en el discurso lepenista ... le sitúa más "a la derecha" que el de un de la Rocque (para la generación de la Primera Guerra Mundial) o de un Maurice Barres —para la Generación de la Revancha—. Hasta los programas finales de las Juventudes Patrióticas, o del PPF de Doriot, en 1936 parecen bien mansos comparados con las medidas concretas de Le Pen». A pesar de todo, y dentro de nuestra línea de considerar el «nacional-liberalismo» como un «fascismo del sistema», recogemos aquí la definición que, en ese mismo número de *Le Nouvel Observateur*, se da del PFN: «Es fácil definir el fascismo: una negativa simétrica tanto del liberalismo como del marxismo, y que pretende replicarles mediante la asociación del nacionalismo y del totalitarismo. En definitiva, una forma de vivir radicalmente valores de la derecha [vitalismo, elitismo, nacionalismo] con un estilo de ex-

trema izquierda [pueblo, partido, Estado], en la que puede hallarse un intento totalmente moderno de hacer crecer, en tierra de derecha, las lecciones de la Revolución de Octubre. Pero Le Pen no es tan moderno: Fascistas, muchos de sus consejeros lo son ... Pero hasta que pase algo nuevo [o hasta la toma de poder], el hombre se queda corto. La doctrina del Frente Nacional le une mucho más directamente al franquismo». Pero, desde la década de los cincuenta, este último, ¿no fue a escala del centro y de la periferia internacionales, el fascismo *light* del Sistema imperial norteamericano?.

30. Tampoco anda lejos el centrista-liberal Raymond Barre cuando, refiriéndose al lema del general Petain en 1941 «*travail, famille, patrie*», declaró (15 de diciembre de 1985): «Sí al trabajo, sí a la familia, sí a la patria ... pero en una Francia con libertad, porque así lo han deseado los electores». La lista de ex miembros de la ultraderecha que hoy sirven de puente con el ultraliberalismo francés es interminable: William Abitbol, Alain Robar y Joseph Bruneau de la Salle, asesores directos del antaño ministro del Interior Pasqua; caso también de Gérard Longuet, ex ministro de Industria y de su mano derecha, Herve Novelli, etc.

31. Para colmo de ironías, el himno oficial del partido es el *Canto de los hebreos*, del compositor italiano Verdi. Para completar la información sobre la implantación del lepenismo, véase, de Jean-François Kahn, Richard Bellet, Serge Faubert, Guillaume Malaurien, Federic Ploquin, *et al.*, *Front National: des verites qui font mal*, en *L'Événement de Jeudi*, 18 de marzo de 1992, París. Véase, también, la obra colectiva *Les rats maudits*, París, 1995.

32. Las calificaciones de Jorg Haider como un neonazi no son satisfactorias (que sus padres fueron nacionalsocialistas militantes; que militó en la asociación estudiantil de extrema derecha, Burschenschaft en su juventud; que creció en la «arianizada» (???) Carintia; que lleva en público bufandas azules porque las flores de papel azul eran señales de identificación de los nazis austríacos antes... de que Hitler llegase al poder en Alemania; todas estas lindezas se pueden leer en el libro de Hans Henning Schausach, titulado *Haider's Kampf* [Viena, 1993]). El programa de Haider es, en realidad, una mezcla de ultraliberalismo, pangermanismo unitario, preferencia nacional, apoyo a las clases medias y aceptación del sistema democrático, es decir, típicamente nacional-liberal, o «fascista del Sistema».

33. Véase de Gérard Saint-Paul: «Coup de semonce», *Le Point*, abril de 1992, París.

34. Véanse de Marie France Etchegoin: «Haissez vous les uns les autres»; y de P. B. G. Franz Schönhuber: «Un fasciste tres frequentable», ambos de la revista *Le Nouvel Observateur*, París, 1992.

35. Ya dijo Hayek, en su día (hoy muy leído entre las corrientes que nos ocupan) que «el liberalismo debe ir a la pasión de la tradición». Ya está hecho.

36. Véase en su obra *Linke leute von rechts. Die national revolutionare und der kommunismus in der Weimarer Republik*, Stuttgart, 1960.

37. Véase su obra *National-bolchevisme dans l'Allemagne de Weimar 1919-1933*, París, 1979. Aunque esta es definitiva, también se pueden consultar de A. Ehrt y J. Schweickert, *Nationalbolchevismus*, Berlín, 1931; W. Fink: *Ostideologie und ostpolitik*, Berlín, 1936; Armin Mohler, *Die konservative revolution in Deutschland 1918-1932*, Stuttgart, 1950; K. O. Paetel: *Versuchung oder chance? Zur geschichte des deutschen national-bolchevismus*, Gotinga, 1965; y el clásico de K. Sontheimer: *Antidemokratische gedenken in der Wiemarer Republik*, Munich, 1962.

38. Véase de Kühnl: *Die N. S. Linke*, Berlín, 1966. Alejamiento que ya se hizo absoluto tras la «noche de los cuchillos largos» y el asesinato de Ernst Röhm por las SS, bajo la instigación de Himmler y Goering, en 1934, así como tras el exilio de los hermanos Strasser.

39. Aparte de las experiencias nacionalbolcheviques más conocidas (la de Eltzbacher, la de Laugenberg y Wolffheim, y la de Ernst Niekisch) hay que reseñar, en 1921 en Múnich, el acercamiento entre el nacionalista Von Hentig y los comunistas Otto Graf y Otto Thomas; la adopción, en 1923 por el PCA, de la llamada «línea Schlageter» frente a la ocu-

pación franco-belga del Ruhr; la experiencia en 1931 de la revista mensual *Der Vimtruz* de los nacionalistas y de los socialistas radicales y de los activistas revolucionarios de todas las tendencias dirigida por Werner Lass; el «grupo Gegner», en el que colaboraran el dadaísta Franz Jung, Karl Korsch y Haro Schulze-Boysen; el grupo Vorkampfer, de Friedrich Venz, que pidió poner la crítica marxista al servicio del nacionalismo, a la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, y la liberación «de la nación entera»; así como el interesantísimo movimiento Die Sozialistische Nation, de Karl Otto Paetel —luego Grupo de Nacionalistas Social Revolucionarios abiertamente nacionalbolchevique—. Defensor de la lucha de clases y de una Alemania de los soviets, redactor de un vibrante *Manifiesto nacionalcomunista* (1933) y partidario del apoyo al PCA, Paetel se exiliará a Nueva York donde publicó en 1963 una excelente *Antología de la Beat Generation*, y falleció en 1975. Sobre Ernst Niekisch se puede consultar la obra de Sebastian Haffner y Wolffang Venobri, *Profils prussiens*, París, 1983.

40. Véase de Fritz Krüpfganz: *Der kommunismus, eine nationale notwendigkeit*, Hamburgo, 1920.

41. Véase la obra de Niekisch, *Hitler, une fatalite allemande; et autres ecrits nationaux-bolcheviques*, ya citada.

42. Véase concretamente la obra de M. Bardeche *Qu'est-ce que le fascisme?*, ya citada.

43. Para comprender este punto preciso es menester retroceder a la llamada «depuración» consecutiva a la evacuación de Francia por las tropas alemanas, en 1944-1945. Ciertamente, no sólo la derecha colaboró con Hitler; desde la izquierda, hallamos nombres como Marcel Deat (ex socialista), Jacques Doriot y Pierre Clementi (ex comunistas); Louis Ferdinand Destouches (alias Céline, magnífico escritor y ex anarquista), entre otros. Pero, lógicamente, el grueso del colaboracionismo procedió de la derecha. Ello fue tanto más patético cuanto que, a diferencia del caso español, la intelectualidad francesa de derechas estaba entonces casi a la altura de la de izquierdas, ambas por lo demás muy por delante de la mayor parte de las de otros países. En este sentido, podemos recordar nombres importantes del pensamiento conservador o ultraconservador galo: los hermanos Joseph y Xavier de Maistre (obras: *Du pape, Les soirées de Saint Petersbourg*, etc.), Louis de Bonald, Paul Claudel (*Connaissance de l'Est, L'annonce faite à Marie*, etc.), Edouart Drumont (*La France juive, L'Europe juive, Testament d'un antisemite*, etc.), Barbey d'Aurevilly (*Les ridicules du temps*), Léon Bloy (*Le desespere*), Hugues Rebell, Vacher de la Rouge (darwiniano social; *L'Aryen et son role social*), Michelet, Barres (*La coline inspiree*), René de Châteaubriand (*Memoires d'outre-tombe*), Renan (*Q'est-ce qu'une nation?, Judarisme et christianisme, Vie de Jésus*, etc.), Paul Valéry (*Monsieur Test, La jeune parque, La crise de l'esprit, Le cimetière marin, L'européen, Regards sur le monde actuel*, etc.) Pierre Bourget (*Au service de l'ordre*), Marcel Proust (próximo a la *Action Française*, de Ch. Maurras), Jean Anouilh (*L'huberlulu*), Léon Daudet (*Les Morticoles*), el propio Maurras (*Enquête sur la Monarchie*). Aquí nos hemos ido muy atrás en el tiempo; pero lo cierto es que de los intelectuales que, por edad, pudieron colaborar con el nazismo, casi todos fueron inquietados, en 1945, por ello: de nuevo Charles Maurras (el teórico del «nacionalismo integral»), Georges Blond (*Le débarquement de Normandie*), Robert Brasillach (cuñado de Maurice Bardeche ya mencionado); Pierre Drieu la Rochelle (*L'Homme à cheval, Memoires de Dirk Raspe, Journal, Le feu follet, Romantisme fasciste, Notes pour comprendre le siècle, Gilles*, etc.), Céline (*Les beaux draps, D'un chateau à l'autre, Mort à credit, Voyage au bout de la nuit, Guignol's band, L'église, Bagatelles pour un massacre*, etc.), Alphonse de Châteaubriant (*La briere*), Jean de la Varende (*Le centaure de Dieu*), Henri de Montherlant (*Le solstice de juin, La reine morte, Le maître de Santiago, Les olimpiques, Les bestiaires, Services inutiles, Les jeunes filles, Pitié pour les femmes, Le démon du bien, Les lepreuses, Aux fontaines du désir*), Jean Giono (*Un de Baumugnes, Regain, Jean le bien, Que ma joie demeure, Deux cavaliers de l'orage*, etc.), Pierre Antoine Cousteau (*Après le deluge*), Lucien Rebatet (*Les decombres*), Maurice Yvan Sicart (*Histoire de la collaboration, Les maudits, La nuit commence au Cap Horn*, etc.), Saint Loup (*Les hereti-*

ques, Les voluntaires, Face nord, etc.), Paul Marion, Jacques, Benoist Mechin (*Ibn Seud, Mustapha Kemal*, o *Histoire de l'armee allemande, Federic II Hohenstauffen, L'ete 40, 60 jours qui ebranlerent l'occident, Alexandre le grand, Julien L'apostat, Mémoires*), etc. Todos los nombres citados son ejemplos conocidos; otros menos notorios son los cantantes Maurice Chevalier y Edith Piaf, la actriz Arletty, el constructor de automóviles Renault, el arquitecto Le Corbusier, el oceanógrafo Jacques Cousteau, el biólogo y premio Nobel Alexis Carrel, el pintor español Picabea... La derecha, sobre todo la política y la intelectual, francesa pagó muy cara la colaboración. Para ampliar sobre la extrema derecha francesa previa a la Segunda Guerra Mundial, consultar: E. Weber: *Histoire de l'action francaise*, París, 1962; sobre el llamado «anarquismo de derechas», consultar: P. Ory: *L'anarchisme de droite*, París, 1985, y François Richard: *L'anarchisme de droite dans la litterature contemporaine*, París, 1988.

44. Véase su obra *Fascisme français*, París, 1990.

45. Una idea de esto último puede sacarse del análisis de los miembros del patronato de apoyo a la revista *Nouvelle École* y, por ende, al GRECE; Jean Anouilh, ya mencionado, dramaturgo muy conocido; Robert Ardrey, dramaturgo y antropólogo británico; Christian Barnard, el cirujano surafricano pionero en trasplantes cardíacos; Jean-Marie Benoist, ensayista y filósofo; Jacques Benoist Mechin, escritor y especialista en temas árabes; Arno Brecker, escultor alemán; Denis Buican, biólogo británico; Anthony Burguess, escritor británico; Jean Cau, antiguo secretario de Jean-Paul Sartre, y escritor; Remy Chauvin, biólogo; André Cocâtre-Zilgien, polemólogo; Quentin Debray y Pierre Debray Ritzen, psiquiatras; P. M. Doudonnat, sociólogo; Maurice Druon, escritor; Julien Freund, politólogo; Jean Giono, escritor; Raul Girardet, polemólogo; Pierre Gripari, escritor; Marcel Jouhandeau, escritor; Stephane Lupasco, físico rumano; Gabriel Matzneff, escritor; Thierry Maulnier, escritor; Armin Mohler, politólogo alemán; Jean-Jacques Pauvert, ensayista procedente de la izquierda anarquizante; Louis Pauwels, escritor y director del *Figaro Magazine*, autor del ultraconocido *Retorno de los brujos*; Jean Raspail, escritor y autor del *Campo de los santos*; Paul Serant, historiador; Arianna Stassinopoulos, escritora; Tatiana Tolstoi, escritora rusa (y nieta de León); Gerard Zwang, sexólogo... Eran por los demás colaboradores habituales de la revista: Konrad Lorenz, el etólogo alemán premio Nobel; Marc Beigbeder, lógico; Giovanni Sartori, politólogo italiano; Jules Monnerot, sociólogo; Hans Eysenck, el psicólogo británico; Jean Hedern Hallier, periodista francés de centro-izquierda bastante afamado; François Perroux, el economista inspirador, junto con Jacques Rueff, de buena parte de la política económica de De Gaulle, etc.

3

El populismo como voto de protesta

Primero, hay que pensar en el pueblo.

Bill CLINTON / Al GORE, 1992

Si querer dirigirse a la mayoría del pueblo es prueba de populismo, y por ello causa de infamia, entonces más vale volver al sufragio censitario.

Serge HALIMI, 1996

Lo que es denominado «populismo» constituye algo muy difícil de acotar y definir. Como ha dicho uno de sus estudiosos,[1] «al populismo no corresponde una elaboración teórica, orgánica y sistemática».[2] Gobierno del pueblo, desconfianza hacia las clases dirigentes, semidictaduras de base popular, electoralismo, movimientos anticorrupción, fascismos menos ideologizados, nacionalismo «social», comunismo rebajado, reivindicación de eficacia, un síndrome, incluso, o, para Germani, un movimiento social y político «aberrante»... Hay definiciones de populismo, como se podrá ver más adelante, para todos los gustos. A su vez, todos los partidos hacen populismo, pero en grado variable, y, desde luego, coinciden en algo con esta ideología.

Para unos autores se trata de una ideología contemporánea, impensable antes de la irrupción de las masas. Es la tesis conocida y brillante de Germani: cuando fallan los mecanismos de integración destinados a encauzar la movilización y acción política y social de

sectores sociales hasta aquel momento pasivos, entonces surge el populismo.[3] Pero también puede surgir cualquier otra cosa. Para otros, populismo ya lo había en algunos emperadores romanos, o en gobernantes italianos renacentistas.

Más aún, el término designa más de una ideología. Carlos Moscoso explica[4] que «pocos términos hay en el análisis político contemporáneo que se hayan usado para designar cosas tan distintas. De momento, sirve para distinguir un "fenómeno" (el fenómeno de masas), partidos políticos, movimientos, una ideología, actitudes discursivas, gobiernos demagógicos, reformismo, etcétera».

Hay autores que incluso han distinguido (en una ideología tanto más difícil de definir cuanto que una de sus características parece ser cierto déficit ideológico, cierta ausencia de ideas, al menos en comparación con otras concepciones políticas) variantes «nacionales» del populismo: Ghita Ionescu y Robert Gellner[5] han elaborado una tipología razonable. Así, una cosa sería el populismo ruso (tal y como lo estudió, en su día, S. V. Utechin);[6] y otra el populismo clásico norteamericano,[7] e incluso el *new populism* de los años sesenta en ese mismo país.[8] También serían cosas distintas los populismos del este-europeos, balcánico, asiático, africano y latinoamericano (este último el más estudiado).

Por cierto que todo populismo conlleva algo de nacionalismo, aunque no hasta el punto de que pueda suscribirse la afirmación de Seymour Martin Lipset de que «el populismo, a diferencia del comunismo, se refiere al nacionalismo». Si el populismo reivindica, tarde o temprano, el nacionalismo es, sencillamente, primero, por tendencia a la identificación entre nación y pueblo; y segundo, porque, como vieron los nacionalcomunistas, no cabe poder popular real si la nación no es independiente. Véase, en efecto, algo parecido en la noción de «nacionalbolchevismo», estudiada en el capítulo anterior, cuando comunistas alemanes y magiares reivindicaban, juntamente con, o, incluso, previamente a la revolución social, una «revolución nacional» que garantizara, frente al extranjero (en aquel caso, frente a Occidente), la independencia y realidad de expresión de la voluntad revolucionaria del proletariado, en este caso identificado, junto con la pequeña burguesía, con el pueblo en su totalidad...

Tampoco las numerosas escuelas que se han ocupado del populismo han arrojado una luz definitiva: negativistas,[9] evasivistas;[10]

pero tampoco lo han hecho, lo de aclararlo definitivamente, los formalistas,[11] ni los funcionalistas[12] y hasta ni los marxistas.[13] Otros rizan aún más el rizo, como Margaret Canovan, que combina el negar el fenómeno del populismo con la identificación, simultánea, de hasta siete tipos del mismo...[14]

Sin embargo, cualquiera que sea: 1) el origen (civil o militar) de los líderes; 2) el fundamento estratificacional de los movimientos (pequeñoburgués, proletario, industrial, o campesino; «clases medias» o, como en Seymour Martin Lipset, sencillamente las «clases bajas»); 3) la inspiración ideológica «complementaria» (desde la derecha, desde la izquierda, o desde una perspectiva «nacional-popular», como dirían Germani y Samir Amin); 4) el momento de aparición (transicional o no; o, para A. Steward,[15] el populismo surge «ya sea por las tensiones entre los países atrasados y los más avanzados, ya sea por la tensión entre las partes desarrolladas y atrasadas del mismo país»; esta idea se puede hallar también en Germani, en relación con los populismos latinoamericanos, que surgirán «en aquellas fases históricas caracterizadas como de transición de una economía predominantemente agrícola a una economía industrial y, conjuntamente, de un sistema político con una participación restringida a otro con participación amplia»); 5) el carácter «nacional-defensivo» o «nacional-ofensivo», y 6) el grado de dureza del movimiento (paliativo y temporal meramente, o desconectivo y duradero); a pesar de todos estos factores diferenciadores (y de algunos más), es posible hallar un hilo conductor o, si se desea, elementos básicos comunes entre personas con ideas tan dispares como el joven Lenin, el sureño Huey Long, el chino Sun Yat Sen, el hindú Gandhi, el argentino J. D. Perón, el brasileño Getulio Vargas, el general francés Boulanger y el turco Mustafá Kemal,[16] o los *supporters* canadienses del «crédito social», o el «cardenismo» mexicano, el aprismo peruano, el socialismo africano de J. Nyerere, el nasserismo egipcio; para algunos, incluso, el castrismo...

Como veremos que también subyace un «neopopulismo», un populismo adaptado a los valores de la sociedad industrial avanzada, en personajes como el norteamericano Ross Perot, el italiano Silvio Berlusconi, los franceses Pierre Poujade y Bernard Tapie, el peruano Fujimori, el coreano Chung-ju-Yung, el polaco Tyminski, el ruso Vladimir Jirinowski, los españoles Jesús Gil y Gil, Manuel Fraga (con reparos), y José M.ª Ruiz Mateos, el canadiense Preston

Manning...[17] Como explica Ludovica Incisa, «originariamente, el populismo está más latente que teóricamente explícito. Como denominación, se adapta fácilmente, no obstante, a doctrinas y a formas articuladas de manera diferente y divergente en apariencia, pero unidas en el propio núcleo esencial, por la referencia constante al núcleo central y por contraposición encauzada a doctrinas y fórmulas de derivación distinta».

Aquí analizaremos precisamente ese neopopulismo, que está surgiendo en los países industrializados maduros (excepto el caso de Perú), en una fase histórica que se inicia hacia la década de los cincuenta, y dura hasta hoy. Veremos en qué consiste a través de la ideología de sus líderes, y procuraremos diferenciarlo de otras expresiones ideológicas; y finalmente, aclararemos su carácter anti o pro Sistema.

Arranquemos de un clásico, oriundo de Rusia, patria del populismo contemporáneo. Para Utechin, el populismo es, en primer lugar, lo que generaban «los pensadores y políticos que se adhirieron al concepto de socialismo ruso ... El cual se fundaba y era resultado de la comuna rural» (definición demasiado centrada, precisamente, en el populismo clásico ruso: el populismo de origen campesino es sólo una de las variantes, y, si bien hay un componente evidente de lucha de clases en el populismo, éste diverge —como veremos— del socialismo); en segundo lugar, el populismo «en sentido más restringido, comprende todos aquellos que se calificaron a sí mismos de populistas, y que procedían de los socialistas revolucionarios rusos» (la misma crítica que para el primer punto, exceptuando el carácter campesino); en tercer lugar, es la definición que nos acerca más: «Aquellos escritores y políticos que se propusieron reflejar con toda fidelidad las ideas y los sentimientos auténticos del pueblo».

El populismo sería así la reivindicación de la voz del pueblo. Como precisa Incisa, «pueden ser definidas como populistas aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado como un conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia». El populismo es un eje tan central del pueblo, que se ha podido decir que es radicalmente distinto de la democracia cristiana porque, para el populismo, «Dios es el pueblo...».

Desde otro ángulo, si el racismo y el nacionalismo reivindican «realidades» como la raza y la nación, el liberalismo, la prevalencia del individuo y del mercado, y el socialismo y el comunismo, la de la clase social, el populismo se basa en la supremacía del «pueblo». Es fácil oponer así populismo y racismo (el primero no identifica exactamente «pueblo» y «raza»), y populismo y liberalismo (obviamente). Ya es menos fácil, pero es aún posible, hacerlo con el nacionalismo, porque la «nación» es algo más que el pueblo (ahí está el matiz diferenciador entre «España, lo único importante» y «los españoles, lo más importante»), algo menos inmediato, más amplio hacia delante y hacia atrás en la historia; la nación incluye todos los individuos pasados, futuros y, además, todos los presentes; mientras que el populismo, que entiende por pueblo el «auténtico», excluye a las clases dirigentes, a aquellos que están por encima, o de alguna forma segregados del pueblo por sus niveles de renta, de poder, sus formas de vida y su concepción del mundo... No es que el populismo rechace el concepto de nación, sino que lo identifica con el pueblo, el cual a su vez, como veremos, no se identifica con la totalidad de las personas que viven en un país, ni aun siendo todos nacionales de dicho país.

¿Significa esto una identidad básica entre populismo, socialismo y comunismo? Conocida es la idea latente de lucha de clases que hay ciertamente en el populismo, y, además, la postura de un pensador brillante como lo es Seymour Martin Lipset,[18] para el cual el comunismo y el populismo son dos formas radicales de socialismo y de expresión ideológica de las clases «bajas». Pero no es tan fácil como lo ve este autor: 1.°, socialismo y comunismo hacen referencia al proletariado como única «clase de referencia» que contraponen a casi todas las demás; 2.°, no identifican a la nación con esa clase. Por contra, el populismo incluye en cuanto a las clases «populares» mucho más que solamente el proletariado (de hecho, hasta excluir solamente a las clases dirigentes) y las hace coincidir con la nación real, que es el pueblo. El populismo no niega, pues, la realidad nacional, mientras que algunas variantes del socialismo sí lo hacen.

Finalmente, en el populismo no hay sentido de la historia, entre otras cosas porque la ideología populista, además de diferente, es mucho más liviana que la del socialismo. Y esto último es lo que hace aceptable la afirmación de Germani de que, en definitiva, el

populismo sería una «modalidad de expresión política de las masas populares en situaciones tales que éstas no han podido desarrollar una ideología y una organización autónoma de clase». Quizá la aproximación sería más fácil con el «nacionalbolchevismo», el cual, como hemos visto, identificaba proletariado más clases medias con la nación, con el pueblo, y hacía de la independencia nacional condición indispensable del deseable éxito de la revolución social y económica; pero el populismo, ni pretende una revolución socioeconómica radical en el sentido de prohibir la propiedad privada de los bienes básicos de producción o alterar su control,[19] ni tampoco es antidemócrata tomando la democracia en el sentido clásico o burgués (como sí que lo fue el nacionalbolchevismo primitivo).

Hay en el populismo un rechazo de la clase política, como veremos, porque ésta tiende naturalmente a desvirtuar —entre otros— el Sistema democrático, lo cual no está muy lejos de la distinción, hecha desde la izquierda radical, entre democracia real y democracia formal; pero existe, en el populismo, el convencimiento, fatalista, paretiano, micheliano, de que, en definitiva, la oligarquización amenaza en todo caso, y que debe ser combatida constantemente; y de que la democracia real es inalcanzable de una vez por todas.

Así, la democracia, que para el populista, sobre todo para el neopopulista industrial maduro, el de la segunda mitad de este siglo, es (incluso la parlamentaria) aceptable y deseable, debe ser defendida constantemente de la tendencia a la oligarquización. Sólo que no sólo a través de reformas económicas y sociales, sino de la vigilancia popular a través de un hombre escogido que realmente represente al pueblo, que además emane o parezca emanar de él (por aquello de que el presunto origen común garantizará mucho más la vigilancia antioligárquica que las reformas estructurales, las cuales, además, podrían afectar al poder económico de las clases medias, y, por lo tanto, añadir la distorsión de un enfrentamiento entre diferentes partes del pueblo, cuando éste debe dedicar todos sus esfuerzos al control, si no a la cancelación, del poder de la oligarquía).

Podríamos decir que cuando el socialismo originario busca la solución radical y definitiva del problema del poder mediante reformas muy profundas, el populismo pretende ser menos ambicioso, más pragmático y más temporal en sus soluciones.

Así pues, el populismo se basa en varios postulados:

1. El pueblo no incluye a las clases dirigentes, dado que éstas se segregan de él al defender únicamente sus propios intereses.
2. Actitud esa equivocada de estos grupos, pues el interés bien entendido de esas clases dirigentes pasa también por la defensa de los intereses generales.
3. En todo caso, el pueblo sabe qué le conviene; sabe qué es lo correcto, lo eficaz y lo moralmente honesto; correcto y eficaz, porque nadie mejor que el pueblo sabe, en su sabiduría innata, qué es lo que le conviene; y moralmente honesto porque, ramalazo rousseauniano, ¿qué otro criterio seguir, para conocer la bondad de las cosas, que recurrir, democráticamente —como dice Lloyd Fallers,[20] «la legitimidad reside en el pueblo»—, a la «voluntad general»? Ella es juez, si no de la verdad, al menos de lo que conviene al pueblo. Como explica Peter Wills, «la virtud, para el populismo, reside en el pueblo auténtico».

Lo anterior nos debe llevar a la consideración de que, evidentemente, los populismos (sin creer en reformas estructurales profundas, como hemos visto) no carecen de voluntarismo social, y, por lo tanto, son bastante impermeables (a pesar de cierto pesimismo sobre la propensión de las minorías a oligarquizarse) a argumentos conservadores del tipo que A. O. Hirschmann describe en su magnífica obra *Deux siècles de rethorique reactionnaire* (París, 1993) («el principio del efecto perverso», según el cual las reformas sociales producen un efecto diametralmente opuesto al deseado por el pueblo; y el «principio de inutilidad», según el cual toda reforma devuelve siempre a la situación primitiva): la «heterotelia» (tal y como definió Jules Monnerot el desfase entre lo planeado y lo obtenido) es extraña a la mente populista (como lo es, radicalmente, a la revolucionaria en general...).

Por lo dicho hasta ahora, el populismo sería una reivindicación radical de democracia, un «democratismo romántico», tan radical que, paso siguiente, llegaría a la supresión de cualquier intermediario entre el poder y el pueblo. Pero al llegar a este punto es donde aparecen más claramente las diferencias con la democracia parlamentaria tal y como la conocemos: por un lado, porque esta última no excluye a ninguna parte del cuerpo social de los que integran y

definen «la voluntad general»; para el parlamentarismo, los que mandan también forman parte de ella; por otro lado, está el procedimiento escogido por el populismo para garantizar el poder del pueblo (cuarta característica esta del populismo), que es el líder popular, nacido del pueblo y dotado de la energía personal suficiente, cuando no con «superpoderes» otorgados por el pueblo.[21] Poderes, eso sí, temporales, que alejan al populismo del fascismo, así como de la pretensión de este último de que las oligarquías no sólo no desaparezcan sino que sean potenciadas una vez que el criterio de su selección sea, supuestamente, «meritocrático». Nos apoya aquí el punto de vista de Peter Wills, según el cual «el fascismo se diferencia del auténtico populismo por su elitismo y la petición de obediencia al líder». Además de que cuando el populismo reivindica y pide más democracia, el fascismo histórico niega ésta radicalmente...

Con estos poderes excepcionales temporales, apoyados en el pueblo, el líder se sitúa por encima de la oligarquía, enmienda las situaciones de oligarquización y/o de ineficacia gubernamental en la satisfacción de los intereses del pueblo.

El populismo contendría, en definitiva, elementos tan dispares como algo de Rousseau y su «voluntad general», algo de Thomas Carlyle y sus héroes generadores de la historia, algo de Marx y su teoría de la lucha de clases, algo de los paretianos (siempre termina generándose oligarquía), elementos de nacionalismo (la independencia nacional como prerrequisito para el gobierno por el pueblo) y de socialismo (los «pequeños, ellos solamente, son el pueblo»)... En definitiva, algo cercano a lo que escribió Seymour Martin Lipset en cuanto a expresión ideológica radical de la clase baja, pero más complejo de lo que él expuso y, en todo caso, no limitado al campesinado antes y al proletariado ahora, sino también a las clases pequeñoburguesas y medias. Si se prefiere una definición negativa, el populismo sería el rechazo de la sustracción, por una oligarquía y en beneficio propio, de la voluntad general...

Ideología paradójica (amén de efímera en sus propuestas de soluciones), porque siendo una reivindicación democrática radical el populismo incorpora, sin embargo, en su ideario, buena parte del arsenal crítico antidemocrático utilizado por otras ideologías.

Enumeremos las diferentes críticas dirigidas a la democracia y veremos, en efecto, que el populismo, paradójicamente, suscribe

muchas de ellas, aunque muchas veces esto es sólo apariencia, y, en definitiva, insistimos, el populismo es un «democratismo romántico»...

1.° La democracia, explica Pascal Bruckner, es «un sistema inacabado por esencia al ser su reino siempre el futuro y al plantear metas contradictorias o irrealizables tales como la libertad, la igualdad y la fraternidad; y todo ello impide acotar definitivamente un modelo democrático de la sociedad que defender». El populismo suscribe esta primera crítica, privilegiando los valores de igualdad y de fraternidad, respectivamente, sobre el tercero; lo cual por cierto explica también la propensión a los liderazgos fuertes... Bien es cierto, sin embargo, que la libertad es un valor más propio del liberalismo que de la democracia...

2.° No puede haber democracia real porque el principio de representatividad popular, al no basarse en una representación directa, mata la representación real. Argumento típicamente rousseauniano recogido por el populismo sobre su izquierda, pero argumento democrático, pues aboga por una democracia directa; prácticamente por el autogobierno...

3.° Más aún: siendo los hombres desiguales, una representación igualitaria falsea la representación misma (argumento recogido por autores básicamente conservadores o directamente emparentados: un liberal reaccionario como Alexis de Tocqueville en sus conocidas obras, un fascista como Jean Haupt en *¿Qué es la democracia?*, un ultraconservador como Jules Monnerot en *Sociología de la revolución; historia de las mitologías marxista leninista y fascista de nuestra época*, un conservador como Robert Moss en *El colapso de la democracia*, un ultraliberal como Jean-François Revel en varias obras; y hasta un escéptico como Pascal Bruckner en *La agonía de la democracia*. Un argumento conservador, pero que el populismo recupera invirtiéndolo: dada la desigualdad social, las representaciones deben ser corregidas, compensadas, y, en todo caso, el peso del pueblo llano debe ser absolutamente decisorio. Si, como dice Bruckner, hay «tendencias espontáneas que aplastar, dominar y esclavizar a los demás», el sistema democrático, para el populismo, debe corregir esa tendencia (precisamente cuando no la corrige es cuando aparece la oligarquización).[22]

4.° El sistema democrático, dado el principio del respeto a las minorías, desemboca no sólo en la imposibilidad de aplicar un prin-

cipio o una medida integralmente, sino también en «ineficaces deliberaciones» previas para poner de acuerdo a quienes no pueden en definitiva estarlo, dado que los intereses de minorías y mayorías son, frecuentemente, irreductibles.[23] Por ello, el sistema democrático clásico es un sistema ineficaz que impediría la radical solución de los problemas. También en este caso, el populismo suscribe la crítica; por ello:

a) Pide un poder democrático más enérgico, más eficaz, y deduce (erróneamente), por ello, que debe estar concentrado en manos de un líder.

b) El líder debe emanar del pueblo, como mejor garantía de que no se decidirá en contra de éste. Shils escribe al respecto que el populismo «se basa en dos principios fundamentales: la supremacía de la voluntad del pueblo y la relación directa entre pueblo y liderazgo».[24]

c) Entendiendo por este «pueblo» la población menos los que son extraños a ella; es decir, menos la oligarquía y/o la elite dirigente, y, sobre todo, menos la clase política. Es, de los planteamientos críticos asumidos por el populismo, quizá el menos democrático... Siempre y cuando se identifique democracia con pluralismo, lo cual es sólo evidente en parte (desde luego, no desde un planteamiento democrático radical).

La cuestión de la eficacia (e incluso la obsesión por ella) es esgrimida, de forma casi congénita, por los populismos y, esta vez, con cierta base: para que el sistema democrático sobreviva, se requiere, por parte de la ciudadanía, conciencia cívica, madurez mental y una razonable situación económica (que si la democracia no implica el desarrollo económico, ni el desarrollo económico la democracia, ésta no es posible sin aquél). A su vez, del Sistema, se espera, por parte de la ciudadanía, la demostración de no vulnerar la voluntad popular sin duda, pero, y sobre todo cuando ésta es vulnerada, eficacia; es decir, demostración de la capacidad de enmendar situaciones negativas para la ciudadanía...[25] Desde este punto de vista, el populismo, que también reivindica la eficacia, la solución de los problemas del pueblo, aparece como la antesala de protestas, de anti-Sistemas, más radicales.

La democracia requiere para su supervivencia muchas cosas, entre otras la eficacia; cuando las cosas van mal, la necesidad de esa eficacia se hace mayor. Así, cuando amenazan serias crisis, económica, social y militar (o una crisis política de tal magnitud que puede desembocar en aquéllas), y afectan a unos más que otros (sobre todo a los que no forman parte de las clases dirigentes), o sencillamente, cuando, según el esquema desarrollado por los sociólogos franceses Gaston Bouthoul y René Carrere, aumenta —ya lo hemos descrito anteriormente— la «privación relativa» (o sea, el desfase entre las expectativas sociales y la capacidad estimada del sistema de satisfacerlas), entonces, en una primera fase, surgen las críticas sobre la eficacia del gobierno; luego de la clase política (o sea, del gobierno más la oposición; es decir, de los que se ocupan de la política); posteriormente, de la clase dirigente (los que dirigen el país, desde el gobierno o no...); y, si no mejora la situación, del Sistema globalmente considerado.

Siendo la crítica del Sistema producto de los partidos anti-Sistema (y siendo éstos aquellos partidos que, compartiendo valores distintos a los del Sistema, abogan por otro Sistema), el neopopulismo (no el populismo clásico), que no llega a ser un anti-Sistema, se detendrá justo antes de la crítica al Sistema, o sea, antes del peldaño más alto de la crítica. En este sentido, el neopopulismo constituye la antecámara de, para el Sistema, males mayores, por ejemplo, la antesala del fascismo;[26] algo así como la llamada de atención del sindicato de los descontentos...

Habitualmente, la acusación de ineficacia al gobierno y a la clase política es acompañada de la del desvirtuamiento de la voluntad popular expresada en las urnas y de la corrupción. La fase siguiente es la presentación de un líder popular (el jefe del sindicato de los descontentos antes aludido)... Y aquí, conviene recurrir a la frase de Bertrand de Jouvenel: «El poder no cambia la naturaleza, aunque sí de aspecto».[27] Y es que el populismo ha variado mucho en los últimos cien años en cuanto a fundamentos sociales y reivindicaciones concretas, pero también en función de las modas políticas de liderazgo. Sin duda, hay populismo en los dos Napoleones, en muchos de los espadones españoles del siglo XIX, o en su referente galo decimonónico, el general Boulanger. En el siglo XX, muchos dictadores militares recurrieron al populismo o, más sencillamente, el populismo reclutó a sus líderes entre la casta militar. Ello era de-

bido al hecho, primero, de que en aquel entonces no sólo la función militar era altamente valorada, sino que, segundo, existía (hoy no) una clara identificación entre eficacia y función militar...

Así, en el populismo decimonónico, en el paleopopulismo, regiría la frase de J. A. Primo de Rivera referente al «laconismo militar de nuestro estilo», en clara referencia de que se va al grano, a lo positivo, a lo que hay que hacer.

Pero esto podía regir en las sociedades preindustriales o en vías de industrialización, o en tránsito hacia la industrialización madura (y por eso podríamos hablar de paleopopulismo), pero no después. Entre otras causas porque los valores cambian, la función militar pierde prestigio y, en un mundo donde lo económico es esencial a la hora de determinar valores sociales, una nueva clase «dominante», o, si se desea, una nueva clase genérica «de referencia», será obligatoriamente la empresarial. Esta es la clase social considerada hoy eficaz; ciertamente, las clases obreras siguen siendo clases «indispensables» (es decir, aquellas sin las cuales el sistema no puede existir), pero la clase «dominante» (la que aparentemente hace que el sistema produzca la mayoría de sus beneficios, y por eso la más valorada) es la empresarial, culminación esta totalmente lógica del actual predominio de los valores burgueses y mercantiles.

¿Se siente hoy necesidad de eficacia? Lo cierto es que, en el área industrialmente madura del planeta, el momento es propicio para el surgimiento de protestas, dada la magnitud de las variadas crisis, de diversa etiología, que sufre dicha área.

El populismo actual no podía no beneficiarse de este proceso de crisis: en primer lugar, reapareciendo con fuerza y más adaptado a los valores vigentes; en segundo lugar, ejerciendo un proceso de atracción sobre otras fuerzas de oposición. Hemos dicho que el populismo puede ser, con frecuencia, antesala del fascismo o de protestas radicales de izquierda. Por eso quizá, en dos de los países europeos en los que el fascismo había reinado durante la Segunda Guerra Mundial y fueron drásticamente eliminados en 1945, Italia y Francia, fue donde surgieron los primeros movimientos claramente populistas de la década de los cincuenta: el *Uomo Cualunque* en el primero, y el poujadismo francés. No ocurrió así en Alemania, porque allí cualquier intento fue drásticamente abortado (véase el caso del Socialistiche Reich Partei, de Otto Ernst Remer; de hecho,

el populismo alemán se refugiará en la Unión Social Cristiana bávara y en la CDU).

Siendo muy parecidos el caudillismo y el poujadismo, es muy característico el movimiento de Pierre Poujade, auténtico precursor del populismo civil o neopopulismo propio de la madurez industrial: comerciante en papelería de mediana envergadura económica, no sobrevivió políticamente a una reforma de la ley electoral dirigida contra su movimiento y, sobre todo, a la llegada de De Gaulle al poder (entre otras causas porque el gaullismo, como antaño el bonapartismo o el boulangismo, tiene un componente populista); pero llegó a soliviantar al país apoyándose en reivindicaciones económicas y fiscales e inaugurando la primera amenaza seria de «huelga impositiva» del siglo, e incluso alcanzando una representación de casi medio centenar de diputados en la Asamblea Nacional.

Sobre todo, Poujade inaugura la novedosa y larga serie de líderes populistas civiles que llega hasta hoy. No quiero decir con ello que no hubiera líderes populistas clásicos que fueran civiles; pero antaño el predominio era militar, a diferencia de la actualidad, en que es notoriamente civil, amén de «inaugurar» otras características diferentes.

Hoy, en los países industriales maduros abundan los líderes populistas de origen profesional empresarial, ya hemos dicho por qué. Caso de Bernard Tapie en Francia, afamado y muy discutido empresario, dueño de varias empresas, ex ministro y ex diputado, próximo al Partido Socialista, que lo utilizó como contrafuego frente al partido fascistizante de Jean-Marie Le Pen. Caso de Chung-ju-Yung, dueño del grupo de empresas coreano Yundai, que representa el 20 por 100 del PNB coreano, y otro tanto, al parecer, en sufragios potenciales. Caso del norteamericano Ross Perot, que *Le Monde Diplomatique* calificaba de «Boulanger texano y Perón del telepopulismo», también exitoso empresario. En España misma tenemos el caso de dos empresarios como son Jesús Gil y Gil y José M.ª Ruiz Mateos. Estos con los casos que hemos seleccionado, y que vamos a analizar, así como los del italiano Berlusconi, del ruso Jirinowski, del canadiense Preston Manning y del peruano Fujimori (ocasionalmente, también, Manuel Fraga).

En todos los casos, parece como si la crítica de la clase política, por ser esta última ineficaz, por su corrupción y por su aislamiento del «país real», se combinase con la ausencia de una fuerte opo-

sición de izquierdas y de un partido fascistizante, o neofascistizante, para producir la eclosión de un champiñón populista. Y habida cuenta el clásico peso del liderazgo en los movimientos populistas, y que se mantiene en los actuales, la pregunta de «¿cuáles son las características comunes de los líderes populistas enumerados?» nos permitirá acotar mejor el fenómeno del neopopulismo, una vez sentado que, hasta donde alcanzan las investigaciones, la base estratificacional común de reclutamiento estriba en los parados de larga duración, clases medias y campesinos en proceso de proletarización, y clase obrera en situación de inestabilidad laboral, así como los jóvenes.

Las características comunes a los líderes populistas son:

1. El origen popular, que se vislumbra a través de una infancia modesta, proletaria (y que implica, posteriormente, revancha social por tomar y el rechazo de las estructuras y elites «establecidas»). Así, Poujade era un «boutiquier» galo de baja extracción social; Chun-ju-Yung comenzó siendo un modesto mecánico para automóviles; Gil y Gil alardea, como Ruiz Mateos, de orígenes populares; también el hijo de emigrante Manuel Fraga, y Preston Manning en tanto que hijo de predicador; Fujimori fue emigrante nipón (nace en Japón, habla el japonés hasta los seis años...) y originariamente era pobre.

En cuanto a Vladimir Jirinowski, en un paralelismo notorio, como veremos, con Tapie, explica[28] que su padre murió cuando tenía un año y medio y que sus «primeros años transcurrieron en un apartamento comunitario donde sufría hambre y la ausencia del más elemental calor familiar. Mi madre, que amé con toda mi alma de niño, no tuvo tiempo de mostrarme afecto. Yo dormía encima de un arcón de madera, y luego en un diván sobre el cual se sentaban todos, lo que hacía más fuerte mi sentimiento de que no había lugar para mí». Como explica Daniel Berkowicz referido a Jirinowski: «La ausencia de la alegría, la soledad, las privaciones resumen una infancia en la que el miedo a la promiscuidad y la preocupación por la limpieza son omnipresentes. Las largas colas en el retrete común para toda la planta, el olor de las bragas en el jardín de la infancia, el color desteñido de la ropa interior llevada por los hombres que encontraba en los baños públicos, son otras tantas preocupaciones obsesivas. El relato de esta infancia [de Jirinowski] ...

muestra una vivencia gris, envuelta en el abandono y la injusticia». Como señala el propio interesado: «Yo vivía como en una gruta ... Mi madre, viuda, trabajaba en una cantina, tenía que darnos de comer a los tres, y eso no era siempre posible».[29]

Tapie dice haber crecido en una vivienda «de 14 metros cuadrados con retrete en el patio»; Perot era hijo «de un modesto tratante de algodón». Quien no cumple esta característica intenta, en todo caso, aproximarse mucho al modelo: es el caso de Berlusconi, hijo de buena familia,[30] que estudia en los salesianos y llega a un doctorado en Derecho, pero alega que se pagaba los estudios vendiendo apuntes y tocando en una orquesta para luego ser músico en cruceros y guía turístico hasta que hizo fortuna en la construcción...

2. Son hombres hechos a sí mismos. Casi «triunfadores» sociales. No es el caso de Preston Manning (su padre ya perteneció a la clase política, siendo ministro del estado canadiense de Alberta), pero sí el de Berlusconi, como hemos visto: en 1965, funda una empresa de la construcción; en 1976, compra una primera cadena privada de TV y un diario; en 1987, compra el A. C. Milán; en 1990, compra de Mondadori Ediciones y de una serie de revistas. Actualmente posee en Italia supermercados, agencias de publicidad, tres canales privados de TV, un periódico, dos revistas, etc.

Fraga pasa de brillante estudiante a la *nomenklatura* franquista; el ruso Jirinowski pasa de oscuro agente del KGB a líder de la oposición; el peruano Fujimori, siendo emigrante japonés, llega a ser el primer rector de la Universidad Agraria de Lima, y luego director de la Asociación Nacional de Rectores de Universidad de Perú... Y ¿para qué insistir en los casos de los franceses Poujade y Bernard Tapie, del coreano Chung-ju-Yung, y de los otros españoles Gil y Gil y Ruiz Mateos?

Poujade llegó a dirigir un grupo parlamentario de 52 diputados y hubo que recurrir a una modificación de la ley electoral francesa para acabar con su movimiento; Bernard Tapie ha llegado a ser dueño de empresas importantes como Adidas o La Vie Claire y de muchos más negocios.

Chung-ju-Yung pasó a edificar su propio taller de reparaciones de automóviles (desde ser un mero mecánico), al que bautizó «Yundai» (El «Moderno»), y a transformarlo en un conglomerado de *trusts* y *holdings* que «pesan» 38.000 millones de dólares y 168.000 empleados; Perot empezó vendiendo ordenadores, y como

representante de comercio creó su propia empresa de ordenadores que terminó vendiendo ventajosamente a IBM;[31] Fraga ha llegado a ser ministro de Información y Turismo, ministro de Interior, vicepresidente del gobierno y presidente autonómico gallego; son conocidas las múltiples empresas y mudanzas empresariales de Gil y Gil[32] y Ruiz Mateos, ambos de origen pequeñoburgués de la era del franquismo.

Son, en todo caso, hombres del tiempo: triunfadores. Casi todos procedentes de la función económica y ninguno de la militar, tienen sentido de la importancia de la comunicación, menos Poujade, al que esto le pilló pronto: quien no ha sido ministro de Información, como Fraga, pone sus garras sobre medios de comunicación como Berlusconi y Chung-ju-Yung, o en todo caso, como en el de Tapie, Perot y Jirinowski, pasan por inventores de un cierto «telepopulismo»; los demás, a su vez, cultivan bien el «golpe mediático».

Otro precedente social importante es la curiosa aproximación al mundo deportivo: no es cuestión de traer aquí el muy episódico baño de Fraga en Palomares, o la afición a la natación de Jirinowski, pero resulta curioso que Tapie haya sido presidente del F. C. Marsella, Berlusconi lo sea del A. C. Milán, Gil y Gil del Atlético de Madrid, Ruiz Mateos del Rayo Vallecano... Como si la posesión de un equipo deportivo confirmara el éxito social, la sensación de eficacia y/o la proximidad del pueblo. O, si como se dice, si antaño al pueblo «pan y juegos», y en esta época también, entonces, está asegurado el segundo término de la ecuación.

3. Son hombres que han logrado el éxito apoyándose con frecuencia en su familia, insertando en sus empresas una estructura de mando compuesta de familiares y/o clientela. Es el caso de Pierre Poujade, y de Bernard Tapie, para el cual su nueva familia (es divorciado) «es la única verdadera tribu ... Los únicos seres humanos a los que considero seriamente como algo sagrado».[33]

Y también es el caso de casi todos los demás. Chung-ju-Yung controla su imperio económico a través de sus numerosos hijos, nueras y demás familiares; Perot recurrió, para arrancar sus negocios, al apoyo económico de su mujer y «sólo confía» en su familia; Ruiz Mateos utiliza con profusión hijas y yernos que le rodean en abundancia; Gil y Gil delega en su hijo; Fraga no desdeña ni mucho menos colocar a familiares en puestos clave de la estructura que le rodea; y no digamos ya Alberto Fujimori, cuya tendencia al ne-

potismo es conocida. Idéntica tendencia existe en la familia de Preston Manning. Berlusconi, hombre divorciado, padre de cinco hijos, hace referencia a su gente, a su familia amplia: «No busco sitio ni para mí, ni para mis hombres»,[34] y se apoya fundamentalmente en su hermano Paolo, alias el «Hermanísimo».

En todo caso, y esto, como en el nepotismo, sí que no son características nuevas en el populismo, absolutamente todos ensalzan la familia como estructura social básica, así como los valores familiares; también aquellos menos dados a apoyos «consanguíneos»: las referencias al tema son constantes en Preston Manning; mensajes televisados con «a sus espaldas una tierna foto de familia». Es el caso de Berlusconi, que multiplica las referencias a la familia como «valor básico» (junto con el individuo, la empresa, la competitividad y el mercado libre), «centro del movimiento y núcleo de la sociedad italiana», amén de la «*sua mamma Rosa*» con la que le une «*un forte rapporto affettivo*».[35]

En cuanto a Jirinowski, hombre que careció de una vida familiar normal en su infancia, hace constantes y nostálgicas referencias al valor de la familia: «El resultado es que no llegué a amar nunca a nadie. Y, por ello, a lo largo de mi vida, jamás he hallado la mujer amada e indispensable ... Era aparentemente mi sino esto de no sentir jamás amistad ni amor. Con los miembros de mi familia nunca hubo relaciones con calor ... Esta carencia quizá fue necesaria para comprender mejor y más profundamente los procesos políticos y sociales ... Ese sentimiento permanente de insatisfacción fue estimulante».

4. Son hombres siempre considerados como eficaces, hasta ser frecuentemente partidarios de métodos expeditivos. Berlusconi es conocido por sus poco ortodoxos pero expeditivos métodos empresariales, y riza el rizo fuera de su actividad económica, pues su voluntad es considerada capaz de producir hasta milagros. Dicen que, entre los niños italianos, es más popular que Jesucristo: como explica Chris Endean, «quizá les influyera [a los niños] la reciente visita del líder a un hospital para ver a un futbolista lesionado del Milán, el equipo del que Berlusconi es propietario. "Levántate, Francesco, anda y ven hacia tu presidente", dijo. Se asegura que el jugador en cuestión saltó de la cama y fue a saludarlo». En un escrito reciente, explica que, «desde hace algunos meses, veo Italia con la mirada del empresario que siente la necesidad de un fuerte

viraje político». Empresario, en los valores actuales, símbolo de eficacia... Berlusconi añade: «Soy un hombre que sabe mirar lejos ... Mantengo siempre vivo el entusiasmo de mis colaboradores con mi propio ejemplo. Controlo personalmente el trabajo, paso a paso, día y noche, y me empeño en él con pasión, ordenando jerárquicamente los problemas en una gradación de importancia, y no de urgencia. Y, sobre todo, no me dejo abatir ante una derrota».[36] Lo cierto es que sus «eficaces» métodos le han llevado a participar en claras empresas de corrupción junto con socialistas y democratacristianos, a apoyar al candidato del Movimiento Social Italiano a las elecciones a la alcaldía de Roma, amén de militar en la Logia P2, a aliarse en el gobierno con neofascistas...

Las medidas de Preston Manning para reducir el déficit presupuestario son duras: supresión de cualquier ayuda al Tercer Mundo, drástica reducción de la inmigración, abolición de la legislación canadiense sobre plurilingüismo, etc.; son conocidas algunas de las «propuestas» de Jirinowski en materia de política interior (pena de muerte para delitos comunes, y lucha contra las mafias recurriendo al ejército) y exterior (anexión de los países bálticos, de Besarabia, establecimiento de una «gran Bulgaria», recuperación de Bielorrusia, Georgia, Ucrania, y del sur de la antigua URSS; entrega a Alemania de Silesia y Pomerania, restablecimiento de la antigua Prusia Oriental en el territorio actualmente llamado de Kaliningrado, todo ello con alguna amenaza de uso del poderío nuclear soviético...). Su último libro es revelador de su mentalidad eficaz, de «choque»: «Último salto [se refiere hacia el océano Índico], ya que será el último reparto del mundo, y hay que realizarlo en un estado de terapia de choque, bruscamente, de prisa, y eficazmente ...».

La tradición es antigua: Pierre Poujade mantenía personalmente a golpes el orden en sus mítines, como tuvo atisbos de hacerlo Fraga en Lugo en 1977. Para Tapie, hombre «cuya fuerza tiene algo de animal [dado] que duerme cuatro horas y carbura a tope cuando la elite técnica aún está discutiendo los pros y los contras»,[37] «el automovilista que baja su ventanilla para insultarme asume un riesgo ... Cuando tengo un objetivo, puedo usar cualquier sistema para alcanzar mi meta ... [La rivalidad económica de Europa y Japón es] una guerra que hay que ganar procediendo en ella de acuerdo con su naturaleza». La vida de Chung-ju-Yung es, según él mismo, «austera, impregnada de confucionismo, y de jefe militar».

Según el diario francés *Le Monde*, «el perotismo es el autoritarismo como remedio a la urgencia de la crisis ... La fascinación por los métodos expeditivos». Según Perot: «Ya que los traficantes de droga llevan a cabo una guerra química contra nuestras ciudades, hay que declararles la guerra civil y utilizar helicópteros equipados con detectores con rayos infrarrojos para localizar sus fábricas. Aún hay soldados detenidos en Vietnam, ¿por qué no enviar allí comandos encargados de liberarlos? Los europeos deben pagar por la liberación de 1945, y por la OTAN mucho más...», etc.

Es conocido el reproche de métodos tiránicos dirigidos a Gil y Gil y a Fraga, al igual que determinados comportamientos públicos de Ruiz Mateos. Por ahora, sólo Fujimori ha tenido la posibilidad y la voluntad de dar un golpe de Estado; claro que es al que le ha tocado la estructura social más alejada de la madurez industrial...

5. Los líderes neopopulistas suelen ser personajes con fama de independientes económicamente porque son ricos, pero, con frecuencia, esa «ventaja» de la fortuna propia se descompensa con orígenes o procedimientos de crecimiento o de conservación de su capital poco claros. Empresarios ricos en casi todos los casos; algo bastante previsible dado el actual predominio de los valores económicos.

Suelen ser casi siempre fortunas de contraelite, de clase dirigente alternativa; por lo tanto, fortunas recientes, «discutibles» y aún frágiles. En todo caso, son conocidos los problemas fiscales y judiciales de Ruiz Mateos, Gil y Gil, Bernard Tapie y Berlusconi. En el caso de este último, se dice que las deudas de sus empresas alcanzan casi la mitad de la totalidad de los ingresos anuales de las mismas...

Chung-ju-Yung ha decidido lanzarse a la política «porque, en definitiva, me sale más barato que seguir financiando al gobierno establecido», lo que da una idea de cuál es su dependencia del tráfico de influencias.

A su vez, la fortuna de Ross Perot depende mucho más de lo que él reconoce de determinados contratos con el Pentágono (entre otros en relación con el uso de aeropuertos) y con la administración estadounidense.

Fujimori es hombre pudiente, aunque acomodado a base de esfuerzo personal, y quizá por eso, aparentemente, sin problemas, como son también el caso de Fraga, Poujade, Jirinowski y Preston Manning.

6. Todos ellos son salvadores, en primer lugar, del pueblo llano, y después de la nación. Con dos matizaciones: son «llamados» a ese sacrificio, según el denominado, por Raul Girardet, «modelo Cincinato», caso del anciano o casi, o, al menos, del «establecido», que es sacado de su cómoda posición por una llamada del pueblo, para salvarlo. Además, la salvación comienza por el bolsillo del pueblo, por bajar sus impuestos. Algo así como un «complejo Robin Hood». Única excepción «impositiva», Bernard Tapie, probablemente por su proximidad al gobierno socialista francés cuando se lanza a la arena política; si bien insiste en que «hay que hallar fuerzas necesarias para hacer renacer el país». Pero es el único. Todos los demás luchan prioritariamente contra el impuesto...

Insistamos en el «modelo Cincinato»: a Tapie quien le ha llamado es Dios, nada menos: «Sí, muchas veces he tenido el sentimiento de que fuerzas invisibles obraban y actuaban para conmigo con benevolencia. El no creyente explica esto de otra manera; pero yo creo en Dios, y he visto, en ello, su intervención».

Poujade se creyó también «obligado, llamado, a luchar por la Francia profunda», e inventa, en el siglo XX, la «resistencia civil fiscal».

Pasemos a Estados Unidos. Según *Le Monde*, Perot «es un Cincinato de los tiempos modernos, llamado por el pueblo modesto para que salga de sus consejos de administración para remediar el desorden y el fracaso de Washington». En todo caso proclama: «Estados Unidos, ¡levántate!; levantemos a los Estados Unidos».

Pasemos a España: Ruiz Mateos se considera «la escoba del pueblo», destinada a barrer sus dificultades y la corrupción; Gil y Gil no lo expresa con tanta claridad; pero, en los discursos de Fraga, son muy frecuentes las referencias a la necesidad de «salvar a España, lo único importante» (y al «sacrificio» que representa para un hombre como él «volver a sacrificarse», entregando «su modesta persona al país en lugar de dedicarse a constituir un patrimonio personal»).

Chung-ju-Yung se acerca más a Berlusconi; triunfadores económicos, ambos son virtualmente «arrancados» del normal desempeño de sus funciones empresariales, en el caso del coreano para sacar al país de la crisis que bloquea el tránsito a la democracia; en el del segundo, para salvar de la debacle al sistema político italiano o «a Italia del comunismo».[38]

Berlusconi, en su artículo «Por qué entro en política», explica que debe «echar una mano para que la nueva página [de la política italiana] se escriba con caracteres claros ... No me mueve ningún protagonismo personal».[39] No desea entrar en política, «pero si resulta necesario beberse este amargo cáliz», lo beberá, porque «he sentido la responsabilidad de la llamada a las armas para salvar a la nación de una Italia gobernada por una perversa minoría antiliberal».[40]

También Fujimori ha sido llamado para «salvar al país de la corrupción y del terrorismo»; igual que Jirinowski, designado para «edificar [frente a una URSS desaparecida, una Rusia que sea] un Estado nacional, con una ideología nacional, sin mezcla alguna de "euroasismo" o de "atlantismo"; [una Rusia] que vuelva a las fronteras de principios de siglo». Hay en él una referencia expresa a «la llamada del destino (a lo *Rienzi*, la ópera de Wagner, algo muy parecido a lo que explica el propio Hitler en *Mein Kampf*): «Ya en mi infancia, algo me llegó a la mente —explica Jirinowski—; era una idea global que, al igual que la razón, debía dirigir al mundo ... Ya entonces, existían en mí ideas de grandeza ... Presentía intuitivamente que estaba manifiestamente destinado a hacer política en grande». En cuanto a Preston Manning, se alza contra «el fraccionamiento de su país» frente a las minorías étnicas.

La salvación del pueblo comienza, más que nunca (valores económico-empresariales obligan), por el bolsillo de los ciudadanos (¿de todos?), sobre todo frente a un Estado tanto más bulímico cuanto que alimenta a una cada vez mayor clase política, entiéndase clase parasitaria. Mientras que el populismo clásico siempre pedía más Estado, este neopopulismo pide menos Estado, o un Estado más pobre, o en todo caso, con menos presión fiscal.

Así, excepto Jirinowski, cuyo contexto «ex soviético» le inclina a pedir que se mantenga una fuerte protección social, ni uno solo de los líderes analizados pasa por alto la cuestión del impuesto. Ya hemos visto que Poujade, el precursor, recurrió a la amenaza, a la huelga fiscal; Fraga luchó denodadamente contra todas las reformas fiscales (aparentes o encubiertas) habidas desde 1975; Tapie, Ruiz Mateos y Chung-ju-Yung piden más medios para el empresario (entiéndase menos para el Estado); Gil y Gil pide la reforma de las Cajas de Ahorros, en su día quizá la nacionalización de la Banca, menos impuestos y, alternativamente, recurrir el Estado y los entes

menores al endeudamiento. Preston Manning lucha «contra el despilfarro» y contra los «impuestos compensatorios» destinados a combatir las desigualdades regionales. Fujimori recurre a una política ultraliberal para liberar medios destinados a la inversión...

Pero Berlusconi y Ross Perot son los más explícitos. Según el italiano: «Se necesita un buen gobierno, más empleo y menos impuestos ... Poner a dieta al Estado reduciendo a un máximo de 10 o 20 los 200 impuestos que actualmente pagan los italianos».[41] En cuanto a Ross Perot, llega hasta a arrancar a la odiada clase política toda facultad en materia impositiva: no sólo hay que «deshacerse del actual sistema fiscal», sino también «retirarle al Congreso el derecho de fijar nuevos impuestos».

Sin duda, esta no es la parte más coherente de los neopopulistas, pues si ninguno de ellos se opone (como antaño) al liberalismo, ni uno solo omite hacer referencia (por algo su electorado se recluta entre los económicamente en proceso de debilitamiento) a la necesidad de una red social que evite la caída de los ciudadanos por debajo de niveles de vida imprescindibles...

7. Se lucha contra el Estado «voraz», porque éste mantiene a la clase política, fuente de todos los «males» del desgobierno y de la «decadencia» del país. Como explica Incisa, «la división se da entre el pueblo y el no pueblo ... El populismo se hace [aquí] maniqueo, buscando la expulsión radical del sistema político y social de todo lo que no es pueblo, como un germen parásito y corruptor»; e intentando mediatizar el instrumento estatal al servicio de la clase política.

Fraga no llega tan lejos (por dos razones: la primera porque forma parte, desde antaño, de la clase política; la segunda, porque el destino le llevó a presidir un partido conservador, y no populista, y ello le hizo moderar sus críticas hacia la clase política democrática) aunque no omitía referencias a los «cantamañanas, irresponsables y advenedizos» de la UCD o a los «robaperas del PSOE»... Ya afirmaba el precursor, Poujade, que «tan podrido como sea lo podrido, más podridos aún son el legislador y la ley ... Ya es hora de que entremos en el gran teatro para poner orden en esta pandilla de payasos».

Gil y Gil no va tan allá, pero sí que achaca ineficacia a la clase política, que gobierna a espaldas del pueblo y a la realidad, y, con frecuencia, es corrupta; en cuanto a Ruiz Mateos, ha llevado a cabo

una campaña sistemática de denigración y ridiculización tanto del PSOE, como del PP (este último por no prestarle el apoyo suficiente). Jirinowski reparte mandobles a diestro y siniestro (frente a los neoliberales por una parte y frente a la antigua *nomenklatura* soviética...).

Para Preston Manning, «*establishment*» y «viejos partidos» deben ser objeto de una auténtica cruzada en contra. Fujimori se emplea en demostrar (lo cual no es nada difícil) que la clase política peruana es intrínsecamente corrupta, y así, entre sus seis promesas básicas, tres están, directamente o indirectamente, pero intencionadamente, relacionadas con la lucha contra una oligarquía «corrupta»: «Reorganización y moralización del poder judicial, del Consejo Nacional de la Magistratura, del Tribunal Constitucional y del Ministerio de Justicia ... Severas sanciones contra los responsables de malversaciones de fondos del Estado ... Modernización y racionalización de la administración pública...». Chung-ju-Yung incluso da ideas sobre cómo reprimir a la clase dirigente: «A los tecnócratas, prometo la cárcel para los más corruptos, y trabajos forzados a los demás para devolverles el sentido del esfuerzo».

Silvio Beslusconi representa un peldaño más; salpica sus declaraciones salvadoras de durísimos ataques a la clase política. Analicemos su «Por qué entro en política»; podemos hallar alusiones constantes contra la «*nomenklatura*» italiana de la posguerra: «Los que no hemos convertido la política en un misterio ... [los que no somos] actores de la vieja escena política... o políticos de siempre [y hemos luchado contra los] escamoteos de politicastros ..., la gente, queremos una auténtica representación política...».

Aumentemos, con Tapie, la presión contra las clases política y gobernante: «La dicotomía entre el *establishment* y el público es total ... Hablo de una categoría bien definida, lo que llamo el *establishment* ... Son los que detentan el poder de verdad, los que pueden decidir lo que les viene en gana ... Hay que darles una patada en el culo ... Les odio porque son cobardes, egoístas, y no muy inteligentes ... Incluso a veces increíblemente incompetentes». Clase política que no sirve para sacar adelante al país: «Cuando un país como Francia cae en un cierto declive, hay que hallar fuerzas para su renacimiento ... fuerzas que no pueden residir en el *establishment*, en su clase dirigente, clase política, medios de comunicación, políticos, o esfera político-económica. Las fuerzas para el renacimiento,

hay que hallarlas en el pueblo ... [todo *establishment* tiene] tendencia a tornarse privilegiado, prebendista, y [a pasar] a la defensiva».

Una clase política podrida: «¿Ha ido usted a la Asamblea Nacional? Temo volverme como ellos. Es penoso, ¿verdad? He visto espectáculos penosos ... Es un mercadillo. He visto cosas que no se pueden creer que sean posibles. Es un horror. Es increíble, alucinante; afortunadamente, las gentes no saben quiénes les representan...».

Si a Berlusconi le llaman el «Ross Perot» italiano es porque, en materia de populismo antielites, tras el maestro «clásico» Perón, está el maestro «moderno» Perot. Ninguno de los sujetos que estamos analizando, en efecto, ha llegado tan lejos como Perot, no sólo en la crítica, sino incluso en las modalidades de sustitución de la clase dominante.

Perot desea «coger una pala para limpiar la cuadra neoyorquina»; erradicar un proceso electoral «que desalienta a los buenos candidatos»; barrer «a esos *lobbies* que gobiernan el país», así como a «una elite privilegiada que ha perdido el contacto con Norteamérica», esa clase política «suspendida, que ha hecho del ideal democrático una farsa».

En definitiva, él es «el hombre de la limpieza que llega para poner orden ...» (según explica R. Cotarelo, un «hombre-sencillo-con-escoba-y-recogedor-harto-de-políticos»), que viene para sustituir a la inoperante clase política... por un superordenador: «Si yo fuera elegido presidente, instituiría alcaldías electrónicas. Para desempolvar y sanear la representación y el juego político, prometo instalar una inmensa red informática cableada e interactiva, uniendo cada hogar con el Congreso y la Casa Blanca». Como señala J. G. Fredet,[42] «¿que un problema se agrava y requiere urgente solución? Asistido por los mejores expertos, el "presidente Perot" usará esa red para exponer al país las consecuencias y las apuestas de las grandes opciones que puedan resolver el problema». El pueblo resolverá, como señala Perot, «dándole directamente a una tecla. Y evitando, de esa forma, la mediación de parlamentarios incapaces o corrompidos». Perot desea «velar desde fuera de la política y, sobre todo, de los políticos y de los burócratas, por los intereses del pueblo».

Ello en una primera fase: una vez comprobada la popularidad del líder con más del 15 por 100 de los sufragios en las últimas elec-

ciones norteamericanas, Perot ya ha anunciado la constitución del movimiento United we Stand, destinado a promover «las reformas necesarias en la economía y el gobierno» y a proteger al pueblo frente a la clase política, gracias a un «Watchdog Group». El objetivo es contar con militantes en cada ciudad, en cada pueblo y en cada barrio de Norteamérica para... controlar a los funcionarios públicos y estudiar temas que afectan al gobierno...[43]

8. La unión del pueblo es necesaria tanto para enfrentarse a las clases política y dirigente como a los problemas sociales. Una unión que excluye, sin ninguna duda, a la clase dirigente, lo cual es doblemente cómodo, pues el resto —el pueblo— se define solo (los que no mandan, los que no tienen poltrona: algo así como los descamisados, pero en versión burguesa, como se puede ver por la fobia a los impuestos), y aquélla, la clase dirigente, cumple la función (entre otras) de chivo expiatorio. La unión popular es casi rousseauniana: ni facciones, ni partidos.

La voluntad general, una vez excluidos aquellos que pueden oponerse a su poder absoluto (los cuerpos intermedios entre la cúspide del poder y ella), debe ser, además, impoluta, sin fisuras más allá de derechas, izquierdas y otras «facciones». Es este el aspecto más peligroso del populismo, junto con el nacionalismo, destinado este último a cimentar la unión «del pueblo de verdad». El neopopulismo no llega tan lejos, acepta las minorías; pero probablemente porque no tiene más remedio, habida cuenta la evolución de los tiempos...

En todo caso, Fraga en su día llegó a hablar de «mayoría natural», en un claro intento de no enmarcarse más de lo que ya lo estaba en el eje derecha-izquierda; eso sí: «España era lo único importante», y los colores de AP, el rojo y el gualda...

Gil y Gil se proclama a sí mismo, diáfanamente, «el único anti-Sistema» y su partido, el GIL (Grupo Independiente Liberal), carece claramente de referencia ideológica más allá de la de «liberal», pero el eslogan del partido, «todos a por todas», va referido, explica el líder, a la «necesidad para la organización de abrirse a cuantas ideas y opiniones expresen las bases»; no existe duda posible sobre el «españolismo» del GIL. Lo mismo puede decirse de las huestes de Ruiz Mateos.

Pasemos a Rusia: Jirinowski se define nacionalsocialista, pero su definición del nacionalsocialismo no tiene nada que ver con la co-

nocida históricamente: ni reivindica un Estado totalitario, ni incluso autoritario, ni es más antisemita ni más demagogo que lo que hoy desgraciada y habitualmente se respira en Rusia, ni considera absurda la democracia. Jirinowski parece más bien referirse a una combinación de la idea nacional con una clara cobertura social. Como él dice, «ni comunismo, ni liberal a lo Gaidar, ni atlantismo, ni euroasianismo, ¿qué queda? El pueblo ruso ... y el nacionalismo, ideología de la calidad». En este caso, se roza la reivindicación imperialista, pero ello no es absurdo teniendo en cuenta el proceso de degradación territorial de la antigua URSS.

Berlusconi no se sitúa sin duda en la izquierda, y se define habitualmente como anticomunista; pero el lema y los colores de su partido son «*forza Italia*» y verde-blanco-rojo, sus candidatos son «personas de la sociedad civil, con poca experiencia política» (o sea, poca referencia a derechas o izquierdas). Casi podría decirse que la bulimia posicional de Berlusconi no ha abarcado formaciones progresistas por la única razón de que estas últimas no se han prestado. Preston Manning llama también a cuantos quieran ir contra los «viejos partidos», a todos ellos...

Tapie es clarísimo: a pesar de haber sido ministro de un gobierno socialista, proclama que «derecha e izquierda [son] algo anecdótico». En Perú, Fujimori intenta colocarse por encima de la *mêlée* de los partidos anteriores; Perot era también *ni... ni*, etc.

9. Programas indefinidos. Habitualmente, las fuerzas políticas son definidas por sus programas. Aquí no va a ser fácil. Dado que el populismo pretende encarnar al pueblo, se estructura en «partido escoba» o «recogetodo». Lo que le lleva a asumir planteamientos contradictorios, razón de más para no extenderse demasiado sus militantes sobre esas contradicciones. Además, por tradición y por su público potencial, el populismo es partidario de soluciones fáciles, o, cuando menos, de sencilla expresión.

Sin embargo, en este epígrafe es donde más diferencias podemos hallar entre el neopopulismo «maduro industrial» y el populismo clásico. Ciertamente ambos son nacionalistas, pero ya hemos visto que, en el fondo, esta es una cuestión de segunda en relación con la cuestión central: el populismo pretende representar al pueblo llano, a los que no mandan, a los mandados; e identifica a éstos con la nación.

Pero, hoy, el componente nacionalista, aun siendo fuerte en el neopopulismo, es menor que antes, y ello cuando las dificultades de

transición a una sociedad postindustrial están provocando crispaciones de identidad. Además, la «eficacia» hoy es económica (y no militar) y «transnacional» (y no nacional); y también recoge eso el neopopulismo, al abandonar una de las obsesiones originarias populistas: la autarquía económica...

En todo caso, el menor recurso al nacionalismo sería también lo que diferenciaría al neopopulismo de ese neofascismo *light* del nacional-liberalismo que tiene como líderes hoy, como hemos visto anteriormente, al austríaco Haider, al francés Le Pen y al alemán Schonhuber.

De cualquier forma, la clase dirigente, el *establishment*, sigue siendo, en el neopopulismo, el chivo expiatorio central, mucho más que el comunismo, algo caído hoy aun cuando Fujimori, Fraga, Perot y, sobre todo, Berlusconi hayan recurrido a él como espantapájaros. Ni Jirinowski, que, sin embargo, tenía fácil un posicionamiento anticomunista, ha recurrido tanto a él.

Lo que hoy diferenciaría más claramente al populismo nuevo del antiguo, es la cuestión del Estado. El viejo populismo era estatalista. Como explica el profesor de ciencia política de la Universidad de Belgrado, Antonio Castaño,[11] en el peronismo, y nosotros sostenemos que prácticamente en todos los paleopopulismos, «el Estado aparece confundido con el gobierno y el partido, característica común de los sistemas autocráticos, a la que se agrega también la estructura del partido único o dominante». Pero el neopopulismo es, hoy, democrático y liberal (o más de ambos): en lo político, hoy ya acepta Sistemas que implican la salvaguardia de la pluralidad; y en lo económico, aun cuando las referencias al apoyo a los humildes es constante, se busca un liberalismo económico, si bien de clase media, no tan oligarquizado ni tan concentrado como lo hoy conocido; algo así como un capitalismo popular y nacional, pero claramente (y paradójicamente) liberal.

Así, Fujimori defiende un modelo económico liberal (por oposición al modelo neofeudal de la derecha clásica peruana). Jirinowski, si bien es contrario a la privatización de la tierra, a una desregularización laboral y social brutal y a reformas económicas ultraliberales, reivindica el liberalismo económico como eje de la reconstrucción de la economía rusa. Para Fraga, Gil y Gil y Ruiz Mateos, en definitiva, el liberalismo económico debe ser llevado a

su punto originario en que la ausencia de oligarquización permita que compitan realmente todos, sin «tongo», preferencias e influencias.

Pasemos a Francia: Poujade nunca puso en cuestión el capitalismo liberal; sólo pedía que funcionase con igualdad de oportunidades para todos... El especialista francés en campañas publicitarias electorales, Jacques Seguela, afirma que la ambición de Tapie es «gerenciar la empresa Francia»; lo mismo podría decirse del coreano Chung-ju-Yung, del norteamericano Perot y del canadiense Manning, que piden el retorno a los valores y las prácticas económicas tradicionales de sus países. El último, Berlusconi, es explícito: se presenta para defender el liberalismo económico «frente a los comunistas y a los de siempre ... porque los comunistas son siempre los mismos, incapaces de creer en el mercado, la iniciativa privada y el individuo ...».

La referencia al liberalismo económico, así como el respeto formal de la democracia parlamentaria, son referentes que separan al «paleopopulismo» del neopopulismo actual.

Fuera de estos rasgos y de otros menores, vistos anteriormente, no hay mucha novedad en cuanto a la concreción programática. La indefinición es constante: Poujade se limitó a pedir menos impuestos, a hacer proclamas anticlase política y a elogiar la capacidad del pueblo en general. Tapie, ya lo hemos visto, se cree aupado por Dios y, ya lo dijo el ex ministro de Hacienda francés ya fallecido, Pierre Bérégovoy, pretende «modernizar, acometer y ganar».

Chung-ju-Yung no dice mucho más: llevará Corea como sus empresas porque lo que ha sido bueno para éstas lo es para el país; de paso, pide a sus 170.000 empleados, y a sus esposas, que cada uno consiga 20 votos para las siguientes elecciones; como único programa,[45] «soluciones de patrono de choque cabreado». Entre los españoles, Fraga sí que trabajaba en sus programas (si bien, muchas veces, éstos prometían cosas claramente incompatibles), pero el de Ruiz Mateos es prácticamente inexistente y el de Gil y Gil se reduce a las cuestiones del papel de las Cajas de Ahorros, antimaastrichtsmo, recortes autonómicos, drogas, desempleo y algunas referencias más; cabe en dos páginas: «Vean lo que, como alcalde, he hecho en Marbella; pues más de lo mismo».

Jirinowski es maestro en la contradicción de combinar medidas liberales con salvaguardias sociales inspiradas en lo que considera

lo más sano del régimen soviético anterior. Defiende un «nacional-socialismo» que consiste en tener «un apartamento individual, y no uno comunitario ...». Contradicción e inconcreción: «El nacional-socialismo [que tiene poco que ver con el hitlerismo]... tiene como filosofía la del ... pequeñoburgués ... la del que quiere vivir tranquilamente en su apartamento, tener una mujer amable y bonita, niños sanos, un trabajo seguro, salir el fin de semana al campo y una vez al año de vacaciones. No quiere molestar a nadie y que nadie le moleste. Siente un cierto asco ante los mendigos y una cierta irritación ante los demasiados ricos ...», etc.

El programa de Preston Manning es, sencillamente, primitivo: no ayudar al extranjero, recortar los programas sociales, abolir el plurilingüismo generalizado (¡en Canadá!), luchar contra el despilfarro y el déficit, reducir los impuestos y la emigración.

Pasemos a Berlusconi; su objetivo es «una Italia más justa y generosa, más próspera y serena, más moderna y eficiente, que sea protagonista en Europa y en el mundo». Según el periodista Marcello Padovani, el programa del Berlusconi se compone de «un poco de nacionalismo con profusión de banderas ... la fabricación de un enemigo común mítico [la izquierda antiliberal] y vagas promesas de bienestar generalizado gracias entre otras a una bajada de impuestos».[46] Como explica el politólogo Paolo Flores d'Arlais, «un mensaje simplón [un buen gobierno, más empleos, menos impuestos]... pero que puede colar entre los comerciantes, las profesiones liberales, los distintos defraudadores fiscales, y los innumerables beneficiarios de pequeñas y de grandes ilegalidades».

Finalmente, Perot es el que mejor cumple con la condición demagógica e indeterminada de los programas populistas. Es él quien mejor cuadra con la evidencia de que el populismo es peligroso cuando miente por omisión, cuando vehicula la idea de que todos los problemas son sencillos, y, por ende, que aquellos que no los resuelven son unos incompetentes. Como explica el diario *Le Monde*: «Su programa, vago, contiene generalidades y proyectos irrealizables, como la devolución, por los aliados de Estados Unidos, de los gastos realizados por éstos para la defensa de Europa y Asia ... Sostiene un lenguaje lo suficientemente confuso como para satisfacer o desconcertar a sus interlocutores. Se opuso a la guerra del Golfo, pero recomendando que se mandara un comando a Irak para asesinar a Saddam Hussein. Se ha declarado contrario a la supresión del

aborto legal, pero se presenta como el defensor de los valores familiares ... Campeón de la libre empresa, denuncia, sin embargo, la avidez de los dirigentes de las grandes empresas ... describe el déficit presupuestario como un cáncer, pero declara que sería posible eliminarlo sin esfuerzo»; bastaría con «localizar los errores» y «reducir los gastos inútiles».[47] Un mes antes de la cumbre de Río sobre ecología y medio ambiente, aún no tenía un pensamiento definido sobre la misma: «No tengo la menor idea de lo que pueda ser eso», dijo. Y cuando se le pregunta si el Estado «es demasiado fuerte, demasiado débil, o está mal utilizado», contesta que «la pregunta es interesante, pero no me he parado a reflexionar sobre ella». Esta ignorancia —o esta colección de ambigüedades calculadas— le permite satisfacer simultáneamente las más diversas aspiraciones al cambio... En definitiva, el mensaje de Perot es lo suficientemente ambiguo para que aparezca como un demócrata liberal (de izquierdas) a los ojos de los republicanos, y como un hombre de derechas a los ojos de los demócratas.

Lo cierto es que, según *Le Monde*, tan vago programa y ambiguo posicionamiento complementa suficientemente lo que se espera habitualmente de un líder populista: energía probada, desconfianza hacia la elite y oír de él lo que se espera. Finalmente, el líder populista debe ser independiente del *establishment*, debe depender de otro poder que no sea el político-burocrático, antaño el militar, hoy el económico. Como añade *Le Monde* en relación con Ross Perot, «es porque los norteamericanos ya no ignoran nada de la corrupción institucionalizada que roe Su Sistema, por lo que confían en un millonario, por definición menos vulnerable, para acabar con aquélla...».

Hoy el populismo está de moda. Cual fantasma, se busca verle en todas partes. ¿Es Le Pen neofascista, nacional-liberal o populista, y Schönhuber, y Haider, y Bossi, el líder de la liga lombarda? En todo caso, el populismo puede ser útil en alguno de los casos citados, ya que, como afirma Haider, «nos hemos dado cuenta a tiempo y nos hemos enfrentado a los problemas, porque, si no, existirá el peligro de desarrollo de fuerzas de extrema derecha». Lo cierto es que los analistas buscan valores populistas en «el tono Clinton»[48] y en su lema de campaña «*Put the people First*»,[49] o en el sucesor, al frente del PCF, de Georges Marchais, Robert Hue, que gusta de afirmaciones como: «El partido debe ser una fuerza constructiva,

pero no debe olvidar su función tribúnica...»; o «escuchemos a nuestro electorado».[50] O también en John Major, al que M. Thatcher promocionó por ser un *nice guy*, amable con todos, y que, sin orígenes, no pertenecía tampoco —como ella— a las castas del *establishment*.[51]

Lo cierto es que, no sólo en Italia, sino también en Francia, las dos últimas elecciones importantes han supuesto un estallido del sistema clásico de partidos y de voto y una desconfianza cara al Sistema político, incluso llegando al rechazo de éste... Nunca, con ocasión de unas elecciones legislativas, han conseguido tanto electorado las fuerzas políticas situadas en la periferia del Sistema.

Pues bien, ahí se puede hallar al populismo, cuyo origen no está solamente en la incapacidad de las clases dirigentes para hacer frente a la situación actual, sino también en la sensación de que no hay ni oposición ni alternativa, y que, por lo tanto, la solución debe ser buscada en otras latitudes... Veamos lo que afirma el sociólogo E. J. Dionne acerca del porqué «los norteamericanos odian a los políticos»: se trata de un «efecto perverso del gobierno dividido; para el elector, ya no hay oposición. Los dos grandes partidos son considerados corresponsables, casi por igual, de la situación del país. La línea divisoria entre la mayoría, responsable del estado del país, y la oposición, portadora de una alternativa, ha quedado borrada, como resultado de un descrédito general de la clase política, más allá de los partidos». Diagnóstico no precisamente absurdo.

Afortunada o lamentablemente, ninguno de los líderes populistas considerados es deliberadamente anti-Sistema. Sólo tratan de corregir, no solamente el Sistema, sino la mala utilización que de él mismo y en provecho propio llevarían a cabo, según ellos, las clases política y burocrática; aquí nadie ataca los elementos intrínsecamente constitutivos del Sistema, tales como la libertad de mercado, la propiedad privada, el bajo grado de representatividad y democracia de las instituciones, la forma de gobierno, las alianzas exteriores contranatura, o la organización territorial...

Sin embargo, el populismo, en tanto que falsea el Sistema con su excesiva propensión a la demagogia y a la complacencia a corto plazo, sí que puede agravar las contradicciones del mismo tras una aparente y momentánea mejora de la situación de las clases sociales adictas. Por otra parte, sus lemas movilizadores antielite y favorables a la firmeza en el gobierno y a una conexión directa pueblo-di-

rigente sin duda pueden abrir el camino hacia planteamientos más radicales, sea de «fascismo del Sistema» como el «nacional-liberalismo», sea incluso de opciones anti-Sistema. Ello es tanto más notable cuanto que, afirmaba muy recientemente Dominique Moisi,[52] «el único asunto serio de la Europa de hoy es la democracia». Sinceramente, como indica Jacques Juilliard, «nunca había gozado la democracia de tan buena y de tan mala salud en este final de siglo. Al ritmo de los acontecimientos, la democracia puede morir en plena forma». Digamos más bien que lo que puede estar moribundo es el conjunto de instituciones democráticas heredadas del siglo XIX, tales como los parlamentos, el sufragio universal, el voto, los partidos, etc.

Así, se acelera la pérdida del poder real por otra parte de los parlamentos; aumenta el peso de los liderazgos tanto en las instituciones estatales como en los partidos; disminuye el interés por el sufragio universal como se pone de relieve por el crecimiento de la abstención y la creciente correlación entre el pago de impuestos y la emisión del voto (los que pagan impuestos tienden más a votar que los que no lo hacen y, por otra parte, la clase política, en el sentido dado por Jules Monnerot, de clase que integra a los que se ocupan de la política, recluta casi exclusivamente entre los «pagadores»...); decadencia de los partidos políticos corroídos por la corrupción, el clientismo, la oligarquización, el abandono de las promesas electorales y el abuso del consenso... La cuestión reside ahora en si esta democracia a la vez triunfante y debilitada puede, no ya parar, sino al menos encauzar, esa reivindicación de poder popular en la que se está transformando el populismo.

Notas

1. Ludovica Incisa.
2. Véase el artículo «Populismo» del *Diccionario de Ciencias Sociales*, Aguilar, Madrid.
3. En *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1965.
4. En *Populismo en América Latina*.
5. En *Populismo: sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, 1969.
6. En su *Historia del pensamiento ruso*, Madrid, 1965.
7. Tal y como lo describe M. Canovan en *Populism*.
8. Véase E. Lunn, en *Cultural Populism and Igualitarian Democracy*.

9. Que niegan la realidad del fenómeno, por ejemplo E. Ladau, *Política e ideología en la teoría marxista*.

10. Como George Sabine que, en sus obras, *Historia de la teoría política* e *Historia de las ideas políticas*, no se dignan ni mencionar el tema.

11. Véanse, de Jacques Lambert, sus trabajos sobre América Latina, o de P. Worsley, sobre el Tercer Mundo.

12. Tales como Gino Germani y E. Falettoni.

13. Autores tales como O. Lanni, E. Laclau y, sobre todo, N. Poulantzas.

14. En su obra *Populism*.

15. En Ionescu-Gellegner, *Populism, it's meaning and National characteristic*, Londres, 1970.

16. Por citar unos pocos; por cierto, sobre Mustafá Kemal consultar la magnífica obra del historiador francés Jacques Benoist-Mechin titulada *Le loup et le leopard: Mustafa Kemal, ou la mort d'un empire*.

17. Hubiéramos podido añadir otros nombres, como los de Steve Forbes, Pat Buchanan —con muchas reservas— o George Wallace, todos estadounidenses, y Alexander Lebed, ruso; pero la muestra escogida ya es suficientemente amplia y representativa del fenómeno neopopulista... Véase, de Michael Kazin, *The Populist Persuasion*, Nueva York, 1995.

18. En el libro ya citado *Political Man*.

19. Hoy menos que nunca en su historia, como veremos. Sobre el «berlusconismo» como «populismo de ricos», véase el artículo de Jacqueline Riset: «Le populisme des riches», *Le Monde Diplomatique*, agosto de 1994.

20. «Populism and Nationalism», en *Comparative Studies on Society & History*, n.° 4, 1964.

21. Véase al respecto de H. Jaguaribe: *Crisis y alternativas de América Latina: Reforma y revolución*, Buenos Aires, 1993.

22. Conviene referirse aquí a la síntesis que André Grjebine (*op. cit.*) ha realizado de las críticas a la democracia desde el ángulo del votante: «*a*) Como explica W. Riker (en *Liberalism against Populism*, San Francisco, SF), el voto es más un medio de sanción y de selección de los dirigentes políticos que la expresión de una voluntad popular [excepto en los casos de referéndum]. *b*) El procedimiento del voto mayoritario privilegia al elector medio, es decir, a aquel que se halla a medio camino del abanico total de las opiniones que conciernen a una política dada... Posición media que no es forzosamente la más eficaz. *c*) Si la cifra de opciones posibles es superior a dos, nada garantiza que la regla de la mayoría permita determinar opciones colectivas racionales a partir de preferencias individuales [se trata aquí del teorema de Condorcet, recogido por Arrow]. *d*) El elector tiene tendencia a pronunciarse en función de reacciones emocionales más bien que a lanzarse a una reflexión profunda sobre lo que se juega en la consulta ... Las modalidades técnicas de los sondeos refuerzan más aún dicho fenómeno y hacen, con frecuencia, que sea inevitable la expresión de preferencias espontáneas, por no decir irreflexivas. [El error es pensar] que todo el mundo puede tener una opinión [elaborada sobre las cosas]».

23. Sigue Grjebine explicando que, ahora desde el ángulo del elegido, el panorama puede ensombrecerse aún más que desde el del elector. Así el elegido: «1) Tiende a maximizar su popularidad de cara a obtener el máximo de votos en las próximas elecciones. 2) No puede hacer abstracción de la ideología del partido al que pertenece y, más generalmente, del entorno sociocultural en el que interviene. Más aún: si la popularidad de un gobierno se halla por debajo del umbral de reelección, la política [seguida] será electoralista; si no, estará dominada por consideraciones ideológicas. [Hay una ley], la llamada paradoja de la ideología, por la que resulta que en los países caracterizados por fuertes valores socioculturales, los partidos buscan soluciones pragmáticas que se inscriben en la ideología que las impregnan. Al contrario, allí donde los valores socioculturales son débiles, o están mal

asimilados, los partidos tienden a forjar discursos ideológicos que sustituyen una impregnación social insuficiente. 3) Tiende a ajustar sus decisiones al conformismo reinante. 4) Tiende a decidir en función de la influencia, excesivamente simplificadora, de los medios de comunicación. 5) A privilegiar el consenso a expensas del programa electoral. 6) La elaboración de los programas [de los partidos políticos] depende [demasiado] de las relaciones de fuerza, las cuales coinciden escasamente con la fuerza de las ideas».

24. En *The Torment of Secrecy*, Londres, 1976.

25. Véanse la obra de Michel Wieviorka titulada *La democratie à l'epreuve*, París, 1994, y el artículo de Nicole Lapierre, «Du bon usage de la Nation», *Le Monde*, del 2 de septiembre de 1994.

26. Vuelven los planteamientos tendentes a identificar al populismo con un «prefascismo». Ya hemos visto que hay diferencias radicales entre el fascismo y el populismo. Sin embargo, en la actual evolución del «populismo industrial avanzado» o «neopopulismo», hay rasgos que, cuando menos, le acercan al «nacional-liberalismo» descrito en el capítulo anterior de este libro. El caso de S. Berlusconi es revelador al respecto: *a*) existen en el berlusconismo rasgos que apuntan a una hipertrofia del caudillismo; *b*) la política económica ultraliberal aplicada cuando llegó al poder Berlusconi (más imposición indirecta, guerra a los sindicatos, pase de lista de asistencia en las empresas, etc.); *c*) el intento de sustitución de la clase política por otra «empresario-gerencial»; *d*) los «guiños» de Le Pen hacia Berlusconi para constituir un «frente populista», añadido a la presencia de neofascistas en el gobierno de Berlusconi. Por otra parte, para R. Boudjedra, «imaginamos que, en los años treinta, al iniciarse el ascenso del fascismo, un debate hubiese enfrentado a un sociólogo y un novelista alemanes. El sociólogo habría afirmado: "Sí, hay que negociar con el partido nazi, pues tiene la mayoría". Yo llamo a eso populismo». Véase al respecto R. Boudjedra y S. Nari: «Algerie: Faut-il negocier avec le FIS?», *Le Nouvel Observateur*, junio de 1994. «Le Pen prône un grupe populiste», en *Le Monde*, julio de 1994. «Les français qui revent de Berlusconi: la droite spaghetti», *Le Nouvel Observateur*, julio de 1994. Jacqueline Risset, *Le populisme des Riches*. Revista *Trend*: «Berlusconi Story», Roma, 1993; y G. Ruggery y M. Guarino: «Berlusconi, inchiesto sul signor TV», Milán, 1994. Finalmente, y en paralelismo con el uso intensivo que Hitler hizo de los medios radiofónicos de comunicación masiva tanto en sus campañas como en el ejercicio del poder, está la formidable concentración y uso, por Berlusconi, de la televisión, tema sobre el que volveremos más adelante.

27. En su obra, ya clásica, titulada *Del poder*.

28. En su libro autobiográfico *El último salto hacia el sur*.

29. En un estudio publicado por la revista *L'Événement du Jeudi*, 9 de febrero de 1994, titulado «Jirinowski sur le divan d'un psychoanaliste».

30. Como explica Julio Fuentes en un artículo publicado en *El Mundo* del 30 de enero de 1994.

31. Concretamente por 2.500 millones de dólares.

32. Que invirtió su primer millón en una gasolinera...

33. Guillaume Mallaure, «Le vrai Tapie», en *L'Événement du Jeudi*, 22 de septiembre de 1993.

34. S. Berlusconi, «Por qué entro en política», *El Mundo*, 31 de enero de 1994.

35. Según Julio Fuentes, «Silvio Berlusconi se lanza a la política», *El Mundo*, 28 de febrero de 1994.

36. J. Fuentes: «Silvio Berlusconi, el salvador de la patria», *El Mundo*, 30 de enero de 1994.

37. Guillaume Malaume, «Le vrai Tapie».

38. Artículo de Julio Fuentes: «Silvio Berlusconi se lanza a la política», *El Mundo*, 28 de enero de 1994.

39. *El Mundo*, 31 de enero de 1994.

40. Véase el artículo de Rosend Domènech: «La derecha busca desesperadamente un líder», *Tribuna*, 24 de enero de 1994.

41. Véanse *Le Monde*, 28 de diciembre de 1993: «S. Berlusconi, nouveau croisé de l'anticomunisme»; y en *El Mundo*, J. Fuentes, «La llamada a las armas de Berlusconi», 7 de febrero de 1994.

42. Autor de un artículo sobre Perot, publicado en *Le Nouvel Observateur*, titulado «El hombre que desea comprar la Casa Blanca».

43. La explicación de la actitud anticlase política de los líderes neopopulistas debe ser complementada con las siguientes puntualizaciones: la fobia hacia la clase política y la elite halla su simetría en el ensalzamiento de las virtudes de la clase empresarial. El líder neopopulista, paradójicamente, no se halla muy lejos de Lorenz von Stein y todos aquellos que, a continuación, vaticinaron y ensalzaron un modo de gobierno de los empresarios y de los técnicos. Más aún, el líder neopopulista parece, en muchos casos, consolidar, con su actividad política, una mayor consideración social de esa clase empresarial hacia él mismo. De alguna forma, en el caso de muchos de ellos, el líder neopopulista aspira a (recuérdese la gran abundancia entre ellos de *parvenus*, hechos a sí mismos) cambiar éxito político, siempre, y favorecer a la clase económico-empresarial, por su consagración como elemento plenamente integrado en dicha clase social...

Finalmente, hay que referirse a la utilización de la televisión por los líderes neopopulistas que, cuando no son directamente propietarios de cadenas de TV y de radio (como Berlusconi), mantienen una relación muy privilegiada con estos medios (R. Perot, B. Tapie, Gil y Gil, etcétera). Al igual que la radio sirvió a los líderes fascistas de entreguerras para conquistar el poder, los líderes populistas hacen otro tanto con la TV; y posteriormente, asientan ese poder recurriendo a unir televisivamente a la clase política en la relación con el resto de la población; una especie de relación directa entre el líder y la masa, donde el referéndum o el plebiscito son sustituidos por los sondeos y, sobre todo, por índices de aceptación de audiencia. Ahora bien, el acceso directo al pueblo es «perfeccionable» mediante la exclusividad del acceso, y, de la misma manera que los líderes fascistas se aseguraron el monopolio de la prensa escrita y radiofónica, los líderes neopopulistas en el poder, de seguir el modelo «berlusconiano», tenderían a hacer lo mismo a través de la compra de los *mass-media*. Lo cual plantea problemas muy graves: la aparición, esta vez de verdad, de un cuarto poder que, unido al control del ejecutivo, y del legislativo, deja como único poder independiente al judicial (es decir, la quiebra del principio de Montesquieu de no concentración de poderes en unas mismas manos); y la cuestión de la defensa del público frente a la manipulación mediática.

44. En la revista argentina *Redacción*, suplemento del número 47, enero de 1977.

45. Como ha explicado Bruno Birollo en su artículo «El Ross Perot coreano», *Le Nouvel Observateur*, París, 1992.

46. En «Berlusconi: la croisade de l'ogre», *Le Nouvel Observateur*, febrero de 1944.

47. Artículo de Henri Pierre, «Un cincinatus millardaire», *Le Monde*, 22 de abril de 1992.

48. Véase André Fontaine, «Le Ton Clinton: le neopopulisme dont la France et l'Europe auraient beaucoup a apprendre», *Le Monde*, 9 de marzo de 1993.

49. Véase también el artículo de Alain Franchon, «M. Clinton prône le retour aux valeurs de l'Amérique», *Le Monde*, 27 de enero de 1994.

50. Véase al respecto el artículo de François Bazin, en *Le Nouvel Observateur*, febrero de 1994, titulado «La longue marche de monsieur Hue».

51. Véase, de Lauren Bijard, «Les bastards contre le nice guy», *Le Nouvel Observateur*, enero de 1994.

52. Director del Institut Français de Relations Internationals, París.

4

El retorno de los brujos (nacionalismo, religión y revolución)

> ...Ninguna idea es tan anticuada que no haya sido alguna vez moderna. Ninguna idea es tan moderna que no llegue a ser algún día anticuada...
>
> Ellen GLASGOW (1936)

> El hombre que considera dulce su patria no es más que un tierno debutante; aquel para el cual cada tierra es como la suya propia ya es fuerte; pero sólo es perfecto aquel para el cual el mundo entero es como un país extranjero.
>
> Hugues SAINT-VICTOR (1982)

LA NACIÓN

El nacionalismo se extiende hoy a tal velocidad que se ha pasado de considerarlo la «última fase del Sistema soviético»[1] a tomarlo como la ideología universal del futuro, yendo camino incluso de ser causante de tantas muertes como antaño (y aún hoy) lo fueron (lo son) las religiones a las que sustituyó total o parcialmente.

Porque la idea de nación, la ideología «nacional», es producto del largo procedimiento de descristianización iniciado en Europa en la Edad Media, cuando los hombres —explica Emmanuel Todd— necesitaron «sustituir la imagen evanescente de la ciudad de Dios por la imagen nueva de la sociedad ideal». Según el autor de *La in-*

vención de Europa:[2] «Había [entonces] que hallar los límites de la nueva ciudad. Dos construcciones ... competidoras emergen sucesivamente, en Europa, que, finalmente, cohabitarán y se enfrentarán. La nueva ciudad será bien la nación, bien la clase. El difuminado de la conciencia cristiana provocará el ascenso, sucesivo o simultáneo, de la conciencia nacional y de la conciencia de clase. Así pues, ideologías nacionales e ideología de la clase emergen de un mismo vacío religioso». Y concluye: «Las dos guerras mundiales permitirán ... medir el poder superior del mito nacional».

Pero, realmente, ¿es el nacionalismo un mero sustituto, uno más de la metafísica religiosa cristiana?

Más allá de las seductoras teorías de Todd, otros muchos factores, aparte de los modelos estructurales familiares a los que él es tan afecto, llevaban no sólo al triunfo del modelo nacional, sino a la permanencia del mismo en la historia. Ciertamente, el hecho nacional, tal y como hoy lo conocemos, no tiene más de —en los casos más longevos— seiscientos años de existencia. Pero es, probablemente, bajo otras formas y expresiones, tan viejo como el hombre. Y si, como afirma Regis Debray,[3] la izquierda europea ha perdido muchos trenes en su historia por su —relativo— desprecio al hecho nacional, es porque éste tenía muchos más fundamentos que los comúnmente descritos...

Así, lo que muchos etólogos y biólogos del comportamiento califican de «comportamientos innatos de sociabilidad, jerarquía, agresión, y territorial», presentes en todos los animales y en el hombre, cuajaría en un «imperativo territorial» que constituiría una de las raíces esenciales tanto de la propiedad privada como de las diferentes expresiones del nacionalismo.[4]

Pero hay muchas causas más (y menos controvertidas), como es obvio. Por ejemplo la onda expansiva, aún vigente, de la Revolución francesa, y la consiguiente universalización del concepto de las nacionalidades, unido a la pervivencia del mito (véanse los estudios ya mencionados de Raul Girardet) de la Edad de Oro. De esta forma, muchos nacionalismos llevan implícito el deseo de «volver» a una era en que el grupo social considerado era, supuesta o realmente, más fuerte, más poderoso y/o mejor estructurado.[5] La «gran Cataluña», la Euskadi que conquistó Albania, la «gran Alemania», etc., se corresponderían así a la añoranza de cuando Cataluña, la ex «marca franca», dominaba parte del Mediterráneo comercialmente;

de cuando el País Vasco no había aún sufrido una cristianización forzosa o buscaba ampliar horizontes; de cuando el «sacro imperio romano-germánico» dominaba Europa; de la Francia de Luis XIV y de Napoleón...

Así, no sólo están aún por recobrar las identidades nacionales que no pudieron llegar a la independencia, al Estado-nación, durante el siglo XIX (por ejemplo, los países bálticos, o Ucrania, o Kazajstán) o el siglo XX («olvidadas» por los procesos de descolonización), sino también las que fueron absorbidas por los Estados-nación que cuajaron durante esos dos siglos (o con anterioridad): este sería el caso de Córcega, Gales, Escocia, Cataluña, Euskadi, Yakutia, Lombardía, Quebec y de innumerables zonas más, en los tres más antiguos continentes... Hoy es la hora de la reivindicación de los pocos últimos estados-nación «evidentes» aún no constituidos (a causa del derrumbamiento de los últimos imperios coloniales, incluido el ruso) y de los numerosísimos «micronacionalismos», tanto cuando tienen como base los clásicos factores «nacionalitarios» objetivos (homogeneidad racial étnico/cultural, o sencillamente lingüística) como cuando, además, se combinan con el «nacionalismo como protección». A este último factor contribuyen: 1.º, el temor ante el infinito poder de las multinacionales, poderes y mafias económicas en general,[6] que por cierto va acompañado de una hipercompetitividad desmelenada entre los agentes sociales e individuales; 2.º, el temor, igualmente, ante los órganos supranacionales, cuando ejercen su poder organizativo-reglamentario desde muy lejos del lugar en el que se vive, fríos aparentemente, impávidos ante los casos humanos.

Se supone también que el nacionalismo del Estado-nación tanto como el «localmicronacionalismo» protegen frente a las «tecnoestructuras» (mafias legalizadas, institucionalizadas) de diverso tipo y pelaje, favoreciendo la aparición de supranacionalismos, pero también de mininacionalismos: 1.º, por la pérdida de sustancia de los Estados-nación clásicos, y 2.º, por necesidades económicas. Comencemos por lo primero: las grandes construcciones geopolíticas actuales, las existentes y las que están en fase de construcción, suelen, por razones evidentes de funcionalidad, combinar «hacia arriba» la asunción por la macroadministración supranacional de muchas de las competencias clásicamente estatales nacionales, a la vez que desconcentran y descentralizan decisiones «hacia abajo». Como expli-

ca Ignacio Ramonet,[7] el nacionalismo «resurge igualmente en Europa Occidental, favorecido, curiosamente, por la construcción europea. Ésta borra los contornos del Estado-nación, que parece cada vez más anacrónico, entre el superEstado europeo, al que no cesa de transferir competencias, y los diferentes Estados-regiones, a los que, en nombre de la descentralización, también confía una parte cada vez mayor de sus prerrogativas».

Refiriéndose al Estado-nación clásico, Ramonet añade que «como identidad unitaria que realiza la adecuación entre un territorio, un espacio público, una sociedad, una economía y una cultura, ya no existe. Las áreas pertinentes de acción, de deliberación y de identificación están desacordadas». En relación con la cuestión del mercado, «cuanto más se integre la economía mundial, más se desprenderán las empresas de su espacio nacional originario, y más asistiremos tanto a reacciones de soberanía como, simultáneamente, a crispaciones localistas».[8]

Más interesante aún es el estudio de Alain Bihr sobre «el vacío de sustancia del Estado-nación». Según este autor, un primer fenómeno debe ser tenido en cuenta: «La internacionalización de los mercados y de la producción, a partir de mediados de la década de los sesenta, con la formación de las empresas multinacionales. Sus síntomas eran: la parte creciente de las importaciones y de las exportaciones en el PNB de todos los países capitalistas desarrollados, y la parte creciente de inversiones en el extranjero, que permiten a las empresas asegurarse mejores condiciones de valorización, desplazándose hacia zonas de bajos salarios, y acceder a mercados nuevos... Así nació la economía transnacional, en la que el marco nacional se ha tornado inadecuado para la regulación de los flujos económicos. El equilibrio entre la oferta y la demanda ya no puede, en efecto, quedar asegurado en el seno de un marco tal por cuanto que una parte creciente de la oferta nacional va dirigida a una demanda extranjera y, a la inversa, una parte creciente de la demanda nacional se satisface gracias a la oferta foránea. [De esta forma], la política económica de los Estados debe entonces cambiar drásticamente de sentido [y hasta] la capacidad planificadora de esos mismos Estados se ve alterada. Ya no puede proponerse asegurar al aparato productivo nacional su coherencia y su autosuficiencia; su tarea será, a partir de entonces, bien la de favorecer la emergencia de oligopolios "nacionales" de talla para operar en el mercado mundial,

bien la de organizar el repliegue y la desaparición de la parte del capital nacional incapaz de efectuar tamaña mutación ... En ambos casos, el Estado deberá cambiar su papel de "escudo" cara al mercado mundial, y asumir el de *relé* de los imperativos de este último».

Habitualmente, añade Bihr, ello va parejo a una inserción en un conjunto supranacional, de carácter reglamentario (o incluso paraestatal) hacia el que habrá que delegar competencias ordenadoras del conjunto de países que lo integran; «pero, mientras esta presión "desde arriba" les desposeía de una parte de sus prerrogativas de gestión y de planificación económicas, los Estados-nación occidentales iban simultáneamente a hacer frente a una presión "desde abajo" tendente a desposeerles de algunas de sus tareas de gestión social: urbanismo, vivienda, sanidad, enseñanza y formación profesional, cultura y animación social, incluso vigilancia y represión jurídico-policial». Máxime cuanto que hoy el Estado-nación asumiría demasiadas competencias «al incrementarse la dependencia, hacia lo político, de lo social», lo cual ha terminado desembocando a su vez, entre otras, en una desconcentración y descentralización del aparato estatal, «en provecho de las periferias estatales, regionales o locales, juzgadas más aptas para intervenir en lo social».

En otras palabras, «el abandono por el poder central de sus habituales misiones de planificación económica y de apoyo a la iniciativa privada ha conducido a los poderes locales y regionales a asumirlos». Cuando esto se combina con realidades étnicas, culturales o lingüísticas, aumenta la tentación de derivar hacia sistemas autonómicos, federales, o incluso confederales. Ahí está, pues, uno de los orígenes más claros del nacionalismo más moderno, sobre todo del micronacionalismo: en definitiva, si como expresión de la territorialidad humana, el Estado-nación no tiene, como hemos señalado anteriormente, más de 600 años, ello es debido a que la forma nacional del marco económico convivencial no fue necesaria hasta el advenimiento de la era industrial y del capitalismo. Porque entre motivaciones económicas y nacionalistas varias, es cierto también que las burguesías europeas rompieron las viejas estructuras económicas tanto de base artesanal como de base regional, ya que necesitaban mercados mayores donde dar rienda suelta tanto a la creatividad y libertad económicas como a la constitución de mercados de consumidores y de materias primas lo suficientemente am-

plios como para ser rentables y, sin embargo, también protegidos arancelariamente del exterior. La vieja «ciudad de Dios» de Todd fue, pues, sustituida por la nación, la clase social, la raza a veces, pero siempre por un mercado de nuevo cuño y dimensión cuyas fronteras o tendían a coincidir, o coincidían, o se propendía a hacerlas coincidir, interesadamente o inconscientemente, con las étnico-culturales.

En definitiva, hoy ese mercado ya se ha quedado pequeño desde abajo; y lejano desde arriba. Pero si el movimiento de concentración hacia arriba obedece casi siempre a la racionalidad económica y gerencial-administrativa,[9] el de la desconcentración hacia abajo rebasa muchas veces dicha lógica. Caso de los numerosos irredentismos (los casos más «vistosos», los de las antiguas Checoslovaquia y Yugoslavia); pero también algo muchas veces debido al «retroceso de la razón». Porque capitalismo y sovietismo respondían ambos —aunque desde ángulos diferentes— a un enfoque (a veces excesivamente) racional-económico de la realidad. Por ello, tanto las actuales dificultades del capitalismo,[10] como sobre todo la caída de los sistemas del ex Este europeo, tienen mucho que ver con el resurgimiento del nacionalismo. Al ceder terreno, drásticamente, el comunismo, una parte importante de la racionalidad contemporánea, amén de un sueño de convivencia universal, han desaparecido, lo cual puede beneficiar tanto a la «ciudad de Dios», como a la idea nacional (o a otra «cosa» que estaría por aparecer). En definitiva, hemos cedido ante «la tribu», o, en el mejor de los casos, ante la comunidad de Tönnies, en perjuicio de la sociedad y la solidaridad internacional, o del internacionalismo...

Además hay que reseñar, como causa del renacimiento, no tanto de los macronacionalismos como de los micronacionalismos, el propio final de la guerra fría que ha reducido la tendencia a cerrar filas ante el enemigo exterior: si Escocia, pongamos por caso, era algo secundario a la hora de enfrentar el problema de sobrevivir a la guerra fría o en aras a una mayor cohesión frente al «enemigo», desaparecido éste, cualquier polemólogo sabe que el fraccionamiento vuelve a adquirir virtualidad; y por doquier.[11]

Finalmente, los imperativos de todo tipo que, en las dos últimas décadas, han «obligado» a los partidos políticos del Sistema a acercar posiciones (pues, con frecuencia, las situaciones y los problemas sólo parecen admitir —dicen— un único tratamiento), han contri-

buido no poco a que las actitudes de oposición radical se reporten sobre partidos anti-Sistema, en este caso, de corte nacionalista. Así, el «consenso» sería otra fuente de recogida de sufragios para los partidos nacionalistas.

En todo caso, como señala el filósofo francés Edgar Morin, «el problema clave de los años venideros es el de la lucha multiforme entre, por una parte, las formas de asociación, de confederación, de federación, no sólo en Europa sino en el mundo, y, por otra parte, las fuerzas de disyunción, de explosión, de ruptura, de conflicto».[12]

Lo cierto es que en cada caso histórico, el nacionalismo ha adoptado formas distintas que van desde los «gran-nacionalismos» decimonónicos (como movimientos de liberación popular que culminaban en los Estados-nación) hasta el nacionalismo (hoy con frecuencia micronacionalismo) como maniobra de una clase social determinada para conseguir su hegemonía (pasando por un sinfín de causas más), pero, ¡ojo!, también utilizado por clases más populares para luchar contra el Sistema. Por ello, el nacionalismo ha adoptado no sólo multitud de formulaciones, sino también de aliados; de ahí viene, incluso, la alianza (hasta cierto punto *contra natura*, habida cuenta el origen jacobino y revolucionario del nacionalismo moderno) con el pensamiento ultraconservador.[13] Hoy, dicha alianza aparece frecuentemente como caduca (e incluso muchos nacionalismos han basculado hacia la ultraizquierda, caso de ETA, por ejemplo), pero no por ello ha perdido el nacionalismo —sobre todo el radical— su potencialidad anti-Sistema, bien precisamente por sus alianzas radicales, bien porque su propia dinámica le lleve a provocar el estallido de los marcos políticos, económicos y étnico-culturales de los actuales Estados-nación, lo cual puede darse, por cierto, tanto en el caso de los nacionalismos radicales como en el de los «moderados».

Finalmente, el mayor freno existente hoy en día al proceso de mundialización económica son los Estados-nación que se resisten a desaparecer sin más en favor de un macromercado global y la contradicción (que irá creciendo) entre elites económicas mundializadoras y las demás (políticas, sociales y culturales, y que, hoy por hoy, desaparecerían en el proceso de mundialización).

La lista de los actuales enfrentamientos étnico-nacionalistas es, en todo caso, impresionante.[14] Ahí tenemos, en el continente americano, los casos de Estados Unidos (multiforme), Canadá (blancos

contra indios y francófonos contra anglófonos), América Central y América Andina (blancos contra indios), Brasil (negros e indios contra blancos); en Europa, de Rusia y las repúblicas de la CEI (varios, con motivaciones además mezcladas de tipo nacional radical, político y religioso), Rumania (rumanos contra húngaros y gitanos), Bulgaria (búlgaros contra turcos), Moldavia (nacionalismo irredento), violencias étnicas en Francia, Gran Bretaña y Alemania (amén de los casos de irredentismo de Corcega, País Vasco, Bretaña, Flandes y Alsacia-Lorena en Francia, Escocia y País de Gales en Gran Bretaña), conatos de violencia contra los emigrantes en Italia y España (donde hay que mencionar desde el nacionalismo lombardo hasta los casos conocidos de Euskadi, Cataluña y Canarias), Georgia (osetos contra abjasios y contra rusos), Azerbaiján (armenios contra azeríes), Turquía (turcos contra kurdos), la antigua Yugoslavia (virtualmente todos contra todos), la antigua Checoslovaquia (separación de Eslovaquia), Bélgica (flamencos contra valones); África: Mauritania (árabes frente a negros), Marruecos y Argelia (bereberes contra árabes), Mali, Chad, Niger, Somalia, Senegal, Togo, Nigeria, Liberia, Uganda, Ruanda-Burundi, Zaire, Kenia y Angola (luchas tribales nacionales), Sudán (negros contra blancos con trasfondo religioso), Suráfrica (negros entre sí y contra blancos y asiáticos); Asia: China (tibetanos contra chinos), Afganistán (varias tribus enfrentadas), el problema kurdo (que, además de Turquía, afecta a Irak, Siria e Irán), India (pakistaníes contra indios con trasfondo religioso), Bután (contra indios y nepalíes), Birmania (tribal), Camboya (camboyanos contra vietnamitas), Papua-Nueva Guinea (movimiento independentista), Sri Lanka (cingaleses contra tamiles), Australia (blancos contra aborígenes). Aquí hemos seleccionado los casos siguientes: Italia, España, Bélgica, Francia, la antigua Yugoslavia y la antigua URSS (en el caso báltico).

El caso de la Liga Lombarda

Dicen los polemólogos que los ríos en paralelo y las cadenas de montañas dificultan la unidad nacional. Y los sociólogos, que la uniformidad cultural y lingüística la propician, amén de otros factores como un enemigo común, la unidad religiosa y la necesidad de un mercado viable. Lo primero no se daba en Italia (los Apeninos atraviesan el país de norte a sur, pero realmente, y habida cuen-

ta la conformación en forma de bota, no lo cortan en dos, y los ríos no están en paralelo); lo segundo sí, y, sin embargo, en Italia, a diferencia de Francia (que tiene por cierto sus ríos en forma de estrella) o de España (cuya lucha contra los musulmanes cuajó muy pronto en una única superestructura estatal, si bien con muchos y graves matices), llegó muy tarde la unificación. Habitualmente, ello se achaca a la existencia de los territorios pontificios (que sí cortaban el país en dos partes). Dicha circunstancia, así como la acción de los imperialismos austríaco y español, que desgarraron el país en dos, sí que influyeron negativamente.

Lo cierto es que hay hasta cuatro Italias: una que, prolongación del valle del Rin y del llamado «eje renano», entronca al norte y a la Lombardía con el mundo germánico; otra que, lindando con la ex Yugoslavia, constituye una fuente permanente de conflicto con diversos pueblos de la zona; otra, antaño compuesta por las tres islas mayores, de donde los franceses desgajaron Córcega; y la Italia del sur, claramente mediterránea y donde durante mucho tiempo predominó la influencia española.

En el período que va de la unificación hasta el fascismo inclusive, predominaron las fuerzas de unificación, favorecidas por la necesidad de la burguesía de disponer de un mercado lo suficientemente amplio, por el legado de la Revolución francesa, por la lucha por las provincias irredentas, por la búsqueda de un imperio colonial común, por el cohesionamiento producto de la Primera Guerra Mundial, y por el ultranacionalismo uniformizante del fascismo. Tras la derrota de éste, aparecieron, sin embargo, las primeras tendencias centrífugas, que fueron contrarrestadas por la ocupación norteamericana y por el estallido de la guerra fría, factor recohesionador tanto más potente cuanto que Italia quedaba «en primera línea».

El Sistema se sostenía, por entonces, por un peculiar sistema de partidos donde el insuficiente predominio de la democracia cristiana, claramente apoyada por el Vaticano, los alemanes y los norteamericanos, se complementaba con coaliciones permanentes con partidos no neofascistas y no comunistas (hasta el punto de que gabinetes monocolor constituyen habitualmente gobiernos sólo de transición). Si la democracia cristiana no logró aglutinar a toda la derecha (de hecho, en concordancia con lo acontecido en prácticamente todos los países de Europa), tampoco la segunda fuerza del país, el

Partido Comunista Italiano (que llegó a ser el segundo partido comunista de Europa después del PCUS), pudo aglutinar a toda la izquierda. La *combinazione* parecía, pues, consustancial al arte de gobernar a los italianos, y por ende eterna.

El transcurrir del tiempo, sin embargo, terminó dañando fuertemente al sistema. El cansancio, en primer lugar, ante la evidencia de que, de *combinazione* en *combinazione*, se cumplía básicamente el dicho de Lampedusa de que «todo debe cambiar [poquito] para que todo siga [exactamente] igual». El hecho de que la única fuerza de oposición real fueran los comunistas bloqueaba la alternancia. Cuando el PCI, para colmo, suavizó su línea, el panorama se agravó más aún. Es la época dorada de las Brigadas Rojas que se erigieron en único (y violento) contrapunto del Sistema.

Mientras, al descrédito creciente de los partidos políticos que nada sustancial cambiaban, se sumaba la compenetración entre las clases política y económica y la extensión galopante de la corrupción política, económica y administrativa. La acción de la Mafia (clara acreedora de los anglosajones a raíz del apoyo dado a la invasión de Sicilia en 1943) acentuó el descrédito tanto de la clase política como del Sistema. A su vez, la bonanza económica no se repartió por igual entre el Norte y el Sur: del primero, rico e industrial, comenzó a fluir un flujo permanente de riqueza hacia un Sur pobre y subvencionado, que, a cambio, ofrecía mano de obra barata, sin cualificar o poco cualificada. Con el tiempo se veía venir que, cuando ese flujo de mano de obra se tornase más caro y/o menos imprescindible (dado el avanzado nivel tecnológico y de automatización alcanzado por las industrias norteñas), los «ricos» del Norte reconsiderarían la situación. El propio Mercado Común incitaba al Norte a tornarse más hacia los ricos mercados de consumidores del eje del Rin que hacia la punta de la bota.

Pero la puntilla se la ha dado al Sistema la desaparición de su progenitor: la «guerra fría». Una vez terminada ésta, el Sistema iba a requerir modificaciones, y en eso se está, con el agravante de la profunda crisis de los comunistas a raíz del derrumbamiento de la antigua URSS, y la quiebra de los partidos democristiano y socialista por la cuestión de la corrupción. El ex presidente Cossiga fue el primer político en dar la voz de alarma. Apenas fue elegido presidente por aplastante mayoría, comenzó su cruzada en pos del cambio de régimen. Los partidos no quisieron oírle, convencidos

de que lo que había sido válido durante cuarenta años podía seguir siéndolo. Ante esta coyuntura, Cossiga decidió actuar por su cuenta y riesgo, apelando directamente al pueblo y dirigiendo sus diatribas hacia los jefes de filas de la clase política.

Tarde: el Norte, por tradición más *frondeur* que el Sur, redescubrió sus peculiaridades y sus intereses, y ahí reside el origen de la famosa Liga Lombarda; en eso, y en la sensación de una cada vez mayor indefensión del ciudadano frente a la omnipotencia del Sistema político financiero y a las mafias varias.[16] Al final del camino, Italia redescubre el voto de protesta, en este caso concreto (hay muchos más casos, como veremos más adelante), étnico, a través de la Liga Lombarda. Como señala, en *Il Corriere della Sera*, el comentarista Francesco Alberoni, «aunque Italia es una nación nacida hace poco, no ha habido un gran sentido de Estado unitario. Hay [como hemos visto] un Norte que durante siglos ha gravitado hacia Francia y Austria, y un Sur más ligado al Mediterráneo. El movimiento de la Liga del Norte recalca esta antigua línea de fractura. La revuelta del nuevo movimiento local, étnico, no sólo adviene contra la capital, sino también contra las elites políticas y culturales consolidadas, contra los valores dominantes, instituidos. Estos movimientos no sólo radican en el particularismo, son antiintelectuales y difieren de las grandes concepciones universales e internacionales que han dominado nuestro siglo, de la marxista, de la cristiana y de la socialista».

En definitiva, al igual que en las antiguas URSS y Yugoslavia, y España, los ricos se van. Ello es tan cierto como que la Liga recluta sus votos entre el electorado democratacristiano, es decir, de la clase dominante.[17]

¿Qué es la Liga Lombarda?

Sur orígenes ideológicos deben ser buscados ciertamente en el equivalente italiano de los Comuneros castellanos. Así, el símbolo de la Liga es el legendario guerrero medieval Alberto de Giusano, especie de «comunero» lombardo que, en el siglo XII, derrotó al emperador Federico Barbarroja en sus intentos centralistas. Pero, más recientemente, sus ideólogos proceden de escisiones de la DC, caso por ejemplo de Gianfranco Miglio y del propio Humberto Bossi, el líder del movimiento, el cual, aprovechando el paulatino estancamiento de la economía italiana, funda el partido en 1984, en Varese, denominándolo entonces Liga Autonomista Lombarda.

Su ideología se puede casi adivinar sin recurrir a su programa. Amén del populismo personal de Bossi (buena parte de su éxito radica en su lenguaje directo, popular y ajeno a la sofisticación dialéctica utilizada por la clase política),[18] el programa de la Liga gira en torno a unos ejes claros:

1. Anticentralismo: «Roma ladrona» debe ser apartada de los destinos del norte del país: los miembros de la Liga Lombarda se definen como federalistas. Buscan para Italia un futuro republicano, federal o confederal, constituido por tres repúblicas diferentes: Norte, Centro y Sur, con sistemas ejecutivo, parlamentario y judicial independientes. La única excepción a la independencia de estas tres repúblicas federadas se centraría en la política exterior y de defensa.

Para la Liga, el actual gobierno de Roma es incapaz de solventar los problemas del país, hundiendo a toda Italia en el déficit económico.

2. Antipartitocracia: «*Questa dictadura parlamentare e forse più pericolosa quel fascismo*». Bossi culpa de la situación a un sistema parlamentario caduco, en el que los grandes partidos políticos son incapaces de encontrar solución a los problemas actuales. El poder que ostenta la clase política, ante la fragmentación parlamentaria que exige continuas negociaciones y alianzas a puerta cerrada, hace que el electorado se sienta marginado del poder político. Todo esto hace que el objetivo principal lombardo sea la total destrucción de la partitocracia gobernante.

3. Reforma constitucional. La asunción de las propuestas de la Liga Lombarda implica la necesidad de una remodelación constitucional. El actual texto fundamental defiende un sistema en realidad unitario, por lo que se tornaría inservible para un futuro Estado federal o confederal. En el proyecto de Bossi está la celebración de una asamblea constituyente que llevaría a cabo tal remodelación.

Como señalan los lombardos: «Dentro de Italia hay más de una Italia. No se puede gobernar de la misma forma en el Norte ... que en el Sur. Queremos que tanto el Norte como el Sur tengan autonomía para gestionar su economía, sus impuestos y su justicia».

4. Lucha contra la corrupción. La Liga Lombarda convierte Roma en un sinónimo de corrupción. Sus eslóganes apuntan directamente en este sentido: «*Roma, ladra...*». Justamente este mensa-

je de anticorrupción es el que ofrece mayor atractivo a la hora de captar votantes.

5. Lucha contra los impuestos. Uno de los puntos claves del programa lombardo es el ataque contra los impuestos «abusivos» que, viniendo de Roma, afectan principalmente a los ciudadanos del Norte. Se ha llegado incluso a amenazar con pedir a los ciudadanos que no suscriban títulos de deuda pública. El dinero público se dirige fundamentalmente hacia un Sur «asistido», y el ataque contra la corrupción justifica el ataque contra la malversación de fondos.

6. Lucha, pues, también contra el despilfarro.

7. Lucha contra la inmigración salvaje. Durante las campañas electorales la Liga ha sido reiteradamente acusada de racista, pero, según sus líderes, son exactamente lo contrario de Le Pen. Para ellos, sólo tienen ese punto de analogía en el tema de la inmigración. Creen que la inmigración descontrolada es un fenómeno negativo. Speroni, uno de los líderes de la Liga, piensa que el tema puede ser afrontado de forma represiva, mediante la severa vigilancia de las fronteras o la expulsión coactiva de quienes han entrado ilegalmente en el país. La Liga apuesta por la radicalización de las medidas para que sólo entren en el país aquellos que posean un contrato de trabajo en las debidas condiciones. Apuntan su diferencia con Le Pen en que no creen en la superioridad de las etnias europeas, pero sí que hablan de diferencias y de dificultades de integración. Los problemas de integración son, para ellos, más acentuados cuanto mayor es el número de los «distintos» que hay que acoger.

En todo caso, el deseo de diferenciarse de Le Pen les ha llevado a insistir una y otra vez en el tema de la incompatibilidad radical entre el fascismo y Le Pen, por una parte, y el federalismo, confederalismo, y la Liga, por otra. Hay más rasgos interesantes en el programa, como cierta dosis de anticlericalismo, el restablecimiento del lenguaje lombardo, etcétera.

En definitiva, una mezcla de populismo (la prensa explica que el secreto de Bossi es haber calado en el sentimiento de insatisfacción de la gente hacia el sistema de gestión realizado por los partidos: «Bossi ha interpretado como nadie ese estado de ánimo; ahí está la clave y el mérito»), de regionalismo europeizante (según el corresponsal de *El País*, Bossi «aspira a reformar un Estado inserto

en una Europa de los pueblos, de las regiones, que se encamine hacia los Estados Unidos de Europa. Roma se limitaría a ocuparse de los temas de defensa y de política exterior. El resto pasaría a ser gestionado por los socios federales»),[19] y huida de la Italia rica (según Bossi: «Miles y miles de millones ha destinado Roma al Sur, pero sólo han servido para alimentar a la Mafia, a la corrupción y a las arcas de los partidos de la mayoría, mientras el ciudadano no soporta impuestos crecientes y encuentra más seca su cartera»).

La Liga se ha transformado ya en uno de los primerísimos partidos de Italia, y su influencia geográfica se acerca hasta Roma. Su única gran limitación, lógicamente, reside en la dificultad para penetrar en el sur de la península y en cómo despegarse definitivamente de Forza Italia y de los «misinos», con los que formó coalición. No es descartable un giro estable a la izquierda de su oferta de coalición, hacia los PDS y los Verdes... De cualquier forma, ¿tendrá la Liga limitaciones electorales por su base? Por ahora, ha reclutado entre los pequeños empresarios, trabajadores autónomos, profesionales, trabajadores del campo, asalariados y jóvenes... y hasta emigrantes meridionales. En total, más de 100.000 afiliados... y un apoyo prudente, pero creciente, por parte de la alta y adinerada burguesía norteña. El derrumbamiento de la izquierda y el proceso de descristianización le han favorecido. Si Italia no produce, rápidamente, un sistema estable de fuertes partidos nacionales habrá un nuevo salto adelante de la Liga con, a término, la secesión.

¿Es la Liga un partido anti-Sistema? Sin duda sí, si se contemplan determinados aspectos de su programa, incluida la posible ruptura de la unidad italiana, y sus peticiones de que los italianos se preparen para la guerra fiscal contra el Estado si es menester,[20] ello, amén del «impacto» —ejemplo— sobre los demás micronacionalismos irredentos europeos.

El caso español

Veamos ahora algunos ejemplos bastantes claros, en este caso en España, que pasa, tradicionalmente por ser uno de los primeros países que alcanzaron su unidad nacional. Desde este punto de vista, debería constituir una unidad nacional sólida, tal y como se da por ahora en el caso francés. Sin embargo, no es el caso:

1.º Porque a diferencia de Francia (pero no así de otros países como Gran Bretaña e Italia), España fue, inicialmente incluso, una suma, una yuxtaposición, de reinos, los cuales, posteriormente, medio subsistieron a través de fueros y legislaciones especiales: Aragón, Castilla, Galicia, Cataluña, Asturias. Todo ello da una connotación no de zonas más o menos *terrae nullius* conquistadas, ni de expansión uniformizadora desde un núcleo fuerte inicial (excepto en el Sur), sino de un proceso federativo si bien con frecuencia por la vía de la fuerza. Los reyes de España lo han sido, más bien (y aún lo son), «de las Españas»...

2.º Los ideales de la Revolución francesa fueron insuficientemente aplicados en nuestro país. Primero por las dificultades encontradas por los líderes de la Ilustración para aplicar sus ideas; además, por el retorno del absolutismo de Fernando VII tras un reinado, desgraciadamente demasiado corto y problemático, del buen rey José Bonaparte. La desaparición de las trabas hasta llegar a un mercado nacional unificado, y la uniformización jurídica (véase, en España, y por contraposición con Francia, la variedad de derechos, por ejemplo de familia, fiscal, etc.) y política, serán un proceso lento y, a la vista está, comparado con la estructura centralizada y jacobina de nuestros vecinos galos, insuficientemente intenso. La concepción tradicional misma de la monarquía absoluta, defendida por Fernando VII, debe ser tenida en cuenta a la hora de comprender la perpetuación, en el tiempo, de España como un conjunto de reinos asociados-conquistados en torno a diez dinastías...

3.º Finalmente, salvo en períodos muy cortos de tiempo y con motivo de guerras coloniales —a veces perdidas, como en los casos de las de Cuba y Filipinas; otras veces difícilmente ganadas, como en Marruecos—, España no ha participado en grandes contiendas, que recohesionaran el país en el caso de victoria.

Sobre todo, y esto es esencial, desde una perspectiva histórica más amplia, los actuales micronacionalismos españoles pueden ser interpretados como la continuación del proceso desintegrador de un imperio, más que español, castellano. Una de las causas más claras de dicha continuación fue precisamente la pérdida *de facto* de todas las guerras serias habidas desde la incapacidad demostrada por el ejército español de resistir a la presión napoleónica. Desde entonces, el ejército español sólo venció a marroquíes y... a su propio pueblo. *Vae victis.*

Todos estos factores se acentúan en el caso vasco. Pueblo considerado, por su lengua, preindoeuropeo, incluso con algunos rasgos fisiológicos diferenciales en relación con el resto de Europa, su cultura se pierde en la noche de los tiempos, favorecida su permanencia por un relieve que facilita el aislamiento, tardía cristianización, romanización insuficiente (ni tampoco germanización pronta), tampoco islamizado... La proximidad a la frontera francesa junto con reminiscencias marcadas de su antigua religión hicieron allá particularmente intensa la acción de la Inquisición, que no podía, por cierto, y frente a un clero a la antigua usanza (próximo al pueblo, con costumbres locales arraigadas), no ser identificada con Madrid, un poder central, extranjero, en permanente necesidad de medios y, por lo tanto, relativamente presto a la hora de recortar privilegios jurídico-económicos. Las propias guerras carlistas pueden ser vistas como un intento de recuperación de una monarquía más tradicional que la isabelina y, por ende, más respetuosa de fueros y particularismos; casi una guerra de independencia...

Todo esto debe ser tenido en cuenta a la hora de comprender los antecedentes lejanos del actual nacionalismo vasco. Este último, tal y como lo conocemos, obedece sin embargo a más factores. Por ejemplo, la desaparición del carlismo como vía para la afirmación nacional; ello, por cierto, en un momento, finales del siglo XIX, en que en Europa triunfan los nacionalismos. Más aún, en nuestro continente están entonces en boga ideas que intentan fundamentar étnicamente el nacionalismo (es la época dorada de los Gobineau, Houston Stewart Chamberlain, Kipling, Drumont, Vacher de La Pouge, Labriola, etcétera).

Por ejemplo, también el proceso de industrialización y la llegada masiva de trabajadores inmigrantes y castellanoparlantes, a su vez posibilitó la implantación sólida en Euskadi de la UGT y del PSOE así como, posteriormente, de los comunistas (en ambos casos con ideologías muy lejanas del pensamiento «tradicional» vasco). Ante este panorama industrial y obrero, que implicaba mutaciones de todo tipo en las nuevas relaciones sociales y económicas, en los planteamientos políticos, en el equilibrio religioso, y hasta en el hábitat, el medio ambiente y el paisaje, era fácil que surgieran reacciones defensivas que se articularan en torno a los mitos movilizadores clásicos: 1) Del complot (hay un intento deliberado y planificado, a lo largo de la historia, y sobre todo, entonces, para acabar con la sin-

gularidad, la especificidad y la identidad vascas). 2) De la unidad (hay que unir al pueblo «genuinamente» vasco frente al panorama anteriormente descrito para «salvar» al País Vasco, dado que, como es sabido «un pueblo unido jamás es vencido», etcétera). 3) Del «paraíso perdido»: mucho más que la biología (por otra parte, mucho menos avanzada entonces que ahora, en que se conocen, amén de la antropología física, las cuestiones de la geografía de los grupos sanguíneos, factores complementarios —tales como el Rh y muchos otros—, etc.), el hecho lingüístico fue traído a colación. Así, según determinados «historiadores», el euskera llegó a ser calificado de lenguaje «del jardín del Edén» o la lengua hablada por los descendientes de Adán antes de la edificación de la Torre de Babel (siendo los vascos supuestos descendientes de Jubal, hijo de Jafet y nieto de Noé).[21]

Más cierto (puesto que lo es para determinados pueblos de origen indoeuropeo): podía ser creíble que los vascos habían crecido, como pueblo, en sociedades de base democrática, electiva e igualitaria, ello a diferencia de «los otros». Tampoco era absurdo (aunque presentado muy idílicamente) que los vascos llevaran consigo un bagaje de resistencia a invasores, y a señores, y a reyes: así, los fueros, que podían ser vistos como concesiones obligadas sacadas a los reyes para con unos súbditos en los que la libertad estaba muy arraigada; etcétera. Todo lo anterior configuraba un País Vasco mítico, a cuya «esencia» había que intentar retornar.

En cuarto lugar, el mito del «salvador»: primero, don Carlos, que además de apoyar a la Iglesia católica y luchar contra el liberalismo, era visto como un defensor de los derechos vascos;[22] y, después, Sabino Arana: tras el carlismo, algunos movimientos surgieron con la finalidad de restablecer —sin éxito— los antiguos fueros, pero hasta Arana el movimiento no se pudo sistematizar.

La historia del renovador del nacionalismo vasco es conocida: se hace nacionalista a los diecisiete años y, tras estudiar en Cataluña, inicia su acción política, originariamente dirigida al logro de la independencia. El pensamiento de sus inicios estaba muy en consonancia con el ultranacionalismo de finales del siglo XIX y principios del XX: temor a que la invasión de extranjeros, de otra «raza», no católicos, y de izquierdas, pudiera atacar el fondo genético, «moral» y social del País Vasco.[23] Para luchar contra esto, desaconseja los matrimonios mixtos, lucha contra liberales y socialistas, pide el

cultivo del folclore vasco, el estímulo de las costumbres tradicionales y del catolicismo, e intenta organizar a los obreros vascos separadamente de los demás. En su primer trabajo consistente, *Biscaya* (1890), pide ya la independencia... En 1893 funda el periódico *Bizkaitarra*; en 1894 el grupo Euzkaldun Batzokija; y, en 1895, funda el PNV, de estructura parecida a la de una asociación cultural encaminada al fomento del patriotismo vasco, cuyo programa giraba en torno a los temas antes expuestos y, sobre todo, a la derogación de la legislación restrictiva de los fueros.

Comienza la penetración sistemática de los estamentos sociales medios, e incluso pudientes, a través de la fusión con el grupo de Ramón de la Sota. Se lanza el *Correo Vasco* (1889).

Posteriormente, los planteamientos de Arana se suavizaron. Tras su muerte, un PNV depurado de revisionismos en relación con la doctrina inicial comienza a desbordar los límites de la zona de influencia de Bilbao. Tras diversos enfrentamientos entre duros y moderados, y el triunfo de los segundos, se constituye el sindicato ELA-STV (Solidaridad de Trabajadores Vascos), destinado a contrarrestar la acción de la UGT desde un ángulo colaboracionista con el patronato vasco.

Después de un período de clandestinidad bajo Primo de Rivera, el PNV se enfrenta a la situación creada por la llegada de la República, viéndose sometido a diversas presiones: por una parte, las del Vaticano para que, frente al gobierno de izquierdas de Madrid, el PNV apoyara a los conservadores españoles; por otra parte, el hecho de que, en Euskadi, la izquierda asumiese postulados autonomistas. Terminó, con ocasión de la rebelión del general Franco, habiendo contactos con los partidarios de este último.

El franquismo, sin embargo, entrará poco en matices, y el trato dado a los nacionalistas (a pesar de que los contactos con los insurrectos siguieron produciéndose, vía el Vaticano) y a la izquierda no difirió sensiblemente; por ejemplo, designación de las tres provincias vascas como colectivamente «culpables», ello además de la persecución sistemática del euskera... Tras esperar en vano la señal para volver a pelear en territorio español, acciones propagandísticas aisladas y la gran huelga de 1947, la represión franquista casi acaba con el PNV dentro del territorio vasco español.

Pero los tiempos cambiarían: nueva oleada de inmigrantes castellanoparlantes; recuerdo del hecho de la proclamación del Estatu-

to de Autonomía por la República y persistencia de un gobierno vasco en el exilio que mantenía la llama de una recuperación; coincidencia, en la lucha contra el franquismo, de intereses objetivos con la izquierda española; fuerte incremento del poder de la oligarquía empresarial y financiera vasca, hábil a la hora de agitar el espantapájaros nacionalista frente a Madrid; aparición de ETA (véase más adelante) y de Herri Batasuna que, en diversas circunstancias, han reforzado la posición del PNV (al contraponer el «radicalismo de los primeros a la «moderación» de los segundos)... Finalmente, el papel del propio PNV en el logro de una autonomía bastante amplia para Euskadi, una vez llegada la «democracia» a España.

Hoy, el PNV es una de las fuerzas políticas «vertebrales» del país. No sólo es notorio su dominio en el País Vasco (posee una de las mejores estructuras de partido del mundo, penetrando todos los niveles sociales, profesionales y de edad), sino que, con ocasión de la nueva relación de fuerzas que parece dibujarse tras las elecciones generales de 1993 y de 1996, va a verse cada vez más implicado, junto con la Convergència i Unió de los catalanes, en la gobernabilidad efectiva de la totalidad del Estado español.

Aparentemente, PNV y Convergència i Unió no pueden ser tachadas de fuerzas anti-Sistema. Sin embargo, esto puede cambiar: 1. Por el incremento progresivo y cada vez más fuerte del sentimiento nacionalista en toda Europa, que llevará seguramente a ambos movimientos a una radicalización paulatina en sus fines. A largo plazo, un posible estallido de los marcos político y económico del Estado español (o, simultáneamente, la aparición de fuerzas contrarias a esta evolución en el resto del territorio español con un enfrentamiento de difícil control). A dicha evolución contribuirá, hipotéticamente, también, la construcción de una Europa unida, donde las regiones adquirirán mayor importancia y los Estados nacionales perderán, continental y mundialmente, utilidad... 2. Por la inevitable competencia, en el caso vasco, de fuerzas nacionalistas más radicales, que tendrán tanto más predicamento cuanto más empeoren la situación económica y social. Todo lo anterior puede realzar las aún pocas vertientes anti-Sistema del PNV. La cuestión esencial residirá, sin embargo, en la incógnita histórica de si el nacionalismo vasco y el catalán responden o no seriamente a una hipótesis milenarista, de movimientos realmente de liberación nacional...

Para Herri Batasuna y ETA, no hay duda, sin embargo, acerca de esta última aseveración. Es cierto que la tradición española en materia de terrorismo puede ser contemplada, lamentablemente, desde el ángulo de un caso claro de potenciación de dos terrorismos, uno desde abajo y otro desde arriba. Como es sabido, el de abajo es hijo, originariamente, de Bakunin y sus discípulos, y reclutó, principalmente, en el campo andaluz. El fenómeno, sin embargo, ha sido minoritario, y más lo hubiera sido sin el de arriba; al igual que puede considerarse al terrorismo de derechas tan «culpable» como el de izquierdas.

A finales de la década de los setenta resurge el terrorismo desde abajo en nuestro país. Entonces aparece ETA, entre otros, llegando dicha organización, en determinados momentos (ministerio de Martín Villa, por ejemplo), a controlar más parte del País Vasco que el propio PNV o que Madrid. En cuanto a la coalición de Herri Batasuna muestra estabilidad en el voto, con una incidencia política notable...

En resumen: tanto por los principios por los que lucha (amnistía total y retirada de las «fuerzas represivas»; libertades democráticas plenas, incluido el derecho a la autodeterminación y a la independencia; planteamientos socialistas claros en lo económico), como por la modalidad violentísima de ésta, ETA es clarísimamente un anti-Sistema. La cuestión reside ahora en el desfase entre la voluntad y el resultado objetivo, pues la violencia de las actuaciones y el carácter aparentemente indiscriminado y salvaje de muchas de éstas pueden tener paradójicamente un efecto reforzador del sistema, relegitimador. Ello puede percibirse, entre otras cosas, por cierta deslegitimación que sufre Herri Batasuna cuando se niega a condenar acciones de ETA inaceptables para un militante político normal.

Por cierto que el carácter anti-Sistema de la coalición HB es también patente: extremismo, apoyo a ETA, a veces no claramente matizado, recogida del desencanto político y económico y radicalización del mismo. Más aún, HB es producto de la crisis y el desapego a organizaciones políticas previas que respondían a «formas legales y clásicas de liderazgo». En otras palabras, HB es también producto de las insuficientes representatividad y acción política en defensa del electorado por parte de los demás partidos; es decir, constituye una radicalización de una protesta por desatención e ineficacia y, precisamente, la estructura descentralizada y aparente-

mente autogestionaria (o asamblearia) viene a dar la sensación de una mayor representación y participación. Véanse al respecto las declaraciones de líderes batasunos como Francisco Letamendia (9 de marzo de 1979).

En todo caso, como «nietos de la ira», tanto ETA como HB son grupos con aspiraciones claramente anti-Sistema, exponentes tanto del irredentismo nacional, como de la ira social.

En definitiva, y a modo de resumen, se puede ser nacionalista por enfado (por cierto, justificado), porque ello constituya un paso más en la escalada del rechazo de lo existente. Se puede ser nacionalista por miedo (por cierto, justificado), porque el sistema parezca ciego, enloquecido, inhumano. Entonces surge el «que se pare el tren, que yo me bajo aquí», en el pueblo de mi madre, en mi patria chica, donde no me conocen la ITT, o la IBM, o la Nestlé; no en la ciudad, donde las relaciones humanas son descarnadas, pero sí en mi pueblo, donde sí que me conocen el cura, el guardia civil, el médico, el boticario y el notario, y me escuchan y me atienden. Es el nacionalismo como defensa...

Se puede ser nacionalista por egoísmo local, o frente al egoísmo central. Así, ya lo hemos dicho: hay dos modelos dominantes en Europa: el nacionalismo de los ricos al Sur y en el Este, donde los que se van son los ricos, que no quieren cargar con los pobres: Cataluña y el País Vasco en España, Eslovenia y Croacia, en la ex Yugoslavia, los bálticos en la antigua URSS; los «lombardos» en Italia. Y en el norte y en el centro, surge el nacionalismo de los pobres, hartos de ser marginados (Bretaña y Córcega, en Francia; Gales y Escocia, en Gran Bretaña; eslovacos frente a Praga).

Se puede ser nacionalista también, obviamente, por convicción: los Estados-nación no tienen más de seiscientos años de existencia, lo cual es ridículo comparado con los ochocientos mil o más años de humanidad que arrancan del australopiteco africano hasta hoy. ¿Quién sabe si, a la hora de Europa, a la hora del vaciamiento de los Estados nacionales clásicos, no les toca la hora a los que querían nacionalidades como la macro-Europa de la CE? Pero complementadas por las micronaciones que son las regiones. Lo cierto es que, volviendo a España, en uno de los sondeos de la Universidad Complutense de Madrid, sucesor de los célebres informes FOESSA, dirigido por el profesor Amando de Miguel, al preguntar a los cinco mil entrevistados cuál es su gentilicio, sólo el 20 por 100 con-

testa «español», mientras que los que responden «vasco», «catalán» o equivalente son casi mayoritarios.

Veamos ahora otros casos notorios y próximos de nacionalismos. En el *limes* sur de Europa, hallamos la auténtica bomba de relojería del creciente irredentismo beréber, que afecta básicamente a Argelia y Marruecos. Dentro del continente, ya hemos estudiado los casos de Italia y de España, pero hay que esperar, en la misma Francia, un lento ascenso del nacionalismo corso (atención a formaciones como la Unione di u Populo Corsu moderada, y sobre todo el Frente de Liberación Nacional Corso), pero también del bretón, y conatos de separatismo en Flandes y la Elsass-Lothrigen, amén de la cuestión vasca.

Más grave es en Gran Bretaña la cuestión del Ulster, el nacionalismo galés, y, además, el creciente independentismo escocés.

Bélgica, ¡revienta!

Pero nada comparado con el proceso de federalización belga. Se considera a Bélgica otro «enfermo de Europa». Realmente el calificativo viene un poco tarde, pues como nación e incluso como país, Bélgica no existió nunca. Su creación obedeció a dos razones muy claras: la primera, poner un Estado-tampón entre Francia y Centroeuropa, que dificultara nuevos hegemonismos galos; la segunda, poner a salvo Londres, impidiendo que Amberes, «esa pistola que apunta al corazón de Inglaterra», cayese en poder de una eventual potencia hegemónica continental (existe, en geopolítica, una ley, formulada por Jordis von Lohausen, según la cual «la potencia marítima nunca tolerará la presencia de la potencia hegemónica continental sobre la ribera marítima opuesta a la suya»; e incluso intentará establecer una cabeza de puente sobre dicha ribera: Bélgica constituye, precisamente, una de dichas cabezas de puente potenciales británicas en el continente).

Bélgica no era, además, homogénea, cultural y étnicamente. Por mucho que el fascista Léon Degrelle llamara, con cierto tino, a los valones «germánicos de lengua francesa», éstos se sentían muy lejanos de los flamencos de expresión neerlandesa. Más aún, muy pronto surgió una clara desigualdad entre un sur francófono (luego, en el fondo, «respaldado» por los franceses), obrero, industrial, laico, rico, cuya elite controlaba todos los resortes del poder; y un nor-

te flamenco campesino, hortera, inculto y que además, enfrentado por la cuestión religiosa (flamencos católicos contra holandeses protestantes), no era apoyado por los Países Bajos.

Las dos guerras mundiales, lejos de cohesionar el país, contribuyeron a separarlo más aún. Así, el nacionalismo flamenco, que ya tenía muchas razones objetivas para surgir, fue fomentado sistemáticamente por los ocupantes alemanes. No ha existido, pues, nunca ni «nación belga» ni «pueblo» tal.[24]

Para colmo, hoy se han invertido las tornas en el aspecto económico, conforme el Norte se ha ido industrializando también y la extracción del carbón en los viejos pozos del Sur se hacía más peligrosa y más cara; ahora, el separatismo flamenco, como en los casos vasco, catalán y lombardo, es casi el de «los ricos que se van» y, para colmo, no sólo fracasan relativamente, una tras otra, las componendas para retenerlos, sino que la cuestión de Europa, tanto en el aspecto del necesario macromercado como en el de un continente «de las regiones», acentúa la tendencia. Así la coalición socialcristiana-socialista sólo ha logrado, «en catástrofe», evitar temporalmente la secesión flamenca modificando el artículo primero de la Constitución, dando fin a la Bélgica unitaria nacida en 1830: está abierto el camino para dotar a Valonia y Flandes de gobiernos propios, controlados por asambleas elegidas por sufragio universal. El gobierno nacional, compuesto por 14 ministros repartidos por igual entre neerlandófonos y francófonos y por un primer ministro preferentemente «asexuado lingüísticamente»,[25] tendrá ya a su cargo solamente la defensa, la diplomacia y las «grandes orientaciones de la política económica y monetaria».

En principio, y oficialmente, esto es un punto de llegada, pero todos saben que, realmente, lo es de partida: ahora se habla de la transformación de Bruselas en «una especie de distrito europeo, sede de las instituciones de la Comunidad».[26] Y es que incluso los partidos «clásicos» sufren una profunda crisis, mientras surgen la extrema derecha flamenca, los verdes, etc., que cada vez insisten más, como hemos apuntado antes, en la «Europa de las regiones»; mientras, los círculos dirigentes económicos se cuentan «entre los más calurosos partidarios de una estructura estatal supranacional (pero continental) de la que esperan, para la economía, posibilidades de pedidos públicos que el Estado belga ya no tiene posibilidades de asumir, al igual que repercusiones positivas para las

pymes». Y es que el Estado belga tiene gravísimas dificultades presupuestarias que «minan la ya débil legitimidad de las instituciones y hacen planear la amenaza de una intervención de las grandes organizaciones financieras internacionales», tipo FMI. Ello en un país que ve cada vez más difícil mantener la que era una de las coberturas sociales más generosas del continente. Hipernacionalismo, privación relativa en aumento e impotencia creciente del Estado, son hoy los principales motores que pueden hacer de Bélgica el primer caso de la Europa del Oeste que, verosímilmente, se va a disgregar. Ciertamente, como en la ex Checoslovaquia, de forma pacífica y sin ánimo de conculcar principios democráticos, pero con un formidable potencial efecto de arrastre sobre los autonomismos de otros países occidentales.

En todo caso, el grito de Jons van Severen, lanzado en la Cámara de Diputados, «*Belgie Barst*» («Revienta Bélgica») tiene hasta fecha señalada: el año 2002, décimo aniversario de la reciente revisión constitucional, décimo de la apertura del gran mercado europeo, y 700.° de la famosa batalla de las Espuelas de Oro, en la que los infantes flamencos derrotaron a la caballería francesa. Junto con Till Eulenspiegel, el gran mito independentista flamenco progresa.

El renacimiento báltico

A diferencia de la Europa Occidental y Central, donde las fronteras son estables cuando no prácticamente fijas (las guerras apenas logran hacerlas variar notablemente), en la Europa Oriental el panorama es muy diferente: perder un conflicto puede equivaler incluso a desaparecer como Estado. Por otra parte, el embrollo étnico es dantesco. Por ello, si hubo fomento, por otra parte alemán, de algún nacionalismo occidental (no sólo el flamenco, sino el irlandés, e incluso el bretón), este tipo de actitud fue mucho más notoria en el Este. Es conocido el libro de Fritz Fischer sobre «las metas de guerra de la Alemania imperial», en el cual el autor procura demostrar la voluntad alemana de guerra en 1914. Objetivo no logrado tras un análisis riguroso de sus tesis, pero no queda duda en cuanto a la voluntad germana, en caso de contienda, de alentar los nacionalismos de Europa Oriental y árabe, voluntad coronada por el éxito (aun cuando, después, el resultado final de Versalles la esterilizara en buena parte).

Lo cierto es que georgianos, chechenos, cosacos, ucranianos, cherkeses, azeríes, finlandeses y bálticos fueron debidamente incitados, primero en 1914, luego en 1941, a la independencia. El caso báltico, que vamos a analizar, es particularmente revelador, primero por sus antecedentes, y luego por su efecto anti-Sistema, esta vez a expensas de la antigua URSS, cuyo desmembramiento inició, provocando la desaparición del último gran imperio colonial europeo.

Porque de situación colonial se trata en efecto: si la dicotomía Rusia-Ucrania es una ficción, habida cuenta que la primera capital de Rusia fue Kiev (en el año 1000), casi todos los demás territorios que componían el Imperio Ruso primero, y la URSS después, constituían conquistas a expensas de pueblos no rusos. Situación colonial por partida doble, pues, al oeste de Rusia, la mayoría de los territorios considerados habían sido en algún momento también colonizados, fundamentalmente por los alemanes y los austríacos. De esta forma, los países bálticos aparecen como entidades distintas a partir del siglo XII,[27] pero sobre la base de la colonización germánica (de ahí la dicotomía entre las elites, germánicas, y el campesinado local). Luego vienen los flujos y reflujos germánicos y eslavos, pero las elites en cuestión siempre fueron muy trabajadas por el pangermanismo.[28] De ahí la buena acogida dispensada a los alemanes en 1914 y, sobre todo, en 1941, incluso con participación en unidades de las SS...[29]

Los países bálticos han sido pues, desde siempre, zona disputada sometida a procesos de, esencialmente, germanización y rusificación, puntuados por sobresaltos nacionalistas. Sin embargo, a partir de la década de los setenta, nuevos factores iban a aparecer y presionar fuertemente en la dirección independentista: 1. la cuestión económica: tratamos aquí del área con más alto nivel de vida de la antigua URSS. Como explica magistralmente Carlos Taibo,[30] en 1988, «la renta *per cápita* es la más alta de la Unión y otro tanto puede decirse de la producción de bienes de consumo por habitante ... de la oferta anual de este tipo de bienes ... del consumo energético por puesto de trabajo o de los depósitos de ahorro ...; y la cualificación profesional, la productividad ... y el desarrollo del sector privado, son también mayores que en el resto de la URSS ...». De nuevo se produce el esquema de los «ricos se van», en este caso, «atraídos» por las economías germana y nórdica; 2. la aparición de movimientos xenófobos (contra las fuertes minorías rusas «im-

portadas» a partir de 1945) y nacional-irredentistas (en el caso lituano, Vilnius, Memel-Klaipeda y Koenigsberg-Kaliningrado, ciudades todas ellas reivindicadas); 3. el intento de fomento de las relaciones bálticas (sobre todo cuanto que no existen discrepancias territoriales entre las tres repúblicas) benévolamente incitado por el «hermano» sueco, y 4. los errores soviéticos (sobre todo en razón de las injerencias del ejército soviético) y el rápido apoyo internacional a la independencia.

El resto ya es conocido, pero conviene recalcar que aquí, desde el punto de vista de la relación entre acción anti-Sistema y nacionalismo, el micronacionalismo puede ser un claro anti-Sistema:

1. El nacionalismo báltico supuso un golpe mortal para la reconversión de la antigua URSS, y hay una conexión evidente entre el mismo y las demás explosiones nacionalistas que han desintegrado la Unión.

2. No sólo eso, sino que, a través de la desintegración mencionada, el nacionalismo báltico ha contribuido a dar al traste con el intento gorbacheviano de reconversión del sistema soviético hacia un socialismo de mercado, acentuándose así el efecto anti-Sistema.

3. El hecho de que Lituania, en sus actuales fronteras, contenga territorios reivindicados por Polonia y Rusia (Goussev y Cherniajusk) y Kalingrado-ex-Koenigsberg, así como Memel, en su día, reivindicables también por Alemania), representa una amenaza de desestabilización de toda la zona, amén del efecto mimético producido sobre el resto de la antigua URSS.[31]

La antigua Yugoslavia: total-nacionalismo

Para desestabilización clara, tenemos, por lo demás, el caso yugoslavo que, en opinión del estudioso de las ciencias sociales Edgar Morin, está produciendo la aparición de toda una nueva variante de Sistema político, que él bautizó con el nombre de «totalnacionalismo» (que corresponderá, con salvedades, y en una primera aproximación, a lo calificado en este estudio de «nacionalfascismo»).

Según Morin,[32] «es en el Estado-nación serbio donde se ha formado una síntesis entre, por una parte, el sistema del aparato heredado del comunismo pero íntegramente reconvertido al nacionalismo, y, por otra parte, la rama ultranacionalista de larga tradición

histórica». En efecto, «el aparato del Partido ex Comunista serbio se ha revitalizado, energetizado y dinamizado por la toma a su cargo de la frustración nacional serbia ... [Ello es lo que ha provocado] la elaboración del Totalnacionalismo ... el cual se ha formado en y mediante la apropiación de la enorme máquina militar federal ... Tras lo cual la reivindicación nacionalista se ha transformado en el motor de la constitución de un espacio vital a expensas de las demás naciones y de las otras minorías, y se ha transformado en el motor de la limpieza étnica en el seno de dicho espacio vital».

¿En qué consiste el nuevo modelo político?: «Digo totalnacionalismo al carecer de algo mejor. Podría decir nacionalismo de aparato, que señala el papel del aparato y de su ideología tornada exclusivamente nacionalista, pero el término me parece excesivamente reductor. No puedo decir nacionaltotalitarismo porque [este término] enmascararía las diferencias frente a la Alemania nazi y a la Italia fascista, ni [tampoco] nacionalcomunismo para calificar a un sistema en el que la ideología comunista ha desaparecido; ni nacionalismo integral, término forjado por y para el maurrasismo; ni nacionalintegrismo, [término] que hubiera sido adecuado si la palabra integrismo no estuviese tan fuertemente connotada por Irán ... No es [además] un resurgimiento del nacionalsocialismo ...».

Morin añade finalmente que «no es una continuación del totalitarismo comunista, puesto que hay aceptación del mercado y tolerancia hacia una cierta oposición». Se llame como se llame (y nosotros seguimos prefiriendo los términos de «nacionalfascismo», o incluso de «nacional-liberalismo duro», a medio camino entre las versiones sureña y espartana), es una «síntesis nacida de la integración [entre] el aparato del partido ex comunista que controla al Estado ..., una formidable máquina militar ... y una ideología nacionalista exasperada». Y no sólo se trata aquí de la aparición de un nuevo anti-Sistema que rechaza, pues, algunos de los valores básicos del sistema actualmente dominante, sino que puede además expandirse por contagio: «La fórmula integrada del totalnacionalismo existe ya. Está dotada de un gran poder de contaminación. De la misma manera que, una vez constituido por la Revolución, el modelo nacional moderno se ha extendido por Europa, Asia y África; igualmente, el nuevo modelo, una vez elaborado, va a verse dotado de una poderosa fuerza de difusión, y ello previamente en el ex imperio soviético, donde condiciones críticas/clásicas análogas a las

de la ex Yugoslavia están reunidas». Pregúntesele a la Rusia de Yeltsin.[33]

Es lo cierto que, desde su reacción microcósmica en Occidente y su totalitarización en Oriente, el nacionalismo, que antaño contribuyó al establecimiento del orden burgués democrático, puede hoy volverse contra este sistema. Como es sabido, el segundo tercio de este siglo dio ya ejemplo claro de ello...

La ciudad de Dios

No siempre nación y ciudad de Dios son tan antitéticas como explica E. Todd. Para Dominique Urvoy, incluso «la mayoría de las religiones son nacionales».[34] Sin embargo, es cierto que la actual expansión del nacionalismo no se corresponde con algo parecido en el ámbito religioso.

Entonces, ¿por qué se tiene la sensación contraria, como si amenazara una nueva oleada de religiosidad?[35] La respuesta puede ser: porque los que quedan gritan más, o, si se prefiere, «fundamentalismo»,[36] es decir, reivindicación de una verdad y de una ley divinas que prevalecen sobre las verdades y las leyes de los hombres.[37] Y un primer balance demuestra que hay religiones que retroceden globalmente (el catolicismo); otras que lo hacen en algunas partes (el protestantismo en Europa) y avanzan en otras (el protestantismo en el continente americano): otras que se mantienen (el judaísmo y el budismo); y otras, al fin, que se expanden (el islam). Crecen también las sectas,[38] rivales de las viejas religiones tradicionales, que desbordan a estas últimas por todas partes. Pero en el fondo, no es que haya, probablemente y proporcionalmente, más creyentes en la tierra ahora que hace cuarenta años. La proporción sigue siendo la misma (o menor que, por ejemplo, hace sesenta años), pero sí que se aprecian definitivamente: 1. una radicalización de la masa de creyentes, una vez restados los crecientes indiferentes; 2. una mayor propensión a presionar sobre el poder político. Es decir, retrocedan o avancen las religiones, en todo caso se crispan y presionan sobre la espada secular...

No es este un fenómeno nuevo, pero tras el retroceso religioso producido por el proceso de laicización[39] de los siglos XIX y XX, no se había visto nada igual. El proceso de intervención en la política

comenzó a partir de los años treinta, con las dictaduras corporativistas católicas europeas y los movimientos políticos inspirados en la religión en América del Norte. Y siguió luego con la democracia cristiana, sobre todo después de 1945. Pero nada comparable con la actualidad: con el catolicismo militante del papa polaco;[40] con la alianza entre reaganismo y fundamentalismo protestante en Estados Unidos; con la sinergia entre yeltsinismo y ortodoxia religiosa en la antigua URSS;[41] con el asalto al poder por parte de los islamistas; con la presión sobre las instituciones políticas israelíes y otras[42] del judaísmo; y con la influencia creciente de la *soka-gakkai-komeito* en Japón.[43] Casi todo ello producto de una política de sistemática potenciación de las fuerzas religiosas para, en el marco de la guerra fría, contrarrestar el avance del comunismo; resultado: la reintroducción de la religión en la política, la resupeditación de ésta a aquélla con la consiguiente «satanización» del adversario.[44]

Las sectas

Vayamos por partes y comencemos, en Occidente, por los grupos religiosos más aparentemente pujantes: por ejemplo, las sectas. Así, las hay, como Hare Krishna o Moon, que cuentan con apoyos como los del escritor y ex candidato a la presidencia de Perú, Mario Vargas Llosa; del antiguo comandante en jefe de la fuerza nuclear británica, almirante James Eberle; del sociólogo Brian Crozier; del polemista francés Jean-François Revel; de Agapito Aquino, sobrino de Cory; de Holden Roberto, líder guerrillero angoleño; del general español Álvarez Arenas; del historiador también español Ricardo de la Cierva; de Pedro Chamorro, padre de la ex presidenta de Nicaragua, etcétera.

Ahí tienen ustedes cómo en las pasadas elecciones legislativas francesas[45] hubo que destacar la presentación del llamado Partido de la Ley Natural, con nada menos que 134 candidatos,[46] tras haber hecho otro tanto en Gran Bretaña (donde obtuvo 60.000 votos) y Australia. En España, Italia, Alemania y Rusia, ese tipo de sectas es ya moneda corriente. Hasta en la Cuba castrista, oficialmente laica y defensora de la tesis de que la religión es opio para el pueblo,[47] se está produciendo, actualmente, un sonado retorno de la santería.[48]

En Estados Unidos, el hecho de que actualmente cuarenta millones de norteamericanos, evangelistas, se crean nacidos del Espíri-

tu Santo, y la misma tragedia de la Iglesia davidiana,[49] han puesto de relieve el avance de grupos parecidos. Los varios centenares de sectas norteamericanas son el mayor exponente de este fenómeno. En primer lugar, porque las sectas se hallan en el origen mismo de dicha nación. En segundo lugar, porque, periódicamente, una oleada reactiva su importancia. Así fue desde mediados del siglo XVIII hasta el siglo XIX, cuando las corrientes originarias (reformados, metodistas y anglicanos) estallaron en múltiples movimientos: testigos de Jehová, pentecostistas, adventistas, mormones, mennonitas, bautistas, cuáqueros, etc. En aquel entonces, como explica Henri Tinçq, la aparición de estos grupos debe «vincularse a grandes traumas tales como las guerras, la abolición de la esclavitud o las campañas prohibicionistas». La segunda oleada es más reciente y coincide con el movimiento «contracultural» de los años 1960 a 1968, pero también con el desarrollo «endógeno» de sectas como la Iglesia de Unificación del Cristianismo Mundial, de Moon, los Hijos de Dios, la Iglesia de la Cienciología, de Ron Hubbard, etc.

Muchas de ellas son sectas «del Sistema» (por ejemplo, la de Moon); y otras son anti-Sistema porque no sólo no comparten los valores del modelo dominante, sino que intentan extender otros axiomas opuestos. Incluso, previamente, «defendiendo» a sus adeptos frente a la ideología reinante: un caso muy claro es el de la secta Amish, grupo mennonita afincado principalmente en el estado de Pensilvania desde el siglo XVII, con una forma de vida tradicional, agraria y puritana. Así, si la sociedad dominante en Estados Unidos privilegia la libertad individual, el consumismo, el éxito, el cambio; los Amish, a su vez, reivindican la permanencia, la humildad, la vida sencilla, y no sólo la aceptación de la ley de Dios, sino que (y en eso, también y sobre todo, caen en el fundamentalismo) sus preceptos vitales no pueden estar en contradicción con ésta.[50]

Fundamentalismo protestante

Ese mismo «trasfondo de literalismo bíblico, de temor apocalíptico, de prácticas satánicas, etc.»,[51] en Estados Unidos, debe conectarse, para su explicación, con hechos sociales de indudable importancia como son «la explosión de guetos urbanos, la quiebra de los grandes servicios sociales y educativos, el estallido de las estructuras familiares tradicionales, el ascenso de la violencia y de una se-

cularización que desplaza a la visión religiosa del mundo, ascenso de una visión profana que excluye cualquier perspectiva de absoluto», dando lugar a veces a la aparición de anti-Sistemas (porque critican el Sistema, presentan formas de vida alternativas, disminuyen la cohesión social, pero no así la integración social individual).[52]

Sin embargo, hay de todo: anti- y pro-Sistema. Ahí tenemos otra forma de fundamentalismo, protestante, esta vez, «del Sistema», pues de lo que se trata generalmente es de exaltar los valores clásicos de la sociedad norteamericana, desembocando, por otra vía, en el llamado «rigorismo», al que ya nos hemos referido en el capítulo sobre el neofascismo, apoyado a su vez en lo que A. de Benoist calificó con fortuna de «reagano-papismo», y que arranca de la exacerbación del carácter «bíblico» que tradicionalmente subyace en el *American Way of Life*.[53] No existe otro país (excepto Israel) en el que la Biblia sea más leída, y la inquietud religiosa —la propiamente derivada del judeocristianismo— cubre un aspecto que va desde los líderes fascistas de la pre Segunda Guerra Mundial, los abates y reverendos Coughlin, G. L. K. Smith, Winrod, Treminielta y James B. Cox, hasta los más notorios ateos, como se pone en relieve, en el caso de la literatura norteamericana, con West, Hemingway, Dreiser, Anderson, Faulkner, Warren, Roth, Shapiro, Bellow, Gold, Salinger, Malamud, Fireder, Podhoretz, Schwartz, A. Miller, Odets, Katzin, etcétera.

Si a todo esto se suma la ya aludida formidable expansión de la infraestructura comunicacional de los telepredicadores, deliberadamente potenciada por las administraciones Reagan y Bush, se explica fácilmente el panorama de que al complejo de pueblo elegido que ha legado Reagan («Dios está con América», «*Freedom Fighters*», «Nación bendecida por Dios», etc.) haya que sumar las batallas ganadas —o no perdidas totalmente— recientemente por los adversarios de la enseñanza del darwinismo en las escuelas (en algunos Estados) y por los antiabortistas, o las cada vez más fuertes restricciones legales y factuales a la libertad de expresión: hace pocos años, Bacardi retiró la publicidad a la serie de televisión *Corrupción en Miami* por inmoral, y Procter & Gamble, Esso, Mars, Coca-Cola, Pepsi-Cola y Mac Donald's han hecho otro tanto con telefilmes como *Dallas*, *Dinastía*, *Canción triste de Hill Street*... o *El show de Benny Hill*; o bien han rescindido contratos con cantantes y actores. El caso más cómico fue el de una madre de familia

numerosa de Michigan, Terry Rakalta, que ante la frase pronunciada en una serie, «cariño, no puedo decirte cuánto te quiero después de dieciséis años de matrimonio... porque me pondría enfermo», armó tal guirigay que una avalancha de cartas, incitada por ella, logró la retirada del resto de los capítulos; Coca-Cola, Mac Donald's y Procter & Gamble apoyaron la campaña.[54] Y la era Clinton no ha cambiado las cosas.

Si analizamos la actual efervescencia neofundamentalista norteamericana en relación a diferencias sociales y no anecdóticas, nos tropezamos sin tardanza con el núcleo de la cuestión: los «evangelistas carismáticos» (o «pentecostistas») y los propiamente «fundamentalistas» o iglesia «electrónica» son radicalmente conservadores; disponen de 1.200 estaciones de radio, 200 cadenas de TV, 3.500 periodistas, destacando la Christian Broadcasting Network (CBN) con sus cadenas de TV, 30 emisoras de radio y 20 millones de hogares de audiencia. Influencia creciente y con rapidez, sin reacción alguna por parte del Partido Demócrata o incluso con tendencia a no desaprovechar el tren...

Fundamentalismo ortodoxo

Pero el fundamentalismo en el siglo XX, avance o retroceda, no es asunto exclusivo, ni mucho menos, de las sectas, del protestantismo, ni, como veremos más adelante, del islam. El cristianismo ortodoxo mismo, actualmente, oscila entre un nuevo incremento de su presión sobre la política (por ejemplo, cuando a consecuencia de las presiones de la Iglesia ortodoxa griega, la confesionalidad religiosa seguirá figurando en los documentos de identidad de los griegos),[55] denuncias contra «el *lobby* judío internacional»,[56] y una auténtica proclamación de «guerra santa» en el caso de la Iglesia ortodoxa serbia.

Como explica François Thual,[57] en los Balcanes, «desde hace dos siglos, la religión ortodoxa pesa mucho en la formación del sentimiento nacional ... Dos superestructuras, la religiosa y la nacional, no dejan de azuzarse mutuamente y de alimentarse recíprocamente». ¿Cuál es el camino hacia el fundamentalismo ortodoxo y cuáles sus consecuencias? Sigamos con Thual en la antigua Yugoslavia: «La ortodoxia favorece y alimenta una ideología nacionalista ambiente, hecha de identificaciones nacionales colectivas ... Y esta

ideología ... a su vez refuerza el sentimiento nacional. Dicho funcionamiento en círculo vicioso halla su apogeo cuando ese mismo sentimiento nacional exacerbado refuerza, a su vez, la identificación con la religión ortodoxa». Así, en el caso de los serbios, «al igual que en el de muchos otros en la península balcánica, la religión funciona como una fuente de la ideología nacional».

Y cuando no alimenta a un régimen aparentemente «nacional-bolchevique», como es el régimen serbio, para algunos el fundamentalismo ortodoxo está, curiosamente, produciendo efectos anti-Sistema a escala internacional: «Hoy, Atenas forma parte del "bloque ortodoxo", es decir, de un conjunto formado por Rumania, Serbia, Montenegro ... [dicho bloque] se presenta, en dicha región, como una barrera frente al ascenso del islam y, al mismo tiempo, cultiva un cierto neutralismo frente a los países occidentales».

Fundamentalismo católico

Igualmente claro, en cuanto a corrimiento hacia el fundamentalismo, es el caso de la Iglesia de Roma, donde se asiste a una radicalización del dogma, una auténtica ofensiva de reconquista «por las buenas o por las malas» de los países ex comunistas, así como a una auténtica depuración de estructuras. Vayamos por partes: *radicalización dogmática y depuración de estructuras*: si se recurre a los rasgos que los filósofos franceses Foucault y Deleuze identificaron, tiempo ha, como los básicos de una actitud totalitaria, éstos cuadran bastante con la actual evolución de la Iglesia católica: 1. «Paranoia unitaria y totalizante»: de ahí la pretensión universalista que, como veremos, ha llevado a la Iglesia católica a chocar, de nuevo, con judíos, ortodoxos y protestantes. 2. «Jerarquización piramidal»: la Iglesia de Roma será, a finales de este siglo, de las poquísimas instituciones no democráticas del hemisferio norte; tendencia, por cierto, reforzada por la reciente encíclica que reafirma el dogma de la infalibilidad papal. 3. Sexismo: la mujer sigue sin poder acceder al presbiterado. 4. Categorías negativas: no al uso de preservativos y medios anticonceptivos, no a las drogas, no a una sexualidad no procreativa, no al divorcio, no al matrimonio de los curas, radicalización de la lucha contra el aborto (como se explica en la revista *América*, editada por los jesuitas de Estados Unidos, «en el tema de la moral natural, el catolicismo y el fundamentalis-

mo se fecundan cada vez más»). 5. Cercanía al poder establecido: a pesar de que no siempre el poder hace caso a las presiones eclesiásticas, ello va referido solamente a las relaciones internacionales;[58] y por lo demás, nunca han sido tan próximos los puntos de vista entre la Iglesia y los poderes políticos establecidos en Occidente: en Estados Unidos, el giro a la derecha de los años Reagan se vio acompañado por otro tanto no sólo en los medios protestantes, sino también en la jerarquía católica; y otro tanto se ha podido percibir en muchos países más, incluido España (hasta el reciente giro de la conferencia episcopal)[59] y buena parte de Latinoamérica. 6. Dar a una práctica «la categoría de verdad y excluir cualquier otra»: véase, por ejemplo, la reticencia de la jerarquía católica gala a valorar positivamente la Revolución francesa (con ocasión del bicentenario, se indicó que «la Iglesia prefiere no opinar sobre el tema»). 7. Culto a las mayúsculas...

Hay también que señalar (depuración de estructuras) los ataques del Vaticano a los teólogos posconciliares más importantes: Jacques Pohier, Paul Valadier y monseñor Gaillot en Francia; Edouard Schllebeekx en Holanda; Hans Küng en Alemania; Vittorio Cristelli y Alessandro Zanotelli en Italia; Pedro Lamet y Benjamín Forcano en España. Particular escándalo han suscitado los casos de Bernard Haring, sometido a proceso por la Congregación para la Doctrina de la Fe, a pesar de ser uno de los inspiradores del Concilio Vaticano II, enfermo de cáncer, ocho veces operado, espiado por el Vaticano y sometido a violentas acusaciones, quien ha llegado a afirmar que «aunque mi fe siga sin vacilar, prefiero un tribunal de Hitler»; y el de Eugen Drewermann, al que se comienza por reprochar un exceso de simbolismo en la interpretación de la vida de Jesús y que ha culminado su evolución mental en un reciente libro titulado *Die Kleriker*, a consecuencia del cual se le ha prohibido la enseñanza de la teología y la predicación y hasta se le ha privado de parroquia.[60]

Hace cinco años, doscientos profesores de teología de países de Europa Central y Occidental denunciaban un inflexible autoritarismo por parte de la Iglesia de Roma, la «falta de libertad, lealtad y diálogo en la Iglesia, los excesos de sus tribunales y el «clima de terror» por las continuas medidas disciplinarias, así como la potenciación de los movimientos eclesiásticos más conservadores. En España, simultáneamente, se denunciaba, por los colegas locales de

los anteriores, «miedo, involución y gobierno abusivo, así como recelos, sospechas y simulaciones en la Iglesia española», amén de que «no se respetan como es debido, ni el derecho a proceder según el dictamen de la propia conciencia, ni las libertades de opinión pública, investigación y diálogo teológico ... ni la congruente participación del pueblo de Dios en la vida social de la Iglesia, ni el reconocimiento efectivo de la dignidad y derechos de las mujeres y varones, ni las garantías jurídicas mínimas de juicio imparcial en caso de conflicto con la autoridad y de sanciones ... Particularmente escandaloso [concluía el texto] es el reglamento con que procede el Santo Oficio, característico de un sistema totalitario».

A pesar de las críticas, en Roma prosigue el movimiento de *Gleischaltung*. Se puede enunciar al respecto:

1. Más medidas concretas de carácter represivo: prohibición de enseñanza al teólogo norteamericano Charles Curran; llamada al orden a las universidades católicas de Lille, Lovaina y Nîmes, en relación con las experiencias sobre fecundación artificial; aplicación de la disposición vaticana que, desde 1989, obliga a todos los sacerdotes, diáconos, rectores y profesores de teología y de filosofía de los seminarios y universidades católicas, a prestar un «juramento de fidelidad» que incluye la promesa de una total «obediencia de la voluntad y de la inteligencia» a las enseñanzas del magisterio romano.

2. «Papa-populismo»: para reducir el poder (y por ende la influencia de la crítica) de los miembros de la jerarquía, se recurre al populista recurso de unir la jerarquía (sobre todo la jesuita) directamente con la base: incitación a la auto-organización, a la comunicación directa con Roma por encima de las Conferencias Episcopales, y recurso a nuevas organizaciones (u organizaciones menos conocidas): grupos de la «Renovación Carismática» en Francia (concretamente las comunidades de Manuel y de León de Judá de Las Beatitudes), movimientos Comunión y Liberación en Italia y Opus Dei en España y Latinoamérica.

3. Reconquista de zonas de confesionalidad próxima, pero distinta. Existe al respecto un considerable estudio de A. de Benoist, ya citado aquí, que da buena cuenta de ello: tras reivindicar el «fundamento cristiano de la identidad europea», la Iglesia actual ha desarrollado la metáfora de «los dos pulmones», a saber, reunificar

el continente logrando la convergencia entre católicos y ortodoxos.[61] Aunque de lo que se trata en realidad es de una «nueva evangelización», y en toda regla: en la encíclica *Redemptoris missio*, el actual papa explica que, si la «evangelización» se dirige a los que nunca han oído referencias a la enseñanza de Cristo, la nueva evangelización «apunta prioritariamente a las naciones y a los pueblos nominalmente cristianos, pero cuyo modo de vida se ha ido alejando de la auténtica práctica cristiana». En fin, subraya que la «nueva evangelización» tiene profundas implicaciones teológicas y que debe acarrear una «verdadera conversión», es decir, «un cambio interior».

4. «Debemos organizar defensas inmunitarias contra determinados virus tales como la secularización, el indiferentismo, el hedonismo de la sociedad de consumo, el materialismo práctico, y el ateísmo formal.»

Regreso, además, a la «doctrina social de la Iglesia», «enderezamiento de la filosofía de los derechos del hombre [una filosofía cristiana que se ha vuelto loca, alzada contra el cristianismo en el nombre de valores que, como el universalismo y la razón, jamás habrían podido ser formulados sin él], y redefinición de la relación entre la libertad religiosa y la sociedad civil»: el 10 de octubre de 1989, el papa llegó a declarar, ante el Parlamento europeo, que el cristianismo «no puede ser reducido a la esfera privada» porque «tiene vocación de profesión pública y de presencia activa en todos los ámbitos de la vida»; y el cardenal francés Lustiger concreta que el concepto de libertad religiosa para «cualquier hombre» debe basarse en un ideal moral, coincidente con la verdad, pero constituyendo «el Evangelio ... la totalidad de la verdad sobre el hombre». Como sigue explicando Benoist, «la Iglesia ya no pretende enunciar la ley, pero reafirma su autoridad sobre su contenido: todo acto de un Estado laico que implique valores es enjuiciable por la Iglesia». Esto para lo que podríamos llamar el mundo no religioso y pagano.[62] En cuanto a los «pueblos del libro», la presión sobre ellos es mucho mayor: los cristianos no católicos se hallan convidados, de entrada, a «reconocer la autoridad de Roma».[63] En dichas condiciones, un diálogo entre iglesias diferentes que conservasen su identidad sin mutua conversión «se torna imposible», explica A. Michnick, haciendo eco al especialista Henri Tinçq para el cual, precisamente

por lo anterior, «el ecumenismo, es decir, la aproximación de las iglesias, conoce una de sus más graves crisis desde el Vaticano II».[64]

Veamos primero las relaciones del Vaticano con los ortodoxos: tras la caída del comunismo, se produce la reconstitución de la Iglesia católica de Rusia y Bielorrusia; e inmediatamente, campañas sistemáticas de proselitismo, en esos países y en Eslovaquia y Rumania; la legalización de las comunidades católicas uniatas de Ucrania y Rumania; ello, más la guerra entre ortodoxos serbios y croatas católicos, ha contribuido a deteriorar gravemente las relaciones entre católicos y ortodoxos. Y el tono ha ido subiendo. En noviembre de 1991, Alexis II de Moscú, patriarca ortodoxo, ya había criticado lo que llamaba la «conquista del Este» del Vaticano, y hasta la «polaquización» de la Iglesia católica rusa, tal era la cadencia de nombramientos de administradores apostólicos de origen polaco en Rusia y Bielorrusia; asimismo, la negativa de los Santos Sínodos de las iglesias ortodoxas rusa, serbia, rumana y búlgara a asistir al Sínodo de Obispos Europeos de 1991, dado que «el espíritu de fraterna y ecuménica cooperación ha sido sustituido por un proselitismo que [no sólo] amenaza con degenerar en una guerra religiosa [sino que, como explica el patriarca Alexis II] consiste en la creación de estructuras misioneras paralelas ... Un proselitismo indecente y ... desvergonzado»; además, acusación de «imperialismo religioso» a Roma por la cumbre de 14 primados ortodoxos de Constantinopla (marzo de 1992), incluyendo una declaración oficial: «En sentido inverso del camino recorrido hacia la unidad de los cristianos, los países de tradición ortodoxa son considerados [por la Iglesia católica] como tierras de misión. Se han instalado redes de misionarios. Se practica en ellos proselitismo con métodos que antaño eran condenados y rechazados por todas las confesionalidades cristianas».

Cuatro de febrero de 1992: el sínodo griego ortodoxo considera que el apoyo de Roma a los «uniatos» (católicos unidos por Stalin a la Iglesia ortodoxa) se basa en «técnicas deshonestas tendentes a reforzar y consolidar la posición internacional del papa». Tras la negativa de la Iglesia ortodoxa griega a que el papa visite Grecia, ídem de ídem por parte del patriarca de Moscú, Alexis II. Y la jerarquía griega ortodoxa pide incluso por escrito la ruptura de relaciones diplomáticas entre Atenas y el Vaticano, etc. La actitud «imperialista» de Roma ha sido también denunciada con ocasión de

las tomas de posición pro croatas y pro eslovenas de Roma en el conflicto yugoslavo. 1995: Alexis II vuelve a descartar la visita papal y cincuenta sacerdotes ortodoxos vuelven a denunciar el expansionismo católico.[65]

Tampoco andan bien, y por motivos parecidos, las relaciones judeo-cristianas. De nuevo, Roma es acusada de proselitismo, «recuperación» y conversión, esta vez sobre la base de que ella sería el «Verus Israel», el verdadero pueblo de Israel hacia el que habría que traer las «ovejas descarriadas». E Israel sería una oveja más: si la Comisión Pontificia de Relaciones Religiosas con el islam depende del «Secretariado de No Cristianos», la de Relaciones con el Judaísmo, creada en 1974, depende del Secretariado para ¡la Unidad de los Cristianos![66] Recientes promociones y/o beatificaciones de judíos originarios, convertidos al cristianismo (caso de Edith Stein), el infeliz asunto del «Carmel» de Auschwitz nunca finalmente resuelto, el proyecto de canonización de Isabel la Católica, la tardanza en la aparición de una encíclica sobre el antisemitismo, la canonización de Maximilian Kolbe (muerto en Auschwitz tras ser un antisemita notorio en la preguerra), la visita de Kurt Waldheim, tras destaparse sus «asuntos» durante la Segunda Guerra Mundial, la tardanza en el reconocimiento diplomático del Estado de Israel por el Vaticano (aun cuando el papa se haya dignado reconocer, en 1994, el derecho de Israel a existir), etc.; todo ello precisamente cuando, tanto en el caso del judaísmo como en el del islam, el endurecimiento fundamentalista lleva a reespecificar las religiones propias.

Fundamentalismo judío

También el judaísmo se está fundamentalizando, si bien, como no es proselitista algo hemos ganado, pues el proselitismo agrava las consecuencias del fundamentalismo. Quizá por ello, conviene aquí diferenciar claramente lo que es «retorno a la fe», es decir, una reespecificación (fundamentalizante o no) por parte de una población que, dispersa o en Israel, ha tenido, contemporáneamente, uno de los más altos índices de ateísmo, y que hoy es asidua a la sinagoga, y busca una identificación no sólo religiosa, sino también sentimental, a través de ello, con Israel; y, por otra parte, lo que en ese país se ha calificado de «retorno de los hombres de negro». El fun-

damentalismo judío reside en estos últimos, en los *baale techouva* (los arrepentidos), cuyos representantes políticos son hoy árbitros en el Parlamento de Israel. Ideario: estricta obediencia a los textos sagrados; retorno al judaísmo «puro», anterior a la secularización del siglo XIX; en algunos casos, rechazo del mismo Estado de Israel por considerarlo una «desviación sionista»; penalización de los matrimonios con no judíos; playas separadas para mujeres y hombres, y para judíos y no judíos...

Afortunadamente, los fundamentalistas judíos no constituyen un bloque homogéneo, sino dividido sobre cuestiones religiosas muy básicas. También hay que consignar, en un plano menor, en Israel y en la diáspora, con los «haredis», los «temerosos de Dios», un retorno a la hiperortodoxia o la aparición de una neoortodoxia, que va mucho más allá de la multiplicación de los lugares culturales y escuelas confesionales; así como sionistas fundamentalistas. Sin embargo, como dice Shalon Cohen, «la elección entre el Dios-guerra y el Dios-paz no se ha realizado aún».[67]

¿Fundamentalismos anti-Sistema?

¿Cómo pueden los fundamentalismos cristianos ser anti-Sistema? No, desde luego, por ahora, como lo esperan determinados grupos jesuíticos progresistas, porque los cristianos apoyen la «teología de la liberación», ni tampoco es verosímil, como piensa Toni Negri, el teórico de las antiguas Brigadas Rojas, que el cristianismo obrero pueda ser la alternativa al capitalismo una vez desaparecido el comunismo.[68]

Se trataría, más bien, de la hipótesis contraria: si los fundamentalismos citados pueden tornarse anti-Sistema sería hoy por pasar al cristianismo clásico por la derecha, por exceso de celo en la defensa de los valores más conservadores del Sistema, con lo que se frenaría la capacidad de asimilación de lo eventualmente «nuevo»; o bien porque, incluso, provocasen una involución hacia valores que sirvieron al Sistema en las fases anteriores de su evolución, pero que serían disfuncionales en esta actual fase postindustrial y mundialista. Lo mismo puede decirse del fundamentalismo judío, así como de determinadas sectas.

En todo caso, si arrancando de las tres hipotéticas funciones que Dumezil cree detectar en la cosmogonía indoeuropea, se puede con-

siderar el fascismo como producto de la hipertrofia de la «función militar», y al capitalismo y su contradicción, el comunismo, ambos como la de la función «productiva reproductiva», algo parecido ocurre con el fundamentalismo en relación con la «función soberana-sacerdotal». Es sabido que esta última función, compuesta como su nombre indica por dos subfunciones, ha variado mucho a lo largo de la historia de Europa, constituyendo el proceso de secularización la progresiva independización del poder político, o sea, el progresivo dominio de la subfunción soberana sobre la sacerdotal; o al menos, el desgajamiento de ambas...[69]

Puede afirmarse entonces, desde la limitación propia de esta perspectiva, que el retorno del fundamentalismo se debería a un retorno en fuerza de la subfunción sacerdotal. Retorno facilitado por la crisis de la hegemonía economicista, siendo incapaz el modelo reinante de resolver el problema de cómo satisfacer no sólo todas las aspiraciones materiales que ha suscitado en los pueblos, sino también, obviamente, las de otro tipo; y retorno también facilitado por la incapacidad del poder político de dominar la marcha del Sistema... Dicho de otra manera, lo religioso[70] se erige en una barrera aparentemente eficaz (o más eficaz que otras) frente a un Sistema que gira cada vez más en torno a valores exclusivamente económicos, y ello cuando, en primer lugar, no sólo estos valores no agotan lo humano (también porque lo racional no agota lo real), sino que, en segundo lugar, no existe capacidad para satisfacerlos todos, valores y necesidades, y menos desde la perspectiva de una espiral de aspiraciones y expectativas permanentemente ascendente.

El caso particular del islam

Otra cuestión, más compleja (aunque comparte la misma raíz monoteísta), es el islam, la religión más dinámica y expansiva de las que hoy existen. ¿Es el islam una religión particularmente orientada hacia el fundamentalismo? Hay un punto importante: si la teoría de «las dos espadas» es antigua en el cristianismo, es profundamente extraña al islam hasta el siglo XIX.[71] Así, si adoptar una actitud fundamentalista representa, para la civilización de origen cristiano, un considerable retorno hacia atrás en el tiempo, no es lo mismo en el caso del islam. Pero la distinción hecha más arriba entre una y dos espadas es algo falaz, porque los teólogos islámicos sí

que conocían bien el concepto... y su peligro para la supervivencia de su religión.

El islam ha sido, tradicionalmente (excepto hoy, en el caso del modelo fundamentalista «integrista», por oposición al «reformista», que luego analizaremos), más tolerante que otros modelos religiosos derivados del «Libro». Desde luego, su *vis à vis* con el catolicismo es en desventaja de este último. Ya nos hemos referido a esta cuestión en trabajos anteriores; pero aún hoy, en la revista *Communio*,[72] se puede leer que «el Dios único del islam no es el de la Biblia; su libro no es la carta de una alianza; la serie de sus profetas no conforma una historia de salvación; el profeta Jesús que conoce no es el resucitado... Musulmanes y cristianos creen profundamente en un solo Dios, le rinden culto e intentan conocerlo en espíritu y en verdad. Pero su concepción de dicho Dios único es tan diferente que es difícil decir que se trata en verdad de un mismo Dios».

Manifestaciones de este tipo constituyen la lógica continuación de un tenaz y milenario odio del cristianismo hacia el islam.[73] Más aún, el islam ha sido, históricamente, mucho más moderado y tolerante que la religión cristiana como se puede ver por estos pocos versículos entre muchos más: «No hay coacción en religión» (II, 257: «*Lā ikrāha fī-l-dīn*») porque «cree quien lo desea, y, quien no lo desea, no cree» (XVIII, 29); «No te incumbe dirigir a los incrédulos, Allāh dirige a quien quiere» (2/272); «Y dijo el profeta; ¡Oh, Señor! He aquí gente que no cree en ti. Déjalos en paz y diles ¡paz! Porque ya pronto conocerán» (63/88-89); «Haced lo que os plazca, que Allāh ve perfectamente lo que hacéis» (61/40); «Si se mantienen apartados, si no os combaten, si os ofrecen la paz, entonces Allāh no os da ningún motivo para luchar contra ellos» (4/90); «Si Allāh lo hubiera querido así, todos los habitantes de la Tierra creerían. ¿Es que te toca a ti obligarles a creer, cuando nadie puede creer sin permiso de Allāh?» (10/99-100); «La condición del saber es la duda, las divergencias de opinión son una gracia para la comunidad de creyentes»; «Lucha en el camino de Allāh; sólo eres responsable de ti mismo» (4/84); «No soy vuestro guardián» (6/104); «Buscad, buscad la ciencia, aunque sea en China» (Sunna; tradición del profeta); «No le pedimos a cada alma más que su capacidad» (VI, 152); o este precioso texto de Ibn al-Muqaffa', del 752 d.C.: «Supongamos que vayas con tu dinero al mercado para comprar al-

guna mercancía y que venga hacia ti el dueño de una de esas mercancías para invitarte a comprar lo que tiene, jurándote que no hay en el mercado nada mejor que lo que te ha invitado a comprar; te repugnaría confiar en él y temerías un engaño y una impostura. Considerarías [hacer lo que te dice el vendedor] como una debilidad y una tontería por tu parte, y no escoger con tus propios ojos y con la ayuda de Aquel de quien esperas ayuda y éxito».[74]

Particularmente interesante es el artículo de Mehdi Bazargan,[75] según el cual «la guerra santa sólo está prescrita ... contra aquellos que nos combaten ... Ella tiene un carácter defensivo y limitado, siendo el Corán y la tradición del Profeta muy estrictos al respecto. Toda guerra o ataque, todo asesinato o persecución, cuyos objetivos sean la dominación, la expansión territorial y la conversión de impíos al islam, quedan prohibidos. El terrorismo también, considerado como generador de disturbios y de inseguridad social o internacional, es considerado por el Corán "peor que un asesinato". [Finalmente], ninguna otra religión, doctrina o ideología ha insistido tanto, y reconocido al hombre el libre albedrío, la responsabilidad, la dignidad y en libertad de escoger por sí mismo tal o cual opinión y tomar las decisiones que desee...».

Interesante es también el estudio de Claude Guyomarch sobre el concepto de *yihād*, la «guerra santa», según el cual se trata «ante todo de una lucha interna de todo creyente frente a sus propias pasiones. Es, luego, la lucha social contra el "faraón" que gobierna. Es, finalmente, la lucha a escala mundial para defender a la comunidad de creyentes».[76]

El islam es, además, mucho menos monolítico que el cristianismo, y no digamos ya que el catolicismo. Y ello por varias razones.

La primera razón es el estallido histórico del islam en facciones. Mahoma muere en el 632 y se abre su sucesión, entre Alí, yerno del profeta, y Muawiyya, triunfando este último en la batalla de Siffin en el año 658. De ello quedarán los sunníes, y los chiíes, partidarios de Alí. Ahí comenzó todo a dividirse... Hoy, el islam se divide en casi una decena de corrientes bien definidas.[77]

La segunda razón para un menor monolitismo del islam la hallamos en el muy rápido surgimiento de claros e importantes heterodoxos, cuando no claros negadores, y en el hecho de que fueron respetados (o, al menos, más respetados que sus equivalentes, por la Inquisición): el propio Ibn al-Muqaffa', Humayn Ibn Ishaq, Mu-

hammad-b. Harunal-Warnaq, Ahmad-b. Yahya-b. Ishaq al-Rewandi (ateo radical, por cierto), Hayawayh al-Balh, Abu Bakr-al-Bazī, Hamad-b. Abd Allāh al-Maarri, al Masan Hobbaf Allāh-b. Kammuña, etc.,[78] En el islam hubo disidentes claros y respetados, y ello cuando Europa quemaba los suyos...

Entonces, ¿por qué el retorno en fuerza del fundamentalismo islámico?[79] ¿Cómo el islam radical se ha tornado en la alternativa global por excelencia para los árabes? ¿Por qué esa radicalización del islam en una religión tradicionalmente tolerante, y fraccionada, luego plural? Sin duda, la primera respuesta reside en la actitud negativa de Occidente hacia el islam (desprecio, acusación de barbarie e impiedad, consideración de los países árabes sólo como mercados, poblaciones y territorios por controlar, falta de respeto a sus modos de vida sobre la base del eurocentrismo), primero, y del anglocentrismo después, así como en los obstáculos exteriores siempre renovados puestos a su unidad, cuando el islam y la lengua común son los dos grandes factores distintivos suficientes (y unificadores) del mundo árabe frente a los demás.[80]

Después, en el origen de la radicalización está el fracaso de muchos de los modelos alternativos producidos por Occidente y que los árabes han tenido la voluntad y la oportunidad de copiar (kemalismo en la década de los veinte, fascismo italiano en la de los treinta, alemán en la de los cuarenta, neoimperialismo en los cincuenta, y neutralismo socializante en los sesenta) y la inadaptación de otros al entorno islámico (capitalismo liberal en los setenta). Tampoco terminaron cuajando los intentos de Yamal ed-Din al-Afghani (1839-1897) y de Abd-al Rahman al-Kawakibi (1849-1903) de pergeñar un nacionalismo panislámico.

Y es que, para el islam, el laicismo es difícil de comprender, incluso a escala de agnosticismo individual; aparte del *Mithaq*, o pacto por el que los hombres deben aceptar el sometimiento al creador, en el islam se nace creyendo. Y esta cuestión del no laicismo vale tanto para árabes de derechas como de izquierdas. Los partidos comunistas árabes siempre han sido minoritarios, e incluso el único partido árabe realmente fascista, el Partido Popular Sirio, tenía base cristiana.[81] Mientras, el islam ha estado esperando pacientemente un resurgir facilitado, primero, por su elección como barrera anticomunista por las monarquías conservadoras títeres de Occidente, y después, al transformarse en barrera protectora y sistema ideológi-

co de refugio cuando (el caso más notorio ha sido el iraní) el modelo capitalista occidental era aplicado con demasiada fuerza y efectos secundarios negativos.[82] De ahí, precisamente, las dos oleadas y tipos sucesivos de fundamentalismo: el integrista feudal y el reformista radical.[83]

Además, súmese al derrumbamiento ideológico de la mayoría de las ideologías procedentes del Norte, la demostración iraquí de que el Islam no está reñido con la tecnología y el progreso: para los árabes, Saddam Hussein fue considerado ganador por el mero hecho de que los norteamericanos no pudieran apearle del poder. A lo sumo, lo que se le reprocha es su hasta hace pocos años duradero alejamiento del islam... Finalmente, el panislamismo no sólo va viento en popa, sino que aspira a erigirse en ideología alternativa para la periferia que rodea al Occidente capitalista.

Lo cierto es que, una vez derrumbado el panarabismo, al mundo árabe no le quedan más señas de identidad que el islam. Si dejamos aparte, por un lado, los residuos de «países árabes socialistas», como Irak, Argelia, Siria y Libia (donde el estado lo componen ciudadanos copropietarios iguales del mismo —y no súbditos de una monarquía feudal patrimonial—, la mujer tiene bastante igualdad de derechos, hay Parlamento y, en teoría, posibilidad de multiplicidad partidaria, así como una pirámide social más igualitaria); y, por otro lado, en los muy inestables intentos de conciliar capitalismo, democracia occidental e islamismo (Turquía, Marruecos, Egipto, Túnez),[84] podemos distinguir entre dos modelos islamizantes rivales, que, con seguridad, se extenderán por el mundo islámico, paulatinamente:

- Los regímenes fundamentalistas integristas feudales: estos Sistemas surgen gracias al excesivo peso de la tradición e impulsados, ya lo hemos dicho, por los países occidentales como defensa frente al socialismo árabe y al comunismo. Arquetipos: Arabia Saudí, Kuwait, etc. Son países antioccidentales y antieuropeos, excepto en política exterior; y estructurados como monarquías de derecho divino que recaen sobre una familia más o menos descendiente del profeta. No hay elecciones, ni partidos, ni Parlamento; tampoco voto femenino, ni estatus alguno para la mujer en el sentido europeo; el monarca dispone de un poder absoluto sólo limitado por la corte y la Asamblea de Ulemas. El sistema económico es patrimonial-feudal; no hay ciudadanos, sino súbditos.

• Los regímenes fundamentalistas reformistas radicales: son Sistemas que surgen, no tanto frente a los regímenes fundamentalistas integristas, sino como reacción frente al capitalismo liberal importado de Occidente. Aquí no hay monarquía, sino una república islámica, con elecciones, partidos (siempre y cuando no vulneren «la ley de Dios»), Parlamento (pero éste no puede aprobar leyes contrarias a «la ley de Dios»); hay voto femenino, y las mujeres pueden ser candidatas, diputadas, ministras, y hacen el servicio militar. El sub-Sistema económico es «islámico», abierto, no patrimonial. Hay ciudadanos iguales, no súbditos... Ejemplo más claro: Irán, extendiéndose el modelo por Sudán, Argelia, Indonesia, parte de Irak, Egipto.

¿Es este islam fundamentalista reformista (realmente el único de los dos fundamentalismos en expansión) un peligro para el Sistema «occidental»? Desde el punto de vista de los valores que defiende, sin duda, éstos son antitéticos del consumismo actual, del crecimiento desenfrenado, y del «tanto tienes tanto vales». Capitalismo, liberalismo económico, neoliberalismo y mundialización se llevan mal con el islam. Existen, sin embargo, impedimentos difíciles de superar, al menos en vistas al modelo de realización práctica seguida por los islamistas reformistas (los integristas están, de entrada, fuera de juego), fundamentalmente el modelo iraní. Cuatro son las grandes divergencias de este anti-Sistema con las corrientes dominantes más progresistas de Europa:

1. La cuestión de la libertad religiosa; libertad hoy puesta en entredicho. Sin embargo, esa es una situación mejorable una vez pase en parte la euforia revolucionaria; y ya hay atisbos de ello en Irán, y en Sudán, otro régimen fundamentalista reformista (en este último, entre otras causas, porque una parte de la población es cristiana). Aquí hay que esperar y ver, aunque siempre con el límite, hasta ahora, infranqueable de la incompatibilidad del islamismo con el laicismo (como señala el líder sudanés Hassan al-Turabi, «la religión de los europeos no es racional: creen en Dios, pero desean encerrarlo en la mezquita o en la iglesia. Pero si hay Dios debe podérsele ver allá donde yo esté: en el mercado, en las oficinas del gobierno, en los campos, en el ejército, los laboratorios, la ciencia, el arte ... [Sin embargo], hay sudaneses que son comunistas, que

no creen en Dios, y nadie es condenado por ello». De todos modos, lo cierto es que la tradición histórica del islam es de tolerancia o, al menos, de mayor tolerancia que la del cristianismo antaño triunfante.

2. La cuestión de los derechos humanos. La ley coránica es dura, pero se perciben evoluciones lentas, tanto en Irán como en Sudán (no así en Irak).

3. La cuestión, gravísima, del estatus de la mujer, no tanto como ciudadana (en ambos países citados, Irán y Sudán, hay mujeres diputadas, ministras, militares, etc.), sino como integrante de la vida familiar, donde la supeditación al esposo es prácticamente total. Aquí la incógnita es completa acerca de hacia dónde se inclinarán las propias afectadas, no quedando claro si hacia una emancipación a la europea, con los beneficios y las disfunciones conocidas; o hacia una sociedad donde el Corán se erigiría en barrera protectora frente a la «cosificación» occidental, pero con una secundariedad de estatus frente al hombre; o hacia una mezcla de ambas alternativas aún por ponderar.

4. La cuestión de la democracia (evidentemente, culmina las tres anteriores cuestiones). Es obvio que el islam no contempla una democracia al estilo europeo occidental. Porque la noción musulmana del poder se basa, por una parte, en la dependencia de lo político en relación con la religión y, por otra, en la debida obediencia al poder político siempre y cuando éste acate y obedezca la ley de Dios.[85] Sin embargo, el islam no está reñido, ni mucho menos, en teoría, con un altísimo grado de participación y autogobierno populares...

Volvemos, pues, aquí al punto inicial de este estudio: fundamentalismo equivale a supeditación de lo terrenal a lo divino, siempre. Y, sin embargo, ya hemos dicho que hay elementos básicamente democráticos en el islam. Con la excepción del *malik* (rey, figura anómala en el islam), el dirigente islámico (sea califa, delegado de Dios; emir, jefe de guerra; sultán, gobernante; *rais*, o *zaim*, caudillo; *sayyid*, cid; o *shayj*, jeque) es electivo, y, teóricamente, por sufragio universal directo. Representa al poder ejecutivo. El Parlamento, o legislativo, a su vez, es también elegido por sufragio universal; y el poder judicial es independiente de los anteriores, si bien sus leyes básicas están inspiradas obligatoriamente

por el Corán. El creyente, en el islam, es, con la excepción de la supeditación a la ley de Dios («Sólo Dios es grande»), titular de un poder igual al de los demás creyentes.

De lo anteriormente descrito se infiere que, por ahora, el islam tiene más posibilidades anti-Sistema fuera del área de cultura europea que en ella: en nuestro continente, la cuestión de la superación tajante entre poder político y poder religioso está afortunadamente zanjada. No les falta, pues, razón a quienes contraponen, por ejemplo, en Francia o Alemania, laicismo y fundamentalismo (esto, claro está, si *rebus sic stantibus*). Sin embargo, en el Tercer Mundo, las posibilidades del islam son inmensas. Sobre todo por el derrumbamiento de las ideologías que hasta ahora eran contrapuestas al «occidentalismo». El islam tiene aquí un hueco inmenso que rellenar y ello, tarde o temprano, le enfrentará al Sistema.

Y ello con posibilidades crecientes: no sólo para el 2010 los musulmanes serán 2.000 millones de habitantes, sino que la expansión del islam representa un auténtico vendaval geopolítico (y no sólo energético-petrolífero). En efecto, el mundo islámico controla ya una considerable media luna que va desde Sierra Leona al Xinjiang chino, con ramificaciones hacia el sureste de África e Indonesia, vía Bangladesh; y, bajo su influencia directa o indirecta, hallamos la mitad de la población de África, la ribera sur del estrecho de Gibraltar, el petróleo y gas argelino y libio, los estrechos turcos y el canal de Suez, el «cuerno de África» y el cierre sur del mar Rojo. El islam aporrea ya las puertas de la República Surafricana; dispone del petróleo iraquí, saudí, iraní y de los emiratos, cerca el mar Caspio, y presiona sobre la frontera sur de Rusia y, tanto por el este como por el oeste, las de la India. Finalmente, amén de fuertes implantaciones en Francia, Gran Bretaña, el Benelux y Alemania, va dibujándose una punta de flecha a través de Malaisia, Brunei, Indonesia, que apunta a Australia y al Pacífico.

Dicho de otra forma, el islam (y mucho más si estuviese unido, por asociación o por expansión de un modelo) va camino de hallarse presente de forma predominante en muchas de las tierras del *limes* inestable de la frontera del imperio, controlando incluso muchas de las famosas penínsulas e islas que fueron objetivos estratégicos mayores durante la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra fría. En otras palabras, tiende a apoderarse o a amenazar (potencialmente) las fronteras europeas, africanas y asiáticas del Sistema.

Notas

1. Véase de Philippe Petit, «Le nationalisme, ultime phase du communisme», París, 8 de julio de 1992, *L'Événement du Jeudi*. Fue Stalin, quien, paradójicamente, dio la mejor definición de nación como «comunidad estable, formada históricamente y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología manifestada por aquella comunidad a través de una cultura común». La nacionalidad se construye sobre la base de factores económicos, políticos, sociales y culturales y, cuando es asumida, estamos ante el «hecho nacional». Entonces ese pueblo tenderá a consolidar su arraigamiento a su tierra, a su cultura y a su gentes, considerados como los mejores (o de entre los mejores). «Hecho nacional» implica, pues, una tendencia mayor o menor a una especie de «preferencia nacional». A su vez, el nacionalismo se basa en dos postulados: *a*) la humanidad se halla, preferentemente a los criterios de clase, sexo y raza, dividida, o estructurada, en naciones; *b*) el origen del poder político está en la nación, en sus gentes, y de ambos deriva.

2. París, 1990, p. 197. Todd es también autor de dos obras, por cierto, premonitorias, sobre el derrumbamiento de la antigua URSS: *La chute finale*, de 1976, y *Le fou et le proletaire*, de 1979. Junto con Helene Carrere d'Encausse (véase *L'Empire eclate*, París, 1985), puede considerársele como uno de los pocos investigadores que puso el dedo en la llaga de los factores profundos de disgregación del sistema soviético.

3. De Régis Debray, véase su obra titulada *Les Empires contre l'Europe*, París, 1985.

4. En los primates, que son los animales más próximos al hombre, se ha determinado no sólo la existencia de auténticas guerras de carácter territorial, sino que las pirámides sociales encargadas de favorecer o no determinadas combinaciones genéticas (mediante los mecanismos de reproducción sexual) se edifican sobre la base de la rivalidad, no tanto acerca del acceso sexual, sino sobre el acceso al territorio... Bibliografía abundante existe sobre la materia. Pero se puede empezar por la reseñada en la nota 18 del capítulo 1 de este libro.

5. Sobre el mito del «paraíso originario» o de «Mejores eran los tiempos de antaño», véase el excelente *dossier* de Pierre Enckell titulado «Hier, c'est toujours la belle époque», *L'Événement du Jeudi*, junio de 1992.

6. Según Guy Laval, en *Malaise dans la pensée: essai sur la pensée totalitaire* (París, 1995), es la desregulación neoliberal «la que abre la puerta a las mafias financieras, las cuales, por contrarreacción, suscitan los diversos nacionalismos» (negros, rojos, religiosos)».

7. En «Un monde a reconstruire»; véase *Le Monde Diplomatique*, especial sobre «Nationalismes; la tragedie yugoslave», París, febrero de 1993, pp. 10 ss.

8. Incluso militarmente, en la mayor parte de los casos, el marco nacional clásico ha quedado rebasado, ya que para acceder al rango de superpotencia se requieren al menos 100 millones de habitantes y línea interior suficiente (es decir, más espacio); amén de otros requisitos de tipo tecnológico, industrial y cultural.

9. Como señala Alain Bihr (*op. cit.*): «Podría darse que las políticas neoliberales hayan producido algo constructivo en cuanto a la reforma del aparato del Estado ... No forzosamente en cuanto al aligeramiento del "peso del Estado", noción por lo demás muy confusa, sino en el sentido de una reorganización de dicho aparato, necesaria por la nueva fase de desarrollo en la que ha entrado el capitalismo occidental. En suma: no "menos Estado", sino "otro Estado"». Es un decir, claro...

10. Es evidente que éste se halla en proceso de cambio; y que vamos a una fase superior del Sistema, ya vislumbrada por el leninismo, pero mucho más exacerbada de lo que Lenin previó: una especie de hiperimperialismo que no por limitarse, por ahora, al enfrentamiento económico, tiene por qué deparar a la humanidad días mucho mejores que los de este «siglo de la guerra» que, en palabras de Nietzsche, ha caracterizado a nuestro tiempo.

11. Véase al respecto mi trabajo, ya citado, «Una sociedad para la guerra; las funciones de la guerra en la sociedad industrial».

12. Véase la entrevista a Edgar Morin, en la revista *Le Globe*, marzo de 1992.

13. Véase al respecto, de Michel Winock (París, 1992), *Histoire de l'extrême-droite en France*, que explica cómo Charles Maurras, el inventor del «nacionalismo integral» y padre del prefascismo francés, realizó un original injerto de la contrarrevolución sobre el nacionalismo.

14. Una aproximación a este panorama puede hallarse en *El País*, 14 de febrero de 1993.

15. Fundamentalmente, zulúes contra xosas.

16. No poco ha tenido que ver con el nacimiento de la Liga Lombarda, la Indragheta, sociedad criminal de Calabria, cuyas víctimas (de secuestro, principalmente) pertenecen habitualmente a familias ricas de la Italia del Norte.

17. Gran parte del electorado de la Liga proviene del mundo católico, o al menos de la gente que ha votado democristiano. Es sabido que la Democracia Cristiana tiene su cuna en la Lombardía y en el Veneto. El fenómeno del deslizamiento del voto de los católicos del Norte hacia las ligas se veía venir; por eso, la Conferencia Episcopal Italiana hizo varios llamamientos a los católicos italianos para que votaran por la unidad de los católicos, que era tanto como pedir el voto para la Democracia Cristiana. Su invitación ha sido finalmente desatendida repetida y claramente. Aunque todos los partidos han cedido votos a la Liga del Norte, las pérdidas han sido considerables, sobre todo, para la Democracia Cristiana... La teoría que aquí aportamos, según la cual se van, por una parte, los «ricos», y por otra, los «pobres» (entiéndase las regiones), ha sido desarrollada de forma mucho más científica por los profesores Tom Nairn y J. Díez Mecharro, para los cuales, como explica A. L. Arenas (en la *Hoja Informativa* del Colegio Nacional de Politólogos y Sociólogos de España), hay que distinguir varios ejes explicativos del regionalismo. Así, en cuanto a los niveles de desarrollo, el subdesarrollo regional da lugar a un nacionalismo izquierdista, mientras que un desarrollo por encima de la media nacional da lugar a un nacionalismo que busca la aceleración del desarrollo; tipos de desarrollo: la no asimilación de los sectores sociales preindustriales y la fortaleza de los lazos entre las elites y el Estado lleva a un autonomismo anticapitalista, mientras lo contrario, es decir, la asimilación de todos los sectores sociales y la debilidad de los lazos entre las elites y el Estado conduciría a un autonomismo capitalista ... Esta es, en efecto, otra de las claves fundamentales del desarrollo del nacionalismo. Consultar también el artículo de Sophie Gherardi, titulado «Craquements dans les vieilles nations d'Europe» (en *Le Monde*, del 17 de mayo de 1996).

18. Guido Passalacqua, *La Repubblica*, Roma, 1992.

19. *El País*, del 7 de abril de 1992; véase el artículo titulado «La Liga, populismo contra la degeneración del Sistema».

20. El diario *El Mundo* recogía las reacciones de los políticos italianos a la petición de Bossi de que no se suscribieran títulos de la deuda pública: «terrorismo», «acción subversiva dirigida a desintegrar el Estado» y un «sinfín de acusaciones. Incluso la Compañía de Jesús ha roto una lanza en favor del Estado al calificar la propuesta ... de disgregadora y destructora». Para la revista jesuita *Civiltà Cattolica*, la «invitación de Bossi es ... un consejo desafortunado y peligroso...».

21. Lógicamente, el mito de un pasado idílico fue enriqueciéndose con aportaciones, originariamente, cuando menos discutibles, como es el caso de la Iglesia católica: ya en el siglo XIX, y desde entonces, esta última ha sido considerada como un soporte del nacionalismo vasco (casos idénticos pueden hallarse en el Ulster, en Croacia, en Eslovenia, Eslovaquia... Y, con otras religiones, en Serbia, Rusia, Ucrania, Gales, Escocia, etcétera). Lo cierto es que la resurrección del euskera procede de textos destinados, en tal lengua, originariamente, exclusivamente a refutar las tesis protestantes...

22. Lo cierto es que la derrota del carlismo implicó la abolición de los mencionados fueros.

23. Cabe preguntarse si el rechazo de «maketos», «coreanos», etc., encubre, y en qué medida, un rechazo global del proletariado como clase (sobre todo en tiempos pasados).

24. Véase al respecto el completísimo artículo de Alain Tondeur, «L'Intégration européenne fragilise l'État Belge», *Le Monde Diplomatique*, julio de 1992.

25. Véase sobre esto, de Jean de la Gueriviere, «Le royaume va se transformer en État federal: Dixmude, Haut lieu flamant», *Le Monde*, 9 de febrero de 1992 y 19 de abril de 1993.

26. Véase el artículo de Jean de la Gueriviere, «La felicidad de los flamencos de Bruselas», *Le Monde*, 13 de marzo de 1993.

27. Bibliografía específica, interesante sobre el caso báltico, puede hallarse al término del artículo citado más adelante de Carlos Taibo... También se puede consultar el informe G-24, Ministerial Meeting Brussels november, II-1991, titulado «Republic of Lithuania: On The Road to Radical Political and Economic Reform»; y, en especial, los «Informes sociopolíticos», del Instituto de Europa Oriental, Madrid, de 1990 a 1994.

28. Tras la llegada de Hitler al poder en 1933, la presión es considerable: el teórico del nazismo Alfred Rosenberg es báltico, y Goebbels, Hitler y sobre todo Himmler no ocultan que, para el III Reich, los países bálticos deben ser arrancados a la esfera de influencia rusa.

29. A partir de 1945, la colaboración con los alemanes deja paso a acciones de resistencia antisoviéticas incluso con acciones de guerrilla, aunque por pocos años. Para comprender la especificidad báltica, conviene recordar que esta fue la zona que más resistencia opuso a la cristianización.

30. En su trabajo sobre «La cuestión báltica», *Cuadernos del Este*.

31. Véanse al respecto, de Jean Radvanyi, el estudio titulado «Dans une Russie affaiblie la tentation regionaliste», *Le Monde Diplomatique*, mayo de 1993; y de K. S. Katol, «Les Russes que ne veulent plus d'État russe...», *Le Nouvel Observateur*, junio de 1993. Las principales repúblicas autoproclamadas dentro de las fronteras rusas son ya las de Vologda (1,3 millones de habitantes), Ekaterinenburg (4,7), Vladivostok (2,3), Chechenia (1) y Tatarstan (3,6).

32. Sobre el caso yugoslavo, es imprescindible la consulta del número de *Cuadernos para el Este*, n.º 5, Madrid, 1992, titulado «Yugoslavia rota».

33. Añade Morin que «una vez más, el futuro se jugará en Rusia [que] se halla en una situación geopolítica de macrocosmos análoga a la situación del microcosmos serbio. Hay poblaciones rusas dispersas en naciones que se han transformado en extranjeras, y poblaciones de esas naciones transformadas en extranjeras en el seno de Rusia. Hay frustraciones nacionales que se exasperan en y por la triple crisis en las que se debate el país. Ciertamente, el aparato del partido ha sido parcialmente desmantelado, pero subsiste el núcleo militar-industrial. El descrédito de las liberalizaciones brutales reacreedita a un comunismo seguritario...».

34. *Les penseurs libres dans l'Islam classique*, París, 1996, p. 15.

35. Existe una propensión psicológica humana a la religiosidad; y actitud religiosa —o, al menos ritual—, dicen algunos sociólogos, la hay ¡hasta en algunos insectos sociales! (véase G. Bouthoul, *Traité de sociologie*, París, 1962, tomo II, p. 12). Como tal, la propensión religiosa, en su intensidad, varía de individuo a individuo y, en los grupos sociales, de una época a otra, si bien los intentos de establecer ciclos de religiosidad tipo «idealismo-espiritualismo» contra «laicismo-materialismo» han constituido siempre, o bien un fracaso, o bien una tergiversación interesada.

36. Originariamente, como explica Louis Rougier (en *Le genie de l'Occident*, París, 1969): «Había existido una civilización en la que los hombres no habían oído hablar de

Moisés y de Cristo, ignoraban el pecado original y las condenas infernales, no anatemizaban a la naturaleza, caída y corrompida, sino que la veían como una consejera de sabiduría y una maestra de belleza. Había existido una civilización, en la que los ritos estaban separados de las creencias, donde la inteligencia no era humillada por la fe, donde el deseo de conocimiento no era considerado concupiscencia». Era Grecia. Luego vino el politeísmo romano, igual que el griego, por definición liberal en lo religioso, porque es plural en sus divinidades. Del choque entre el paganismo grecorromano y el judaísmo nacerá una especie de sincretismo religioso, que será el judeocristianismo. La mutación fue radical y Europa pasó de una intensidad religiosa a otra. Como señala Louis Rougier: «En Roma, hay varios dioses, hay relatividad y sincrêtismo ... Hasta que llega el trauma del monoteísmo [porque] frente a la liberalidad romana, podemos leer en el Deuteronomio (13, 6-9) que: "Cuando tu hermano, hijo de tu madre, o tu hijo, o tu hija, o tu esposa bien amada, quiera seducirte diciéndote en secreto que vayamos y sirvamos a otros dioses ... los matarás en todos los casos". [Y es que] la intolerancia religiosa fue producto de las sociedades monoteístas, que no admitían más Dios que el suyo, y que tendían a la fusión del poder civil y político con el poder religioso en manos de una casta sacerdotal ... La sociedad pagana desconoce la intolerancia religiosa porque las religiones antiguas, con excepción del judaísmo y, luego, del cristianismo, eran politeístas y rituales». Y es que «por principio, toda religión politeísta es tolerante, dado que, al postular la existencia de una cifra elevada de dioses, admite por ello verdades relativas. Además, la sociedad pagana desconoce la intolerancia religiosa porque las religiones antiguas, con excepción del judaísmo y, luego, del cristianismo, eran politeístas y rituales». Roma aceptaba la legitimidad de diversos cultos, siendo juez cada pueblo del culto que le conviene rendir a sus patrones celestiales. Además, «toda religión politeísta invita al sincretismo, dada la facilidad que ofrece para identificar, bajo vocablos diferentes, unas divinidades con otras. Así reconocieron los griegos a sus dioses en los de otras naciones ... La conquista romana transformó en necesidad política dicha asimilación religiosa. Los cultos de las ciudades [conquistadas] no podían ser abolidos. Los dioses de Roma se transformaron en los de los nuevos ciudadanos, y los dioses de los nuevos ciudadanos fueron adoptados por la Ciudad Eterna. Heliogabalo intentó fusionar todos los cultos, incluso los de los judíos, samaritanos y cristianos, sometiéndolos a la supremacía del dios Baal sirio, identificado con el Sol, del que era el sumo sacerdote. Alejandro Severo colocó en su oratorio los bustos de Apolo, Cristo, Abraham, Orfeo y Alejandro Magno...».

La «única excepción», en el área europea, al paganismo como «amplio sincretismo religioso» era, prosigue Rougier, la religión judía: «El dios de Israel era un dios celoso, que no admitía más dioses que él mismo». Y este dios expandiría su influencia.

Primer paso, pues, hacia el llamado fundamentalismo religioso tal y como lo conocemos hoy: el tránsito del politeísmo al monoteísmo; de las verdades, del pluralismo, y del relativismo, a la verdad única. Segundo paso: el sometimiento de todo a esa verdad considerada no sólo única, sino absolutamente superior, Verdad con mayúsculas...

Veamos lo que explica Jean-François Kahn (en su magnífica obra *Esquisse d'une philosophie du mensonge*, París, 1989): «¿Qué relación existe entre el pensamiento religioso y mitológico y la distinción entre mentira y verdad...? Tomemos el caso griego y las aventuras, a veces ridículas, de sus dioses. Se concibe fácilmente: 1. Que no son verdaderas [sin embargo]; 2. No son un error. ¿Son mentira? No, puesto que la superchería romanesca se presenta como tal. La mentira comienza, al contrario, con la pretensión de ofrecer la verdad absoluta. Es decir, con la Biblia y el monoteísmo ... En Sumer, 4000 a.C., donde el gran dios es primero simbolizado por una espiga de trigo, luego por un toro, el ciclo de la vegetación es concebido como la muerte cíclica del dios que es enterrado con toda ... liturgia, mientras la resurrección del año nuevo queda evidenciada por la copulación del gran dios con la diosa de la fecundidad ... Se trata aquí de una historia imaginaria, concebida y

codificada con el fin de tranquilizar, secularizando un misterio y articulándolo a una coherencia social. Los sacerdotes no son idiotas, y los fieles son invitados a unirse a un ritual ... Y no adherirse a una creencia auténtica ... ¿Se puede pensar que el fenicio se sienta transportado por el fervor místico cuando le cuentan que el joven dios, Alijan, hijo de Baal, se pelea constantemente con su hermano Mot, y que eso provoca el efecto secundario de la alternancia de las estaciones? Salvo en caso de extrema necedad, el fenicio sabe (o siente) perfectamente que esta explicación no es más que un sustituto, una imagen, algo así como un cómic ... La significación del mito no es pues "he aquí cómo ocurrieron las cosas", sino "en la ignorancia, ¿por qué no contarnos así las cosas, puesto que el relato permite saturar el vacío explicacional y, por lo tanto, resolver las tensiones sociales?"... Estos sistemas de representación ... no eran verdad, ni error ... Así: ni en Roma, ni en Grecia, ni en Egipto, ni en Sumer, tabú religioso alguno ha bloqueado o ralentizado una mutación científica o filosófica ... [Sin embargo], del "Libro" se declaró que decía literalmente la verdad ... A través de autores inspirados como intermediarios, es Dios mismo quien dicta los diferentes libros de la Biblia; pero esos textos no son homogéneos, [requieren] interpretación e intérpretes. La parábola expresa, pues, la quintaesencia de una verdad absoluta; es necesariamente portadora de un sentido que sólo puede ser único, pero, que al no ser explícito, necesita un revelador. Entonces, el dador de sentido se transforma en el dueño de la ideología. Y por ello se perfilan ya cismas, herejías y escisiones, pero también la Escolástica, la Inquisición y las Cruzadas. ¿Quién no ve que la unicidad monoteísta, en cuanto queda codificada por un libro, implica la unicidad a secas? ¿Y que esta unicidad sólo se justifica a través de una voluntad totalizadora destinada a reducir lo real a ella misma, es decir, reducir lo diverso a lo único? ¿Cómo no ver que la excomunión, la denuncia y la represión de las herejías, la caza del disidente, la obsesión por los cismas siempre renovados ... la tentación inquisitorial, y la protección del libro mediante la dogmatización al infinito de los comentarios que lo colocan al abrigo de las revisiones, constituyen la fatalidad de todos los monoteísmos totalizadores, incluido el último, que fue el estalinismo?».

Monoteísmo; más verdad única; más que, «con el monoteísmo cristiano, el cielo impusiera su dictadura a la tierra»: He aquí el fundamentalismo...

37. Y no hay viejos o modernos fundamentalismos. Hoy, el fundamentalismo, en tanto que reivindicación de una verdad y de una ley divinas que prevalecen sobre las verdades y las leyes de los hombres, heredado (para el área civilizacional judeocristiana e islámica) del cristianismo triunfante, despotismo de lo divino, no ha cambiado de naturaleza. En el coloquio sobre «Sujeto y ciudadanía», celebrado los días 15 al 17 de abril de 1993, en Túnez, marcado por la reivindicación de la laicidad, se podían oír frases como éstas: «El hombre no es ya aquel al que una voz interior dicte su ley, sino el que hace la ley»; o bien: «De sujeto de Dios, sometido a la fe, hay que pasar al sujeto de derecho, sometido a la ley humana». El problema sigue pues, hoy, en ese aspecto, entero...

38. Etimológicamente, secta derivaría de *sequi* (seguir), de *se care* o *secedere* (separarse, cortar con). A pesar de la gran variedad de sectas (véase las innumerables sectas hindú, vistitivitas y chivaitas, las más o menos trescientas de origen budista, la derivaciones del cristianismo: cátaros, humillados, joaquinistas, tracitelos, widifitas, husitas, bufomiles, ortodoxos, catolicismo, protestantismo, uniatas, católicos, venerocatólicos, etc., etc. Existen rasgos comunes, a todos ellos: una doctrina con aspiración a verdad universal, un fundador de origen «divino» o emparentado, la crítica del sistema religioso previo o incluso del social global, pretensión de ofrecer una nueva forma de vida, alta proporción de desviados sociales y de inconformistas, establecimiento de una jerarquía nueva, uso de técnicas de persuasión, movilización social... Algunos investigadores distinguen incluso países «propensos»: Estados Unidos, Argentina, Perú, Chile, Brasil, India, Irán, Japón, Corea, etc. Los hay que distinguen entre sectas conversionistas, milenaristas, introversionistas, taumatúrgicas, sincréticas, gnósticas...

39. El laicismo se basa en dos principios: la libertad de conciencia, que impone al Estado no intervenir en las convicciones de cada cual; la igualdad de todos ante la ley, cualquiera que sea la religión de cada cual. El primer principio se ha traducido, históricamente, en la separación Iglesia-Estado; el segundo supone la igualdad de trato entre los diferentes cultos. Véase de J. Costalascoux: *Les trois âges de la laïcité*, París, 1996, p. 8. Por cierto, que libertad religiosa más Iglesia de Estado, o nacional, como tal reconocida, no es laicismo, sino mera tolerancia; caso de España...

40. Véase de Serge Raffy, «L'Opus Dei, L'arme secrete de Dieu», *Le Nouvel Observateur*, febrero de 1994.

41. Véase de Marie Jego, «Russie, le retour des mystiques», *Le Monde des Debats*, febrero de 1994.

42. Véase de Henri Tincq, «Les crispations du judaïsme français», *Le Monde*, 19 de marzo de 1994.

43. Véase de Philippe Pons, «Guerre des sectes au Japon», *Le Monde*, 21 de junio de 1994.

44. Se extiende, en efecto, la moda del Satanás «particular» (según el momento) de cada Estado o dirigente. Es el uso político más moderno del diablo. Para Reagan, la antigua URSS era el «imperio del Mal»; para el *ayatollah* Jomeini el «Gran Santanás» era Estados Unidos. Para el FIS es satánico todo lo que se aparta del Corán. Han sido o son demonizados «el automóvil, la TV, el rock, el paro, el sida, el estrés urbano, la droga, la contaminación, la sexualidad, la emigración, los árabes, los judíos, el KGB, la CIA, Le Pen, Bush, Chirac, Pinochet, Thatcher, Pol Pot, el régimen birmano, el fascismo, el capitalismo, el ruido, el tabaco, el cáncer, lo nuclear ... es el diablo de otro» (véase al respecto, de Gérard Messadie, *Histoire generale du diable*, París, 1993). Continuación de cuando la alianza del sable y del altar gobernaba el mundo a golpe de demonizaciones.

45. En Francia, la religión está en franco retroceso. En 1986 un sondeo de la sociedad francesa Sofres no dejaba duda alguna sobre «la amplitud de la descristianización en un país en el que hasta en los años sesenta, el 95 por 100 de los habitantes estaban bautizados, mientras más de un tercio se declaraban católicos practicantes, pero en el que el éxodo rural, el debilitamiento de la Iglesia y las transformaciones de la vida cotidiana han desembocado, en menos de cuarenta años, en un auténtico derrumbamiento de la fe. En 1986 la proporción de católicos que iban a misa al menos una vez por semana había ya pasado del 32 por 100 en 1945 al 24 por 100 en 1960, y al 16 por 100 en 1977. Hoy es aproximadamente del 8 por 100 (3,1 por 100 entre los jóvenes de 15 a 25 años), lo que transforma a los adictos a la misa en marginales. Entre 1974 y 1983, la cifra de franceses que no se confiesan nunca ha pasado ... del 54 al 69 por 100. En lo concerniente a la proporción de matrimonios católicos en relación con los civiles, que era todavía de un 80 por 100 en 1963, ha caído a menos del 55 por 100 en 1987 ... Iniciado desde 1958, el descenso de la cifra de bautizos se acelera con regularidad al ritmo anual de al menos 1 por 100. En 1987, la Iglesia ya no bautizaba a más del 63 por 100 de los niños, contra el 66 por 100 en 1980, y el 90 por 100 en 1958. La cifra del 50 por 100 se alcanzaría de aquí a finales de siglo...». No digamos ya la crisis de reclutamiento del clero: «Eran 42.000 en 1960, 35.000 en 1965, 18.200 en 1985. Solamente el 15 por 100 de ellos tiene hoy menos de cincuenta años, el 4 por 100 menos de cuarenta». He aquí la cifra de ordenación de nuevos sacerdotes: En 1969, 350; 1989, 140. «Al ritmo actual no quedarán en Francia más que 2.000 sacerdotes en el 2015», etcétera.

46. Partido dirigido por «su santidad Maharishi» que reina sobre 16.000 instructores y 2.000.000 de adeptos, repartidos en 140 países, cada cual con su «gobernador», y aspira al «desarrollo de la conciencia, de la educación, de la iluminación, de la información, de la inspiración, de la salud y de la inmortalidad». En definitiva, un intento más de «sus-

tituir el pensamiento occidental enfermo por el sano pensamiento hindú». Véase de Daniel Carton, «L'Offensive trascendentale», *Le Monde*, 21 de marzo de 1993.

47. La postura del marxismo sobre la religión es más matizada de lo que comúnmente reconocen sus adversarios. Como explica Michele Bertrand en su excelente trabajo *Le statut de la religión chez Marx et Engels* (París, 1974): «La religión es una forma de la conciencia, un modo mediante el cual los hombres se representan a sí mismos su relación con el mundo, es decir, sus relaciones mutuas, su lugar en la sociedad, y la naturaleza ... La fe es la interiorización de ello». Ahora bien, «según las épocas y las comunidades a las que va dirigido, el mensaje de la fe es susceptible de interpretaciones diversas, incluso contradictorias ... A veces se han identificado con la ideología dominante, otras se ha rebelado contra ella...».

48. Para ampliar, consultar de J. M. Kirk, *Religion and politics in revolutionary Cuba*, Tampa, 1989; así como el artículo de J. M. Caroit, «Cuba: Le retour en force de la "santeria"», *Le Monde*, 7 de julio de 1993.

49. Véase de Ingrid Carlander, «La foire aux miracles», *Le Monde Diplomatique*, abril de 1993.

50. Incluso debido a sus enseñanzas de que deben ser independientes del resto del mundo, los Amish no aceptan ayudas gubernamentales como pensiones, subsidios de desempleo, etcétera.

51. Véase al respecto mi libro titulado *El sueño eurosiberiano*, 2.ª edición, Ed. Complutense, Madrid, 1993.

52. «Sectes: ne diabolisons pas», *Le Monde des Debats*, abril de 1994, París. Se entiende aquí por secta una religión que no ha triunfado. Conste que no se trata de condenar o apreciar *a priori*; como explica F. Parmentier «amén de que, en relación con las críticas a las sectas, el manipulador es el competidor, y el manipulado, el otro, alejándonos de las generalidades y de los estereotipos sobre las sectas, planteémonos la cuestión de saber qué resultados son positivos y cuáles negativos. Si un individuo miembro de un "nuevo movimiento religioso" se siente mejor que antes, si es más feliz, tiene mejor humor sobre sí mismo y sobre la vida en general, si está más entusiasmado, si su vida de pareja o familiar es más armónica, si está dispuesto a ayudar al prójimo, a escucharle, si es más eficaz y responsable en su trabajo, si su aptitud para emitir sus propios juicios y conocimiento mejora, si evalúa mejor las situaciones y los hechos, si se puede contar con él mejor que antes, entonces puede afirmarse que su pertenencia al movimiento religioso en cuestión es positiva».

53. Explica al respecto Henri Tincq, en su trabajo titulado «Religión: una oleada de fundamentalismo» (*Le Monde*, 27 de octubre de 1992), que se trata de «una religión sin piedad para con los perdedores, para los hispanos, los parados, los drogadictos y los criminales».

54. Véase al respecto, de Didier Kunz, la noticia publicada en el diario *Le Monde*, el 23 de diciembre de 1992.

55. En «Derriere les chars, l'Icone», *Le Monde Diplomatique*, abril de 1994.

56. Por parte del portavoz oficial de la Iglesia ortodoxa, véase *L'Événement du Jeudi*, 9 de junio de 1943.

57. Véase en *Le Monde* del 27 de octubre de 1992 su artículo titulado «Catholicisme; a droite toute!».

58. Así, entre el 2 de agosto de 1990 y el 31 de marzo de 1991, el papa se expresó nada menos que 55 veces sobre la crisis del Golfo, condenando sin paliativos el recurso a la fuerza contra Irak. Para un enfoque diferente sobre el entramado Roma-Washington, véase el libro de A. M. Ezcurra, *El Vaticano y la Administración Reagan*, Madrid.

59. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que el movimiento no es uniforme, dada la resistencia —o el simple desalineamiento— de las iglesias nacionales. Ello se vio claramente, aunque en sentido inverso en el caso de la guerra contra Irak: Karllebmann, el obis-

po de Maguncia, seguido por los de Berlín y Fulda, se pronunció en favor de la intervención «aliada». Igualmente la revista *Communio*, alemana, y la conferencia episcopal francesa reunida en noviembre de 1990.

60. Para Drewermann, «animado por su voluntad desesperada de sacrificio, el clérigo renuncia a sí mismo, a su pensamiento. Sustituye la expresión por el dogmatismo verbal, la psicología por la teología, y se torna obediente. Toda desviación es castigada, a menos que permanezca invisible y por ende, sin valor. Porque la verdad se halla en la institución, y no en sí. Ya desde el seminario, la fe se transforma en doctrina repetida con facilidad y que sirve de referencia para juzgar. El conocimiento científico o histórico y la experiencia personal no tienen utilidad. La ley juzga en su lugar. *Roma locuta causa finita* ... He aquí por qué los mejores reclutas son vírgenes al ingresar en el seminario. Cuanto menos se sepa mejor se habla ... Si la Iglesia está en crisis ello es debido, ante todo, a la carencia espiritual de los clérigos ... [sobre ellos] nunca será lo suficientemente fuerte la presión administrativa de la Iglesia ... Hay que romper la personalidad del clérigo: mediante el uniforme, como en el ejército; mediante la represión de los sentimientos particulares ... [es decir], la colectivización del personal y la personalización del colectivo; mediante la institucionalización de prácticas tales como la confesión pública; mediante la separación con la familia, sustituida por otros "padres", "madres", "hermanos" y "hermanas" ... mediante la renuncia sistemática a todo futuro [esos votos, esos juramentos siempre renovados y que constituyen el fundamento de la vida religiosa, a pesar de la prohibición formal de no jurar nada, realizada por Jesús, en Mateos V-33-37]; mediante la huida en el trabajo, las relaciones bloqueadas por el anonimato de la función, la soledad, los frecuentes desplazamientos y el temor al superior ... Jesús quería lo que la Iglesia teme». Véanse al respecto, de Henri Tincq, «Drewermann et le tabou clerical», *Le Monde*, 9 de abril de 1993; y de Claude-François Tullier, «La faute de l'abbé Drewermann», *Le Nouvel Observateur*, abril de 1993; véase también en el periódico *El Mundo*, magazine del domingo, enero de 1994, el artículo de Christian Makarian titulado «Teólogos malditos». Véase finalmente, de Henri Tincq, «Le pape chez le nouveau Luther», *Le Monde*, 10 de julio de 1996. Drewermann, heredero de Lutero, Kierkegaard y Sartre, ha escrito, a sus 56 años, 60 libros de teología...

61. Véase la encíclica *Slavorum apostoli*, de julio de 1985.

62. Véase Alain de Benoist: «La stratégie de Jean Paul II», *op. cit.*

63. Véase la encíclica *Redemptoris missio*, del 28 de mayo de 1992.

64. Artículo en *Le Monde*, del 4 de diciembre de 1991.

65. H. Tincq, «La Russie ortodoxe reste une destination interdite a Jean Paul II», *Le Monde*, 23 de febrero de 1996.

66. Véase de Rafael Draï, «Lettre ouverte au an Cardinal Lustiger sur l'autre revisionisme», París, 1989.

67. Shalon Cohen, en su obra titulada *Dios es un barril de pólvora.*

68. Negri explica (en la revista *Futur Anterieur*, París, 1991) que una vez desaparecida la alternativa comunista, el tema de la liberación sólo puede tener sentido en un movimiento obrero cristiano, que reemprenda el análisis crítico de la alienación sin ceder ante el programa marxista, el cual preconiza la violencia contra la explotación... «Tras 100 años de soledad, la doctrina social de la Iglesia es la única que se propone a sí misma como alternativa a la derrota del movimiento obrero.»

69. Son fáciles de hallar ejemplos de cómo la hipertrofia de una función suscita dialécticamente el ascenso de las demás: así, el incremento de la religiosidad en épocas de guerra y, por ende, de hipertrofia de la función militar; ascenso del absolutismo monárquico cuando se llega a la saturación del crecimiento de la subfunción sacerdotal al final de la Edad Media, etcétera.

70. Por cierto, que no hemos incluido aquí al «lumpen-fundamentalismo» que suma astrología, numerología, geomancia, quiromancia, hipnotismo, telepatía, radiestesia, péndu-

los con o sin cristal de aventurina, captores de campo morfogenético, satanismo, visualización de áureas, pulseras magnéticas, magia, regeneradores de energía psíquica, sincronizadores cósmicos, videncia telefónica o «corriente», pirámide bioenergética, reencarnaciones, talismanes, etc.

Este «lumpen-fundamentalismo» supone, por ejemplo, en la vecina Francia, 420.000 millones de pesetas anuales de ingresos; doce millones de adeptos en diverso grado; 50.000 trabajadores viviendo de eso; y tiene gran auge: el 40 por 100 de la población francesa cree en la telepatía, el 38 por 100 en los sueños premonitorios, el 35 por 100 en la astrología y el 73 por 100 en el horóscopo del periódico. Nadie debe, pues, extrañarse de la arrolladora moda norteamericana del «New Age», doctrina que afirma que el hombre forma parte de un «gran todo» y que puede actuar sobre el universo entero gracias a sus personales vibraciones; de que «marcianos aterricen» en Rusia; o que, desde 1986, 10.000.000 de pesetas estén esperando, en la Universidad de Niza, a que se los quede quien efectúe una experiencia paranormal que dos prestidigitadores contratados por el rectorado no puedan dilucidar. Claro que eso no impresiona a la llamada «señora de los 100.000 voltios», que en un chalet londinense recibe frecuentemente una «descarga de iones negativos» en un baño a temperatura media para salir relajada y con buen pie, todo al módico precio de 140.000 pesetas/sesión. Dueña del «tinglado»: una tal «madame Veronique». La señora antes aludida tiene nombre y apellidos, y conocidos: Margaret Thatcher...

A su vez, el satanismo, en lenta expansión, se está tornando más complejo de lo previsto. Massimo Introvigne (del Centro de Estudios sobre las Nuevas Religiones, de Turín) distingue por una parte un satanismo «desviado», divisible entre «ácido» (drogas), sexual y extremo; y por otra, uno «ideológico», divisible en espontáneo o «salvaje» y «organizado»; de este último hay que extraer un satanismo ocultista y otro racional (*Le Monde*, 14 de junio de 1996).

71. En el islam, los teólogos aún tantean en torno a términos como laicismo, lo civil, etc.; lo que se llama distinción entre lo divino y lo humano es más problemático en el islam.

72. Noviembre-diciembre de 1991, París.

73. Véase al respecto en mi libro *El sueño eurosiberiano*, ya citado, el capítulo titulado «La marca sur».

74. Hay párrafos ciertamente menos amables: así, para las mujeres: «Vuestras mujeres son vuestro campo de labranza, id a vuestro campo de labranza como os plazca» (2/223); incluso contra el infiel: «Preparad, para luchar contra los incrédulos, todas las fuerzas y la caballería a fin de asustar al enemigo de Dios y vuestro» (8/60); «Luchad contra los que no creen en Dios y en el último día, los que no declaran ilícito lo que Dios y su Profeta declararon ilícito; aquellos que de entre las gentes del Libro no practican la verdadera religión, combatidles hasta que paguen directamente el tributo tras haberse humillado» (9/29). Sin embargo, «que el odio hacia un pueblo no os incite a cometer injusticias» (5/8). Por cierto, nada de tradición antisemita: «Le hemos dado en verdad el Libro a Moisés y le hemos enviado profetas. Hemos concedido pruebas incontestables a Jesús, hijo de María» (2/87); «El Libro de Moisés es una guía y una misericordia» (66/12); «A David, le hemos dado Salomón; sí, Salomón tiene un lugar cerca de nosotros ... menciona a Abraham, Isaac, y Jacob, nuestros servidores dotados de fuerza y clarividencia. Se hallan a nuestra vera, entre los elegidos más selectos» (38/30-40-45). Véase al respecto el magnífico estudio de Martine Gozla: «Hold up sur l'Islam», en *L'Événement du Jeudi*, 17 de febrero de 1993.

75. Que fue el inicial primer ministro del *ayatollah* Jomeini, en 1979; publicado por el diario *Le Monde*, 29 de abril de 1994.

76. Citado por Chantal de Rudder en su estudio «Djihad à Manhattan», de *Le Nouvel Observateur*, París, 1993.

77. Son: el sunnismo: rama principal que reúne el 90 por 100 de la comunidad de creyentes. No posee clero, y surgirá del derecho religioso elaborado por cuatro escuelas jurídicas nacidas entre los siglos VII y IX; el jariyismo: ala puritana del islam, escindida en el 658; partidarios de un califato electivo y no hereditario, enemigos del juego, del lujo y de las frivolidades en general; radicales y combativos, subsisten en zonas de Argelia, Libia y Omán, en cifra aproximada de 800.000 personas; el chiísmo: ala legitimista, reclaman que los sucesores de Mahoma sean de su mismo linaje. Triunfan en Irán en el siglo XVI. Los imanes son los encargados de revelar el sentido profundo del Corán y de las Escrituras y, por lo tanto, el control de los creyentes por el clero es fuerte. Las querellas sucesorias han dividido al chiísmo en varios grupos tales como los duodecimanos (en Irak, Kuwait, Bahrein, Líbano e Irán), que es el grupo más numeroso (11.000.000 de creyentes); los ismailíes, grupo extremista, esotérico, que se ha fraccionado mucho y está implantado en la India, desbordando hacia Siria y el Pamir (varios millones de fieles). También están los drusos, grupo nacido en el 1020, partidario de la naturaleza divina del sexto califa fatimí, al-Hakim (Siria y el Líbano reúnen 600.000 fieles). A su vez, el zaydismo es un chiísmo moderado (centrado en el Yemen, con 4.000.000 de creyentes). Y los *alawíes*, en sentido literal «hijos de Alí», concentrados en Siria y algo en Marruecos. Finalmente, es preciso citar el sufismo, expresión mística del islam, muy dispersos geográficamente sus seguidores.

78. Véase el libro de Dominique Urvoy, *Les penseurs libres dans l'Islam classique*, París, 1996.

79. La civilización árabe es un pilar muy esencial de Europa. Fueron el islam, y su libertad precursora, los que posibilitaron ese milagro europeo que arranca del Renacimiento. No sólo nos trajeron el conocimiento de la circulación de la sangre (Ibn al-Nafis), la botánica (Ibn al-Baitau), la ciencia experimental, la óptica (Ibn al-Heitham), la física, la química, la aritmética, la trigonometría, la geología y la sociología (Ibn Jaldun), sino también: la duda metódica («La condición del saber es la duda», dice el Corán); el ansia de saber («Quien aspira a saber está adorando a Dios», *ibid*); y mucha tolerancia: el Corán proclama: «Recibe el saber aun de la boca del infiel». Otro gallo les cantaría a los árabes después, cuando el poder de aplicar este tipo de afirmaciones pasó a los cristianos: recibir algo del infiel islámico le costó a Bacon diez años de exilio y quince de cárcel; a Sigerio de Brabante, ser estrangulado en las mazmorras del Vaticano (por estudiar a ¡Averroes!); a Villanueva, a Servet y a un largo etcétera, algo muy parecido. El islam había respetado a los llamados «pueblos del Libro», es decir, judíos y cristianos: el *dhimmi* (como explica Bat Yeor en su genial obra *Las cristiandades de Oriente; VII-XX siglos*, París, 1991), el cristiano o judío, que vivía bajo la autoridad musulmana, tenía, a cambio de un impuesto, garantizado el ejercicio de su propio culto, y hasta estaba libre de toda obligación militar. Pero si el islam llegó hasta a hacer suyos los profetas anteriores, nosotros respondimos a todo lo anterior descalificando a Mahoma, estableciendo el sambenito y la Inquisición, y realizando expulsiones y masacres masivas cuando no exigíamos, a sangre y fuego, conversiones forzosas al grito de «Dios lo quiere». Más aún: es clamorosa la diferencia entre un Corán que rehúye en todo momento cualquier expresión de racismo y las explosiones de éste que se pueden hallar en la Biblia y en posteriores escritos judíos y cristianos. Pero es que España tiene, a través del cardenal Silíceo y la doctrina de la limpieza de sangre, el triste honor de ser el primer país de Europa que puso negro sobre blanco los requisitos básicos de una teoría racista de las relaciones políticas (véase al respecto, de J. H. Elliott, *La España imperial*, Madrid, 1981). He aquí, por otra parte, una leve muestra de cómo la cristiandad (que nunca le perdonó el islam la reintroducción de los dioses antiguos grecorromanos) calificaba a los musulmanes: adeptos del Renacimiento: «plaga de langostas» (papa Juan VIII); «paganos adoradores de Teruagan (o sea, Tirso Trigarano, deidad celta y Apolín)» (Apolón, canción de Roldán); «sin fondo común», con el cristianismo (abate de Cluny); «encarnación de la bestia de diez cuernos, el satánico dragón-serpiente; y Mahoma, el anticristo» (monje Bea-

tus); «bárbaros crueles, despreciables, tiránicos, esclavos del demonio» (papa Urbano III); «malhechores que Cristo recomienda matar» (san Bernardo); «pervertidos homosexuales que practican el incesto» (obispo de París, Guillermo de Auvernia); «sacrílegos que han transformado Jerusalén en un burdel y construido una cuadra sobre la tumba de Cristo» (papa Celestino III); «felones» (Dante); «mala gente, ladrones, asesinos y traidores ... Lo cual el lógico, pues la ley maldita que les ha dado su profeta les pide que hagan a los demás el mayor mal posible» (Marco Polo); «un gran ejército de diablos» (Lutero); etc.

El totalitarismo a través de la negación, de la descalificación radical del otro, y de la reivindicación de la verdad propia como la absoluta, no lo inventaron pues los árabes, sino los cristianos. Mucho después, ciertamente, les surgieron «buenos alumnos», árabes incluidos.

80. La fe islámica comprende la creencia en un solo Dios, creador del universo, del ser humano y de todos los seres vivientes; entre sus adjetivos se encuentran: poderoso, justo, omnipotente, sabio, piadoso, no tiene a nadie igual, ni engendró, ni fue engendrado. Eligió entre los hombres a sus profetas que fueron los emisarios para indicar a la humanidad el buen camino para la salvación. El primero de estos profetas fue Adán y el último es Mahoma. Entre el primero y el último encontramos a Jesús, Moisés, Abraham y otros muchos.

Por lo tanto, un musulmán tiene que creer en todos los profetas nombrados en el Corán, así como en el día del Juicio Final, en los ángeles y en el destino. Dios reveló a sus profetas las leyes según las que debe regirse la sociedad humana, ya que es el conocedor absoluto de la naturaleza humana. Para los musulmanes no existe un pecado original, ni (en principio, pues depende de las sectas) hombres de religión como intermediarios entre Dios y el ser humano.

El musulmán debe rezar diariamente, ayunar un mes al año y peregrinar una vez en su vida y desglosar un dos y medio de sus ahorros que superen sus necesidades vitales para ser entregados a una organización con el objeto de eliminar la pobreza. Para el creyente, el islam contiene soluciones éticas, morales y espirituales para el individuo, pero también económicas, políticas y sociales para la comunidad. Central es la ley, que no está desglosada de la fe, pero se diferencia de ésta en que en la ley se halla la forma práctica de llevar a cabo las soluciones y mandamientos del islam. Por ejemplo, la pobreza no puede existir teóricamente en la sociedad musulmana.

Por cierto que el islam divide la propiedad en tres áreas: *a*) Bienes comunes: los mares, minas, yacimientos, ríos, agua y todo lo que entra en el bien común. *b*) Propiedad pública: la diferencia entre la propiedad pública y los bienes comunes es que la propiedad comunal tiene que ser repartida en una forma directa o indirecta, pero siempre tangible a todos los ciudadanos. *c*) Propiedad privada: en principio todo lo que no sea una propiedad comunal puede ser una propiedad privada, pero el Corán prohíbe la formación de monopolios económicos, y todas aquellas industrias que pueden dar lugar a esta acumulación serán propiedad del Estado, quien tiene el deber de fomentarla y desarrollarla. Ahora bien, el concepto de propiedad es administrativo y no existe lo que se llama libertad de propiedad, sino simplemente la administración coherente y productiva de la propiedad privada, siempre y cuando ésta cumpla el buen fin, pero este derecho puede perderse; en casos de crisis económicas o una emergencia nacional se puede incluso llegar a la propiedad mancomunada. Veremos más adelante la cuestión del gobierno...

81. Véase el n.º 1 de la *Revue d'Histoire du Fascisme*, París, 1975.

82. Es indudable el considerable apoyo dado a las corrientes fundamentalistas islámicas por los gobiernos árabes pro occidentales y por occidentales, en el marco de la guerra fría, para oponerlos a los partidos comunistas, o más sencillamente, al neutralismo socializante nasserista o baasista. Para el periodista marroquí Driss-el-Yazansi: «En tierra del islam, el Estado siempre ha apoyado a los movimientos religiosos, al menos en sus inicios, con la esperanza de erigir una barrera frente a la izquierda». En *Cent Écrivains Árabes et Musulmans pour Rushdie*, París, 1993.

83. Hay más razones que han propiciado el espectacular desarrollo del fundamentalismo:

a) La existencia de un grave problema de identidad creado por la dominación colonial: la colonización europea enfrentó a las sociedades islámicas con una civilización basada en un esquema de valores diferentes, empezando por la proclamación de la separación entre el orden temporal y un orden espiritual.

b) La ruptura independentista: el sistema tradicional se basaba en un equilibrio de poderes, en el que el soberano tenía el poder político, pero era controlado por los hombres de religión, que disponían de autonomía económica y que procuraban que el ejercicio del gobierno se ajustara, o al menos no contraviniera en exceso, lo dispuesto en los textos sagrados. Si el príncipe se alejaba de la ortodoxia, los ulemas podían desencadenar la rebelión contra él. La independencia acabó con la autonomía de los ulemas, cuyos bienes fueron nacionalizados y esto rompió el viejo equilibrio tradicional de las sociedades musulmanas, pues a partir de este momento nada, ni nadie, controlaba o limitaba la arbitrariedad del poder a la dictadura, al partido único.

c) El impacto modernizador con sus secuelas de industrialización acelerada y urbanización descontrolada ha supuesto también una grave crisis cultural.

d) La desafección ante regímenes políticos corruptos y carentes de apoyo popular, que no responden a las aspiraciones de sus pueblos respectivos. En muchos casos, el fundamentalismo polariza la protesta de las mayorías contra las minorías dirigentes.

e) En otras ocasiones el fundamentalismo es útil al poder, en la medida que le ofrece legitimidad e, incluso, contenido ideológico cuando hay falta de mensaje político, sin olvidar que el fundamentalismo ha sido siempre fomentado, en sus inicios, desde el poder con objeto de restar fuerza a los movimientos de izquierda. Como ya hemos visto en ocasiones, los grupos fundamentalistas han sido apoyados desde terceros países: respaldo norteamericano a los mujahiddines afganos, apoyo israelí en sus inicios al grupo fundamentalista Hamas, para intentar debilitar a la OLP. Arabia Saudí financia a numerosos grupos fundamentalistas en el Magreb.

f) Existencia de gravísimas desigualdades económicas y sociales cuando el modelo de desarrollo es capitalista y, lo que es peor, conciencia de que las políticas en vigor no las van a eliminar en un futuro previsible; esto es aplicable tanto a las relaciones dentro de cada país como a las relaciones interárabes, caracterizadas por la falta de solidaridad entre países muy ricos y muy pobres.

g) La ausencia de democracia, de canales de participación en la cosa pública, la represión del control del poder político por la asamblea de los creyentes, y la represión de los movimientos izquierdistas de raíz popular, favorece a los fundamentalistas que disponen de la mezquita como lugar de reunión y del púlpito como tribuna. Y ya se sabe que cuando no hay libertad, la protesta se tiñe mucho más de religión.

h) La falta de solución, durante excesivo tiempo, al problema palestino y el apoyo dado por Occidente a Israel para lograr sucesivas victorias sobre el mundo árabe.

i) Un factor capital en el auge fundamentalista ha sido el triunfo de la revolución iraní de 1979, que reforzó el carácter del islam como liberador de los oprimidos y su imagen combativa anticolonial, atreviéndose hasta a echar un pulso simbólico al gigante norteamericano.

j) La guerra de Kuwait y la consiguiente destrucción de Irak han levantado también profundos resentimientos antioccidentales entre las masas árabes, aunque el hecho de que Arabia Saudí (principal financiador de los grupos islamistas) se enfrentase también a Irak, creó un considerable desconcierto entre los fundamentalistas del mundo entero. Sin embargo, se puede pensar que lo que en el mundo árabe se ha percibido como una humillación colectiva, ha generado un aumento de los fundamentalismos.

k) Apoyo occidental indirecto al resurgimiento fundamentalista, con el mantenimiento de unas relaciones Norte-Sur injustas que dan lugar a una situación de dominio económico, político, cultural e informativo de la que se resienten los medios intelectuales y políticos árabes.

84. Dichos regímenes combinan rasgos occidentales (parlamento, elecciones, pluripartidismo, cierta igualdad hombre-mujer) con instituciones tradicionales islámicas; pero, en general, la democracia está intervenida desde el poder. El más reciente y palpable de estos casos es el tunecino, donde en las últimas elecciones a la presidencia de la República, el candidato oponente al actual presidente Ben Alí, Moncef Marzouki —que, sin embargo, no tenía nada de radical islamista, ni de islamista a secas—, fue directamente encarcelado antes de los comicios, no pudiendo presentarse a los mismos y quedando el anterior presidente, Ben Alí, como candidato único. Recuerden, también, la interrupción de la segunda vuelta de las elecciones a diputados en Argelia, destinada a impedir la victoria del FIS, decisión de catastróficas consecuencias.

85. Se trata de un verdadero contrato. El dirigente político, una vez investido, está sujeto a un contrato con la comunidad de creyentes (*umma*), recibiendo obediencia de éstos siempre y cuando cumpla su deber de gobernante... Y defienda la verdadera fe. Toda una teoría del tiranicidio.

5

Nueva izquierda y ecosocialismo (sobre un nuevo materialismo histórico)

> ¿Acaso somos [los comunistas] los últimos mohicanos de una historia cuyas páginas se cierran, condenados a difuminarnos para hacernos oír, o a ser ignorados si insistimos en presentarnos como somos?
>
> Francette LAZARD, *La révolution inattendue*, París, 1991

> Y ¿sabe usted, Fouche, qué es un descontento? Pues es un pobre que ha reflexionado.
>
> TALLEYRAND

> La crisis ecológica y la crisis social tienen las mismas raíces.
>
> Antoine WAECHTER

El 11 de septiembre de 1978, la revista francesa *Le Point* publicaba un *dossier* que causó conmoción intelectual. Título: «Ideas, la gran colada».[1] En realidad, era continuación de otro titulado «La rebelión contra Marx».[2] Desde aquella época, el proceso de deterioro de la izquierda, a pesar de notorios sobresaltos y de esperanzadoras contraofensivas, ha sido constante.

¿Motivos de ese deterioro? Muchos, comunes a todas las izquierdas; y algunos específicos de cada una de ellas.

Los motivos específicos, primero: son archiconocidos los que causaron el derrumbamiento del modelo soviético y los hemos tratado muy extensamente al principio de este trabajo. Quizá añadir que habiendo dejado que la idea comunista fuera transformada en una «religión de salvación terrenal», ésta ha muerto (?) por una especie de continuación del proceso de secularización que afectó tan negativamente a las «religiones aun no laicizadas». Tras la caída de las religiones «religiosas», he aquí que llegaría la de las religiones «seculares»...[3] En todo caso, y en vista del espectáculo de la decadencia y de la caída final de las experiencias de corte soviético, puede considerarse esa fase y forma histórica de desarrollo de la ideología izquierdista como finiquitada...[4]

Vayamos ahora a los movimientos «nacionales y populares», según la terminología de Samir Amin, también llamados de «terceras vías», o «tercermundistas». Éstos fueron periclitando (aun cuando pueden perfectamente volver a surgir, sobre todo en el caso de «naciones-continente» tales como China, la India, Brasil, etc.) y no por las excelencias del modelo de desarrollo occidental en su aplicación a los países subdesarrollados,[5] sino por el error que supuso no ver que la ideología de la periferia era, entonces, el comunismo y sólo él. Resultó de ello la dispersión de los esfuerzos que hemos presenciado en este período y que fue probablemente fatal. Esta tesis no es comúnmente aceptada, pero coincido con Denis Guenoun[6] en que, frente al capitalismo, «el comunismo fue frontera, frontal, barrera [geográfica. También] representó ... por delegación a la periferia en su ... confrontación con el centro. El comunismo fue la figuración del Tercer Mundo como segundo mundo enfrentado al primero. Apareció —imaginariamente— como la alternativa mundial al capitalismo. El Este era una ficción que representaba el Sur frente al Norte».

Finalmente, el movimiento tercermundista se hallaba demasiado necesitado de dinero para el desarrollo de sus países, y dependía en exceso del peso carismático de sus líderes-libertadores... Ello provocó el paulatino enfriamiento del entusiasmo tanto popular como de las nuevas elites gobernantes, transformadas paulatinamente en agentes del extranjero, y compradas por éste...

No menos desilusión ha producido el paso por el poder de los partidos socialdemócratas europeos. Hay que reconocer, sin embargo, un hecho claro: la socialdemocracia ha debido su mayor o menor caída, más que a una reducción del porcentaje de «cuellos azules»

(que hubiesen podido perfectamente ser sustituidos por «cuellos blancos», nuevos marginados, nuevos proletarios), al hecho de que se había agotado su programa, lo cual ciertamente no es condenable. Como explica Jacques Julliard: «Ese sueño del movimiento obrero salió hace un siglo de una inmensa aspiración popular y de la mente de unos cuantos buenos espíritus. Era el de una sociedad más justa, más fácil, más feliz, en la que, gracias a un gran sistema social de seguro y de seguridad, los más débiles quedaron fuera del alcance de las necesidades y de la miseria. Tengamos el valor de decirlo: en lo esencial, en nuestros países, ese programa había sido cumplido. La izquierda muere bajo nuestros ojos por haber ganado, por haber conseguido aplicar ese programa».[7]

Claro que hoy ese programa está siendo aplicado al revés, desmontado pieza por pieza, y ¿qué hace frente a eso la izquierda socialdemócrata? Y ¿cuánto tarda, por cierto, en parir un nuevo programa frente a las nuevas feudalidades, desigualdades, explotaciones y privilegios? También es verdad que está la cuestión de la gestión: los socialistas habrían descuidado la utopía en beneficio de la gestión, tan preocupados como estaban en demostrar que no tenían por qué ser considerados malos gestores. La verdad es que esto se entrecruza con la norteamericanización creciente, desde 1945, de la parte socialdemócrata de las elites políticas y económicas europeas, que ha conducido —lo cual es menos reconocido por los acusados— a una aceptación básica del Sistema y, por lo tanto, al abandono de todo proyecto de reforma en profundidad. De la revolución a la reforma; de la reforma al cambio; del cambio a la gestión eficaz. Claro que, como no se les había votado para eso, al menos para el último tramo de eso, vino la sanción. Y será duradera...[8]

Hasta ahora los motivos específicos. Veamos los motivos comunes o generales de la decadencia de la izquierda: el primero, la capacidad de adaptación del capitalismo, guerras mediante, también, que no termina de llegar a la fase de crisis final (o que sí ha llegado a ella, pero aún no es reconocido). Actualmente, se duda sobre si el capitalismo ha entrado en su fase de predominio del «modelo de producción asiático», o en la de «generalización del mercado». En todo caso, frente a esta nueva mutación del capitalismo, es comprensible el deterioro socialista, pues toda adaptación, o inadaptación, provoca crisis momentánea de todos los actores pasivos... Y cuanto más pasivos, más crisis.

El segundo: el abuso (ya nos hemos referido a ello) de la concepción del socialismo triunfante como una fase histórica concreta y, por lo demás, irreversible, final; cuando, como dijo Gorbachov, el socialismo es «la búsqueda continua de una fórmula óptima de vida, y ello en todos los estadios de desarrollo de la humanidad». El tercero: la crisis tanto de la idea de progreso como de la del sentido de la historia. Habermas modificó muy fuertemente (y para bien) los fundamentos del materialismo histórico,[9] pero es evidente que, siendo el materialismo histórico el más acertado y eficaz de los distintos instrumentos de comprensión de la realidad social, «hay que desechar cualquier ley general de la historia, [y, además], toda creencia providencial en el progreso».[10] Existe una bella perorata de Victor Hugo según la cual «el siglo XIX es grande, pero el XX será feliz ... Ya no habrá que temer, como ahora, invasiones, usurpaciones, rivalidad a mano armada entre naciones, interrupciones de civilización dependientes de una boda real, el nacimiento de un heredero en tiranías hereditarias ... Ya no habrá que temer hambrunas, explotación, prostitución por miseria, miseria por paro ... Casi podremos decir: ya no pasará nada, seremos felices».[11]

Y, sin embargo, ¡qué parece depararnos «un mundo sin Marx»? Pues casi nada de lo que explicaba un estudio muy completo de la revista francesa *L'Express*,[12] que preveía una *pax universalis*, una absoluta hegemonía norteamericana, los colapsos cubano y chino, una revolución cultural, pero eso sí en materia de defensa, la adaptación de la OTAN, el cierre de la CIA, una nueva edad económica «de oro», la explosión de la cifra de millonarios más allá del Vístula...

Y no sólo el espectáculo del «nuevo orden mundial», y de la nueva «edad de oro» económica, es lo bastante desesperante como para contestar «Marx, ¡vuelve!», sino que, siendo claros, el que aún sigamos en la era premoderna lo demuestra la expansión constante de la esfera mercantilista, tecnoeconómica, del mercado que lo invade todo; entonces el socialismo, cuadrar y limitar el mercado en lugar de soportar su generalización, y abolir la dependencia económica, sigue siendo la modernidad, aún por alcanzar.

Una de las necesarias revisiones del marxismo como método de análisis social pasa por el reconocimiento de que la tesis puede generar, por lo pronto, no una, sino varias antítesis (aunque, a la postre, y en virtud de la ley del duelo lógico, de Gabriel Tarde, los bandos tiendan a reducirse a tan sólo dos). Y, así, son varios los inten-

tos de respuesta de la izquierda ante la marcha expansiva aparentemente arrolladora del Sistema.

Primero están los que Laurent Jofin llama «francotiradores,[13] o sea, los grupos, más o menos informales, y asociaciones, que intentan recuperar la cultura de oposición antaño de izquierdas, y disputar a la derecha —sobre todo a la populista y al neofascismo— las clases medias y bajas angustiadas ante las crisis». Por cierto, que no se proclaman de izquierda (los hay incluso que rechazan el apelativo), pero «encarnan manifiestamente su tradición: en el mundo de lo humanitario, en el terreno de la ecología, del urbanismo, de la salud o de la defensa de los emigrantes, o bien entre esas "empresas intermedias" claves en la lucha contra el paro, son cantidad las asociaciones que actúan en nombre de los principios más clásicos de la izquierda». Corriente que seguir a pesar de lo posiblemente efímero de algunas de sus manifestaciones.

Luego están los socialdemócratas, que oscilan entre, por una parte, el mantenimiento en el gobierno a toda costa para no perder ese poder inmenso que representa el control de la administración del Estado; y por otra, los que creen que, lejos de ser excesiva la deriva derechizadora o la identificación con el Sistema, hay que dar más de lo mismo: caso arquetípico, la evolución actual del Labour británico, es decir, menos sector público, más motivación económica y competitividad, menos solidaridad y seguridad, participación de lleno en la mundialización de la acumulación capitalista, estricto alineamiento de la política exterior sobre la norteamericana, e incluso debilitar a los sindicatos, lo cual es presentado, cínicamente, como el que «una vez en el gobierno, no seremos el brazo político de intereses particulares de la sociedad».[14]

Por otra parte, están los socialdemócratas que derivan hacia un neomarxismo evolucionado a base: primero, de sustituir el materialismo histórico por la «teoría de la complejidad» de Edgar Morin, «para elevarse a la inteligencia de la pluralidad»; segundo, de sustituir a Marx por el pensador norteamericano John Rawls, teórico de la compensación del derecho igual para cada uno a las libertades básicas (o «principio de libertad») con el «principio de diferencia», que «acepta las desigualdades sociales con tal de que vayan ligadas a empleos abiertos a todos en condiciones de justa igualdad de oportunidades y que puedan contribuir a mejorar la suerte de los más des-

favorecidos;[15] y tercero, de complementar todo esto con Habermas y su famosa teoría de la comunicación.[16]

Y finalmente, están los que, al estilo del francés Jean-Pierre Chevenement, procuran recuperar, adaptando las esencias socialistas y republicanas, combinándolas con la idea de nación, algo así como un lassallismo o un jauresismo actualizado, alejando la izquierda de la «política de resignación» que ha caracterizado hasta ahora a la socialdemocracia. Esta «tercera izquierda», casi populobonapartista, no es ni pronorteamericana, ni afecta al Sistema, si bien es demasiado reacia a la idea europea y demasiado favorable a la idea de nación, concebida tradicionalmente.[17]

En cuanto a la herencia soviética, que parece haber dejado solo al socialismo democrático frente al Sistema, no es muy halagadora. Ciertamente, ahí están las victorias electorales de los ex comunistas en muy numerosos países del Este; la resistencia de parte de la sociedad rusa frente a ese *wild east* en que la marcha hacia el liberalismo económico está transformando a los países de la antigua esfera soviética; y si no parece que el «Partido Comunista de la Unión Soviética» de Guenadi Ziugamov vaya a producir una renovación del pensamiento comunista, algo más quizá puede esperarse del Partido Socialista de los Trabajadores de Roy Medvedev, o de otros grupos radical-comunistas que pretenden establecer una economía socialista de mercado...[18]

Sin embargo, donde más prometedoras interrogantes se están cociendo es en los partidos comunistas de Europa Central y Occidental: el italiano, y, sobre todo, el francés, concretamente, donde resaltan, no tanto los documentos adoptados por el 28 Congreso del PCF,[19] como dos obras clave: la de Francette Lazard, *La révolution inattendue*, ya citada; y la de Julien Seve titulada *Communisme, quel second soufle?*[20] Para Lazard, directora del Institut de Recherches Marxistes de París,[21] el origen del derrumbamiento del modelo soviético debe hallarse en el surgimiento de mutaciones económicas y tecnológicas de alcance revolucionario; habiéndose adaptado el capitalismo a esas mutaciones, ha sobrevivido; y el Sistema soviético, no.

Pero el primero lo ha hecho al precio de esquilmar más aún al planeta. Ahora, le toca al comunismo reaccionar sobre la base de tres postulados. El primero es evidente: el capitalismo no parece estar a la altura (ni desea estarlo) de asumir, junto con las mutaciones tecnológicas, que hay algo que hacer tanto ante las desigualdades

internacionales como ante la reaparición de mecanismos de sobreexplotación en el seno mismo de las sociedades industriales. Segundo: si el neomarxista asume que «el período que vivimos prohíbe el inmovilismo [y] que es evidente que el marco material y conceptual en el que se han formado todas las generaciones adultas está hoy caduco, e incluso que ni está a la vista estabilización alguna, sino al contrario...» [esto lleva entonces] a la ventaja de que nos hallamos en una fase histórica donde no hay nada decidido [y no que no hay nada que hacer]. Tercero: sorprendente afirmación: los comunistas no tienen ya otra razón de existir que no sea el contribuir a la movilización de aquellos que, gracias a la unión de sus fuerzas, pueden resolver juntos los problemas planteados a los hombres de hoy».[22] Afirmación muy parecida a la que recogíamos al principio de esta obra de boca de De Benoist: «La periferia es solidaria».

Mucho más lejos en la crítica va, a su vez, Julien Seve. En primer lugar, por no temer plantear todas las grandes interrogantes:

1. ¿Está el comunismo borrado desde ahora del futuro?
2. ¿Ha dicho la historia con el capitalismo su última palabra?
3. ¿Cómo ha podido la idea comunista ser traicionada hasta ese punto, por regímenes que la reclamaban, traicionada la gran esperanza emancipadora del socialismo?
4. ¿Por qué el marxismo, insustituible para comprender críticamente las contradicciones del capitalismo, parece, sin embargo, tener tanta dificultad para prolongarse en una teoría operativa del rebasamiento de aquéllas?
5. A pesar de, o por, sus taras flagrantes, ¿es posible acabar con el capitalismo contemporáneo? ¿Se puede hacer la revolución en el seno del capitalismo más avanzado?

Debemos reconocer no sólo que flaquea la lucha clásica contra el capitalismo, sino que «una forma prototípica de socialismo se ha derrumbado»; sin embargo, hay esperanzas, «no todo es negativo» si, como puede derivarse de la segunda tanda de preguntas, ¿no es el «derrumbamiento soviético» lo que vuelve a abrir la perspectiva del avance humano hacia una civilización postcapitalista? Porque el fracaso de la Revolución de Octubre comenzará a desembocar, tarde o temprano, en un socialismo de segunda generación, más creíble que el primero, en su promesa democrática y humanitaria.

Está claro, pues, para Seve que hay que abrir las vías de un nuevo orden social y planetario «en el que la humanidad, conservando

todo lo bueno que ha adquirido bajo el capitalismo, diga adiós definitivamente a sus taras y a sus dramas».

Pero ¿cuál es previamente la revolución por realizar en el socialismo? Y además, ¿qué revolución hay que hacer hoy contra el capital?

Hay, pues, que inventar —dice Seve— un socialismo a la altura de nuestro tiempo, apto para suceder al capitalismo más desarrollado. Ello teniendo en cuenta que el socialismo ha dejado de tener una identidad preestablecida, que ya no constituye una idea clara: ¿cómo hacer? Seguramente, como decía Kanapa, comenzando:[23]

a) por afirmar el «carácter histórico relativo de las leyes generales del socialismo; *b*) considerando que su invocación no puede servir de estrategia; *c*) abandonando, como características del socialismo, el igualitarismo de los salarios ficticios, la adjudicación por los ministerios de los equipamientos, la dependencia presupuestaria, el monolitismo organizativo y la designación de los dirigentes desde arriba; sustituyéndolos por la «remuneración del trabajo real, la explotación familiar arrendada a plazo, la aplicación del mercado a los bienes de producción, la autonomía financiera de las empresas, el pluralismo político, y la selección de los dirigentes mediante el sufragio»;[24] *d*) además, hay que dejarse de determinismos (ese maldito verbo *bestimmen*, determinar, con el que hasta Marx sustituyó demasiadas veces al razonable *bedingen*, condicionar) y actuar de acuerdo con el fundador del comunismo cuando afirma que «somos, en tanto que autores, parte integrante del devenir ... Nada se hace sin nosotros. Pasando por nuestras agujas, es como se van haciendo los puntos de la historia ...»; *e*) también hay que reconocer que un proyecto alternativo de socialismo no puede ser «proyección estática de un futuro deducido en abstracto de una teoría todo terreno, sino horizonte móvil de una política producida concretamente a partir de lo que cada situación tiene de específica». Por ello hay que acentuar el carácter nacional del socialismo, de los socialismos. Finalmente, todo proyecto «debe guardarse de anticipar a demasiado largo plazo el futuro», si es que desea ser creíble...

La definición final del comunismo que da Seve no puede ser más crítica con el pasado, ni más interesante para el futuro, aun cuando está sacada de «la ideología alemana»: «El comunismo no es para nosotros un estado de cosas que deba ser creado, ni un ideal al que deba acoplarse la realidad, [sino] el movimiento real que abole el

actual estado de cosas. Las condiciones de ese movimiento se deducen de la presuposición que existe actualmente».

Sin embargo falta, en nuestra opinión, para ese proyecto grandioso de abandonar una sociedad de escasez, explotación y represión, para entrar en otra de abundancia, libertad y realización, un nuevo mito movilizador, que no puede consistir en corregir los errores del socialismo o del comunismo, y no digamos ya del colectivismo soviético. Claro que el socialismo del futuro debe reconciliar socialismo y nación; y crecimiento autocentrado continental, y Europa de los pueblos; y tener como objetivo no sólo el rebasar la dominación, por el capital, de sectores cada vez más importantes de la vida de los hombres, sino desembocar en una nueva relación entre el hombre, el trabajo, el ocio y la realización personal y colectiva.

Un mito pues en el sentido soreliano, y más cuanto que, como ha explicado Edgar Morin, «nos hallamos en un período de bajas aguas mitológicas». Se necesita, pues, algo más que buena voluntad para removilizar tanta decepción y desconcierto. Pues bien: ese mito puede ser el ecosocialismo. Que el mito ecológico es movilizador resulta obvio: los ecologistas son designados como producto de la inteligencia (reclutarían, sobre todo inicialmente, entre las clases sociales cultas), de lo urbano (sus votantes son, sobre todo, ciudadanos), o como los últimos utópicos, o como los nuevos materialistas históricos (como veremos), o como continuadores del anarquismo, o como refugio de nazis... En 1990, hasta el papa se creyó obligado a centrar su mensaje de Año Nuevo en el respeto ecológico de la naturaleza; y hoy, mientras se acusa a los verdes de ser los causantes de las últimas inundaciones en Holanda y desbordamientos del Rin, revistas de varios países pasan periódicamente sus ciudades y sus regiones por el «escáner verde» de la calidad ambiental...

¿Cuáles son los orígenes del ecologismo? Comencemos por los más lejanos: el ecologismo arranca de la nostalgia del mito de la Edad de Oro, del «paraíso perdido», sobre todo de «la pureza de los orígenes» tan magistralmente descrito por el ya citado aquí Raul Girardet. Lo que se reivindica aquí es el «hombre natural», hecho o no por Dios, pero previo a la caída provocada por el diablo a través de la mujer o por la civilización... Veamos lo que afirma Girardet:[25] «Por un lado, hallamos una humanidad esclavizada por necesidades artificialmente creadas, condenada a la persecución jadeante y obsesiva y, por todo ello, presa de la inquietud, de la enfermedad y de

la decrepitud. Por otro, seres vivos que viven más plenamente porque, al abrigo de la obsesión por mejorar, asegurados de una total integridad física, radicalmente puros, han escapado a la civilización, a su código de valores, a sus prohibiciones y a sus exigencias». Un planteamiento no de ahora: «Esta imagen elemental del "hombre de la naturaleza", del hombre de "puro instinto", alejado de todo temor ante el pecado, y que vive, sin vergüenza, en su desnudez primitiva, ignorante de la pena del trabajo y de las tareas y enfermedades, hay que recordar que no es nada nueva: los siglos de cristiandad no la ignoraron; ha estado presente en algunas de sus zonas de libre abandono, de sus manifestaciones de transgresión más o menos ordenada».

Origen lejano, pues, del mito descrito líneas arriba. Origen más próximo: «El movimiento vegetariano [se supone que el hombre natural asegura su salud y su armonía afectiva rechazando cualquier alimentación cárnica], la propaganda "naturista" que luchaba por la libertad y la desnudez del cuerpo, por la unión libre, por la protección de la naturaleza frente a las agresiones del maquinismo industrial». Y cita Girardet el *Programe Naturien*, escrito por Gravelle en febrero de 1894, escritor de tendencia anarquista, y fundador del movimiento «saturniano»,[26] auténtico manifiesto ecológico *avant la lettre*: «En el estado natural, todas las regiones fértiles de la tierra poseían una flora y una fauna originariamente abundantes y variadas / afirmamos / que la miseria no constituye una fatalidad / que sólo con lo que produce el suelo hay abundancia / que los males físicos [epidemias, deformidades] son producto de la civilización / que las desgracias llamadas natuarales [avalanchas, derrumbamientos, inundaciones, sequías] son consecuencia de las agresiones del hombre contra la naturaleza.../ Que la humanidad busca la felicidad, es decir, la armonía, y que la armonía, para la humanidad, estriba en la naturaleza».

El mito en cuestión será muchas veces utilizado por políticos de derecha (Pétain: «La tierra, ella no miente») y de izquierda sovietizante (véanse las «reeducaciones campestres» después de la caída de Saigón o en Camboya, sin ir más lejos). Sin embargo, parece evidente que a partir de la Ilustración, el mito de la reivindicación de lo «natural» es de izquierdas, a partir del mito del «buen salvaje» de D'Alembert, Diderot, Voltaire y, sobre todo, Rousseau, y pasando por los movimientos anarquistas del siglo XIX y contestatarios ra-

dicales del siglo XX, aunque algo eclipsado por la «deriva» prometeico-industrial de las primeras etapas del marxismo.[27]

Posteriormente al siglo XIX, coincidieron el primer intento de definición de la ecología[28] y la progresiva toma de conciencia de la relación entre el hombre y su entorno exterior. De esta forma, entre las causas más próximas del surgimiento del ecologismo como movimiento político y social, están: *a*) la toma de conciencia del coste del mito prometeico-industrial y de su aplicación; *b*) el agravamiento del proceso por la incidencia de la «guerra fría» y por un hiperdesarrollismo (por cierto que no sólo en su vertiente industrial); *c*) pero, además, la búsqueda de planteamientos políticos alternativos a los del sistema actual»: para corregir disfunciones provocadas por el alejamiento de los partidos en relación con los electores; para paliar un excesivo escoramiento del sistema hacia la primacía del economicismo; para sustituir a estos partidos en su inoperancia gubernamental y por la crisis de los partidos generada a raíz del final de la guerra fría; por el derrumbamiento de los modelos alternativos al sistema (por ejemplo, caso de la experiencia soviética y la necesidad de hallar otros); y por la «reconversión» de partidos, movimientos e incluso militantes procedentes de otros orígenes (anarquistas, feministas, izquierda radical, nacionalcomunistas, antimilitaristas, neutralistas, fascistas revolucionarios).

Para Jean Claude Guillebaud, el ecologismo tiene como consecuencia «pensar un mundo radicalmente nuevo».[29] Según Ramón Cotarelo, «los partidos verdes son hoy día los partidos que ejercen una crítica más radical a las sociedades industriales avanzadas y, de paso, a sus instituciones políticas».[30] Cornelis Castoriadis se pregunta nada menos que «si el capitalismo es soluble en la ecología».[31]

¿Realmente son los movimientos ecologistas anti-Sistemas? Desde luego, los defensores del *statu quo* disparan cada vez con mayor frecuencia[32] contra todo ecologismo «radical»; pero también se ve al Sistema emplear el arma ecológica para asegurar su permanencia (por ejemplo, usando la ecología como arma arrojadiza contra los países de la periferia de dentro y de fuera para frenar su competitividad económica) al tiempo que, aprovechando la juventud y los orígenes espontáneos y múltiples del actual movimiento ecologista,[33] procura descafeinarlo cediendo sólo en lo más aparatoso del deterioro medioambiental sin (y esto es importante) entrar en los aspectos sociales, societarios, de la cuestión. Paradigmático ha sido el caso de

los pioneros, los verdes alemanes, oscilantes hoy entre el ecologismo *light* y el «ecosocialismo».

En todo caso: que los partidos verdes son anti-Sistema *a priori*, no lo duda nadie:

1. Por los valores finales que defienden los verdes y que son contrarios a los principios de hiperrentabilidad, de predominio del valor económico, etc. Como señala Castoriadis, «la ecología es subversiva porque pone en entredicho la representación del capitalismo que domina al planeta. Rechaza la idea central [de esa representación], según la cual nuestro destino reside en aumentar constantemente la producción y el consumo. Muestra el impacto catastrófico de la lógica capitalista sobre el entorno natural y sobre la vida de los seres humanos. Dicha lógica es absurda en sí misma y conduce a una imposibilidad física a escala del planeta ya que desemboca en la destrucción de sus propios supuestos».[34]

2. También por los valores instrumentales reivindicados y aplicados: sistema asambleario, democracia directa, desconfianza hacia los partidos tradicionales, etcétera.

Pero ¿hasta dónde llega realmente la puesta en entredicho del Sistema? ¿Hasta la lucha por una nueva civilización alternativa, con una nueva relación entre el hombre, su trabajo, la producción y el consumo? ¿Es la ecología el nuevo socialismo, esta vez «menos la electricidad nuclear»?[35] Una primera idea sintomática de que se está pasando del ecologismo a un ecosocialismo más anti-Sistema nos lo da Jean Pierre Deleage, en un trabajo[36] resumible en unos pocos y claros puntos:

1. Esta época reúne la mayor producción material lograda jamás por la humanidad con el hecho de que más de las dos terceras partes de ésta viven en condiciones difícilmente tolerables.

2. Esto no es corregible, porque el planeta no lo aguantaría, extendiendo, al resto del globo terráqueo, la civilización del despilfarro que domina en los países industrializados.

3. No sólo hay que constatar crisis en la relación ecológica del hombre con su entorno, sino que es necesario «un nuevo cambio de civilización, un nuevo proyecto universalista, respetuoso a la vez de la unidad del género humano y de la diversidad de sus culturas, cuyo porvenir es indisociable de la biosfera».

4. ¿Qué modelo de civilización? Sin duda, «repensando la alianza con la naturaleza», pero (aquí aparece el componente socialista —en este caso autogestionario— del ecosocialismo) «repensando también el contrato social» alzando a los pueblos «contra la gestión tecnocrática y administrativa» que, hasta ahora, «ha tendido al control de la totalidad de la vida cotidiana de los individuos», reivindicando «la exigencia de autonomía de las personas, de las comunidades y de las regiones contra la administración heteronímica de sus necesidades y de sus deseos».

5. Hay, además, que «repensar la soberanía política», ampliando profundamente los principios democráticos ... Hay que lograr que cada cual pese no sólo sobre las decisiones que afectan a la vida cotidiana, sino también, directamente, sobre las decisiones políticas». Pero, además, hay que pasar (con André Gorz,[37] Antoine Waechter,[38] Alain Lipietz[39] y otros) a «modificar los modos de consumo, de reparto, de producción y de cambio ... Para llegar a una sociedad de individuos responsables de sus necesidades racionales»; por ejemplo, asumiendo el proyecto que va desde el reparto del trabajo hasta la llegada de la sociedad del ocio, y el replanteamiento radical de la relación trabajo-salario-consumo (es decir, llegando a la «remuneración mínima suficiente» para todos);[40] por ejemplo, limitando la competitividad y el mercado al estricto campo de la producción... Más aún, ya ha llegado el tiempo de la acción; según A. Touraine, «ha pasado el tiempo de los proyectos de sociedad, vuelve la fase de la resistencia frente a los poderes y los intereses dominantes. Por eso los ecologistas llevan consigo el renacimiento de la izquierda».[41]

De la ecología como nostalgia al ecologismo militante como rebelión, y al ecosocialismo como anti-Sistema, queda aún un paso más. El marxismo, además de ser la justificación ideológica de la rebelión de los explotados, y una utopía por realizar,[42] fue, en tercer lugar, un método de análisis científico; el ecologismo da los dos primeros términos de la ecuación marxista, pero también da el último, bien mirado.

Ya apuntaba algo R. Cotarelo al afirmar que «el punto verdaderamente nuevo del contenido programático del ecologismo ... es una curiosa prosecución del análisis marxista del fetichismo de la mercancía ...».[43] Había, sin embargo, que ir mucho más lejos en esa dirección, como lo ha hecho el equipo de la revista *Actuel Marx*.[44]

¿Fue Marx ajeno al pensamiento ecológico? Sin duda no.

- *Manuscritos* de 1844: «La naturaleza es el cuerpo no orgánico del hombre; que el hombre vive de la naturaleza significa que la naturaleza es su cuerpo, con el que debe mantener una interacción constante para no morir».
- *Crítica del programa de Gotha*: «El trabajo no constituye la fuente única de toda riqueza, la naturaleza es tan fuente de los valores de uso [los cuales son, hay que decirlo, la riqueza real] como lo es el trabajo, el cual no es, en sí mismo, más que la expresión de una fuerza natural, la fuerza natural del hombre».
- *La ideología alemana*: «La condición básica de toda historia humana es naturalmente la existencia de seres humanos vivos. No podemos, obviamente, hacer aquí un estudio profundo de la constitución física del hombre, ni de las condiciones naturales con las que los hombres se han encontrado, condiciones geológicas, orográficas, hidrográficas, climáticas y otras. [Pero] toda historia debe partir de esas bases naturales y de su modificación por la acción humana a lo largo de la historia».
- *La ideología alemana*: «La forma en que los hombres producen sus medios de existencia depende en primer lugar de la naturaleza, de los medios de existencia ya dados y que deben reproducir».
- «Papel desempeñado por el trabajo en la transición del mono al hombre» (Engels): «Así, paso a paso, nos es recordado que no gobernamos a la naturaleza como lo haría un conquistador sobre un pueblo extranjero, como si estuviésemos fuera de la naturaleza; sino que pertenecemos, con nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, a la naturaleza; y que existimos en su seno, y que todo nuestro dominio sobre ella consiste en el hecho de que tenemos, sobre todos los demás seres, la ventaja de conocer y aplicar correctamente sus leyes».
- *El capital*: «El proceso de trabajo ... es una actividad que tiene como meta la fabricación de valores de uso, y constituye la apropiación del elemento natural en función de las necesidades humanas, la condición general del metabolismo entre el hombre y la naturaleza, la condición natural eterna de la vida de los hombres».
- *El capital*, libro 1.º: «Todo progreso de la agricultura capitalista constituye no sólo un progreso en el arte de esquilmar al trabajador, sino también en el arte de esquilmar el suelo; todo progreso en el incremento de la fertilidad de éste en un período de

tiempo dado constituye al mismo tiempo un progreso en la ruina de las fuentes duraderas de esa fertilidad».

- *El capital*, libro 1.º: «La agricultura capitalista destruye a la vez la salud física de los obreros de las ciudades y la vida intelectual de los obreros agrícolas».
- Y finalmente, de nuevo *El capital*, libro 1.º: «La producción capitalista ... perturba, por una parte, el metabolismo entre el hombre y la tierra, es decir, el retorno al suelo de los componentes de éste usados por el hombre bajo forma de comida y de ropa, y por ello la eterna condición natural de una fertilidad duradera del suelo».

Ahora bien, afirman J. Bider y J. Texier, dichas citas de Marx «no son anotaciones marginales ... pues no se puede limitar Marx al análisis de la explotación capitalista. Ni, sin equivocarse, centrar exclusivamente su teoría sobre la dualidad «capital/trabajo», y sobre las contradicciones, las crisis y las perspectivas políticas conexas. Marx intenta, en efecto, hacer aparecer —y el marxismo con frecuencia ha pasado esto por alto— una segunda relación, que el capital mantiene no ya con la clase asalariada solamente, sino con el conjunto de miembros de la comunidad social, en tanto que actores promotores de sentido, ciudadanos y consumidores, usufructuarios del planeta, portadores de proyectos que van más allá de la generación presente: [Marx] intenta demostrar que la lógica productiva específica del capitalismo, polarizada por la perspectiva del beneficio, es relativamente autónoma en relación con el sentido que los actores sociales intentan dar a su existencia, [y] también lo es con las exigencias concretas de renovación de la vida humana. Un análisis tal conduce a imputar la crisis ecológica actual no a la irrupción de un factor técnico [industrial o económico], sino al capitalismo en tanto que forma social histórica concreta».[45]

Marx no profundizó en esa dirección probablemente por dos causas. La primera, porque aún no había conciencia del inmenso daño que el productivismo a ultranza, el beneficio por encima de cualquier consideración, el capitalismo salvaje al fin, estaban provocando en el entorno. La segunda, porque bastante tenían ya Marx y Engels con resistir a los ataques de todo tipo tendentes a desacreditar la tesis de la infraestructura como sector dominante y la importancia de la economía en esta última.[46] Luego el marxismo «ortodoxo» se volcaría, catastróficamente, en el prometeísmo industrializante.

Y sin embargo, la ecología, como nuevo «materialismo histórico», como ideología radicalmente anti-Sistema, se halla hoy en germen, a la espera de ser desarrollada. Primero, porque cuando surgiese en el futuro el problema de los desequilibrios ecológicos, el marxismo, por su propia idiosincrasia, tendería naturalmente a asimilarlo: como ha señalado Jacques Derrida,[47] [«no existen muchos] textos, en la tradición filosófica, quizá ninguno [excepto el manifiesto del PC y «algunas otras grandes obras de Marx»], cuya lección parezca hoy más urgente ... Sobre todo teniendo en cuenta lo que Marx y Engels dicen de [ellos mismos], de su propio envejecimiento posible y de su historicidad intrínsecamente inadvertible. ¿Qué otro pensador ha puesto más en guardia de forma tan explícita sobre esta cuestión? ¿Quién ha apelado alguna vez a la transformación de sus propias tesis, y acoge por adelantado, más allá de cualquier programador posible, la posibilidad de nuevos saberes, de nuevas técnicas, de nuevos elementos políticos?».[48]

Segundo, porque el precedente de la ecología como nuevo materialismo histórico se halla, claramente, como hemos visto, en Marx. Volvamos a J. Bider y J. Texier: «El "materialismo histórico" aparece manifiestamente como un naturalismo, como una filosofía que percibe a las sociedades en su relación con la naturaleza. El proceso social de producción, que [Marx] coloca en el centro de su programa de análisis [al considerarlo como el principio dinámico de la sociabilidad y de la cultura], él lo concibe como una relación de intercambio "metabólica" con la naturaleza. [Marx] excluye como idealista cualquier concepción que pretendiese abstraerse de esta dependencia sin cesar renovada».[49] Más aún, Marx es el primer pensador que ha recurrido al concepto ecológico de «autolimitación»: la sociedad comunista es aquella «en la que el hombre social, los productores asociados, regulan de forma racional sus intercambios con la naturaleza y los someten a su control colectivo en lugar de dejarse ciegamente dominar por ellos; y llevan a cabo esos intercambios con los menores esfuerzos posibles y en las condiciones más dignas y más adecuadas a su naturaleza humana».[50]

Varios autores, ya citados como Bider, Gorz, Seve, Galto, y otros como O'Connor, Texier, Dudos, Gallo, Benton, seguidores de la obra de Marx o emparentados, trabajan actualmente sobre cómo pasar a una segunda fase del análisis marxista, yendo más allá de donde Marx se quedó, y pasando a la fase del «ecomarxismo» o de la eco-

logía como nuevo desarrollo del materialismo histórico, con lo que, amén de disponer de un instrumento analítico y conceptual mucho más amplio que el marxismo de la primera fase, el «ecomarxismo» serviría de fundamento filosófico y científico al anti-Sistema ecosocialista.

El autor, de entre los citados, que más lejos y sistemáticamente ha ido es Ted Benton, profesor de sociología de la Universidad de Essex,[51] concretamente en un artículo titulado «Marxismo y límites naturales: crítica y reconstrucción ecológicas».[52]

Benton afirma, en primer lugar, que toda forma de vida económica y social posee un modelo y una dinámica «específicas y propias de interrelaciones en condiciones contextuales que también le son propias [recursos, fuentes de energía y consecuencias no deseadas: despilfarro o contaminación, por ejemplo]». Se trata, pues, de pasar de los límites infraestructurales —sobre todo económicos y tecnológicos— del marxismo primitivo, a un concepto más amplio de esos límites, precisamente al contexto ecológico; y de prever qué nuevas repercusiones tiene esa ampliación. Volvamos a Benton: «Toda forma de vida económica y social se comprende [pues], en los términos de sus propias condiciones y de sus propios límites contextuales específicos, [teniendo] dichas condiciones límites una importancia causal real dado que permiten todo un abanico de prácticas sociales y de proyectos humanos que sin ello no aparecerían, aun cuando se fijen fronteras y límites en cuanto a su "viabilidad". Simultáneamente, dicho reconocimiento teórico pleno y entero de los límites contextuales, incluyendo en éstos las condiciones y límites naturales, abre otras vías a la conceptualización de la relación entre estrategias de emancipación y límites naturales».

En otras palabras, hay que ampliar la idea de límites teniendo en cuenta la relación ecológica con la naturaleza. La cual plantea nuevos límites, si bien éstos y los anteriores deben ser vinculados estrechamente a prácticas sociales y culturales específicas.[53] Más claramente, cada Sistema tendría sus propios límites, y la revolución puede consistir en cómo trascender estos límites y alcanzar otros: «[Cómo] lo que constituye un auténtico límite para tal forma de articulación naturaleza/sociedad puede no constituir límite alguno para tal otra..., una reorganización fundamental de la dinámica y de la interrelación de una sociedad con la naturaleza exterior puede tener como efecto trascender lo que antes era una li-

mitación natural real, dado el modo precedente de apropiación de la naturaleza».

De lo que derivan dos propuestas que ese nuevo materialismo histórico que será el ecosocialismo tendría como otros elementos básicos:

La primera, hacer una tipología de los «procesos de trabajo» teniendo en cuenta la naturaleza profundamente depredadora, también para el medio ambiente, que implica el capitalismo actual (ya que «si se considera —explica James O'Connor—[54] que la tasa de deterioro y de contaminación de la naturaleza depende de la tasa de acumulación y de la tasa de beneficios, el incremento de la tasa de explotación de la mano de obra aumentará las tasas de acumulación y de beneficio y, por ello, las de deterioro y de contaminación. Cuanto más explota el capital a la mano de obra, más explota a la naturaleza, y viceversa»).

Segunda propuesta: hay que «reconceptualizar la tipología marxista de los modos de producción como combinaciones articuladas de fuerzas y de relaciones de producción. En todos los casos, habría no solamente que especificar los aspectos sociorrelacionales de cada modo y la estructura intencional del proceso de trabajo, sino también añadir a lo anterior una caracterización no intencional de las condiciones contextuales de "soportabilidad" y de las consecuencias eventuales, no deseadas, que podrían engendrar. Habría que pensar, de alguna manera, cada modo como la ilustración de una forma específica de interacción naturaleza/sociedad y como poseedor de un "nicho" ecológico diferente. Cada modo debe ser conceptualizado según sus límites específicos, según sus propias fronteras, y según las crisis ecológicas eventuales y las formas de conflictos sociales ligados al entorno que puede engendrar».

Pero ¿por qué luchar, pues? Porque cuando «la alienación humana es correlativa de la separación forzada [del hombre] con la naturaleza»,[55] y la característica «más específica y más peligrosa de la crisis ecológica contemporánea [es] su mundialización»,[56] como «el capital se destruye a sí mismo al aumentar los costes en el ámbito sanitario, en el educativo y en el de la protección social, de los transportes urbanos y de los alquileres individuales o comerciales, y en el de la extracción de los «elementos de capital variable y constante» de la naturaleza,[57] ello terminará acabando con el Sistema.

Este es el camino hacia un «materialismo histórico verde», tanto más necesario desde la óptica de la lucha anti-Sistema cuanto que, como explica A. Gorz: «Ya no hay frente central en el cual la victoria decisiva se pueda obtener mediante enfrentamiento de clase»; pero está claro que, estando el frente «en todas partes, ya que el capital ejerce su poder en todos los ámbitos de la vida, la ecología es el nuevo frente»;[58] y quizá el decisivo.

Notas

1. Autor: Pierre Billard, *Le Point*, n.° 312.
2. *Le Point* n.° 250 del 4 de julio de 1977, París.
3. Ya hemos dado aquí bastante bibliografía sobre el tema. Se pueden consultar también las obras siguientes: *Comisión del PSOE del programa 2000*: tomo sobre la *Evolución y crisis de las ideologías de izquierda*, Madrid, 1988; y de R. Cotarelo, «Socialismo y fin del comunismo», en la revista *El basilisco*, Oviedo, 1991.
4. No se puede decir lo mismo de la idea comunista, pues como dicen los versos: «No se refuta un sueño. Ni se ríe uno de él. El sueño es algo honroso. Sin él nos volveríamos locos». Y el sueño comunista y la experiencia soviética tuvieron, a medida que pasaban los años, cada vez menos que ver el uno con el otro.
5. Véase al respecto el capítulo titulado «Los malditos de la tierra», en mi libro ya citado *El sueño eurosiberiano*.
6. Véase su magnífico artículo titulado «Sur les (pretendues) sorties du (pretendu) communisme en Europe», en *Logiques du capitalisme*, revista *Lignes*.
7. En «Le rêve irrefutable», revista *Le Nouvel Observateur*, París.
8. Véase de Serge Maury: «Le PS paye pour ce qu'il na pas fait». *L'Événement du Jeudi*, del 31 de marzo de 1993.
9. En su obra *La reconstrucción del materialismo histórico*, Madrid, 1987, Jürgen Habermas propone una visión más matizada del marxismo, centrada en las siguientes inteligentes constataciones: 1.° El marxismo bien interpretado no tiene por qué llevar a una linealidad, necesidad, continuidad o inflexibilidad de la historia. Se sabe que Marx dibujó los «modos de producción» secuencialmente (primitivo, antiguo, feudal, capitalista, socialista y asiático); pero, también, hoy, que muchos caminos pueden conducir a un mismo nivel de desarrollo; es más: los desarrollos unilineales son tanto más inverosímiles cuanto más numerosas son las unidades evolutivas: desde un punto se puede llegar, pero también desde otro, y de manera diferente. 2.° Tampoco existe garantía de desarrollos ininterrumpidos. Si acudimos a Mario Bunge (en *El marxismo hoy*; obra colectiva *Cien años después de Marx*, Madrid, 1985, compilador: Ramón Reyes), podemos desarrollar esta idea de Habermas: la tesis significa que toda cosa está compuesta por dos, que se oponen entre sí, pero es fácil mostrar la existencia de objetos materiales simples, tales como el electrón, el neutrino y el fotón. Si, en cambio, se trata de propiedades contrapuestas, la tesis no se entiende, o bien si es inteligible, también es falsa, ya que no es verdad que toda cosa sea, a la vez, pequeña y grande, valiosa e inútil, etcétera. Queda la posibilidad de que el famoso principio

se refiera a procesos opuestos. Pero esto no es posible tratándose de cosas simples, y tampoco vale para todas las cosas complejas. Lo que sí es cierto es que algunos sistemas están compuestos de cosas o procesos que se oponen entre sí en algunos aspectos. Por ejemplo, un átomo está compuesto por un núcleo cargado positivamente y rodeado por un cortejo de electrones cargados negativamente. Pero, en estas condiciones, no se produce cambio cualitativo alguno: el átomo, en estado estacionario, no cambia. Para que se produzca un cambio cualitativo, el átomo debe dejar de ser una «unidad de opuestos». Por ejemplo, debe perder, o ganar, un electrón o un núcleo. O sea, la llamada contradicción, lejos de ser fuente de todo cambio cualitativo... es, en este caso, garantía de estabilidad... En resumen, es verdad que algunos sistemas están compuestos por componentes mutuamente opuestos en algún aspecto, pero esta oposición puede generar estabilidad en algunos casos, e inestabilidad en otros. Dicho de otra manera, una sociedad puede producir estructuras nuevas o estancarse. 3.° También son posibles retrocesos en la evolución. 4.° No siempre la complejidad creciente es garantía del mantenimiento de la existencia de una sociedad. Sociedades muy complejas pueden involucionar perfectamente. No siempre, por cierto, complejidad creciente implica niveles superiores. 5.° No es que la infraestructura determine: limita; y la dependencia de la superestructura, en relación con la infraestructura no siempre es tan fuerte; lo es cuando cambia la infraestructura y, si no, hay una posibilidad de oscilación o de independencia. 6.° Finalmente, cabe inversión de papeles de un hecho social: «Un fenómeno, ya sea de carácter económico, ideológico, y de otro tipo, puede pesar, en muchas ocasiones, como superestructura y en otras como infraestructura».

10. Véase de Edgar Morin, «La pensée socialiste en ruine», *Le Monde,* 21 de abril de 1993.

11. Véase *Los miserables*. Citado por Jean Marie-Domenech en *Approcher de la modernité*, París, 1990. Véase también de Jean Daniel, Laurente Joffuin, Blandine Kriegel y Pierre Bouretz: «Peut-on encore croire au progrés?», en *Le Nouvel Observateur*.

12. Número especial de *L'Éxpress*, octubre de 1991.

13. Véase su artículo «Voilà le temps des Franc-Tireurs», *Le Nouvel Observateur*.

14. Declaración de Tony Blair recogida en el artículo de Laurent Recchini, «Tony Blair, le "grand modernisateur du labour"», *Le Monde*, 20 de febrero de 1993.

15. O sea, música celestial...

16. Véase al respecto, de Thomas Ferenzi, «Après Marx, qui?», *Le Monde*. Interesa además la bibliografía citada al término del artículo citado: Edgar Morin, «El método», y, también, *Arguments pour une méthode*, París, 1990; John Rawl, *Theorie de la justice*, París, 1987, y *Individu et justice sociale*, París, 1988; Jürgen Habermas, *Theorie de l'agir communicationnel*, París, 1987.

17. Sobre esta interesante corriente se consultaran con provecho, de J. P. Chevenement: *Une certaine idée de la république m'améne à...*, París, 1992; e «Inventer une autre Europe», *Le Monde*, 9 de julio de 1992.

18. Roy Medvedev, historiador prestigioso, publicó, en 1972 y en el extranjero, una obra, ya célebre, titulada *Democracia socialista*, en la que proponía enmendar la marcha del PCUS y de la URSS desde dentro. Sancionado y, luego, rehabilitado por Gorbachov, Medvedev fue el gran vaticinador, desde dentro del Sistema soviético, del mal destino futuro de la URSS.

19. Véase en *L'Humanité* del 31 de enero de 1994, «L'integrale des documents adoptes par le 28.° Congrés du PCF: le manifeste, le programme, les status»; así como las intervenciones de Georges Marchais y de Robert Hue...

20. París, respectivamente: 1991 y 1990.

21. Amén de miembro del buro-político del PCF.

22. Véanse las páginas 173 ss.; *op. cit.*

23. Jean Kanapa: *El movimiento comunista internacional ayer y hoy*, París, 1977

24. J. Seve añade que «en los modelos soviéticos» la propiedad de bienes de producción «se ha identificado con la gestión burocrática; ha desplazado, en lugar de abolir, el foso entre productores directos y medios de producción, y ha fracasado inevitablemente en la concreción de las promesas del socialismo»; la otra gran característica del socialismo, «el poder político a los trabajadores, de los que la clase obrera constituye la fuerza dominante», ha desembocado en «el ejercicio del poder de la clase obrera, en su nombre y lugar, por una capa dirigente, reforzandose así la dominación del que decide sobre el que ejecuta y, de nuevo, desembocando en una traición de las promesas del socialismo». Aquí también hay que dar paso, respectivamente, a unas reivindicaciones de «autogestión y de democracia integral».

25. *Op. cit.*, pp. 97 ss.

26. Véase de Gravelle, *El estado natural*, París, 1894.

27. Sobre la raíz izquierdo-anarquista no hay duda. Refiriéndose al movimiento «saturniano» y a los grupos «salvagistas», así como al periódico *L'Âge D'or*, en el que se publicó el programa antes transcrito aquí, escriben G. Mangredonia y R. Girardet que: «Estos grupos parecen haber permanecido estrechamente minoritarios en el seno del movimiento anarquista francés». *Op. cit.*, p. 201. En Francia, como señala Jean Claude Guillebaud, «en lo esencial la historia del movimiento ecológico se confunde con la de la ultraizquierda antiestalinista: situacionismo, *Charlie Hebdo*, *La gueule ouverte*, *Le sauvage*, Creys-Malville, Larzac, Reiser, Cabu, René Dumont, Fournier, etc. Una constelación de sensibilidades difícilmente acusable de "complacencias reaccionarias"» (en «La pensée verte est-elle mûre?», *Le Nouvel Observateur*, París). En Alemania, mismo esquema. El movimiento, hoy, se ha extendido a toda Europa y a Estados Unidos.

28. La palabra ecología aparece, por vez primera en 1866, en pluma del darwiniano Ernst Haeckel.

29. *Op. cit.*

30. *Op. cit.*

31. Véase el número especial de *Nouvel Observateur* n.º 1: «Demain la terre», p. 16.

32. Véase, de Luc Ferry: *Le nouvel ordre ecologique*, París, 1992. Véase también de M. Winock: «L'Écologie contre la democratie», en *L'Événemente du Jeudi*, 7 de octubre de 1992.

33. La juventud del movimiento ecologista actual implica: *a*) una estructuración organizativa débil; *b*) además, son partidos de electores organizados sobre la base de la democracia asamblearia (principio de votación), lo que hace su fuerza, pero también, a veces, su debilidad; *c*) unidad precaria obvia; *d*) falta de una base social específica y cohesionada; *e*) son partidos muy pequeños en cuanto a implantación territorial y sectorial; *f*) su ideología está aún en evolución, como veremos, en primer lugar por el acelerado cambio estructural a que están sometidas las sociedades industriales maduras, por la ecologización aparente de dichas sociedades, y por la necesidad de definir el modelo de partido (como pasar de los verdes como grupo de presión social a un partido con estrategia y capacidad para ejercer el poder). Algunos autores cuestionan también lo negativo de cierta arrogancia de partido joven, puro y duro, que ha llevado a los partidos ecologistas a no enfocar adecuadamente su política de alianzas y coaliciones (por ejemplo, en el caso de Alemania, las «coaliciones negativas»).

34. *Op. cit.*

35. Jean Claude Gillebaud, *op. cit.*, p. 18.

36. Véase su artículo «Un renouvellement radical», en *Le Monde des debats*, de abril de 1993.

37. Véase su libro *Metamorfosis del trabajo*, Madrid, 1995.

38. Véase su libro *Los verdes y la economía*.

39. Véase su último libro titulado *Berlin, Bagdad, Rio*, París, 1992.

40. Como escribe A. Gorz (en «L'Écologie politique entre l'expertocratie et l'autolimitation», en *L'Écologie, ce materialisme historique*, revista *Actuel Marx*, n.° 12, París, 1993): «La política ecosocial consiste principalmente en hacer independiente de la duración del trabajo (la cual sólo puede decrecer) y, eventualmente, del trabajo mismo, la garantía de esa renta suficiente; en redistribuir el trabajo socialmente necesario de manera que todos puedan trabajar y trabajar a la vez mejor y menos; en crear espacios de autonomía en los cuales el tiempo liberado de trabajo pueda ser utilizado por los individuos en actividades de su gusto, incluidas las autoproducciones de bienes y servicios que reducirían su dependencia del mercado ... Y les permitirán reconstruir un tejido de solidaridades y de socialidades vividas, hecho de redes de ayuda mutua, de intercambio de servicios, y de cooperativas informales».

41. A. Touraine, «Une mutation politique», en el n.° especial sobre ecología, ya citado, de *Nouvel Observateur*.

Bibliografía consultable sobre el ecosocialismo: Cornelius Cartoriadis y Daniel Conn-Bendit, *De l'écologie a l'autonomie*, París, 1981; Jacques Ellul, *La technique*, París, 1990; Joan Martínez Alier y Klaus Schlupman, *La ecología y la economía*, México, 1992; Santiago R. Olivier, *Ecología y subdesarrollo en América Latina*, Madrid, 1981; Jean Paul Deleage, *Histoire de l'écologie*, París, 1992; P. Alphandery *et al.*, *L'équivoque écologique*, París, 1992; Raymond Pronier, *Generation Verte*, París, 1992; Roger Cans, *Tous verts: la surenchere écologique*, París, 1992; Douglas R. Winer, *Models of nature...*, Nueva York, 1988; Luc Ferry, *Le nouvel ordre écologique*, París, 1992; E. G. Hutchinson, *The ecological theater and the evolutionnary play*, Yale, 1965; Niclas Georgesau-Roegen *et al.*, *Demain la decroissance*, París, 1979; Rachel Carlson, *Le printemps silencieux*, París, 1968; A. Gorz, *Capitalisme, socialisme, écologie*, París, 1991; François Guery, *La societé industrielle et ses ennemis*, París, 1989; Donald Inglehart, *The silent revolution*, Princeton, 1977; Alain Lipietz, *Vert esperance*, París, 1993; P. Van, París, y Franck de Roose, *La pensée écologiste*, Berlín, 1991; Dominique Allan Michaud, *L'avenir de la societé alternative*, París, 1989; Felix Guattari, *Les trois écologies*, París, 1991. P. Juquin *et al.*, *Pour une alternative verte en Europe*, París, 1990; Sylvier Meyer, *Parti pris pour l'écologie*, París, 1990.

42. Véase de Jean Daniel, «L'utopie ou la mort», en n.° especial sobre ecología de *Le Nouvel Observateur*, ya citado.

43. *Op. cit.*, p. 389: «El nuevo paradigma político».

44. Véase el número 12, julio de 1992, titulado «L'écologie, ce materialisme historique».

45. *Actuel Marx*, pp. 8 ss.

46. Reveladora de las presiones que sufrió el marxismo inicial es la afirmación de Engels según la cual nunca entendieron, él y Marx, que la infraestructura fuera puramente económica, ni que no hubiese acción, y decisiva, de la estructura y de la superestructura; como recoge Marx Gallo (en «Manifeste pour une fin de siecle obscure», *op. cit.*): «Ciertamente, [Marx] dice que "en última instancia" son "la producción y la reproducción de la vida real" los factores determinantes en la historia. Pero Engels precisa: "Ni Marx ni yo hemos afirmado nada más. Si, después, alguien tortura esta proposición para hacerle decir que el factor económico es el único determinante, la transforma en una frase vacía, abstracta, absurda».

47. En *Spectres de Marx*, París, 1992.

48. Véase también, de Jorge Verstrynge, el «Proyecto docente», presentado al concurso-oposición para la provisión de una plaza de profesor titular de universidad, área de conocimiento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de Madrid, 1993.

49. Véase *Actuel Marx*, p. 8.

50. Marx, *El capital*, libro VII, sección 7.ª, capítulo XLVIII.

51. Autor de *Philosophical foundations of the three sociologies*, *Rise and fall of structural marxism*, *Natural relations?*, Londres, respectivamente, 1977, 1984 y 1993.

52. Publicado en la *New Left Review*, Londres, diciembre de 1989, y en *Actuel Marx* ya citado aquí.

53. Lo que hacer decir a Denis Duclos que «la esencia misma del choque que representa la aparición de límites de acción sobre la naturaleza no es tanto de orden económico o social ... como de orden lógico-cultural. En cierta forma, los problemas del entorno ambiental y, especialmente, la globalización planetaria, nos obligan a reconsiderar seriamente la naturaleza de la cultura»..., en *Actuel Marx*, p. 55.

54. James O'Connor, profesor de economía y sociología de la Universidad de California. Autor de *Ecomarxismo*, Roma, 1990.

55. Peter Dickens, *Society and Nature*, H. Hempstead, 1992

56. T. Benton, *op. cit.*

57. J. O'Connor, *op. cit.*

58. En *L'écologie politique entre l'expertocratie et la limitation*, *op. cit.*

6

El sistema mundial (romper el cerrojo)

Sólo cuenta la revuelta; cura la ira, y el odio.

Roger NIMIER, *Les Épées*, 1948

Vladimir Ilich Ulianov, alias Lenin, había acertado: la traslación hacia fuera de la sobreexplotación del proletariado europeo había rebajado la tensión social; pero, en cambio, el imperialismo exacerbaría la rivalidad de las burguesías nacionales hasta llevarlas a la guerra; lo cual no sólo socializaría las mentes, sino que llevaría a los países a una tensión tan insoportable que provocaría la revolución... y la crisis final del capitalismo. Y, en efecto, en 1917 los contendientes zozobraron todos. En 1918 la revolución se extendía por Rusia, Alemania, Hungría, y desaparecían imperios enteros: el alemán, el austro-húngaro, el otomano, el ruso; en 1919 había nacido la URSS... La «crisis final» se demoró hasta el 29, pero llegó.[1]

El Sistema no había visto venir nada: ni la Revolución de Octubre, ni el *crash* de Wall Street, ni nada. Pero reaccionó pronto, y nacieron el fascismo, para las emergencias y para el «enemigo comunista» exterior; y el keynesianismo para el medio plazo, y para el movimiento obrero interior. El problema estribó en que el fascismo no sólo puso en cuestión al contramodelo, sino que, en pago por sus servicios, pidió un nuevo reparto del mundo y la paridad entre el ya establecido liderazgo marítimo anglosajón y el nuevo germano-continental.

Y volvió a tener razón Lenin: después de 1945 siguen cayendo imperios (el alemán por segunda vez, el francés, el británico), y las «revoluciones nacionales y populares» se extienden por Europa Central y el Próximo y Extremo Oriente. El régimen soviético, en definitiva el objetivo que más claramente se señalaba como a abatir desde la década de los veinte, salió triunfante de la contienda, con un prestigio internacional inmenso, y ofreciendo, a diestro y siniestro, victorias políticas, económicas y, pronto, tecnológicas. El movimiento de expansión no avanzó más porque durante un tiempo los anglosajones tuvieron el monopolio del armamento nuclear.

Imposibilitado para llevar a cabo la presión suficiente para devolver los soviéticos a sus fronteras de 1939, habida cuenta el formidable poder militar convencional de la *Rote Armée* y el acceso de la URSS también al poderío nuclear, el Sistema optó por organizarse para una rivalidad a más largo plazo. Y ello en tres direcciones: hacia el este, o sea, frente a la URSS; hacia dentro, o sea, frente a sus clases obreras; y en la organización de sus anillos concéntricos (los aliados y sicarios de los anglosajones).

En otras palabras, aplicación sistemática de la política del cerco al anti-Sistema soviético (antaño llamada «del cordón sanitario», ahora de los «tres anillos», peninsular, insular próximo e insular lejano) y carrera armamentística; más la reconstrucción, más la política económica keynesiana de expansión de la demanda, aprovechando además los avances tecnológicos producidos por la guerra; y nacimiento de organizaciones que permitiesen, desde un centro de gravedad del sistema (trasladado al otro lado del mar tanto por el entonces creciente peso económico y financiero de Estados Unidos como por alejarlo de la nueva potencia continental), sujetar a los aliados, económicamente (a través de los acuerdos de Bretton Woods, del plan Marshall, y luego del FMI, Banco Mundial, etc., siempre con la aceptación básica del dólar como única moneda realmente dominante) y militarmente (la OTAN, la OTASE, el CENTO, etc., permitían no sólo la presencia física militar en «las dos riberas opuestas a las de la potencia mundial de carácter marítimo», sino también en el territorio de los aliados más expuestos y/o más problemáticos).

No se trata aquí de reescribir la historia contemporánea. Saltemos, pues, a la actualidad para ver cómo se configura hoy la dialéctica descrita nacida en 1945.

¿Nuevo orden mundial? ¿Nuevo caos mundial? Importa poco pues, como señala Elman Altvater, refiriéndose al «nuevo (des)orden mundial», el orden «es el reverso del caos, y viceversa ... Por tanto, la idea del "orden de un solo mundo" es una ilusión; sólo hay medio orden mundial, y en la otra unidad hay lo contrario, desorden y caos»;[2] o, como diría S. Amir, «el imperio del caos».[3]

Veamos pues, primero, el «medio mundo ordenado»; y después, «el otro». Y ¿cuáles son, en el medio mundo ordenado, los factores de orden y los de desorden? ¿Cuáles son las medidas de protección del sistema? En primerísimo lugar, «sería» el monopolio de la guerra, y el obligar a lo que no es el centro del Sistema a limitarse a esa «guerra de baja intensidad» que es la guerra económica. Nos extenderemos sobre este punto, pues es esencial.

La doctrina oficial sobre la era militar nuclear es la siguiente:[4] la bomba atómica (y variantes) constituye la culminación de un proceso que arranca del siglo XVIII y que conduce a la sustitución de las guerras dinásticas por las de carácter nacional e ideológico. En efecto, el advenimiento de la «nación en armas»[5] condujo a la valorización y compromiso creciente de la retaguardia del frente, esencialmente compuesta por civiles, por ciudadanos. Lo cual llevó al desarrollo de la aviación para que la capacidad de destrucción alcanzase también a esas retaguardias, siendo el armamento nuclear el más útil para dicha destrucción, pues su capacidad destructiva es masiva (Hirosima y Nagasaki, 100.000 muertos entre ambas), pero con poco coste económico y humano (dos aviones, uno para cada ciudad nipona; bombardeo de terror de Dresden en 1945: aproximadamente 1.000 bombarderos, para cifras similares de muertos). Mayor sofisticación aún: el cohete dirigido, que no tiene ni equipaje: desechable tras su uso...

Todo ello —armamento nuclear y misiles con tan gran poder de destrucción— llevaba implícito que había que parir, tras 1945, una nueva estrategia, la nuclear, que iba a llevar latente la idea de, mediante la disuasión, aprovechar la existencia de una capacidad para hacer un daño absoluto al adversario de manera que no se produjera ninguno en definitiva. Surge entonces la posibilidad de erradicación de la guerra. O sea, que si la bomba implica una capacidad inaudita de destrucción, además instantánea (por la velocidad y alcance de los vectores portadores) e inerradicable (los vectores portadores de las bombas son muy fáciles de proteger), siendo las pobla-

ciones el blanco principal, se pasa del axioma de Pascal (según el cual la guerra es la asunción de un riesgo limitado en una apuesta rentable) a que nos hallamos ante un riesgo infinito por una apuesta de beneficios muy limitados (lo más que se puede obtener es el control del territorio del adversario, que previamente habremos calcinado).

Pregunta: pero, si la guerra nuclear es imposible, ¿por qué no pensar que caben guerras convencionales, incluso mundiales, en las que no se usaría, a pesar de su existencia, el arma nuclear? Pues porque, dice la teoría oficial, la bomba existe y sería con toda seguridad utilizada, tarde o temprano, en virtud de una ley universal de la guerra llamada «ley de ascenso a los extremos», según la cual, en una contienda, los adversarios tienden a utilizar, progresivamente, armas cada vez más mortíferas, hasta usar todo lo que tienen de más destructivo...

Siempre según la doctrina oficial, el camino se halla, pues, expedito para, si no la paz, al menos la situación de no-guerra, y sobre todo para la sustitución de la guerra por la competencia y rivalidad económicas y comerciales. Teoría que viene en línea recta de la utilidad que los anglosajones otorgan al comercio entre las naciones, y de una tradición histórica arraigada en la política exterior norteamericana,[6] y que sería desarrollada sobre la base de tres postulados más: *a*) la amenaza nuclear debe ser tanto más creíble cuanto que, al equivaler también su uso a la autoinmolación, nadie se cree que se busque el suicidio propio. En otras palabras, el tránsito directo, desde el uso del tanque al de la bomba, no es creíble, y se debe ir entonces a la amenaza de respuesta gradual (entiéndase, gradual hacia los extremos); es decir, al uso de armas nucleares tácticas (empezar defendiendo Murcia puede perfectamente liar las cosas hasta poner en juego Madrid, pasito a pasito); *b*) la disuasión nuclear no debía cubrir sólo al país poseedor de la bomba, sino también a sus aliados más importantes (quien atacaba a los aliados, atacaba también a la cabeza de la coalición).

¿Quién iba a ir entonces al suicidio? Nadie. La guerra quedaba erradicada siempre y cuando: *c*) tercer postulado, no se jugara con fuego, o sea, que se impidiera la extensión del poder nuclear a países que aún no lo poseían. A cambio, un universo en el que la irracionalidad de la guerra quedaba sustituida por la «racionalidad» de los intercambios comerciales mutuos, donde la desigualdad de peso

de los *partenaires* quedaría corregida por esas nuevas convenciones armamentísticas de La Haya y de Ginebra que son el GATT y la OMC, grandes reguladores del nuevo *fair play* comercial...

Hasta aquí el «cuento de Caperucita», destinado a desalentar cualquier veleidad bélica contra el Sistema (entre otras causas porque incluso una contienda ganada por el Sistema podría acabar desequilibrando a éste). La realidad de las cosas es otra. En el interior del Sistema, los anglosajones se habían quedado con la exclusiva del poder militar nuclear (excepto los casos francés, luego veremos por qué; Israel por razones obvias; y, hoy, también ruso, ya que Rusia se halla integrada en el Sistema). El tratado de no proliferación prohíbe no sólo que países de fuera del Sistema, sino también de dentro, puedan acceder al poder militar total, o sea, al poder nuclear; y el argumento de que cuantos menos países lo tengan, mejor, dado que estarían tentados de aplicar la famosa «ley de ascenso a los extremos», es falaz, pues la dichosa ley no es más que una tendencia en este siglo nunca cumplida: ningún contendiente, ni en la primera ni en la segunda usaron todo su arsenal destructivo; es más, parece que, ante el desfase entre la capacidad creciente de destrucción y la menor capacidad de recuperación demográfica, sobre todo en el área del mundo desarrollado, la tendencia es a limitarse: no hubo armas bacteriológicas en la Primera Guerra Mundial, ni en la segunda,[7] pero tampoco los gases en esta última,[8] y la bomba fue usada en un teatro de operaciones donde no cabía el «argumento» (¿?) de la «solidaridad racial».

Es posible la utilización del arsenal convencional, y del nuclear táctico, sin que esto lleve al nuclear estratégico. La guerra nuclear es pues posible, sólo que se la reserva el Sistema.[9] Hoy se sabe que, con ocasión de la guerra de las Malvinas, Gran Bretaña estaba dispuesta a usar armamento nuclear contra Argentina... Más aún, la guerra nuclear se la reserva no ya el Sistema, sino el centro del Sistema. Cuando algún país más se incorpora al sistema, pues «se apechuga» con él (caso de Rusia), pero sin flecos (eliminación del poder nuclear militar de Ucrania, Kazajstán, etc.); pero la voluntad del Sistema es que bajo ningún concepto pueda repetirse el caso francés (repetimos, la excepcionalidad del caso israelí es obvia; en cuanto al poder nuclear militar británico, sólo puede usarse con permiso norteamericano) en el que la percepción, por De Gaulle, de que los anglosajones sólo utilizarían el armamento nuclear en estricta defensa propia

(teoría llamada pomposamente «de la santuarización» y que significaba que Miami valía más que París, Madrid, Roma, Viena, Praga y Berlín juntos) llevó a Francia a dotarse de una disuasión nuclear propia y a salirse de la estructura militar de la OTAN.

Y claro que hoy se privilegia la guerra económica entre potencias nucleares, no nucleares y de ambas clases, pero siempre y cuando:

a) El principal adversario pasado, Rusia, sea radicalmente debilitado.

b) Ninguno de los actuales más serios contrincantes del centro del Sistema, aun de dentro del Sistema, pueda acceder al armamento nuclear.

c) Estados Unidos no pierda su situación hegemónica...

d) ... tampoco en la guerra comercial.

e) En caso de conflicto inevitable, o simplemente deseable, hay que ir a la OK (o sea, mínimas bajas propias; «0 Killed»).

f) Hay que recurrir todo lo que se pueda, mientras se pueda, a la guerra económica.

Vayamos punto a punto.

a) Debilitamiento del mayor adversario potencial, o sea, la antigua URSS. Está siendo llevado a cabo mediante el llamado «método de la deuda» y la «puesta al paso» o «sincronización económica». El «método de la deuda» nació durante el siglo XIX y fue aplicado con éxito en América Latina y Oriente Próximo, y en África y América Latina durante el actual siglo; últimamente, ese «método» le está siendo aplicado a Rusia: consiste en hacer que el deudor se endeude imprudentemente e invierta o gaste lo prestado. Pero para devolver el préstamo al acreedor, el deudor tiene que aumentar (conforme le señala el FMI) sus exportaciones, para lo cual aplica programas de ajuste económico que son, esencialmente, programas de generación artificial de excedentes económicos que poder exportar (por ejemplo, mediante la política de los llamados «precios reales»).

Ahora bien, el endeudado exportador, ni está seguro de poder mantener los precios de venta de sus productos, ni de que el mercado internacional adquiera ese excedente de bienes, apareciendo el riesgo de paro y de ralentización de la actividad económica... Si

el deudor consigue pagar sus deudas, sale del atolladero; si no tendrá que volver a pedir prestado para pagar los plazos de aquéllas... Lo cual sólo obtendrá si aplica aún con más rigor la política de ajuste estructural propuesta por el FMI: desregulación de los mercados, austeridad fiscal, devaluaciones monetarias, descensos de los salarios, alza de los tipos de interés, privatizaciones, etcétera.

Con consecuencias tales que:

- El país endeudado (en este caso Rusia) tenderá a vender cada vez más sus materias primas para obtener ingresos inmediatos, aunque sea rompiendo precios (es decir, malvendiendo).
- Lo cual beneficiará sobre todo al extranjero (que compra esas materias primas baratas y esos bienes vendidos a bajo precio) y no a la industria rusa (la cual no podría disponer ni de esas materias primas baratas ni de esos bienes a bajo precio).
- Lo que el país deudor ingresará por esas ventas tomará inmediatamente el camino de los bancos de los países acreedores (el famoso «servicio de la deuda»).
- No sólo no se impedirá la huida de capitales (llamada «libre circulación de capitales»), sino que, de hecho, será alentada: la inquietud que genera la aparición de dificultades económicas cada vez mayores en el deudor expulsará los capitales hacia los acreedores.
- Paralelamente, se producirá una «dolarización» *de facto* de la economía: con cada devaluación del rublo (exigida por la política de ajuste del FMI), mayor será la tendencia a huir de la moneda nacional (el rublo) para refugiarse en la moneda acreedora (dólar y otras).
- Aparición del «narcocapitalismo»: en el país deudor la crisis económica incitará a comportamientos individuales y colectivos que permitan ingresos alternativos ante la desaparición (o sensible reducción) de los ingresos clásicos: droga, corrupción, ilegalidades varias... El sector «narcocapitalista» tiene como principal función permitir que una parte de los dólares pagados en concepto de servicio de la deuda vuelva al país deudor...
- Mientras los acreedores recuperan su dinero (y ello les hace la espera más interesante) pueden participar en la invasión del país deudor por productos de los países acreedores (pues, siempre, el FMI y el G7 exigen la liberalización de las importaciones) y en la compra de las privatizaciones, comprando las más interesantes y a buen

precio (dado que la multiplicidad de empresas privatizadas en oferta baja el precio de venta). Habitualmente ello acentúa el deterioro económico, pues las privatizaciones suelen acarrear más despidos.

- Si se ve que el país deudor puede «quebrar», para evitar que suspenda el pago de la deuda, se le pedirán garantías físicas (caso del petróleo mexicano) o financieras (caso de las aduanas otomanas), u otras (determinados compromisos de desarme, o de no rearme, o de realineamiento en política exterior en el caso de Rusia...).[10]

b) Ningún contrincante potencial no nuclear podrá en principio, y mientras no cambien las cosas, acceder al poder nuclear: es el caso de Alemania y Japón, a los que no les debe caber ni en la imaginación llegar, por sí solos, al poder militar nuclear. Alemania accederá algún día vía Francia y una Europa unida, y Japón quizá cuando se acerque a China; pero ni Estados Unidos ni Gran Bretaña (ni, por cierto, Rusia) le facilitarán nunca el camino: quien posee la bomba la guarda para sí, pues esta es, hoy por hoy, la única garantía real de independencia y de soberanía nacional...

c) Aun cuando se generalice la práctica de la guerra económica, Estados Unidos no debe perder su hegemonía mundial, de manera que pueda utilizar su poder militar para mantener su preeminencia económica (financiera y comercial), energética y, por supuesto, política. Son conocidos respecto a esta cuestión dos documentos del Pentágono, ambos revelados por el *International Herald Tribune* y el *New York Times*[11] y nombrados informes Wolfowitz y Jeremia,[12] apellidos de sus coordinadores.

Comencemos por el informe Wolfowitz: contiene las instrucciones pertinentes para «asegurar a los Estados Unidos el mantenimiento del estatus de única superpotencia adquirido tras el derrumbamiento del ex bando soviético. Dicha posición hegemónica debe ser preservada frente a cualquier intento de puesta en entredicho por la vía del surgimiento de otros centros fuertes de poder en cualquier parte del mundo». El informe precisa que se «debe convencer a los eventuales rivales de que no necesitan aspirar a desempeñar un papel mayor [que el que actualmente tienen] ... Debemos actuar para impedir el surgimiento de un sistema de seguridad exclusivamente europeo que pudiera desestabilizar la OTAN», mientras constituye una importante (aunque «poco visible») victoria la «integra-

ción de Alemania y Japón en un sistema de seguridad colectiva dirigido por Estados Unidos».

Ciertamente, el papel de potencia hegemónica única se debe mantener gracias «a un comportamiento constructivo» por parte de Estados Unidos,[13] pero también gracias «a una fuerza militar suficiente para desviar a cualquier nación o grupo de naciones de [la idea de] desafiar la supremacía de los Estados Unidos ... E incluso de aspirar a un papel regional o global mayor». El informe pasa después a exponer eventuales teatros de operaciones (sobre todo en Europa y Oriente Próximo), porque Estados Unidos no debe reducir excesivamente su presencia fuera de sus fronteras; y afirma que son preferibles intervenciones colectivas (por ejemplo, en el marco de la ONU), pero como el orden internacional lo garantiza, en definitiva, Estados Unidos, ellos deben colocarse en situación de actuar en solitario cuando una acción colectiva no sea posible ...». El informe Jeremia, más técnico, no hace sino confirmar lo ya expuesto, aunque revela el interés prioritario de Estados Unidos también en Oriente Próximo, de manera que sume al control del petróleo del continente americano y del Pacífico, el de los emiratos del Golfo y Arabia Saudí (sin embargo, en virtud de Yalta, Oriente Próximo pertenece al área de influencia europea, y no norteamericana).[14]

d) Estados Unidos mantendrá su liderazgo hegemónico también en la guerra económica: último botón de muestra, los acontecimientos monetarios de finales de febrero-principios de marzo de 1995, durante los cuales el dólar fue dejado caer libremente para favorecer una nueva fase de «crecimiento orientado hacia la exportación», desestabilizando al franco francés, a la peseta, a la lira y a la corona sueca.

e) Conflictos militares de «0 Killed» (OK): cero muertos. En todo caso, las intervenciones deberán ser rápidas, quirúrgicas, y, tanto en razón de la opinión pública como de la demografía, constituir «guerras de cero muertos» para Estados Unidos.[15]

f) La guerra económica será, pues, privilegiada para evitar que potencias alternativas puedan ir pensando en la eventualidad de guerras de alta intensidad, lo que les obligaría a dotarse de los medios militares necesarios, que, a su vez, podría repercutir negativamente en el carácter de potencia militar hegemónica única de Estados Unidos. Dicho de otra forma, fijadas «definitivamente» las relaciones de fuerza (favorables al Sistema, y dentro de éste, al centro del

mismo), éstas sólo se podrían modificar parcialmente, y, en todo caso, solamente por la vía de esa nueva ritualización de la agresión colectiva que sería la rivalidad económica. La fuerza militar no queda excluida: queda latente, dentro del Sistema para impedir que se cuestione el carácter central, nuclear, del poder anglosajón; y será manifiesta, hacia fuera, es decir, se usará para disciplinar o doblegar rebeliones de las periferias. A su vez, la guerra económica será privilegiada, pero también debidamente «regulada» con el mismo fin de mantenimiento de la actual jerarquía internacional...[16]

Pero el Sistema ha establecido, además del monopolio de la fuerza y la ritualización económica de la agresión, más cortafuegos, más medidas de protección; por ejemplo, en las relaciones entre los países del centro y los de la periferia del Sistema, no «partir la cuerda», incluyendo recomendación de medidas para evitar rebeliones, sobresaltos o puestas en cuestión del *statu quo*. También concertaciones periódicas, entre los países del centro del Sistema, para el análisis de la situación y la toma de medidas comunes para resolver los problemas; como explica Francette Lazard, «los medios dirigentes del Sistema capitalista toman la medida de los riesgos. Por vez primera intentan organizar las condiciones de perpetuación de su Sistema. Estrategias de adaptación a largo plazo son estudiadas y progresivamente puestas en marcha en todos los grandes países capitalistas».[17]

Además, se procede a la descalificación sistemática de toda ideología revolucionaria; volvamos a Francette Lazard: «Y he aquí que el conservadurismo habría cambiado de bando. Ahora serían arcaicos los que persisten en desear cambiar la sociedad y contestar las normas de un capitalismo cuyo orden se impondría con la fuerza de una coacción natural. La modernidad, el movimiento, el progreso, residirían así en el abandono de las viejas utopías revolucionarias. La ilusión seudocientífica de Marx constituiría la matriz de todas las regresiones totalitarias. Así, tan sólo el capitalismo podría introducir con soltura a los pueblos en el camino de la eficacia, del mercado y de la democracia. Éramos revolucionarios con el cuchillo entre los dientes. Henos aquí vestidos con una mortaja, tristes y pobres, encargados de la conservación de esos crematorios del siglo donde estarían terminando de quedar reducidos a cenizas los mitos mortíferos de la lucha de clases, del comunismo y de la revolución. [Además] hacia mediados de los años ochenta se incrementó la presión. Ahora alcanza un punto culminante. Como si, fuera de la sal-

vación que da la modernidad capitalista, no hubiese más vía que el infierno totalitario. Como si no hubiese otra alternativa que la del repliegue estaliniano o la del abandono socialdemócrata».

Más aún: como explican los ideólogos del Sistema, ya no hay más ideologías, sino un nuevo orden donde queda claro, ya para siempre, quiénes mandan y quiénes no; y sobre todo, no hay problemas que no sean tratables, pactables, regulables, transaccionables y evacuables a través del interés y de la utilidad bien entendidos de las partes... Fuera, pues, cualquier voluntad, cualquier entusiasmo posible que pretendiesen cambiar radicalmente, de raíz, las cosas. Competitividad, rivalidad, negociación, consenso, a lo sumo guerra económica o, más recatada aún, estrictamente comercial: esos son ya los términos de la lucha política dictados por el Sistema.

Todo esto ¿con qué resultados? ¿Le sirve realmente al Sistema, en su voluntad de perpetuación, todo esto? Sea porque haya «ciclos en movimientos sociales»[18] o movimientos pendulares en el ascenso-descenso de las potencias militares y económicas, todo es movimiento, potenciales cambios, alternancia y puesta en cuestión y, por lo tanto, como explica Pierre Hassner, «la larga paz ... sólo ha concernido al mundo desarrollado y a las relaciones Este-Oeste ... En cuanto al carácter multipolar, siempre ha existido, pues la bipolaridad sólo reinó realmente en Europa, y el conflicto sinosoviético y el gaullismo introdujeron el policentrismo en el Este y en el Oeste ya desde el final de los años cincuenta».

Más aún: «Lo nuevo no es la cifra de autores, sino la variedad de sus naturalezas y de su identidad, y de sus relaciones ... Es como un juego de ajedrez en el que las torres se transformaran en reinas, algunas figuras desapareciesen y se fundiesen unas en otras .... La anarquía y el desmembramiento constituyen el fenómeno esencial y ponen en cuestión el cálculo de fuerzas e incluso la noción de poderío».[19]

Hemos visto cómo se refuerza el Sistema; veamos cómo, simultáneamente, se debilita. Primero, las consecuencias no previstas de la ritualización de la agresión que constituye la guerra económica. Ya dijo Saddam Hussein que «la guerra militar mata los pueblos, desangrándolos, y la guerra económica privándoles de la posibilidad de una vida finalmente mejor».[20] Lo mismo opina F. Lazard: la guerra económica se está transformando rápidamente, «ya, en la más mortífera de todas las guerras de la historia, la más cargada de sufrimien-

to humano. Y su coste financiero se está transformando en desorbitado, con sus depredadores y sus tesoros de guerra de un nuevo tipo. Hasta el punto de que, a pesar del progreso fulminante de la eficacia de las nuevas tecnologías, faltan cruelmente recursos para responder a las exigencias del desarrollo».[21]

El recurso a la guerra económica, aparentemente destinado a evitar al Sistema una desestabilización bélica de imprevisibles consecuencias (como se ha visto en la historia del siglo), puede provocar, de hecho, desestabilizaciones aún mayores. No es ya el abuso de las manipulaciones de todo tipo: las del valor de las monedas, como arma básica en dicha guerra, pueden llegar (véase la ecuación pánico de los gestores de los fondos de pensiones norteamericanos por sus inversiones en México; derrumbamiento de la bolsa mexicana y del peso; la caída de la cotización del dólar, además inducida por el deseo de favorecer las exportaciones de Estados Unidos; la movida monetaria en Europa; el reajuste de la peseta y del escudo) a provocar auténticos maremotos económicos; es que, como explica Petrella,[22] la guerra económica «sólo es buena para una parte ínfima de la población mundial. Para los demás, sus consecuencias son perniciosas y sus daños considerables. Primero, sacraliza aquello de que sólo la "verdad" mercantilista es cierta —la competitividad es el principio de exclusión: todo el mundo está invitado a cenar, pero sólo un puñadito de individuos, de grupos, de regiones o de países (aquellos capaces de alcanzar la gracia siendo más competitivos que los demás) lograrán, efectiva y legítimamente, acceso a la mesa—. Ironía de "la lógica de las cosas": cuanto más aumente la competitividad, la exclusión, reduciendo la cifra de actores presentes en los mercados, más pierden esos mercados su carácter concurrencial, es decir, que se evitará que la competitividad sea una modalidad del comportamiento posible de los agentes económicos. [Pero] la exclusión no se limita a las empresas: golpea, más fundamentalmente, a la persona humana, a los grupos sociales. Y afecta también a países enteros, hasta a continentes (como África): bien porque no sean grandes mercados, bien porque ya no serían capaces de seguir "naturalmente" el movimiento. La competitividad socializa así el hecho de que la verdad está del lado del más fuerte tecnológicamente. Al conferir una primacía absoluta a la excelencia, legitima el mantenimiento de desigualdades estructurales entre individuos, grupos sociales, regiones, países...». Hasta que los más perjudicados se cansen...

Ello amén de que, como explica J. M. Tortosa, el Sistema tiene una contradicción insuperable, que tiende a provocar, crónicamente, desestabilización social: «Mientras a corto plazo la mayoría del beneficio requiere que se maximice el excedente que se retira del inmediato consumo de la mayoría, a largo plazo, en cambio, la producción continuada de excedente requiere una demanda masiva que sólo se puede crear mediante la distribución del excedente retirado [previamente]».[23] Ello dentro de un contexto de rivalidad cada vez mayor entre los actores económicos, pues al «cerco socialista» al sistema le está sucediendo un «cerco capitalista», asiático actualmente, en el futuro extendido a la Europa del Este y América del Sur, y que va a someter a durísima competencia sin duda al trabajador europeo y norteamericano, pero también al capital norteamericano y europeo: imagínese el lector lo que significaría la irrupción en el capitalismo puro y duro, librecambista, etc., de 1.200 millones de chinos, 700 millones de hindúes, 250 millones de indochinos, etcétera Algo tanto más desestabilizador cuanto que, siguiendo a Wallenstein (citado por Tortosa, *op. cit.*, n. 22), la situación sólo es parcheable momentáneamente en una perpetua huida, y a largo plazo inútil, hacia adelante: «Siempre que los detentadores del poder intentan cooptar a los movimientos de oposición haciéndoles participar de algo de su privilegio, sin duda a corto plazo eliminan a los oponentes, pero, al mismo tiempo, están creando un antecedente para el siguiente movimiento de oposición producido en la siguiente crisis de la economía-mundo». A la periferia le amenazaba la agresión nuclear, episódica, por anti-Sistema: ahora le amenazaría más aún una rivalidad insoportable, constante y «tongada»...

En definitiva, siempre terminamos hallando privación relativa, esta vez «mundializada». Como recoge F. Lazard, no sólo por el incremento de las desigualdades, sino también por la mundialización del marco de convivencia, «una parte de la humanidad cabalga sobre el torbellino del futuro; mientras la mayor parte de los hombres se hunde en la peor noche de los tiempos; [pero, además] antaño ricos y excluidos vivían en universos con límites infranqueables. El campesino ni se imaginaba vivir en el mismo marco que el aristócrata. Para el noble, el pobre no era sino un "don nadie" que evolucionaba fuera de las fronteras de su mundo. Pero este mundo se ha estrechado hasta la dimensión de las pantallas, las cuales hacen de cada uno el vecino de los demás. Los telespectadores de los países

desarrollados se emocionan o se endurecen ante las terribles imágenes de las desgracias de un mundo en el que nunca tantos individuos han vivido con tanto sufrimiento acumulado. En el mismo instante, el espectáculo de los niveles de vida de los países más desarrollados es colocado, en directo, ante los ojos de pueblos sumergidos por todas las miserias».[24] En realidad, el Sistema cabalga sobre el tigre... Ya se trate de privaciones relativas interiores o exteriores, «el desfase entre los progresos de la época y las dificultades de la existencia se torna insoportable».

Y ello dentro de un contexto de naciente guerra de bloques, ahora económica, y mañana ¿quién sabe? No es sólo que la guerra económica, treta del Sistema para, como hemos visto, ritualizar la expresión bélica de la contestación, lleve camino de intensificarse —entre otras causas, por la aparición de cada vez más competidores, y de talla (el «cerco capitalista» al que nos hemos referido)— y de desembocar en un muy serio problema para sus promotores; no es sólo que los instrumentos clásicos de control (FMI, Banco Mundial, etc.) estén perdiendo la poca objetividad que les quedaba para transformarse en puros y duros gendarmes del capital;[25] no es sólo que nada más aprobadas las nuevas «leyes» para una aparentemente justa competencia comercial (GATT y OMC), el centro las vulnere procediendo a manipulaciones escandalosas de su moneda... En el fondo, tampoco el Sistema cree ya en la guerra económica como solución, prepara estrategias de drástico falseamiento del mercado mundial y se dispone a volver a métodos más drásticos de control. Terminará dándole la razón a Nietzsche, pero esta vez sobre el siglo XXI como siglo de la guerra.

Pero empecemos por lo primero: constituye una drástica desnaturalización de un mercado mundial realmente libre la aparición de una tendencia sistemática a la reagrupación de mercados. Antaño éramos solamente los europeos, con nuestra CEE; hoy ya hay que sumar la famosa «Alena» en América del Norte, y mañana el surgimiento de un «nuevo asiatismo»[26] sobre la base de la aproximación entre chinos[27] y japoneses (o sea, un polo extremo-oriental). Ello aparte de la incógnita de lo que pueda pasar con el mundo islámico. Unos, pues, se van agrupando en Asia para tener más probabilidades de éxito en la confrontación económica; mientras en Europa y Norteamérica se dibujan «patios traseros» (la Europa del Este para nosotros, y Canadá y México para los anglosajones) y zonas de

influencia (América Central y del Sur para Estados Unidos y Gran Bretaña;[28] y parte de África para nosotros), así como zonas de confrontación que hay que dominar antes de que lo hagan los demás: la ex URSS,[29] el mundo árabe, Oriente Próximo, el Pacífico y el resto de África.[30]

Dicho de otro modo, se va ya, irremediablemente, a una multipolaridad manifiesta sobre la base del abandono del proyecto de un mercado mundial libre (si es que pasó de cínica justificación de un hegemonismo anglosajón) y su sustitución por economías continentales y/o semicontinentales. Ello dentro de un contexto de dolorosas «puestas al paso» de las economías no hegemónicas, dependientes, dentro de cada conjunto territorial (como se puede ver, drásticamente, en los casos de América del Sur y de África)[31] como paso previo a una radical exacerbación de la guerra económica. Tanto que a término, la idea de que, finalmente, se volverá a las confrontaciones «de alta intensidad» (o sea, enfrentamientos bélicos) es ya expuesta sin rubor alguno por ideólogos e investigadores próximos a la *nomenklatura* del Sistema; eso sí, encubriendo el objetivo final (la dominación económica) bajo el eufemismo de una guerra «entre culturas», «entre civilizaciones».[32]

¿Suscitará todo ello crisis crecientes que el Sistema no pueda superar con éxito? Sin duda alguna. En cuanto a Europa, «utopía herida»,[33] ¿puede constituir un refugio, un ente que poder desconectar —en el sentido «aminiano» de la palabra— del Sistema para desde ahí producir «otra cosa»? Lo cierto es que sólo en nuestro continente existen hoy fuerzas suficientes para frenar la deriva economicista del Sistema; incluso oponerse a él y proponer «otra cosa». Aquí, en Europa, es donde están surgiendo no sólo las críticas más radicales frente al Sistema (como hemos podido ver en los capítulos anteriores), sino también los avisos sobre la incompatibilidad cada vez mayor del actual proceso de unidad europea, por una parte, y la hegemonía de Estados Unidos, por otra, con inmensas posibles repercusiones positivas para nuestro continente y para el resto de la humanidad de una unidad europea «desconectada» del Sistema, y estructurada según los principios de un «socialismo de segunda generación», algo esbozado aquí. Textos como los de Alain Lipietz (ya citados), Jacques Attali (*Europe(s)*),[34] Régis Debray (ya citado), J. P. Chevenement (ya citado), y un largo etcécera, son elocuentes respecto a cuál de las opciones hay que escoger, sin desesperar, pues

hasta cabe una aproximación positiva del tratado de Maastricht, como nos explica Dominique Wolton en su libro *El nacimiento de la Europa democrática: la última utopía.*[35]

Se haga a marchas forzadas (para incluir en ella cuanto antes a la antigua URSS), o sea necesario un repliegue momentáneo sobre el «núcleo duro» del antiguo «Imperio Franco» (en definitiva, la tesis de la CDU alemana), Europa se debe hacer desde la perspectiva de que el Sistema puede ser sustituido, al menos, en ella: hacia dentro, a través de muchas de las propuestas aquí recogidas; y hacia fuera introduciendo, al menos, una multipolaridad correctora[36] de un hegemonismo actual ya insoportable.

Notas

1. La bibliografía sobre la época es abundantísima. Pero concretamente sobre la caída de los imperios en 1917-1918 se puede ampliar con: Jacques Benoist-Mechin, *Histoire de l'armée allemande*, París, 1964; J. Carpentier y F. Lebrus, *Histoire de l'Europe*, París, 1992; A. y J. Selier, *Atlas des peuples d'Europe Centrale*, París, 1991; Maxime Mourin, *Histoire des nations européennes*, París, 1964; Eric Hobsbawm, *Nations et nationalismes*, París, 1992.

2. En *Der Preis des Wohlstand, oder Umwelt Plunderg und Neue Welt (un) Ordnung*, Münster, 1992.

3. *Op. cit.*

4. Véase el libro de Claude Leborgne titulado *La guerre est morte*, París, 1987. Señala que «horrible pero ordenada, la guerra era clara; hoy, es escasa».

5. Véase mi libro, ya citado, titulado *Una sociedad para la guerra.*

6. La guerra económica no es algo nuevo ni mucho menos. Véase Bernard Esambert, *La guerre économique mondiale*, París, 1991. Lo que sí es nuevo es la idea de sustituir la guerra a secas por la guerra económica. Quien usa por vez primera la expresión «guerra económica» es F. D. Roosevelt, en 1935, «para responder a los ardores bélicos del jefe del III Reich, sugiriéndole a éste que las naciones se enfrentarán en el futuro en guerras comerciales y no en guerras que dañen a los hombres». Esambert, *op. cit.*, p.16.

7. Y existían; sobre todo una terrible «bomba de carbunco» británica.

8. Por parte de los alemanes, que poseían gases muy eficaces, indetectables y no filtrables (Sarin, Tabun, Soma).

9. No se escandalice el lector: la guerra nuclear es tanto más factible cuanto que, a pesar de lo dicho mil veces, una guerra nuclear total no acabaría con la humanidad. Los datos irrefutables hasta donde puede ir alguno experimentado señalan que 250 bombas nucleares provocarían un máximo de 70 millones de muertos, y ello siempre y cuando se acertara plenamente en su utilización frente a la población adversa.

10. Véase Reinard Notin, *La Russie sera-t-elle depecée?*; sobre todo el trabajo de Michel Chossudousky, profesor de economía de la Universidad de Ottawa, titulado «Riqueza y miseria del gran bazar ruso», en *Le Monde Diplomatique*, enero de 1993.

11. Respectivamente, los días 18 de febrero de 1991 y 8-9 de marzo de 1992.

12. Paul D. Wolfowitz, subsecretario de Defensa encargado de los asuntos políticos; participaron en la redacción del documento funcionarios del Ministerio de Defensa y del Departamento de Estado, así como asesores directos de George Bush, incluyendo este último; 46 páginas. Almirante Jeremia, adjunto del general Colin Powel, presidente del Comité de Jefes de Estado Mayor; 70 páginas.

13. Los Estados Unidos, dice el informe, «deben tener en cuenta suficientemente los intereses de las naciones industriales avanzadas para no alentar al desafío del liderazgo norteamericano o a la puesta en entredicho del orden establecido, económica y políticamente».

14. Véase también de Gabriel Kolko, profesor de la Universidad de Nueva York (Toronto, Canadá), el trabajo titulado «Le Vieux Continent, les États Unis, et les autres», en *Le Monde Diplomatique.*

15. Véanse Michel Tatu, «Théories des guerres», *Le Monde*, 25 de febrero de 1995; y Edward Luttwak, en «Europaische Rundschau», septiembre de 1994. Tatu señala que, para Luttwak, «la verdadera razón de esto es demográfica, con la reducción de la cifra de hijos por familia y el descenso de la mortandad infantil en todo el mundo blanco, fenómenos ambos que dan más valor a la vida humana»... La propia, claro está.

16. Véase al respecto, de Ricardo Pettrella, de la Comisión de Comunidades Europeas, el magnífico trabajo titulado «L'Évangile de la competitivité», en *Le Monde Diplomatique*, Manières de Voir, mayo de 1993, París.

17. *Op. cit.*

18. Véase Andre Gunder Frank y Mart Fuentes, «Análisis de los ciclos en movimientos sociales», en revista *Tiempo de Paz*, Madrid.

19. Véase su artículo «Nous entrons dans un nouveau Moyen Âge», en *Les Grands Entretiens du Monde*, junio de 1993, París.

20. Conversaciones con April Glaspie, embajadora de Estados Unidos en Bagdad, previa a la «guerra del Golfo». Citado por Bernard Esambert, *op. cit.*

21. *Op. cit.*

22. *Op. cit.*

23. J. M. Tortosa, «Sobre el futuro del "Sistema-mundo" capitalista», revista *Sistema*, 1994.

24. *Op. cit.*, pp. 28 y ss.

25. Véase Frederic Clairmont, «Cinquante ans après la fallite du systeme de Bretton Woods», *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 1994.

26. Véase Philippe Pens, «Vers un nouvel asiatisme», *Le Monde*, 2 y 3 de diciembre de 1994.

27. Véase Francis Deron, «Chine, le reveil de l'empire», *Le Monde*, 28 de mayo de 1993.

28. Véase Martine Javot, «Les économies sud-americaines, en marche vers l'integration», *Le Monde*, 18 de enero de 1995.

29. Véase Francis Deron, «La Chine dispute aux USA le role de "gendarme" de l'Asie du nord-est», *Le Monde*, 6 de febrero de 1995.

30. Véase Jean Claude Pomonti, «Les USA souhaiteraient utiliser l'adec pour reequilibrer leurs echanges dans la zone Asie-Pacifique», *Le Monde*, 15 de diciembre de 1994.

31. Véase Guy Herzlich, «Une decennie de pauvrete et d'inegalites croissantes», *Le Monde*, 5 de mayo de 1993.

32. Véase Samuel P. Huntington, «The Clash of Civilisations», *Revue Commentaire*, verano de 1994, París. Véase también, para un excelente resumen de la cuestión, «Guerres de civilisation», de Mariano Aguirre, *Le Monde Diplomatique*, diciembre de 1994.

33. Véase el número especial de *Le Monde Diplomatique*, «Manières de voir», mayo de 1994.

34. París, 1994.

35. París, 1993.

36. Véase en *El País*, 15 de noviembre de 1992, entrevista a Paul Kennedy.

Anexo

¿Es posible la revolución?

Las ironías sobre «Mayo del 68» comenzaron muy pronto. Nada más acabar el movimiento, recuerdo que hizo furor, en las filas conservadoras francesas, un librito titulado *La revolución inhallable*, cuyo autor, irrelevante, he olvidado. En apenas dos años, la mayoría de las ventajas económicas y sociales arrancadas por los obreros a la patronal francesa quedaron esterilizadas por la inflación y por otras medidas. Ciertamente, De Gaulle había tenido que abandonar (después) el poder, pero le sucedió el «pompidolismo», que dio al terror que había sentido la burguesía ante los acontecimientos la ocasión de provocar una policialización intensa del país. En el Este, tras los acontecimientos en la antigua Checoslovaquia, el socialismo a la soviética comenzaba a petrificarse y, luego, a agonizar. Aparentemente, un Mayo del 68 fue un (buen o mal) sueño entre «aquello de antes» y la «continuación de lo mismo»...

Y, sin embargo, aun hoy, el mito de la «oportunidad perdida» perdura en las mentes de una gran parte de aquella generación de estudiantes;[1] y buena parte de los eslóganes pintados, en las calles de París primero y de Europa después, son todavía compartidos por muchos jóvenes de la década de los noventa.[2] Más aún: nunca han tenido tanta actualidad las teorías de uno de los principales inspiradores de aquellos estudiantes, H. Marcuse.[3] En contraposición, los casos de notorias integraciones en el Sistema de tantos y tantos líderes estudiantiles de antaño...

¿Fue Mayo del 68 un movimiento anti-Sistema? Sin duda lo fue, aun cuando sus valores resultaran en gran parte asimilados, desnaturalizados, cancelados, por un Sistema que tuvo ocasión de demostrar

a los analistas una considerable capacidad de fagocitación de imprevistos.

¿Por qué fue Mayo del 68 un movimiento anti-Sistena? Más allá de sus repercusiones políticas inmediatas —el tambaleamiento de la V República francesa, un mayor distanciamiento de Francia en relación con Estados Unidos, y la caída del general De Gaulle—, Mayo del 68 constituyó una puesta en cuestión radical del Sistema capitalista, a la vez que el rechazo del modelo soviético-brezhneviano; sobre todo representó la revalorización de reivindicaciones tales como una mayor igualdad económica, social e intergeneracional, y más unidad y solidaridad con las clases deprimidas. Ello amén del parón en seco dado a la ola de darwinismo social (aunque hoy esta ideología triunfa), de la recuperación del principio bakuniano de «la ayuda mutua como factor de evolución», y de la no violencia; más la reivindicación del feminismo, del ecologismo, de cierta solidaridad con el Tercer Mundo; y la liberalización de las costumbres, así como la quiebra de la intransigencia en la tradicional autoridad paterna en la relación familiar (fundamento básico del conservadurismo).

Salta a la vista que al menos algunos de los valores de Mayo del 68 perduran, y actúan, unos, como correctores, y otros, quizá, como disolventes (a largo plazo, ciertamente), del actual Sistema.

Pero la gran cuestión, la gran esperanza de Mayo del 68 estriba en si aún es posible, desde dentro del Sistema, y frente a él, una revolución. Durante los acontecimientos aparecieron varios estudios con, como tónica, «esto-estaba-previsto-y-se-veía-venir»; posteriormente, se pasó al extremo opuesto: Mayo del 68 era la demostración de que ya no cabían revoluciones. La obra más completa al respecto es la de uno de los grandes pensadores conservadores franceses de la década de los setenta, Jacques Ellul, catedrático del Instituto de Estudios Políticos de París. En su *De la révolution aux révoltes*,[4] comienza preguntándose: «¿Dónde están los revolucionarios?», para, capítulo tras capítulo, llegar a la conclusión de que «en ninguna parte».

Así, en el capítulo I, titulado «El final del Occidente revolucionario» (pp. 11 a 62), concluye que «no parece que hayan en nuestra sociedad fuerzas, ni organización, ni potenciales capaces de acometer un proceso revolucionario»; ello, además, porque «dos características esenciales han aparecido: todos los grupos vislumbrables como

revolucionarios constituyen minorías sociales, los jóvenes, los estudiantes, los científicos, ahora los obreros ... Tanto los *outsiders* en los que piensa Marcuse, como los parados y los desclasados, todos constituyen minorías, numérica o efectivamente, débiles. Y además, no se les podría ya —afirma— aplicar estrictamente el principio de proletarización ... [Ya] no existe mayoría proletaria que pueda, simultáneamente, tener la posibilidad y la legitimidad de hacer la revolución».

Pero, ya de entrada, salta a la vista que Ellul se precipita: primero, en la década de los noventa, los parados ya no son una minoría débil, sino un elemento estructural, y de potenciales considerables consecuencias económicas, sociales y políticas, como se vislumbra por la relación entre el voto creciente a los partidos anti-Sistemas y el número creciente de parados de larga duración. Segundo, los últimos acontecimientos estudiantiles en Francia (1994-1995) han demostrado la fuerza de los estudiantes e incluso de los escolares. Las últimas huelgas generales en Italia, frente a Berlusconi, pusieron al gobierno contra las cuerdas. En cuanto a la relación proletarización-empobrecimiento-revolución, sólo es detectable (como hemos explicado al principio de este libro) mediante el aumento de las privaciones relativas o comparativas, no de las absolutas, y ambas van, ahora, en aumento. Pero hay más: los últimos acontecimientos (finales de 1995) en Francia demuestran el resurgimiento de un nuevo proletariado, mayoritario, sólo que definible, no según los criterios clásicos (proletariado industrial, y/o suburbial, y/o de obreros agrícolas), sino en función de la percepción, exclusivamente, de rentas del trabajo. El nuevo proletariado sería el conjunto de los asalariados que no perciben rentas de capital. Proletariado, además, progresivamente proletarizado, dado que en la actualidad no sólo es prácticamente imposible hacerse rico trabajando, sino que vivir exclusivamente de las rentas salariales empobrece, relativa y absolutamente. El apoyo masivo (más del 65 por 100 de la población en Francia, según los sondeos), es decir, mucho más que la cifra de huelguistas, demuestra ya la potencialidad mayoritaria del concepto.

Pero volvamos a Ellul: no sólo las revoluciones del Tercer Mundo (capítulos II y III, pp. 65 a 198), Revolución Cultural china inclusive, «no tienen nada que ver con las nuestras (son sobre todo de liberación frente al imperialismo, o de realización de nuestras revoluciones industrial y/o burguesa del siglo XIX), sino que, además,

su estallido e incluso su asentamiento no implican que el movimiento vaya a contagiarse a Occidente», ni incluso por la vía del famoso «cerco tercermundista» al capitalismo que vaticinó Mao en su día.

Tampoco aquí está exento de fallos graves el análisis de Ellul. En primer lugar porque nada prohíbe que movimientos de origen tercermundista tengan aquí su influencia, como ya se ha visto, precedentemente, con el caso del maoísmo, del guevarismo y de las teorías sobre la no-violencia hindúes. Hoy mismo, es curioso y notorio el impacto de las religiones orientales, el budismo sobre todo, en fracciones de las clases dominantes norteamericana o, en otros casos, en estratos pre-proletarizados de las sociedades occidentales (sectas varias). Que los últimos ejemplos que he citado tengan poco o nulo contenido revolucionario no significa que siempre vaya a ser así.

Por lo demás, dar por invalidada, sin más, la teoría maoísta del cerco a Occidente es otro error. Si bien es cierto que, en la actualidad, no hay posibilidad alguna de un cerco socialista (menos aún de uno revolucionario) al Sistema, sí que puede tener sobre éste un efecto aún más destructor el que determinados países pasen a transformarse en nuevos competidores —económicos— de los países dominantes del mundo capitalista. Véase el largo tiempo y los problemas gravísimos requeridos para la incorporación al sistema de nuevas superpotencias industriales como Alemania y Japón. Ahora contémplese el problema no ya parecido, sino considerablemente agravado, que se avecina con el pase, tarde o temprano, a un capitalismo (al menos exterior) comercialmente agresivo de países como China, Filipinas, Indonesia, India y Pakistán. Habrá conflictos muy serios aquí, y conviene recordar que la guerra es una gran paridora (incluso cuando comienza como un «sencillo» conflicto económico). Por cierto que, de esos países mencionados, tres son ya potencias nucleares. Conviene no obviar, además, que también derivarán serios problemas del acceso al nivel nuclear de países árabes cuya tradición tecnológica les lleva irremediablemente por esa vía...

Más interesantes son otros motivos que esgrime Ellul para declarar la revolución «imposible». En primer lugar, la falta de objetivos. ¿Existen hoy unos fines revolucionarios, máxime después del derrumbamiento del modelo soviético? Ciertamente, «las gentes siguen aspirando a la justicia y a la libertad ... Sólo que ¿a qué jus-

ticia y libertad?, ¿de qué tipo?, ¿definidas cómo?». Tumbar un gobierno no es desde luego hacer la revolución, como no lo es que dos millones (!) de parisienses vayan primero a ver el *remake* de la novela *Germinal* de Émile Zola y luego a apoyar un macromovimiento huelguístico.

Hacer la revolución requiere un programa. ¿Y dónde están, no sólo los programas, sino los programadores? Por cierto, no constituye un programa revolucionario hablar de la vivienda, del acondicionamiento del territorio, de la estabilidad en el empleo, de las cuestiones de la jubilación, etc. Eso es interesante, justo, imprescindible incluso, desde el ángulo de la solidaridad humana, etc., incluso desde el del «socialismo gradual», aquel que con otras palabras identificara Joseph Schumpeter.[5] Es verdad que, incluso teniendo en cuenta momentos de retroceso como los actuales, sigue vigente, a través de los objetivos limitados enunciados, un movimiento general de socialización, movimiento que la hipermecanización de la producción, la falta de solución —o de salida— a la formidable capacidad de producción de la sociedad industrial, mantendrán (si es que no lo aceleran).

Pero esa es una cuestión; otra es la de una revolución; es decir, de un movimiento que implique una variación radical en las relaciones de poder social, económico y político, y, por ahora, no se vislumbra más que un esbozo de programa de esas características, esbozo que se articularía en torno a nuevos ejes, algunos de los cuales ya se atisban. Por ejemplo:

1. La generalización de la mercantilización de la vida social, cultural y política llevaría a una aceptación radical, a saber, que no existe hoy por hoy mejor mecanismo económico de atribución que el del mercado; pero llevaría simultáneamente al rechazo, también radical, de la puesta de toda la sociedad a disposición del mercado. La revolución podría aquí consistir en establecer relaciones no mercantilizadas, no sometidas al mercado en forma alguna, en el ámbito de lo político, de lo social y de lo cultural, pagando esto (es decir, el rechazo, en esos ámbitos, del criterio de rentabilidad) con (parte de) las plusvalías producidas por el proceso de mecanización industrial y, sobre todo, por (parte de) los beneficios financieros (para lo cual habrá que volver a intervenir el mercado de capitales, intervención por lo demás ya inevitable habida cuenta el altísimo coste

social, político e incluso económico de la actual anarquía de la mundialización financiera),[6] o sea: en lugar del «mercado al cuadrado» en todo, «cuadrar el mercado» en (y sólo en) la economía.

Se trataría aquí de una revolución por reacción ante un exceso:[7] un movimiento destinado a limitar el mercado precisamente al ámbito del capital y de la producción de bienes, pero excluyéndolo (al menos en parte) de la distribución de estos últimos. Dicho proceso se hará, por cierto, tanto más necesario cuanto que la misma creciente mecanización de la producción, al originar un orillamiento del trabajo humano, planteará la necesaria, imprescindible, desconexión, tarde o temprano, entre trabajo y remuneración; y, por ende, la imprescindibilidad de resolver de otra forma los mecanismos de distribución de los bienes. Además, el desarrollo de la informática permitirá incluso replantear, esta vez con más éxito, la dialéctica mercado-planificación.

Pero quedan cinco argumentos más, en la cartuchera de Ellul, por analizar; amén de los mecanismos cada vez más perfeccionados de integración y de adaptación sociales, utilizados por el Sistema, ¿llevaría el desarrollo tecnológico a una imposibilidad aún mayor de revolución? Para Ellul (p. 318), «el crecimiento de la sociedad tecnificada produce una cierta dulcificación de las costumbres. Se acostumbra uno a un proceso técnico de acción que no constituye un proceso violento». Ahora bien, el problema, para la tesis de Ellul, reside en que esa «dulcificación» alcanza también a la represión,[8] que no es poco camino recorrido desde la óptica de una acción revolucionaria. Imagínense cuántos minutos de poder le quedarían a un gobierno europeo occidental o central (no así más al este) que reprimiese a tiros una revuelta ciudadana, y no digamos ya estudiantil.

2. ¿Y si existiese una tendencia al conformismo provocada por la tecnificación? Los técnicos, explica Ellul, «se desinteresan de los problemas políticos ... [más aún, sólo] se interesan por la eficacia de la técnica, poco les importan los regímenes y las estructuras políticas. Sólo piden una cosa: racionalidad». Ciertamente, pero esa racionalidad puede llevar a la puesta en cuestión del sistema (fenómeno ya visto entre 1925 y 1945, cuando los técnicos se rebelaban contra la irracionalidad del capitalismo). Y, desde luego, el desinterés por la política puede, a la inversa de lo que piensa Ellul, llevar a la no defensa del Sistema (caso de los tecnócratas alemanes y de la

«sinarquía» francesa frente al ascenso del fascismo en las décadas de los treinta y de los cuarenta).

3. Si el progreso es continuo, explica Ellul (o si se tiene del progreso la idea de que, por definición, es continuo), entonces, ¿para qué la revolución?: «El proyecto revolucionario es extraño a la noción de progreso». Pero no sólo ello no cierra la vía a la revuelta (por exasperación; y de ahí se puede pasar a la revolución), sino que el más drástico intento revolucionario de este siglo, la Revolución de Octubre, se basó, bastante esencialmente, en la idea del sentido (progresista, progresivo) de la historia. Como explica Dominique Wolton, «el comunismo fue el mayor movimiento ideológico en favor de la modernización», consistiendo ésta en «la apología del cambio, el modernismo, la emancipación, la modernidad, la creencia en la ciencia y en la razón, y el progreso». No hay incompatibilidad, pues, entre progreso y revolución; sino, incluso, hasta cierta inevitabilidad: ¿es posible la revolución sin una concepción de la historia que la crea posible, necesaria, y, mejor aún, inevitable? Pero, además, si fuera el progreso un antídoto radical contra la revolución, ¿a qué progreso nos tendríamos que referir hoy? ¿No se dice que la idea más dramáticamente en crisis hoy en día es precisamente la idea de progreso?

4. Si la conciencia revolucionaria es esencial para llegar a la revolución (y lo es), «¿cómo puede ... [ésta] nacer en una sociedad que, en la actualidad, dirige todos sus esfuerzos a condicionar la conciencia»? Pero el mismo Mayo del 68 y los acontecimientos en el centro y el este de Europa han demostrado que la resistencia al condicionamiento es, en el hombre, mucho mayor de lo que se preveía. A lo sumo, dificulta el hallazgo de alternativas, pero no impide llegar, en un momento dado, a la clara percepción de que es lo que ya no se desea...

Todos los argumentos del tipo de los esgrimidos por Ellul sobre el triunfo del acondicionamiento de las conciencias deberían ser revisados no ya desde el ángulo de lo acontecido en el antiguo bloque soviético (véase el importantísimo papel, en Polonia, de una Iglesia bastante perseguida; o en la propia ex RDA), sino también desde el de la biología del comportamiento, como lo percibió claramente Noam Chomsky ya en la década de los sesenta: hay constantes biológicas que dificultan traspasar un cierto umbral de condicionamiento.

5. La revolución constituye una totalidad, «no caben revolu-

ciones parciales» y más en la actualidad: «La globalidad de la sociedad tecnificada implica que no se puede pretender llevar a cabo una revolución parcial ... Todo es estrictamente dependiente de todo, cada detalle no es un lujo, algo superfluo, o una pieza indiferente. Todo elemento se halla estrictamente dentro del sistema» (p. 341). Pero tampoco aquí faltan críticas al planteamiento de Ellul: *a*) Su postura es funcionalismo puro y duro (todo está integrado, todo forma parte del Sistema); pero no es así: todo sistema comporta partes más integradas, el centro o núcleo, y partes no interdependientes (la periferia exterior), o insuficientemente interdependientes (la periferia interior). *b*) ¿Estamos, y esta es de verdad la gran cuestión, ante una sociedad tecnificada o ante una sociedad mercantilizada? No es lo mismo, ni tampoco una y otra suscitan, según el momento, además, la misma capacidad de movilización popular en su defensa. *c*) Aquello de la revolución total, por cierto, ya lo descubrió hace algún tiempo un tal Lev Davídovich Bronstein, o sea, Trotski.

Ahora bien, la revolución de la antigua URSS, y en los demás países del bloque soviético, y en China y su zona, sí que existió; y durante tiempo, aun cuando al final fracasara, o aun cuando no desembocara (caso típico de «heterotelia») en lo anhelado.

Dicho de otra forma, las revoluciones no son eternas ni en sus procesos (desde luego) ni en sus consecuencias. Además, ¿qué significa revolución total o integral? ¿Qué revolución lo ha sido? Claro está que todo hecho suficientemente relevante influye sobre los demás; eso es algo inevitable, pero siempre dentro de unos límites: ¿acaso la revolución industrial, o el advenimiento del capitalismo, o el fascismo, pretendieron influir en absolutamente todo? ¿Por ejemplo, en la familia, en las técnicas agrícolas, en el arte de la navegación, en el santoral, en la sucesión de las estaciones? Además, ¿qué revolución se inició con la puesta en cuestión de todo? Las revoluciones se inician más bien por el rechazo drástico de un elemento, de un aspecto particularmente dañino de la realidad. Y luego, después, surgen las concatenaciones...

La verdad es que habría que abandonar no sólo el planteamiento marxista primitivo del socialismo como algo que se obtiene irreversiblemente y de una tacada, sino también el concepto mismo de revolución no ya final, sino total, incluso el de revolución irreversi-

ble. Una revolución puede (se ha visto en la historia) durar hasta centenares de años. E iniciarse desde un extremo de la sociedad, o portando sobre un aspecto o sector, o actividad determinada, aun cuando luego se extienda pero nunca a la completa totalidad, y sólo a veces a la globalidad...

Y sin embargo, tenga o no razón Ellul, al menos hay que concederle que, en ausencia (más o menos duradera) de posibilidad revolucionaria, sólo caben «las revueltas». Para Hans Magnus Enzensberger, nos hallamos ya, incluso, inmersos en una «guerra civil molecular», paradójicamente, acompañada de una «pérdida de convicción»: «La guerra civil ya está presente en la metrópolis [entiéndase el centro del Sistema] y forma parte de la vida cotidiana de las grandes urbes. También en París y Berlín, en Detroit y Birmingham, en Milán y Hamburgo. Y sus dirigentes no son únicamente terroristas y servicios secretos, mafiosos y *skinheads*, traficantes de drogas y escuadrones de la muerte, neonazis y *sheriffs* negros, sino también ciudadanos normales y corrientes». Y, por cierto, añade, «cada vez más jóvenes».[9] Todo es posible. Hacia delante y hacia atrás.

Notas

1. Incluso en canciones para la nueva generación, como una reciente, y española, titulada *El hombre del 68 en el 93*.

2. «Seamos realistas: pidamos lo imposible»; «Dejemos el miedo al rojo para los animales con cuernos»; «El patriotismo es un egoísmo de masas»; «Toma tus deseos por realidades»; «Cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución. Cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor»; «Viola tu alma máter»; «No hay libertad para los enemigos de la libertad»; «Civismo rima con fascismo»; «La economía está herida. ¡Que reviente!»; «Somos todos judíos alemanes»; «La novedad es revolucionaria. La verdad, también»; «No me liberen; yo me basto para eso»; «La barricada cierra la calle, pero abre el camino»; «Decreto el estado de felicidad permanente»; «Cambiar la vida, transformar la sociedad»; «La escultura más hermosa es el adoquín de granito»; «Tomemos en serio la revolución, pero no nos tomemos en serio a nosotros mismos»; «La imaginación al poder»; «Queda estrictamente prohibido prohibir»...

3. Resumiendo, el pensamiento de Marcuse protesta contra el mantenimiento de altos niveles de represión social, política y económica en estos tiempos, cuando ya se está, habiendo resuelto la sociedad industrial el problema de la producción o si se prefiere, de la penuria, en el umbral de la abundancia, sólo demorada por la necesidad que tiene el capitalismo de mantener niveles de escasez que permitan tasas aceptables de beneficios. Si la escasez de bienes justificó históricamente la represión social, la llegada de la abundancia

debería, al menos, permitir la reducción de una parte de la sobrerrepresión y el desarrollo más libre de los «instintos de vida». A medio camino entre Marx, Freud, Nietzsche y A. Schaff, obras como *Razón y revolución* y sobre todo *El hombre unidimensional* son aún muy útiles...

4. París, 1972.

5. Aún es extremadamente provechoso leer *Capitalismo, socialismo, democracia*, obra maestra de Schumpeter, de 1942.

6. Véase el llamamiento reciente de los sindicalistas suecos pidiendo que se graven las rentas financieras (*Le Monde Diplomatique*, VII-1990).

7. Como explica Jean-François Kahn, una revolución no es sino «una reacción. ¿Ante qué? Ante lo que en un contexto de crisis social es percibido como una regresión, como un retroceso en exceso. No un ataque, sino una defensa. Y ¿qué es lo que, en tales condiciones, favorece siempre un proceso revolucionario? Pues la impresión conjugada, por una parte, de que el poder incumple sus compromisos y, por otra, de que la oposición legal no sabría, en sí, constituir una alternativa». Por ello, concluye: «Hemos entrado, de nuevo, en una fase en la que no sólo una revolución ha vuelto a ser posible, sino probable. Y, una vez más, con la intención, no de derrocar, sino de defender» (*L'Événement du Jeudi*, 17-VII-1996).

8. Cuando afirma, posteriormente, que «los gobiernos de las sociedades muy tecnificadas se verán hasta cierto punto impedidos en usar todos los medios normalmente utilizables, dado que la violencia no cuadra con el estilo tecnificado». Pregúntenselo a Boris Yeltsin...

9. Véase su obra *Perspectivas de guerra civil*, Barcelona, 1994.

Esta obra, publicada por
GRIJALBO,
se terminó de imprimir en los talleres
de Novagrafik, S. L., de Barcelona,
el día 25 de marzo
de 1997

Jorge Verstrynge nació en Tánger. Es doctor en Ciencias Políticas y Sociología y, actualmente, profesor titular de dicha facultad de la Universidad Complutense de Madrid.
Ha desarrollado una dilatada actividad política, entre cuyos hitos se encuentran haber sido secretario general de Alianza Popular (1979-1986) y diputado por dicho partido en las legislaturas de 1982 y 1986. Una etapa de reflexión, que se ha prolongado diez años tras el abandono de AP, le ha llevado al PSOE, en cuya ala izquierda se ha integrado.
Ha colaborado habitualmente en la prensa y otras publicaciones periódicas. Entre sus libros, se encuentran **Una sociedad para la guerra**, **Entre la cultura y el hombre** y **El sueño euro-siberiano**. Actualmente está preparando sus memorias, que de algún modo lo son también de una etapa particularmente rica de la historia política española.

Se han establecido en las afueras de la actual cultura política. ¿Podrán algún día asaltarla y vencerla?

PRÓLOGO DE FERNANDO JÁUREGUI.

ISBN 84-253-3122-6

9 788425 331220

W7-DAS-198